



EL PARAGUAS BALCÁNICO

UN PASEO SIN
PROTOCOLOS

ENRIQUE CRIADO

AGUILAR

EL PARAGUAS BALCÁNICO

Las vivencias de un diplomático en los Balcanes. Un relato entrañable, divertido, inspirador y real

Esta obra se adentra en el complejo tapiz social y cultural de los Balcanes, área de confluencia de los imperios otomano, ruso y austrohúngaro; y mezcla con rigor elementos históricos, culturales, económicos, políticos y literarios con semblanzas personales y anécdotas vividas por el autor en Bulgaria, donde ha residido y trabajado desde 2015. Sofía, su capital, le ha servido también como base desde donde realizar numerosos viajes por la región balcánica -Grecia, Turquía, Rumania, Albania y todos los que un día formaron Yugoslavia-, así como por países como Moldavia, Ucrania, Rusia, Chipre, Georgia e Israel, que ayudan a conformar una imagen más completa de la zona.

Al igual que hiciera en su aplaudido libro Cosas que no caben en una maleta, Enrique Criado, diplomático y viajero empedernido, nos trae una historia maravillosa en la que cuenta experiencias, anécdotas y sensaciones con un discurso que vira desde el drama a la sonrisa y desde lo más institucional a lo más entrañable, tamizando el rigor de los hechos a través de una mirada subjetiva y aguda.

©2019, Criado, Enrique

©2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

ISBN: 9788403519152

Generado con: QualityEbook v0.84

Generado por: oleole, 30/05/2019

Enrique Criado

El paraguas balcánico

Un paseo sin protocolos

Créditos

PPRIMERA edición: enero de 2019

© 2019, Enrique Criado

©2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-03-51915-2

Depósito legal: B-25814-2018



A mi madre otra vez

Agradecimientos

ENTRE todas las personas que me han ayudado durante los tres años que he empleado en la documentación y redacción de este libro destaco especialmente a Tsvetina Kaneva, mi *Tsvetinka*. Sin su asistencia se me habrían pasado por alto la mitad de las cosas o no las habría llegado a entender del todo. Tenemos toda una vida por delante para saldar la inmensa deuda de gratitud que he adquirido con ella.

Prólogo: De Bulgaria al resto de los Balcanes

CÓMO no sentirse confuso en un lugar donde todo parece conspirar para que uno no entienda nada: idioma difícilísimo, alfabeto propio, asentir con la cabeza significa que no y moverla de lado a lado, que sí... ¡Si hasta se santiguan al revés! Esta sensación de desconcierto fue la que me invadió al aterrizar en Sofía en julio de 2015, procedente de la plácida Canberra, Australia, donde había trabajado los tres años que siguieron a otros tres menos plácidos destinado en Kinshasa, República Democrática del Congo.

Tanto da que uno se tenga por viajado o que maneje varios idiomas de distintas familias: la llegada a Bulgaria asegura un cierto grado de confusión hasta al más pintado. Lo peor de todo es que lo hace a traición, bajo la apariencia de lo conocido. Claro que puedes entenderte perfectamente en inglés y en otros idiomas con los jóvenes búlgaros, que de sus tiendas sale la omnipresente canción *Despacito* o cualquiera de las de mi tocayo Iglesias y que sus calles son inequívocamente europeas. Con esas bases puedes pensar erróneamente que pisas terreno conocido, que no tardarás en comprender los matices. Luego descubres que, en realidad, si te acabas haciendo entender no es porque tú hayas dado con la tecla de su lengua y su cultura, sino porque son los propios búlgaros los que hacen el esfuerzo de acercarse y traducirte a ti. Ellos hablan inglés, francés, alemán o español mejor de lo que tú nunca hablarás búlgaro; y además saben cuáles son los códigos de Europa, o del resto de Europa, con mucho menor esfuerzo del que a ti te llevará desliar la

madeja de hilos balcánicos, tracios, romanos, otomanos, eslavos, sefardíes, rusos y hasta austrohúngaros que forman este extraño y fantástico tapiz.

Así que desengáñate, cuando creas entender o haberte hecho entender, es el búlgaro quien te ha descodificado o traducido, y no al revés. Es casi siempre el búlgaro el que cruza el puente, porque juega en varias ligas a la vez. Del mismo modo que un español es uno más de la familia europea, pero se le van los pies solos en una fiesta o en una conversación con iberoamericanos, el búlgaro es un pueblo europeo que lo comparte todo con nosotros, y además baila ritmos que desconocemos, come cosas que no hemos probado y ha vivido experiencias que nosotros solo hemos leído o visto en el cine... Esa polivalencia se la da su pertenencia a la familia de pueblos balcánicos, una familia numerosa en una casa no muy grande, que dicen no soportarse, pero no saben vivir los unos sin los otros; a esa identidad se le suma la no tan lejana —ni en el tiempo ni en el espacio— presencia bizantina, otomana o turca, más la unión de sangre —y en la mayoría de los casos, de religión— con los eslavos, que alcanza el paroxismo con los rusos.

A Rusia les une el ser pueblos eslavos, de religión mayoritaria ortodoxa, el alfabeto cirílico y el haber luchado entre 1877 y 1878 en el mismo bando de la que en Bulgaria se conoce como Guerra de Liberación — del «yugo otomano», expresión que se escucha a diario— y en el resto del mundo como segunda guerra ruso-turca o guerra de Oriente. Ya en el siglo XX, Bulgaria se convirtió en el satélite modélico de la URSS, el alumno aventajado de entre las repúblicas que no formaban parte la Unión Soviética pero sí del Pacto de Varsovia. Por seguir con la metáfora del satélite disciplinado, Bulgaria fue la Luna de la URSS, al menos hasta que esta mandó a Laika y a Yuri Gagarin a buscar la de verdad. Y esta relación política también contribuyó a estrechar los lazos entre ambos pueblos, con intercambios de estudio o de trabajo, o matrimonios mixtos, creando unos vínculos que han sobrevivido a la caída del comunismo y, por lo tanto, a la ruptura de ese cordón umbilical entre planeta y satélite. Pese a que la mayoría de los búlgaros, sobre todo los más jóvenes, opinan que Rusia no ofrece un modelo atractivo de economía o de sociedad, y que son la UE y la OTAN las que insuflan estabilidad y prosperidad al país, no calan aquí los discursos antirrusos que se escuchan en Polonia o en los países bálticos. En Bulgaria no gusta especialmente el Gobierno ruso, pero existe simpatía sincera por su pueblo. Por eso, al

escuchar ese mensaje homogéneo y empaquetado con la etiqueta «rusofobia para países del Este», el búlgaro medio dice: «A otro perro con ese hueso».

Los tres años vividos en Bulgaria me han permitido adentrarme en su cultura, que a veces presenta capas superpuestas, pero que en otras ocasiones se han fundido y mezclado. No es difícil encontrar a un nacionalista búlgaro ilustrarte sobre el yugo de los siglos de dominación turca mientras expira el humo de su narguile o engulle un kebab. Las relaciones con todos los países vecinos tienen su punto de tirantez, pero en ciudades como Chicago los emigrantes procedentes de todos ellos se juntan en fiestas balcánicas a tomar la misma comida —que cada uno reclama como original de su país—, a bailar la misma música pop folk —que un búlgaro llamará *chalga*, y un serbio, *turbofolk*— y a fumar. Se reúnen sobre todo a fumar.

Con la excusa de escribir este libro, me impuse a mí mismo el placer de viajar desde Bulgaria a todos estos países vecinos: Turquía, Grecia, Rumania, Albania y a los que en su día formaron parte de Yugoslavia, ese portentoso ejemplo de convivencia que suponía poner la ciudadanía común de los eslavos del sur por encima de sus confesiones religiosas. Lamentablemente, empeñados en dar la razón a Churchill, cuando afirmó que los Balcanes producen más Historia de la que son capaces de digerir, los yugoslavos se tragaron la cicuta del nacionalismo y de la exaltación religiosa, entrando en una espiral de conflictos en los que ganaron los malos de cada lado.

Aunque no son limítrofes con Bulgaria, viajé también en coche a Moldavia y Ucrania, donde se refugiaban en el siglo XIX los líderes de la insurrección búlgara frente a los otomanos y algunos de sus más importantes autores, como Ivan Vazov, y donde abundan las huellas del potente vínculo que supuso en tiempos del comunismo su común dependencia de Moscú. Fue una verdadera aventura llegar por carretera el verano de 2016 desde Sofía hasta ciudades como Kiev y Odesa, a escasos kilómetros de la entonces recién ocupada Crimea, cuando se libraban intensos combates en la parte oriental del país.

En octubre de 2016 participé en la misión de observación electoral de la OSCE (Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa) en Georgia, país que mira cómo se pone el sol en el mismo mar Negro por el que amanece en Bulgaria, y que comparte con esta muchos elementos culturales, a los que se añadió también la capa uniformadora de décadas de comunismo

soviético.

Por último, viajé también a Israel, donde residen hoy la mayoría de los judíos búlgaros y sus descendientes, la inmensa mayoría de ellos sefardíes, que se salvaron del Holocausto por la acción de una asombrosa coalición de ciudadanos anónimos, clérigos ortodoxos, diplomáticos extranjeros (como el español Julio Palencia), y del propio rey Boris II, que entre todos, supieron sumar fuerzas y evitar que sus vecinos judíos fueran deportados en tren a una muerte segura en la Alemania nazi, a la que estaba aliada Bulgaria en la Segunda Guerra Mundial hasta la llegada al poder de los comunistas en 1944.

Mediante lecturas y viajes por Bulgaria y por los países vecinos, he tratado de comprender mejor su esencia y sus contradicciones, sus múltiples capas, que resultan visibles en los cimientos de los templos superpuestos, pero también en el discurso público o en la gastronomía. Confío en que al intentar explicar lo que he vivido y aprendido, consiga entenderlo mejor yo mismo, pues no son pocas las áreas de confusión.

Pedir café en cuclillas y un electrodoméstico que solo asa pimientos

UNO de mis *sketches* favoritos de Les Luthiers es la deliberadamente farragosa introducción que hace el cómico Marcos Mundstock a la balada «A la playa con Mariana», cuando empieza a irse por las ramas y señala el contraste de que «en Bulgaria, las mujeres se llaman Nadezhda, Svoboda, Dobrinka...», exagerando mucho el acento para marcar la dificultad de la pronunciación, «pero ¡la capital se llama Sofía!». A esa capital de nombre amable es adonde me trasladé por trabajo en verano de 2015.

Para llegar desde Australia me pasé veinticuatro horas metido en un avión, que de paso me trasladó de un hemisferio al otro y del invierno canberrano al cálido verano búlgaro. Y es que en Bulgaria se dan las cuatro estaciones, llegan con puntualidad, y hacen lo que se espera de ellas: una primavera templada, que alterna lluvias con días de cielo azul radiante; un verano caluroso, playero en el mar Negro, de moscones y chicharra; un otoño multicolor en los bosques mixtos de la cordillera del Balcán, lacónico y fatalista ante la inminencia de las nieves; y un invierno para el que me ahorro los calificativos, más allá de señalar que en mi vida he pasado más frío.

Hay bastante secretismo y alguna leyenda urbana sobre el procedimiento mediante el cual los diplomáticos elegimos nuestros destinos en el exterior. En realidad es un sistema que todos defendemos a capa y espada, pero admito

que visto desde fuera no se entiende con facilidad. Aunque jurídicamente todos nuestros destinos son de libre designación, el resultado final depende casi por completo de lo que dictamine un órgano compuesto por representantes de todas las categorías de diplomáticos y elegidos por ellos. A la rotación anual la llamamos «el bombo», para ahorrarnos el nombre oficial interminable de «concurso general de provisión de puestos en el exterior para funcionarios de la carrera diplomática», y porque, como en los de la lotería, también tiene cabida el factor suerte. Con sus defectos, todos lo defendemos como a la democracia, el peor de los sistemas a excepción de todos los demás. Dice un compañero, con algo de maldad, que el bombo es el día del año que más piensan los diplomáticos, pues intentan anticipar las jugadas de otros y así trazar estrategias para acabar en el destino deseado. En esas estaba yo en marzo de 2015, aún destinado en Canberra, cuando supe que a mi madre le acababan de diagnosticar una enfermedad bastante grave. Tras muchas dudas y consultas con mis hermanos, opté por pedir solo destinos en Europa y que tuvieran un vuelo directo a Madrid. Dentro de ellos, Bulgaria me resultaba el más sugerente.

Tampoco fue una casualidad, sino un motivo de peso para elegir un puesto en la embajada de España en Sofía el saber que allí me encontraría como compañero a Jaime Hermida, amigo de hacía más de una década, cuando ambos preparábamos las oposiciones de ingreso a la carrera diplomática. Jaime me alojó en su casa mientras yo buscaba la mía, me enseñó los lugares que más le habían gustado en el año de ventaja que me llevaba en el país y resultó una fuente inagotable de anécdotas. Entonces él salía con una checa, que, por dominar otro idioma eslavo, entendía mucho del búlgaro hablado, pero no sabía leer cirílico. A Jaime le ocurría lo contrario, ya había aprendido el alfabeto, pero apenas manejaba aún vocabulario. Cuando ella, que vivía en Madrid, lo visitaba en Bulgaria, Jaime leía en voz alta y sin entender nada la carta de los restaurantes y ella iba traduciendo los nombres de los platos. Entre los dos conseguían sumar uno.

Con Jaime di los primeros paseos por Sofía, que en verano es una ciudad para disfrutar al aire libre. En cuanto hace buen tiempo, los sofiotas toman sus abundantes parques, se sientan a charlar, a beber algo o a jugar al ajedrez. Llama la atención que situaciones que podrían derivar en una falta de civismo, como un botellón, se caracterizan porque todo queda bastante limpio

y no se habla a gritos. Incluso escenas que en España parecerían algo turbias, casi rayanas en la marginalidad —un hombre con el torso desnudo y una botella de cerveza en la mano jugando al pimpón con su hijo—, tienen en Sofía cierto aire familiar, de naturalidad y respeto. Me impresionó la primera vez, y sigue haciéndolo aún, cuando vi niños jugando despreocupadamente al balón en la superficie yerma de hormigón que quedó al dinamitar el mausoleo del primer gobernante de la Bulgaria comunista, Georgi Dimitrov, donde el parque de la plaza del Príncipe Alejandro de Battenberg mira de frente al que fue su Palacio Real y que ahora alberga la Galería Nacional[1].

Con la destrucción del mausoleo de Dimitrov se puso fin al trasiego de conservadores y embalsamadores que hasta entonces había existido entre Sofía y Moscú, de donde importaban las técnicas y materiales empleados para la momia de Lenin. Cuando en junio de 2018 la visité en la Plaza Roja de Moscú, tras cuarenta minutos de cola, recordé el divertidísimo cuento del autor búlgaro Miroslav Penkov, *Comprar a Lenin*[2], donde un adolescente búlgaro intenta adquirir en eBay la momia del líder bolchevique para reconciliarse con su abuelo, un comunista convencido que le llamó «cerdo capitalista» al enterarse de que se marchaba a estudiar a Estados Unidos. Una vez dentro del túmulo tuve la extraña sensación de encontrarme ante una estatua de cera, extremo que es imposible comprobar con la luz tenue del recinto en los escasos cinco segundos que tardas en desfilas ante el cuerpo recostado y ligeramente erguido. No pude evitar pensar que el nieto del cuento de Penkov quizá se salió con la suya y que los centenares de personas que habíamos hecho cola esa mañana nos encontrábamos poco menos que en el museo de cera.

De vuelta a la casa de Jaime, que tenía la ventaja de estar en pleno centro de la ciudad, cerca de la estatua del Popa que sirve como punto de encuentro, similar a lo que en Madrid representan el oso y el madroño o la placa del kilómetro cero. A cualquier hora del día hay unas veinte personas que miran alternativamente su teléfono y al tendido, confiando en que aparezca ya a quien esperan. Y aunque el centro de Sofía no es grande, al principio cuesta orientarse porque lo que parece una cuadrícula de paralelas y perpendiculares es en realidad un octógono cuyas calles trazan una especie de tela de araña. Luego vas desarrollando técnicas para ubicarte. Igual que, por ejemplo, en Barcelona te orientas dirigiéndote alternativamente hacia el mar o hacia la

montaña, en Sofía ayuda como referencia la imponente figura del monte Vitosha, que luce su cumbre nevada más de medio año y envía a la ciudad su agua pura y un viento glacial.

Recorriamos las calles del centro que podían tener más interés para el recién llegado, así como las del barrio de Oborishte, donde se encuentra la embajada y por donde me recomendaron buscar piso. Cada vez que cambio de ciudad acabo desarrollando una especie de micronacionalismo local, que me convierte en su más firme defensor. Ahora lo soy de Sofía y, en concreto, del barrio de Oborishte, que es céntrico, pero no bullicioso, y está flanqueado por los parques de Zaimov, de los Doctores, y el más grande de todos, el del rey Boris. Con una buena oferta de restaurantes y tiendas, el mayor riesgo es que si, como era mi caso, vives y trabajas en la zona, prácticamente no salgas de ella.

Terminé por alquilar un piso amplio en un edificio desvencijado, con la fachada desconchada, mugrienta, con grandes madejas de cables colgando y con una pintada que meses después supe que significaba «Sarkozy asesino», pero con unas magníficas vistas despejadas hacia el parque de los Doctores, al bonito edificio de la Universidad de Sofía y a la montaña de Vitosha. Cierto que había que asomarse por un lado de la terraza y forzar un poco la mirada, pero también tenía vistas a las cúpulas doradas de la catedral de Aleksander Nevski. Por dentro estaba bastante arreglado, lo que compensaba en parte un portal oscuro y un ascensor diminuto y anticuado, que estuvo un año entero sin funcionar porque la comunidad de vecinos fue incapaz de juntar antes el dinero suficiente para arreglarlo. Por cierto, para curiosos, así descubrí que en búlgaro ascensor se dice *asansior*.

Mi primera impresión no fue muy buena, y a ello contribuyó en parte mi desconocimiento de la costumbre búlgara de las *nekrologs*, una especie de esquelas con foto que ponen en lugares públicos como fachadas, farolas o árboles, pero también en el interior de los portales. Muchas de ellas lo que hacen es recordar el aniversario del fallecimiento de un familiar, pero al ver tres o cuatro en mi portal asumí que todas eran muertes recientes, como de una pandemia, o que me estaba metiendo a vivir poco menos que en el edificio donde Kubrick rodó *El resplandor*.

Lo que terminó por convencerme es que ese piso ya había sido alquilado anteriormente a una predecesora de la embajada, y que los caseros eran un

matrimonio mayor muy agradable y atento, con los que además podía comunicarme en inglés y hasta en alemán. Firmamos un contrato bilingüe en búlgaro y en inglés, quedando cada página del mismo dividida en dos partes, una para cada idioma. Y es que en Bulgaria, donde el sector inmobiliario sigue plagado de intermediarios y donde se presentan abusos legales frecuentes, es tan importante elegir casero como casa.

La alternativa a vivir en este piso magnífico pero de edificio tétrico habría sido buscar un edificio nuevo en los barrios de Lozenets o Boyana, ya en las faldas de la montaña, a los que se han desplazado los nuevos ricos sofiotas. De hecho, al ser extranjero, es lo que asumen que te va a gustar. Aparte de que vivir allí te hace dependiente del coche, el problema de los edificios nuevos, supuestamente destinados a gente con poder alto adquisitivo, es que son horribles. Las capas sociales que más dinero han ganado en Bulgaria, desde que en 1989 cayó el comunismo y se dio el pistoletazo de salida al enriquecimiento, no han sido precisamente los que mejor gusto tienen. Y el epítome de ese mal gusto ostentoso son los mafiosos, que en Bulgaria llaman *nutri* y que, desgraciadamente, no son pocos. Por su afición al mármol, a lo dorado, al terciopelo o a los candelabros, a ese estilo se le llama *nutribarroco*. Entre candelabro *nutribarroco* y *asansior* averiado, preferí lo segundo.

De esos primeros paseos recuerdo mi sorpresa por lo bajo que pasan los aviones que van a aterrizar en Sofía, sobrevolando antes toda la ciudad y casi rascando con su panza las cúpulas doradas de la catedral. A ese ejercicio de *planespotting* me dedicaba también al desayunar en la cocina de casa, desde donde se podían identificar hasta los distintivos de cada aerolínea, y, cambiando el foco, cuando el que iba a aterrizar era el avión en el que volaba yo, me entretenía en localizar mi casa y el edificio amarillo pastel que alojaba mi oficina.

Prácticamente en cada manzana puedes encontrar un puestecito que vende café, golosinas y tabaco, con la particularidad de que lo hace a veinte centímetros del suelo. Los llaman *klek shops*, cuya traducción aproximada sería «tienda de agáchate». Al cabo de tres años ya me parece lo más normal del mundo ver a una persona hablar casi con la cara pegada a la acera, entregar una leva —unos cincuenta céntimos de euro— y recibir su cafetito corto y fuerte en un vaso de cartón. Cuando en 1989 se produjeron lo que los

búlgaros llaman asépticamente «los cambios», es decir, que cayó el comunismo y se permitió la iniciativa privada, cada cual se las ingenió para sacar el Bill Gates que llevaba dentro. Y quienes tenían la fortuna de ser propietarios de un trastero en el semisótano de su edificio, pero con un ventanuco a la calle, rápidamente vieron la opción de convertirlo en su *klek shop*.

Bastante menos modesto era el bar por delante del cual tenía que pasar todos los días de camino al trabajo, frente a una de las esquinas del parque de los Doctores. A todas horas estaba lleno, incluso su terraza, con una clientela adinerada, que aparcaba en doble fila lujosos coches último modelo. Casi a diario podían verse grupos de hombres de negocios que se hacían acompañar de sus novias despampanantes y de guardaespaldas armados y con pinganillo en la oreja. Costaba distinguir al escolta del jefe, pues ambos solían ser tipos tan musculados que parecían no tener cuello, con la cabeza rapada, vestidos de negro y con calzado deportivo. Tomaban algo en este bar o en el lujoso restaurante que abrió en el contiguo centro cultural ruso, donde el elemento cultural resultaba secundario ante otras actividades más prosaicas.

Y por concluir con las impresiones sensoriales que me provocaron esas primeras exploraciones de mi barrio y del centro de la ciudad, señalaré dos, de signo muy distinto. La primera fue el pasmo que me supuso la primera vez que me topé con un corro de embarazadas que fumaban a la puerta de la maternidad que se encuentra entre la embajada y la sede de la radiotelevisión búlgara. Como lógicamente no les dejan fumar dentro, lo hacen fuera, en bata, charlando unas con otras. A estas alturas cuesta ya encontrar a una mujer embarazada que siga fumando, pero darse de bruces en una acera estrecha con unas que lo hacen en grupo me producía una pena y un rechazo tremendos.

Todo lo contrario que esta última sensación es el delicioso olor que surge de casi todas las casas búlgaras a final del verano, cuando asan pimientos rojos para conservarlos de cara al invierno. Cada hogar búlgaro tiene un aparato que sirve solo para asar pimientos, el *chushkopez*, cuyo nombre también me fascina. A veces la conserva es de pimientos enteros y otras de un preparado similar al pisto manchego, que llaman *lutenitsa*. Muchos amigos búlgaros me han contado cómo, sobre todo en época comunista, las conservas que se hacían en verano eran las únicas verduras que se podían

comer en invierno, por lo que resultaban esenciales. Y como eran muy frecuentes los episodios de desabastecimiento, en cuanto empezaban a oler los pimientos asados del primer vecino, se producía una estampida hacia la tienda para no quedarse sin los suyos. Incluso ahora que los supermercados venden las frutas y verduras de invernadero y de importación casi el año entero, la mayoría de los búlgaros sigue respetando la tradición y espera a septiembre para sacar de la alacena el *chushkopek* y los tarros de conserva.

De cada ciudad en la que he vivido suelo recordar más vívidamente las primeras impresiones al pasear por sus calles, sus olores, la música que suena, los grafitis... y en el caso de Sofía, supe inmediatamente que me iba a fascinar. Aunque, claro, no conocía aún el invierno.

Una ciudad de cine

CON la logística mínima resuelta, ya instalado y más o menos familiarizado con el centro de la ciudad, el último domingo del verano que me mudé a Sofía me eché a andar buscando ensanchar un poco el círculo de calles conocidas. Llegué a la plaza en la que conviven el conjunto de tres imponentes edificios estalinistas llamado Largo, el pedestal sobre el que se erigía antiguamente la estatua de Lenin, la catedral ortodoxa de Sveta Nedelya, una iglesia católica, una mezquita y la sinagoga. Allí, en lugar de tomar la muy transitada peatonal Vitosha, que sale a mano izquierda, giré a la derecha por la avenida María Luiza.

Pude así husmear por el mercado de Sofía que llaman *jali* y pararme en las fuentes termales municipales, donde había cola para rellenar garrafas de un agua que sale caliente y a la que atribuyen todo tipo de efectos curativos, pese a las advertencias contrarias del ayuntamiento. Luego seguí recorriendo la avenida María Luiza hasta el Puente de los Leones que cruza el canal, dentro del cual vi un coche volcado y hombres saltando por encima de él, escena que contrastaba con la indiferencia de la mayoría de los viandantes. Algunos empleaban sus teléfonos móviles para grabar lo que estaba sucediendo, pero nadie los usaba para llamar a los servicios de emergencia ni parecía preocupado por el accidente. Imaginé a qué velocidad tendría que haber venido el coche para acabar dentro del canal, superando unas firmes vallas de forja, aunque ninguna estuviese derribada o siquiera doblada por el golpe. Tardé varios segundos más en darme cuenta de que estaban rodando una película de acción, que el coche había sido colocado allí por una grúa de

la productora y que los hombres que brincaban eran especialistas.

A los pocos meses de vivir en Bulgaria yo también empecé a reaccionar con la indiferencia del resto de los viandantes cuando veía estallar un coche al lado de la catedral o una persecución policiaca con tiroteo frente al Parlamento. Y es que Sofía alberga los estudios de cine Nu Boyana, donde se ruedan decenas de películas al año. Muchas de ellas son superproducciones de Hollywood, películas de acción de las de Sylvester Stallone o Arnold Schwarzenegger, pero también otras menos comerciales o incluso cine de autor, como las de los españoles León de Aranoa o Isabel Coixet.

El estudio de cine, que se encuentra en las faldas de la montaña y existe desde la época comunista, ha sabido atraer producciones del mundo entero congeniando equipos técnicos muy profesionales, costes de producción reducidos y una larga lista de extras, dobles y especialistas de escenas de acción, así como una amplia oferta de sets de interiores y exteriores. Los tres más demandados son el que replica una manzana de Nueva York, con sus edificios, comercios y característico mobiliario urbano; uno que recrea la Roma clásica, con un circo en el que parece que vaya a entrar un gladiador de un momento a otro; y otro que te transporta a un entorno urbano árabe o —si el guion así lo exige— de Centroamérica o de cualquier otra latitud tropical, con un par de calles polvorientas, fachadas desconchadas y casas de adobe plagadas de grafitis.

Víctor Melchor, un amigo español que trabaja en Nu Boyana, me dijo un día muy satisfecho que iba a comenzar un proyecto como editor de una serie documental de gran calidad y que esperaban venderla a Netflix o HBO. «Estoy muy contento, porque estaba ya un poco harto de editar vídeos tutoriales de yoga», que al parecer es una de las aficiones, casi obsesiones, junto con la cultura asiática y el New Age, del dueño del estudio.

Transcurrido apenas un mes de ese primer contacto con los rodajes en plena calle, en la embajada supimos que vendría a Sofía a rodar una película Antonio Banderas. Justo acabábamos de inaugurar una exposición en la Galería Nacional de Bulgaria, el antiguo Palacio Real, con grabados de Picasso traídos del Museo Casa Natal de Málaga, y pensé que sería buena idea ir a verlo al estudio, regalarle un catálogo e invitarlo a la exposición. Como en las embajadas tampoco hemos escapado a la locura colectiva de las redes sociales, anticipé el subidón de seguidores que daría a nuestra cuenta

una foto de Antonio Banderas recibiendo el catálogo o, mejor incluso, un tuit suyo recomendando la exposición. El resultado fue aún mejor de lo esperado.

Releo en mis notas que el domingo 17 de octubre del 2015 fui al estudio a la hora convenida con su equipo y me hicieron esperar un poquito porque Antonio seguía rodando. Los empleé en conocer en persona a la agente con la que ya había hablado por teléfono y a un chico, con pinta de galán de comedia romántica, pero que resultó ser el piloto del avión privado de Banderas, también malagueño. Susurrábamos, porque a escasos metros estaban grabando una escena en la que Antonio iba avanzando por distintas estancias de un edificio abandonado, pistola en mano y con cara de tensión. Nosotros veíamos la acción en unos monitores pequeños, cada uno con unos auriculares, sentados en sillas de tijera, la mía con un visible «Antonio Banderas» estampado en el respaldo. Al cabo de unos minutos, oímos el famoso «¡Corten!» y se acercó a saludarme Antonio, al que habían maquillado con varias magulladuras en el rostro.

Después de entregarle el catálogo y hacernos la foto para Twitter, empezamos una conversación que me fascinó por el grado de cercanía, casi de intimidad, que mostró desde el primer momento. «Soy un gran admirador de Picasso. Tengo dos cuadros suyos... Bueno, ahora después del divorcio tengo uno solo... Pero Melanie y yo nos queremos mucho... Es solo que la convivencia, pues ya no...». Desde el principio intuí que iba a ser una persona de trato accesible, pero no imaginé que nuestra primera conversación fuera a abordar detalles tan personales como los términos sentimentales y económicos de su separación. Luego comentamos algunas curiosidades sobre Bulgaria, que en ese momento él conocía casi mejor que yo, porque era su quinta visita al país, hasta que un asistente de producción se aproximó a nosotros con una gran sonrisa y le indicó que estaban listos para grabar la siguiente escena.

Al día siguiente vi en la prensa una foto de Banderas visitando la exposición de Picasso en la Galería Nacional, acompañado de la ministra búlgara de turismo, que le había montado para la ocasión hasta un cuerpo de baile folclórico. De hecho, la ministra en cuestión vio en el goteo constante de estrellas de Hollywood un filón para el impulso turístico del país, por lo que llegó a contratar a varios de ellos para un vídeo promocional que se emitía en la CNN y consiguió lo que sin duda tuvo más importancia para ella,

ser invitada a la gala de los Oscar.

Algunos de los actores que salen en el vídeo promocional son los protagonistas de la saga *Expendables*[3], que aúna a las principales estrellas del cine de acción ochentero: Stallone, Schwarzenegger, Chuck Norris, Van Damme, Bruce Willis o Dolph Lundgren. A quienes, como yo, tengan poca idea de este tipo de cine probablemente no les suene el último nombre, pero seguro que sí se acuerdan del actor rubio, altísimo y muy cachas que hacía de Iván Drago, el boxeador soviético al que se enfrenta Stallone en la cuarta entrega de *Rocky*. El tal Lundgren es una caja de sorpresas, porque su fiero aspecto y su físico cultivado con boxeo y artes marciales no invitan a priori a pensar que se trate de un ingeniero químico, políglota, que estudió su posgrado con una beca Fulbright en el MIT, el Instituto Tecnológico de Massachusetts, y que terminó por hacerse actor, director, guionista y productor de cine. Lundgren, como el resto de estos actores de películas de acción, es un tipo muy admirado en Bulgaria.

Señalo su caso porque hace unos años unos ladrones de nacionalidad búlgara entraron a robar en su mansión de Marbella, ignorando seguramente quién era su dueño, más allá de que sería un millonario. En ella encontraron a la mujer de Lundgren, a la que ataron y amordazaron. Mientras iban limpiando la casa de objetos valiosos, uno de ellos se percató de una foto de Lundgren junto a la mujer a la que acababan de maniatar. No sé si fue por admiración o por miedo a que se presentara el gigante nórdico y les cayera una somanta de palos de las que reparte en sus películas, pero el caso es que los ladrones se marcharon con las manos vacías, no sin antes liberar a la señora entre disculpas. Y es que no hay cuadro, joya o televisor robado que merezca jugarse un guantazo de Iván Drago.

El personal de embajadas y consulados es la suma de funcionarios venidos de España por unos años y de empleados locales que permanecen en el puesto, que a veces son españoles, pero muchas otras son nacionales del país en cuestión o de cualquier otro. La casuística es diversa y también daría para más de una película. En la embajada en Sofía, al exigirse como requisito hablar español, se da la circunstancia de que los empleados locales búlgaros más jóvenes lo hablan con acento de España, pues estudiaron allí, mientras que los mayores tienen un deje cubano, heredado de las intensas relaciones políticas y humanas mantenidas entre la Bulgaria comunista y la Cuba

castrista.

Y luego está el caso de Ariel Ilieff, argentino, al que pasados ya unos meses tuve que pedirle que me contara despacito cómo llegó a la embajada de España en Sofía, hace ya casi quince años, un joven que acababa de terminar sus estudios de relaciones internacionales en Buenos Aires.

«Cuando en el año 2000 se impuso el corralito en Argentina, perdimos los ahorros y lo que había quedado de la empresa de seguros de mi padre, y me propuse salir de allí como fuera. Aunque no tenía ni idea de búlgaro, hice valer que mi abuelo era búlgaro y conseguí un visado».

A continuación, le pedí que me explicara cómo compaginaba su trabajo en la sección cultural de la embajada con haberse metido a coproducir la película de Isabel Coixet *Nadie quiere la noche*, jugándose un dinero que no tenía. Ariel es un apasionado del cine y ha contribuido mucho a que la embajada organice, en el contexto de un rico programa cultural, un muy buen festival de cine español e iberoamericano que en 2018 cumplió veinticinco años. Sobre la película de Coixet, lo que más impresionó a Ariel fue la profesionalidad de Juliette Binoche.

«El equipo lo formaban treinta y tantos españoles, la japonesa Rinko Kikuchi que interpreta a la esquimal y Juliette Binoche. Mi obsesión era que no la molestara ni la prensa ni nadie. Aunque no soy nada mitómano, reconozco que ella tiene un aura especial. En un momento en que compartimos un almuerzo me di cuenta de que no paraban de temblarme las rodillas. Es que la veías andar por ahí en chándal y con una coleta mal hecha y no parecía nada del otro mundo, pero cuando salía ya vestida con su traje de época, veías a la misma Josephine Peary, andando erguida y con porte distinguido. Una de las escenas más complicadas de rodar era el momento en que un actor cae al mar por una grieta en el hielo. Parte de ella la habían rodado en Noruega, pero había que completarla en el estudio, para lo que un artista británico recreó el espacio polar con cera. El problema es que con los focos y en el interior, la temperatura pasaba de los treinta grados. Uno de los días vi aparcado junto al set de grabación un camión frigorífico. En el momento de comenzar la grabación, salió del camión Juliette Binoche aterida de frío y perfectamente ambientada para meterse en el papel. No conozco otra profesional como ella. Por favor, escribe eso en el libro».

En Bulgaria, aparte de hacer cine los de fuera, también ruedan películas

los búlgaros. Como mi nivel del idioma nunca fue suficiente para entenderlas, en el cine veía solo las películas extranjeras que, por suerte, son en versión original, y las búlgaras tenía que verlas ya en casa con subtítulos.

Esta limitación lingüística para el cine me hizo inclinarme más por los conciertos y por la ópera. Para conciertos de rock, me gustaban varios clubes no muy grandes donde solían tocar bandas que alternaban canciones propias con versiones de grupos internacionales. Uno de mis preferidos, *Swinging Hall*, que en inglés vendría a significar «sala columpio», debe su nombre a que el local es estrecho y alargado, con un escenario en cada extremo, por lo que primero toca una banda en un lado y, cuando termina, empieza otro grupo en la otra punta, haciendo que el público replique el movimiento de un columpio.

Existe una gran tradición de música clásica en Sofía, con buenos conservatorios y auditorios, como la Sala Bulgaria, llenos de un público entendido y que ha pagado un precio muy razonable por la entrada o por su abono de temporada. Lo mismo sucede con la ópera. Las pocas veces que yo había ido en otros sitios —Madrid, Sídney, quizá con la excepción de Viena—, recuerdo que tenía que sacar las entradas con mucha antelación, que me resultaba caro y hasta un poco trabajoso. En Sofía, sin embargo, puedes ir dando un paseo el sábado por la mañana, pasar por el teatro de la ópera y ver qué tienen en cartel misma tarde. Si te convence, pides tu entrada y la señora de la taquilla te dice con cara de pena que solo quedan de las más caras, lo que afortunadamente significa veinte euros. Aparte de que la calidad de los músicos, los cantantes y los cuerpos de baile es muy notable, en Bulgaria puedes ver no solo las óperas más conocidas de Italia, Austria o Alemania, sino todo el repertorio ruso que apenas se programa en otras ciudades de Europa.

Las limitaciones lingüísticas que tenía con el cine búlgaro eran las mismas que se me presentaban también con el teatro. Si bien el contacto directo con los actores permite colmar algunos huecos en blanco que dejan las palabras desconocidas, no existe garantía de éxito. Mi amigo Jaime, que es un apasionado del teatro, tanto sobre las tablas como de espectador, acabó casándose con una actriz búlgara del teatro que se encontraba al lado de la embajada. Juntos fuimos a ver algunas obras, muy vanguardistas, de la compañía *Alma Alter*, verdaderos fanáticos del dramaturgo búlgaro *Geo*

Milev. Un día vimos una, para mí la última, cuya trama creíamos estar entendiendo más o menos gracias a que la expresión corporal dominaba sobre el texto. Pero llegados justo a la escena final, los protagonistas, un chico y una chica, se sentaban a horcajadas cada uno en una silla y con gesto grave comenzaban a gritar en lo que parecía español: «¡Di coño!, ¡di coño!». Nos entró un ataque de risa que contrastaba con el dramatismo que quería expresar la pareja de actores sobre las tablas y la cara de congoja que veíamos en los demás espectadores. Ya fuera de la sala, nuestros amigos búlgaros nos explicaron que lo que sonaba como «di coño» significaba «arre, caballo», y que en la escena final la pareja estaba tratando de dejar atrás, metafóricamente, el lugar donde tanto habían sufrido. Aunque nosotros también traducimos lo que creíamos haber entendido, nos costó un poco explicar el equívoco y que nuestras risas adolescentes no se debían a nuestra falta de empatía con el dramón del que huían al galope los jóvenes protagonistas.

Un flamenco futbolista

CUANDO uno llega nuevo a una ciudad, tiene que ubicar rápido algunas referencias esenciales: dónde tomar el café, dónde comprar el pan y de qué equipo de fútbol hacerse. Las dos primeras me vinieron resueltas con la apertura al lado de mi casa de un café con horno propio, que tan pronto hacía pan tradicional como los deliciosos hojaldres rellenos que en Bulgaria se llaman *banitsas*. Al cabo de un año o dos, el éxito era tal que tuvieron que buscar un local mayor, pero por suerte lo encontraron a la vuelta de la esquina. Por ponerle alguna pega, orbitaba en torno al café cierto aire de esnobismo hípster, con más clientes interesados en dejarse ver en esta especie de Brooklyn sofiota que en lo que salía del horno. La tercera, decidirme por un equipo, resultó un poco más compleja, pero un día ocurrió algo que supe interpretar como una señal definitiva.

Como la mayoría de los extranjeros, apenas conocía los equipos de la liga búlgara, más allá de la reciente aparición en competiciones europeas del Ludogorets y de otro par de equipos búlgaros cuyos nombres sí me sonaban —el CSKA, el Lokomotiv...—, pero que ni siquiera era capaz de diferenciar de otros clubes que se llamaban igual pero que, sin embargo, estaban a dos mil kilómetros, en Moscú. Algo había que investigar, porque seguir una liga sin ser de ningún equipo se acaba pareciendo al análisis desapasionado que pueda hacer un científico sobre lo que observa en un microscopio. Además, existe una sociología detrás de los equipos y sus aficionados, estudiada magistralmente por Enric González respecto del fútbol italiano[4] y del inglés[5], que permite aprender cosas del país que de otra manera te pasarían

desapercibidas.

Siendo aficionado en casa del equipo clásico entre los clásicos, no podía simpatizar con un club recién montado por un millonario, sin tradición ni historia. Eso me hizo descartar a los advenedizos del Ludogorets, que aunque existía desde 1945, subió a primera división por primera vez en 2011. Desde entonces ha ganado prácticamente todas las competiciones nacionales, gracias a la millonada invertida en un montón de jugadores extranjeros por su propietario, un magnate del sector farmacéutico. Tampoco ayudaba el hecho de que el equipo esté en Razgrad, una ciudad venida a menos en el deprimido noroeste de Bulgaria, a dos horas y media de Sofía.

En las calles de la capital pueden verse muchos grafitis con los números 1914 y 1948, los años en los cuales se crearon el Levski de Sofía y el CSKA de Sofía, los dos equipos clásicos de la ciudad, que se enfrentan en un derbi de alto voltaje. El CSKA, constituido ya durante el comunismo, incorpora la estrella roja de cinco puntas en su emblema, y es el equipo mayoritario entre los militares, mientras que el Levski es el equipo que siguen la mayoría de los policías. Tengo la duda de qué harán en este sentido los agentes de la gendarmería, a caballo entre policía y ejército, obligados cada domingo a decidir si quieren más a papá Levski o a mamá CSKA.

Cuando aún no tenía resuelto mi dilema entre estos dos equipos de la capital, se presentó en la embajada para realizar un trámite burocrático el futbolista sevillano Antonio Salas, *Añete*, delantero centro del Levski. Tras una temporada en Azerbaiyán, acababa de regresar al Levski, donde dos años antes había sido el máximo goleador de la liga búlgara. Cuando escribo estas líneas, Añete está jugando en un club en Grecia, pero este trotamundos del balón no olvida en absoluto sus raíces sevillanas. Pese a la distancia, sigue viendo todos los partidos del Betis, del que fue canterano; además, le fastidia haberse perdido muchas Semanas Santas, ferias y Rocíos. Aunque poca gente le pone cara en España, dar un paseo con Añete por el centro de Sofía suponía pararse cada pocos pasos para atender a gente que le pedía hacerse un *selfie*, incluidos policías uniformados. Lo mismo ocurría si ibas con él a cenar o a tomar algo. Sentías que se hacía un silencio y que la atención de los comensales de mesas de al lado, y a veces la de sus teléfonos, se centraba en Añete, en su plato, en su vaso... «*Illo*, menos mal que me cuido y que estoy tomando una ensaladita y agua con gas, que si llego a pedir una hamburguesa

y una cerveza todavía soy *trending topic*».

Así que por Añete empecé a seguir los partidos del Levski, a veces en su estadio, el Georgi Asparuhov, donde los hinchas se afanan de tal manera con coreografías, cánticos y pancartas que, entre eso y el humo de las bengalas, yo creo que apenas ven el fútbol. Aparte de los goles de Añete, me ayudó a simpatizar con el Levski que sus aficionados son casi los únicos búlgaros que no idolatran a Hristo Stoichkov, surgido de las filas rivales del CSKA antes de recalar en el F.C. Barcelona.

La otra pasión de Añete es el flamenco y toca la guitarra como un maestro, dedicándole mucho tiempo y estudio. Recuerdo que el día de su cumpleaños terminamos unos cuantos amigos en mi casa, a cubierto de las miradas y los *selfies* de los curiosos, y Añete nos deleitó con un buen repertorio. Sin embargo, le pasa como a la mayoría de los artistas flamencos, que no toca cuando se lo pides sino cuando le da la gana. Cuando le comenté esta anécdota a mi jefe, también de origen sevillano, me dijo: «¡Qué me vas a contar! Para la comunión de uno de mis hijos contraté en Huelva a un cantaor que tenía bastante fama. Pasaban las horas, la gente se le acercaba: “Maestro, cántese algo”, y este les contestaba que sí, que en un rato, pero que se iba primero a terminar la copita. ¿Te puedes creer que se sopló una botella de Black Label y al final ni cantó?».

Sería una exageración decir que existe en Bulgaria una gran afición por el flamenco, pero sí hay cierto conocimiento, interés y público. A veces como parte de la programación cultural de la embajada o del Instituto Cervantes, pero otras como iniciativa de productores privados, los espectáculos flamencos son relativamente frecuentes en el país. La Compañía Nacional de Danza es capaz de llenar el gigantesco auditorio del Palacio Nacional de Cultura varios días seguidos, mientras que cantaoras, guitarristas y bailaoras son habituales de salas y teatros más reducidos. Me sorprendió también el éxito que tienen en Bulgaria artistas de flamenco fusión como Chambao, Arcángel o Bebe, hasta el punto de que las primeras veces que los escuché en algún local me planteé —no sé si paranoico o egocéntrico— si los estaban poniendo por mí.

Algo parecido ocurre con los contenidos televisivos. Aparte de seguir con bastante interés la liga española de fútbol, también tienen éxito en Bulgaria las series españolas. Probablemente la primera que fue importada, hace ya

unos cuantos años aunque muchos después de su emisión en España, fue *Verano Azul*. Y en tiempos más recientes han sido *Aquí no hay quien viva*, *La que se avecina* o *La embajada* las que tienen más espectadores pegados al televisor por las noches para poder comentar el último capítulo al día siguiente en el trabajo. Es fascinante comprobar cómo un humor *a priori* localista, destinado al público español, puede funcionar perfectamente doblado, y que el búlgaro se identifique o al menos reconozca los problemas a los que se enfrentan los protagonistas.

El día que quedé con Añete para despedirnos antes de su marcha a Grecia, le hice un comentario sobre su coche nuevo, un imponente todoterreno negro, muy del gusto de los búlgaros con dinero. «*Illo*, Enrique, no te puedes imaginar la mala fama que tiene este modelo. Me para la policía cada dos por tres, aunque vaya yo tan tranquilamente. Menos mal que son todos del Levski, en cuanto bajo la ventanilla, me reconocen, me dicen “*Samo Levski!* [6] y ya me dejan seguir».

Pulseras que cuelgan de los árboles

RECONOZCO que siempre trato de buscar similitudes con mi país de origen en mi nuevo lugar de destino. Quizá queda a mitad de camino entre la paranoia y el egocentrismo o quizá sea como al parecer le ocurre a las embarazadas, que desarrollan repentinamente un radar para identificar a otras embarazadas, pero el caso es que yo encontraba semejanzas a cada paso. En parte se debe a que hay más de trescientos mil búlgaros residentes en España y que estos han traído consigo parte de su cultura y tradiciones, mientras que con sus viajes de regreso a Bulgaria han popularizado allí cosas propias de nuestro país.

Sin ir más lejos, el 1 de marzo se celebra en Bulgaria «Baba Marta», la abuela Marta, juego de palabras con el nombre del mes, que en búlgaro se dice *mart*. Según la tradición búlgara, se regala una pulsera de colores rojo y blanco, llamada *martenitsa*, deseando buena suerte y confiando en que la primavera llegue pronto. La última semana de febrero se llenan las calles de puestos de *martenitsi* y el día 1 casi es posible contar cuántos amigos tiene cada persona en función del número de pulseras que cuelguen de su muñeca. Para que la fortuna y la protección de «Baba Marta» te acompañe, tienes que llevar las *martenitsi* puestas hasta que aprecies el primer síntoma de la primavera: el vuelo de una cigüeña o un brote verde en una planta. Lo que debes hacer entonces es atar tu *martenitsa* a la rama de un árbol. De modo que a partir de mediados de abril las ramas de los árboles de los parques

búlgaros se llenan de colgajos rojos y blancos. Esta tradición, al parecer prerromana, la he empezado a ver en España también, sobre todo en las zonas con mayor presencia de búlgaros — grandes ciudades y costa mediterránea —, aunque me temo que con el calentamiento climático pronto empezarán los árboles españoles a reverdecer antes incluso del 1 de marzo.

Colgar pulseras de colores de los árboles españoles quizá acabe siendo el último rasgo que delate el origen búlgaro de estos miles de residentes en nuestro país, pues su integración ha sido tan plena que pasan totalmente inadvertidos. Aprenden el idioma muy rápido, sus hijos suelen destacar en el colegio y cada vez acceden a mejores trabajos en todo tipo de sectores. Muchas veces, cuando me encontraba en la cola en Barajas para embarcar hacia Bulgaria, escuchaba hablar castellano con distintos acentos regionales — gallego, andaluz, valenciano...— pero llegados al control de fronteras — de momento Bulgaria no forma parte del espacio Schengen—, todos mostraban su *lichna karta*, el DNI búlgaro. Y es que el pasaje de los vuelos entre España y Bulgaria sigue siendo mayoritariamente de búlgaros, pese al incremento reciente del turismo de españoles en Bulgaria. Una decena de vuelos de tres compañías diferentes, incluidas dos de bajo coste, unen a diario Bulgaria con distintas ciudades españolas. Operan vuelos regulares hasta en el aeropuerto fantasma de Castellón, famoso por languidecer sin aviones varios años después de haber concluido su construcción.

En los años inmediatamente posteriores a la caída del comunismo, los búlgaros abandonaron su país en masa, pasando su población de casi nueve millones a solo siete[7]. Fue una época en la que ya había muerto lo viejo, el comunismo, pero aún no terminaban de nacer ni una democracia ni una economía de mercado en las que todos jugaran con las mismas cartas y sin marcar. Se mezclaba la necesidad económica con la esperanza de cambio, así como las nuevas posibilidades que ofrecía poder viajar libremente al mitificado Occidente. En su novela *Los novios búlgaros*[8], Eduardo Mendicutti hace un retrato descarnado de unos jóvenes búlgaros recién llegados a España con una mano delante y otra detrás, dispuestos a sacarle todo el dinero que puedan a un grupo de gays españoles acomodados, a los que siempre se refieren en femenino. Nadie sale bien parado de este relato: retrata a estos buscavidas búlgaros con crudeza, materialistas dispuestos a lo que sea por satisfacer no solo sus evidentes necesidades materiales, sino

también caprichos extravagantes; por su parte, los homosexuales españoles de mediana edad salen representados como frívolos, hambrientos de carne fresca; y, por último, aunque de manera tangencial, la embajada de España en Sofía es descrita como una institución llena de flemáticos burócratas, insensibles al drama migratorio, personal y familiar que se presenta al otro lado de su ventanilla. Ni toda la ternura ni el lenguaje exquisito empleados por Mendicutti para expresar esta historia de amor mercantilizado entre Daniel Vergara y el chapero Kyril fueron suficientes para contrarrestar los callos pisados por su publicación en España, en 1993, y, sobre todo, por su traducción al búlgaro en 2001.

Otra novela que retrata bien las estrecheces padecidas por esa generación de emigrantes búlgaros, aunque en este caso en Estados Unidos, es *18% Gray*[9], del escritor búlgaro Zachary Karabashliev. Con la excusa de un viaje por carretera a lo Kerouac, de costa a costa, Karabashliev nos desmadeja una historia de amor y de desamor, en la cual se entremezclan los que de alguna manera consiguen aquello que les llevó a cruzar el charco con los que simplemente alcanzan a sobrevivir un día más. Por cierto, existe un guiño implícito a España en el relato cuando el personaje principal identifica varias banderas: «Canadiense, danesa, italiana, japonesa, australiana, otra más italiana, y luego otra que no reconozco —franjas horizontales rojo arriba, amarillo en el centro y rojo abajo, con un escudo que no distingo»[10].

Afortunadamente, atrás quedó la época en la que los búlgaros se veían abocados a aceptar los trabajos más precarios. Aunque muchos de ellos han pasado por la construcción, la agricultura, el servicio doméstico o la seguridad en discotecas, hoy ya es posible encontrar profesionales búlgaros en cualquier sector. Por otra parte, cada vez es más común que jóvenes españoles trabajen en Bulgaria, sobre todo en ámbitos ligados a las tecnologías de la comunicación, desde programadores y desarrolladores de aplicaciones hasta teleoperadores de *centres*. Muchos de ellos, cansados de encadenar en España prácticas laborales apenas remuneradas, prefieren conseguir una verdadera experiencia profesional en Bulgaria, donde es posible estirar bastante incluso un sueldo reducido. Les permite también viajar por una zona poco trillada por los españoles, desenvolverse en un ambiente internacional y utilizar el inglés como lengua de trabajo.

Para estos españoles que las aerolíneas de bajo coste sueltan cada noche

en Sofía, la primera toma de contacto con el país suele ser el blog *Mamá en Bulgaria*. Está escrito por una española residente allí desde hace una década, que ilustra con las entradas en su bitácora y sus publicaciones en sus redes sociales elementos curiosos de la cultura, la gastronomía o la historia de Bulgaria. A lo largo de mi estancia en el país nos ayudó mucho a difundir contenidos en redes sociales y cultivé una buena amistad con ella, aunque nunca me dejó de sorprender su extrema timidez, que la lleva entre otras cosas a gestionar su blog desde el anonimato de su seudónimo.

El fenómeno del turismo Ryanair, que en España conocemos bien, es relativamente reciente en Sofía y, como a otras capitales, le está aportando en dosis parecidas cosas buenas y malas. Su industria se amplía y diversifica, ofreciendo además de las estaciones de esquí en invierno y la playa del mar Negro en verano, alternativas de ocio en la capital y en un radio de dos horas—los clásicos aquí son las escapadas al monasterio de Rila y a Plovdiv—. Además de esos viajeros algo más culturales, empieza a ser cada vez más común la molesta imagen del grupo de guiris disfrazados y borrachos por la calle a plena luz del día, pues tampoco a ellos se les ha escapado el potencial de alcohol barato y chicas guapas que ofrece Bulgaria. Ni que decir tiene que este tipo de turista ha multiplicado el trabajo de la sección consular de la embajada, pues es frecuente que pierdan o les roben la documentación. Eso, cuando no acaban detenidos o en un hospital.

Por ejemplo, por el centro de Sofía se pasea un tipejo muy particular, delgado, con el pelo engominado, gafas grandes de pasta, maletín rígido de los que se llevaron en los años ochenta y un traje al que de viejo le brillan los codos. En cuanto oye a unos jóvenes hablar en un idioma extranjero, se les acerca y les pregunta en búlgaro por una dirección. Cuando le señalan que no entienden búlgaro, cambia al inglés y muy amablemente comienza una conversación, interesándose por su país de origen, qué hacen en Sofía, etcétera. Una vez roto el hielo y, para los incautos, ganada su confianza, suele entregarles unas tarjetas de invitación a un club de *striptease*, donde nada más llegar, a menudo ebrios, les descorchan unas botellas de champán que luego les obligan a pagar a precios desorbitados. No son uno ni dos los turistas españoles que han recurrido a la embajada después de haber caído en el timo, y supongo que serán mayoría los que ni nos llamaron.

Aunque en materia de timos, el más frecuente sigue siendo el del español

que cree haber encontrado el amor por internet con una joven y bella búlgara, cuyo único defecto es no existir, ya que suele ser uno de los múltiples perfiles gestionados por un mismo tipo desde el salón de su casa. Tras semanas o meses chateando, enviándose fotos, se plantea la invitación a España de la «novia búlgara», a la que justo antes de embarcar en el avión le ocurre un percance de salud propio o de un familiar, que el incauto enamorado puede solventar con una suma de dinero no muy grande. Si satisface ese pago, los contratiempos empiezan a encadenarse uno tras otro. Incluso cuando ya las excusas para pedir dinero y para finalmente no poder ir a visitarlo en España sean de lo más peregrino, el pardillo español prefiere seguir pensando que su novia tiene muy mala suerte y no quiere darse cuenta de que ha sido víctima de una estafa. Solo al final del proceso acuden o escriben a la embajada para pedir ayuda, no tanto como víctimas de un delito, sino para que se resuelvan los problemas inexistentes de su novia ficticia. Y cuando la embajada les dice que han sido víctimas de un tipo muy común de estafa, entonces la reacción habitual es enfadarse con la institución por no querer colaborar para que su relación amorosa llegue a buen puerto. Ya se sabe que el amor es ciego y que no ve quien no quiere ver.

Todo es confusión

DECÍAMOS al principio del libro que son varios los muros de incompreensión que se alzan ante el recién llegado a Bulgaria, empezando por un idioma difícil, un alfabeto propio y un lenguaje no verbal que para decir que sí utiliza el gesto que el resto del mundo utiliza para negar, y viceversa, llegando la discrepancia incluso a las iglesias, ya que nuestros amigos búlgaros también se santiguan al revés.

Los primeros en confabularse para urdir el embrollo que sufrimos muchos siglos después los que venimos a Bulgaria fueron dos hermanos, Cirilo y Metodio, que nacieron en Salónica en la Alta Edad Media. A orillas del precioso lago de Ohrid, hoy frontera entre la Antigua República Yugoslava de Macedonia y Albania, los hermanos crearon en el siglo IX un nuevo alfabeto, el cirílico, que tanto complica la vida al recién llegado. Tomaron prestados caracteres, entre otros, del griego y del latín, para traducir la Biblia al búlgaro eclesiástico. Precisamente por esos préstamos, de cada palabra eres capaz de descifrar más de la mitad de los caracteres, los latinos y los que conozcas del griego, aunque sea intentando recordar tus clases de matemáticas, pero siempre hay unos cuantos que se te escapan, los que tomaron de un alfabeto llamado glagolítico, y que por añadidura son los más difíciles de pronunciar: «ts», «sh», «sht»... Como premio por hacernos esta faena a los viajeros futuros, los dos hermanos misioneros fueron canonizados tanto por la Iglesia católica como por la Iglesia ortodoxa búlgara. Por eso, por su labor de evangelización en Crimea y por obrar los tres milagros preceptivos para su santificación, que seguro que se dieron y que yo no

pongo en duda.

De hecho, la canonización de Cirilo, nuestro Cirilo, me parece mucho mejor que la de otro Cirilo anterior, con el que, además de nombre y condición de santo, comparte alguna cosa más, como la de ser los dos ciudadanos del Imperio bizantino. Este segundo Cirilo me cae bastante menos simpático, porque mientras que el nuestro fue un hombre de letras, bibliotecario de la Santa Sofía de Bizancio (llamado luego Constantinopla y ahora, Estambul), el otro, del siglo V, fue el responsable de la quema de la mayor biblioteca del Imperio, la de Alejandría, de donde él era obispo. Quien haya visto la película *Ágora*, de Alejandro Amenábar, recordará a una guapísima Rachel Weisz, como Hypatia, la matemática, astrónoma y directora de biblioteca, y cómo esta corre para salvar su vida frente a una turba de integristas, fanáticos seguidores del obispo Cirilo, que no le perdonan haber afirmado el heliocentrismo mil años antes que el propio Galileo. En la película, como en la realidad, la biblioteca termina ardiendo y a ella le acaban dando caza, la desnudan y desuellan viva, arrancándole la piel con conchas marinas. Todo esto no fue óbice sino causa de la santificación de Cirilo (o Kiril) de Alejandría, al que yo siempre recordaré como Cirilo «el malo».

Nadie me ha sabido explicar el origen de la rareza que supone asentir para negar y mover la cabeza de lado a lado para decir que sí. Incluso después de estos años en el país, la situación de preguntar en una cafetería o terraza si una silla estaba libre mientras hacía el gesto de llevármela hacia mi mesa me seguía generando ansiedad. Para empezar, porque nunca recordaba si lo que había preguntado era si estaba libre o si estaba ocupada, por lo que ya no sabía si la luz verde debía venir de una respuesta afirmativa o negativa; y luego porque el lenguaje verbal y el gestual de los búlgaros nunca coincidía en mi cabeza. Ellos están más que acostumbrados a esa confusión que sufrimos los extranjeros, pero les divierte y, como el cirílico, el hecho de que sea propio de Bulgaria supone una fuente de autoestima nacional en un país donde no sobra.

Sobre mi último ejemplo de confusión, el de santiguarse, los búlgaros y los demás pueblos ortodoxos lo hacen de derecha a izquierda, en el sentido opuesto que católicos y protestantes. Me han ofrecido diversas explicaciones teológicas, con cismas y encíclicas incluidas, pero no he sido capaz de

retenerlas. Sí recuerdo la teoría de que los fieles ortodoxos al persignarse replican como un espejo la señal de la cruz que hace el sacerdote, por lo general un pope barbudo y orondo, que los mira de frente, convirtiendo así la derecha en izquierda y viceversa. La doy por buena para apuntalar a su vez mi teoría de la confabulación en pos de nuestra confusión generalizada al llegar a Bulgaria.

Esto del rumano nos va a traer problemas

EN realidad, mi mudanza a Bulgaria en 2015 no fue mi primer contacto con el país ni con la región, ya que mucho antes había hecho un par de incursiones: el verano que cumplí 15 años pasé casi un mes en un pueblo perdido de Transilvania, en Rumania, y en 2012 mi hermano Tomás, mi amigo Manuel y yo decidimos hacernos un viaje en coche por la costa de Rumania y Bulgaria.

La primera de estas avanzadillas fue una extravagancia espontánea. En lugar de enviarme a Irlanda a aprender inglés, como hacían las familias de mis amigos, la mía juzgó razonable que el chiquillo pasara un mes en el pueblo perdido de Horoatu Crasnei, en las montañas transilvanas. La familia belga Joachim, con los que teníamos mucha amistad desde hacía años, solía venir a España de vacaciones y, de paso, a practicar el idioma, del que eran profesores los padres, Baudouin y Véronique. Ese verano pasaron con sus tres hijas unas semanas en la casa de pueblo de mi familia en Toledo. Al terminar su estancia se planteó que yo fuera con ellos a Bélgica unas semanas a practicar francés, pero resulta que su minúsculo pueblo valón, Temploux, estaba hermanado con Horoatu Crasnei, adonde, junto con otros vecinos voluntarios, pensaban dirigirse en coche en agosto para donar material escolar, hacer talleres infantiles y enseñar francés. De modo que me propusieron ir con ellos, a mí me pareció estupendo y mi madre no puso objeción alguna.

En dos monovolúmenes Mitsubishi con remolque atravesamos casi toda Europa en diagonal noroeste-sureste, por las Autobahnen alemanas, hasta llegar a Horoatu, donde finalmente nos instalamos en su escuela. Nuestro contacto allí era Traian, un violinista de la capital transilvana Cluj Napoca, que los húngaros siguen llamando Kolozsvar. Traian había dado una serie de conciertos benéficos en Bélgica destinados a recaudar el dinero suficiente para comprar una ambulancia de segunda mano, de la que su pueblo carecía, y así conoció a Baudouin.

Fue una de mis primeras salidas de España y recuerdo la impresión que me produjeron los contrastes, puesto que hacía menos de siete años de la caída del muro y del fusilamiento de Ceaucescu y su mujer en Rumania, tras un juicio sumarísimo en el que su abogado de oficio pidió su condena. Me llamó la atención la uniformidad de la sociedad en las ropas, en las casas y en las calles, donde todos los coches eran el mismo modelo de Dacia, salvo un Mercedes imponente que se abría paso por el barrizal de entrada al pueblo. Aunque acababa de cumplir 15 años, los hombres del pueblo estimaron que ya podían ofrecerme su licor casero, *tuica*, similar a la *rakia* búlgara, que hacían a base de ciruelas, destilado dos veces, y que las madres utilizaban hasta para curar las heridas en las rodillas que se hacían sus hijos al caerse jugando.

Por lo reciente aún de su transición política y económica, los rumanos nos enseñaban en Cluj con más orgullo los flamantes carteles luminosos de Coca-Cola que los edificios estilo vienés que los sustentaban, o que las preciosas iglesitas ortodoxas que el régimen había dejado ocultas en los patios de manzana de colosales bloques de pisos. Recuerdo también el denso humo negro que expulsaban los viejísimos autobuses, y la emoción que me produjo montar por primera vez en un tranvía, pues pertenezco a la generación que no conoció los originales que usaron nuestros padres y abuelos por Madrid o Barcelona, pues aún no habían llegado los modernos del siglo XXI.

Al ver que mi francés, digamos con autoindulgencia, no sonaba igual que el de los belgas, los adolescentes rumanos acabaron por descubrir que en realidad yo era español, lo que nos llevó a muchas horas de conversación sobre libros de Cela o de Vázquez Montalbán, que ellos habían leído pero yo no. Muchos de los niños y adolescentes que participaban en los talleres traían cada día de su casa flores recién cortadas, tarros de miel o cestas de higos.

Pregunté a uno de ellos por la pulserita que llevaba, trenzada con hilos verde, rojo y blanco, y me contestó con naturalidad que era la bandera húngara, de donde se sentía su familia y las de muchos otros en la zona.

El viaje que hicimos dieciséis años después Tomás, Manuel y yo por la costa de Rumania y Bulgaria en realidad se gestó en el Congo, donde trabajé de 2009 a 2012. Tras haber viajado con ellos por los países del Báltico el año anterior, buscábamos hacer otro viaje por el Este de Europa ese verano en el que yo me mudaba del Congo a Australia. Se lo comenté a mi amigo Aleksander, búlgaro, en el bar que tenía en Kinshasa el rumano Grigori, donde nos juntábamos a ver los partidos del Madrid. Al más puro estilo de las relaciones búlgaro-rumanas, los dos trataron de convencerme de que todo lo bonito estaba de su lado respectivo del Danubio, frontera entre ambos países, y que del otro no había nada interesante que ver, pero sí «muchos gitanos y ladrones». Con la puerta del aseo entreabierto, y elevando su voz por encima del borboteo de su meada, Aleksander me hizo prometer que en Varna iríamos a visitar a su íntimo amigo Daniel, del que me aseguró que tenía «un corazón muy grande» y que, como él, había vivido en España.

Aterrizamos en un caluroso Bucarest, donde tratamos de ingeniárnoslas para buscar la sombra en nuestros paseos por la ciudad, lo que no siempre era fácil en las inmensas avenidas diseñadas por el megalómano Ceaucescu. De ahí fuimos con nuestro coche alquilado hacia la costa rumana del mar Negro, lugar de destierro de Ovidio en la Dacia conquistada por Trajano y, dos mil años después, la Riviera Roja en la que veraneaban y trasegaban coñac armenio los prebostes del Partido Comunista Soviético.

Desde la desembocadura del Danubio en el mar Negro fuimos bajando toda la costa, por Mamaia y Constanza, disfrutando de ruinas romanas y chiringuitos playeros. Nos divirtió mucho lo primitivo y, a la vez, efectivo que era el reclamo utilizado para llenar los bares y discotecas de la primera línea de costa: consistía en hacer circular muy despacio junto a la playa, a última hora de la tarde, un autobús descapotable en el que habían instalado unos potentísimos altavoces y donde iban montados un *dijey* y varias bailarinas en bikini. Cada discoteca tenía su autobús y poco antes de la caída del sol, cuando la gente recogía sus cosas de la playa y comenzaba a decidir sus planes para la cena y la noche, se organizaba en el paseo marítimo una verdadera caravana, que a su vez iba seguida de otra formada por mirones

hipnotizados por la música y el contoneo. Las tres noches que pasamos en Mamaia, nos fijamos en el mismo tipo, un joven sin camiseta que cojeaba ostensiblemente y que sufría lo indecible por no perder el rebufo de la caravana, mientras saludaba enérgicamente con el brazo y lanzaba besos a las chicas. La escena era muy cómica, pero dejamos de reírnos cuando uno de nosotros hizo la reflexión de que mientras él se apuraba al menos por perseguir a los autobuses de las gogós neumáticas, nosotros íbamos siguiendo instintivamente al pobre cojo.

En los restaurantes pedíamos *mititei*, unas salchichas típicas, y *sarmale*, unos rollitos de repollo, arroz y carne que luego he visto en muchos lugares de los Balcanes. Solía pedir Tomás, y así practicaba el rumano que, sin ningún motivo aparente, llevaba un par de años aprendiendo en la escuela oficial de idiomas, a pesar de las advertencias de su mujer Sarah: «Tomás, esto del rumano nos va a traer problemas».

Desde Constanza continuamos nuestro camino hacia el sur y cruzamos la frontera con intención de seguir bajando la costa del mar Negro hasta Varna. Ya del lado búlgaro, prácticamente todas las personas con las que hablamos nos preguntaron si nos habían robado en Rumania, «porque allí hay muchos gitanos y muchos ladrones». Cuando les decíamos que no, que nos había gustado mucho y lo bien que lo habíamos pasado, se apreciaba en ellos un gesto de escéptica decepción. Es curioso porque cuando, al final del viaje, cruzamos la misma frontera pero en sentido opuesto, fueron los rumanos los que nos hicieron estas mismas preguntas y los que, igualmente, no ocultaron cierto disgusto al oír que no habíamos tenido problema alguno en Bulgaria y que la experiencia había sido muy agradable.

Después de Varna continuamos rumbo al sur, pasando por Burgas y Sozopol, cuidándonos mucho de evitar ese agujero negro de *hooligans* ingleses que es el *resort* de Sunny Beach. Y cuando la costa de Bulgaria hace ya casi frontera con la parte europea de Turquía, nos dimos la vuelta y comenzamos el regreso hasta Bucarest.

Obedeciendo a Aleksander, en Varna me puse en contacto con su amigo Daniel, que insistió en que fuéramos a verlo a su casa. Nos dio la bienvenida en el patio, cubierto con un emparrado, donde habían puesto una mesa de plástico para cenar. Para recibirnos, se puso su camiseta de la selección española, que a él le quedaba como un maillot ciclista. Y es que Daniel había

sido boxeador en su juventud y, más adelante, entre otras muchas cosas, portero de discoteca. Nos presentó a su mujer, al hermano de esta, que también había vivido en España, y a su hijo, un chaval de unos 10 años, campeón local de ajedrez de su categoría, que desentonaba por su aire intelectual y reflexivo.

Durante la cena, preparada por su mujer, Daniel nos contó las andanzas de su ajetreada vida laboral en España, llevándose muchas veces la mano al corazón para enfatizar cuánto lo echaba de menos: «Me falta, me falta». Tuvo una serie de trabajos diversos, cada uno de los cuales él sabía sintetizar en una frase. Su primer empleo fue aparcar una furgoneta en el parking de Ikea y ofrecer portes a domicilio más baratos que los de la tienda: «Sofá, tercer piso; yo, subir sofá». Cuando ya consiguió regularizar su documentación, obtuvo su primer contrato, como portero de una discoteca: «Moros, no; porros, no». Y alcanzó su cénit cuando le encargaron la seguridad de uno de los mayores prostíbulos de España, que llamaba la atención por su larguísima tapia rosa que discurría en paralelo a la carretera de Madrid a Barcelona. Las chicas podían recurrir a él para lo que tenían siempre a mano un botón del pánico, que empleaban cuando algún cliente ebrio armaba algún follón o cuando surgían discrepancias sobre los precios y los servicios concretos. Es fácil entender la enorme estima que le tenían las chicas, provenientes de los cinco continentes, y la manera calurosa en la que se lo expresaban: «Me falta, me falta».

A los postres Daniel y su mujer sacaron un álbum de fotos de sus años en España donde se los veía algo más jóvenes, a él con algo más de pelo y al niño en edad de dar sus primeros pasos. Con cada foto que nos mostraban, venía su explicación. En una se los veía a los dos posando de noche en la plaza de Cibeles ante el autobús que llevaba a su barrio: «NI 6, el nuestro»; en otra ella aparecía sin mirar a la cámara frente a la sección de congelados de un supermercado: «Ahorrámás, me falta, me falta». Otra era el retrato de Daniel y cuatro amigos búlgaros, abrazados por los hombros y sonriendo; todos ellos destacaban por su gran envergadura, con sus bíceps y pectorales pugnando por estallar sus apretadas camisetas: «Mil kilogram». Y al final entramos en toda una galería de fotos hechas desde el fondo sur del estadio Vicente Calderón, donde se veía a Daniel enfundado en una camiseta del Atleti, rodeado de adolescentes con estética *skinhead*: «Cachorros de

Carabanchel, me falta, me falta».

La cena se alargó varias horas y, a pesar de que teníamos algunos problemas de comunicación, nos quedó muy clara la insistencia de Daniel en que le llamáramos si nos topábamos con algún problema. Al día siguiente Daniel quiso que conociéramos a su jefe Kiril, con quien almorzamos junto al paseo marítimo. Era un hombre menudo, delgado y educado, que no sabía nada de español, pero sí un inglés fluido. Nos habló de la transición política del 89 y de los tumbos que había dado su vida profesional hasta montar su empresa microfinanciera. Manuel le preguntó con cierta inocencia: «¿Microcréditos de cooperación al desarrollo?», a lo que Kiril respondió sorprendido: «No, créditos al consumo. Yo me encargo de la comercialización y de la contratación y Daniel, el “abogado”, se encarga de reclamar los impagos». A Manuel se le transfiguró el gesto al caer en la naturaleza usurera del negocio, de cuya organización nos contaron más detalles luego. «A veces hago un viaje en coche por el interior del país para vender los créditos y unos meses después va el “abogado” Daniel y se encarga de recobrar impagos», explicó con tranquilidad Kiril. Y Daniel añadió: «Yo generalmente llamo por teléfono y les recuerdo la deuda. Muchas veces con eso basta para que paguen, pero otras veces me toca hacer una visita en persona».

Desunciendo Bulgaria con Ivan Vazov

CASI siempre que salía a pasear, en lugar de bajar la calle Oborishte y cruzar el canal, solía subirla y entrar así en ese centro de la ciudad que es una verdadera pista de patinaje amarilla. Ese es el color de sus resbaladizos adoquines cerámicos, cuya instalación los sofiotas se empeñan en atribuir a un regalo para la boda del rey Fernando I en 1893, pese a que los historiadores ya estén aburridos de desmentirlo. Lo primero que me encontraba era la imponente catedral de Aleksander Nevski, con sus cúpulas doradas y su titánica estatura. En los Balcanes, el tamaño sí importa, y cada país pugna por que su catedral ortodoxa supere, siquiera en unos centímetros, la altura de la catedral del país vecino. Mis amigos búlgaros me informaron con orgullo de que Aleksander Nevski es algo más alta que la catedral de Belgrado, para a continuación reconocer en tono entre sombrío e indignado que «ahora los rumanos están construyendo una un poco más alta en Bucarest, ¡en pleno siglo XXI!». Junto a Aleksander Nevski suele haber puestecitos en los que venden, tótum revolútum y a precios de turista, artesanía búlgara, jerséis de punto, bordados típicos y quincalla comunista.

A continuación, siguiendo mi paseo con cuidado para no resbalar, sobre todo si había hielo o lluvia, me topaba con la iglesia de Santa Sofía, la segunda más antigua de la ciudad a la que da nombre desde el siglo XVI. Su aspecto actual de ladrillo rojo poco tiene que ver con el original del siglo V, pues sufrió numerosas destrucciones, reconstrucciones y añadidos, como

procede en las tierras de conquista, reconquista y vuelta a conquistar. En ella está enterrado el padre de las letras búlgaras, con permiso de Cirilo y Metodio, el novelista romántico Ivan Vazov, cuya obra cumbre es *Bajo el yugo*, un libro de certidumbres pétreas, donde los buenos son muy buenos, sin flaquear ni un rato, y los malos son abyectos en todo momento.

Y en la plaza que comparten la catedral y la iglesia de Santa Sofía empieza lo que parece un circuito temático centrado en Ivan Vazov y la Guerra de Liberación frente a los otomanos, dos temas que en Bulgaria suelen ir de la mano: quien habla de esa guerra cita a Vazov, quien cita a Vazov rememora la guerra. En uno de los costados de la iglesia de Santa Sofía se encuentra la tumba del soldado desconocido, con su llama eterna y tierra de Stara Zagora y del Paso de Shipka, lugares de sendas batallas en los montes Balcanes. Grabado en este monumento, construido en 1981, se encuentra un breve poema de Vazov que ensalza a quienes murieron por Bulgaria, ante el que hoy hacen ofrendas florales los mandatarios extranjeros en visita oficial y los embajadores el día que presentan sus cartas credenciales.

Desde estas dos magníficas iglesias, bajaba unos metros por la calle 15 de Noviembre, que conmemora la fecha de una batalla victoriosa de los búlgaros contra los serbios en 1885, hasta llegar a la plaza donde se encuentra la Asamblea Nacional. Frente a este edificio neorrenacentista uno se topa con la estatua del zar Alejandro II de Rusia, al que llaman Tsar Osvoboditel, el Zar Liberador, por la victoria de su país en la guerra de 1877-1878 contra Turquía. Con esa victoria liberó a cristianos ortodoxos, como los búlgaros, del «yugo otomano» o, si se quiere, los desunció del turco, convirtiendo a su vez a los recién creados reinos en vasallos de Moscú, al tiempo que se aseguraba una salida para la flota de guerra rusa del mar Negro anclada en Crimea.

La estatua ecuestre del zar ruso permaneció intacta incluso en la Bulgaria comunista, mientras que en la URSS no dejaron ni un Romanov en su pedestal. Y es que Alejandro II llegó a tener más predicamento entre los búlgaros que entre los rusos. Igualmente nombraron Tsar Osvoboditel a la calle principal de Sofía, también adoquinada de amarillo. Esta avenida es continuación de la que se extiende más allá del puente de las Águilas, que durante el comunismo se llamó bulevar Lenin, pero que ha recuperado su

tradicional denominación de Tsarigradsko Shosé, un nombre que merece ser analizado: *Shosé* es como *chausée*, calzada en francés, y en *Tsarigradsko* podemos identificar dos palabras, *Tsar* —rey— y —ciudad—, más el sufijo *sko*, que convierte esta última en un complemento del nombre. El resultado final es la Calzada de la Ciudad del Rey. ¿A qué ciudad y a qué rey nos estamos refiriendo? Pues nada menos que a la antigua Constantinopla, donde tenía su corte el sultán otomano. Y es que Tsarigradsko Shosé sale del centro de la ciudad hacia el sureste para convertirse en la carretera que lleva a Estambul, pasando por Plovdiv y Edirne, a la que los griegos siguen llamando Adrianópolis. Así que tenemos una estatua que glorifica a un zar ruso en la avenida cuyo nombre eslavo rememora el camino hacia la corte del sultán otomano, pero que durante medio siglo honró al camarada Lenin, lo que nos da una idea del cruce de caminos y del tablero de ajedrez que Bulgaria, como el resto de los Balcanes, supuso, entre otros, para estos dos imperios.

Llevaba apenas cuatro meses trabajando en Bulgaria, descubriendo estas sutilezas que, en ocasiones, hacen que Sofía recuerde a la capital regional de un Imperio, ruso o turco, cuando el 24 de noviembre de 2015 se produjo el derribo de un caza ruso Sukhoi Su-24 por parte de un F-16 turco, en plena guerra de Siria. En España diría que los análisis fueron de la apatía a cierto exotismo por lo remoto que sonaba, tanto en el tiempo como en el espacio, la posibilidad de un conflicto ruso-turco. Pero en Bulgaria se vivió con verdadera angustia la escalada diplomática que siguió al incidente aéreo. Y es que a los búlgaros no les sonaban tan extrañas las guerras entre sus dos poderosos vecinos, libradas en parte en su territorio, como para tomar ese incidente a la ligera. A la postre, otras consideraciones geopolíticas y juegos de intereses hicieron que rusos y turcos rebajaran la tensión y evitaran el conflicto armado, para gran alivio de Bulgaria, donde existen fuertes grupos de presión proturcos y prorrusos, incluidos empresas, medios y partidos políticos.

En este paseo que estoy describiendo poco a poco, y casi sin salir de la misma manzana, solía avanzar por Tsar Osvoboditel unos metros hacia el centro y me topaba con la pequeña pero bellísima iglesia rusa, que es ortodoxa como las búlgaras, pero mantiene su obediencia al patriarca de Moscú. Con sus cupulitas doradas en forma de cebolla, se inauguró en 1914

con el propósito de servir como capilla de la embajada rusa. La iglesia rusa hace esquina con la calle Georgi Rakovski — en honor al escritor romántico y líder revolucionario en las fases iniciales de la liberación—, que cruza Osvoboditel y en cuya esquina con la siguiente paralela, la calle Moscú, se encuentra el Club Pushkin, en los bajos del edificio que albergó la primera embajada rusa y que aún hoy es sede de una delegación del ayuntamiento de Moscú.

Entre todas estas referencias a la liberación búlgara de los otomanos y al papel que desempeñaron en ella los rusos, hago un alto para señalar otras dos que nada tienen que ver, pero que se encuentran en ese tramo de la calle. Me refiero a las embajadas de Austria y de Italia, contiguas una de la otra, dos magníficos palacetes que fueron concebidos como pabellones de caza reales, y que desde hace más de un siglo albergan sendas cancillerías y residencias de embajadores. Lo curioso es que después de la Primera Guerra Mundial los italianos, que ganaron la contienda, impusieron a los austríacos su intercambio, y a estos les tocó ceder a regañadientes su embajada, que era la más grande y lujosa de las dos. La otra referencia es que justo delante de ellas se encuentra el gimnasio al que fui durante mis tres años en Sofía, un antiguo local de *striptease*, o quizá algo más que eso, que no cambió apenas la decoración para su conversión en gimnasio. De modo que allí sudábamos rodeados de mármol negro, espejos y espesos cortinajes de terciopelo granate, bajo una bola giratoria de discoteca, al ritmo que marcaba el *dijey* desde su cabina, junto a la barra repujada en cuero donde los cachas ya no invitaban a güisquis a las señoritas, sino que se surtían de barritas energéticas y de batidos de proteínas. Al parecer, antes de su conversión en gimnasio, el club era uno de los especializados en desplumar a turistas pasados de copas, algunos de los cuales terminaban por llamar al teléfono de emergencias consulares que está de guardia veinticuatro horas, incluidos los fines de semana.

Si no te has perdido entre el enroque de embajadas y el prostíbulo reconvertido en gimnasio podrás seguir el itinerario que solía hacer, los apenas doscientos metros de calle que llevan, pasando el Club Militar, hasta la plaza de Battenberg, donde se encuentra el Palacio Real. La plaza debe su nombre a que el primer monarca de Bulgaria fue Alejandro José de Battenberg, sobrino del zar ruso Alejandro II, a quien su tío instaló en el

trono. Sin embargo este reinado apenas duró siete años, pues Alejandro José, acosado por la impopularidad y algunos complotos contra él, se vio compelido a abdicar. Lo que es menos conocido es que el trono bien pudo haber recaído en una familia hoy nada vinculada con Bulgaria, sino con Canadá. El politólogo liberal canadiense Michael Ignatieff, que fue candidato de su partido a primer ministro y que hoy dirige la Universidad de Soros en Budapest, es bisnieto del conde ruso Nikolai Ignatieff, que puso fin a la guerra ruso-turca con su firma del Tratado de San Stefano. Este hecho le granjeó tal popularidad entre los búlgaros que consideraron ofrecerle la corona, aunque finalmente acabó recayendo en la dinastía de los Sajonia-Coburgo.

Este Palacio Real que tantos pretendientes tuvo alberga desde la abolición de la monarquía la Galería Nacional, y mira de frente a un fantástico parque, en uno de cuyos lados se asienta el Teatro Nacional Ivan Vazov, un edificio neoclásico pintado de un granate llamativo, también con múltiples añadidos y reconstrucciones. Aunque inicialmente no llevaba el nombre de Ivan Vazov —se llamaba solo Teatro Nacional—, se da la circunstancia de que la primera obra que se representó en él sí fue de Vazov, y trataba, una vez más, sobre la liberación del dominio otomano.

Sentado plácidamente sobre la hierba, rodeado de árboles y frente a su Teatro Nacional, volví a abrir mi edición de bolsillo de la obra de Vazov. En un momento en el que tanto las novelas como las películas y series de televisión hacen tanto énfasis en los giros inesperados del guion, los *cliffhangers*, los personajes poliédricos y las tramas retorcidas, debo reconocer que la lectura de *Bajo el yugo* me resultó un verdadero masaje. No hay sorpresas ni sobre la trama ni en cuanto a lo que deparará el destino a los protagonistas, ya que desde el principio queda claro que la insurrección antiturca que están tramando es el levantamiento frustrado de abril de 1876, por lo que uno puede esperarse su trágico final. Pero es que esta literatura romántico-patriota no ofrece siquiera concesiones estéticas: pese a siglos de convivencia, y puede asumirse que de mestizaje, todos los turcos descritos tienen rostros feos, desagradables o de malvados, hasta cuando realizan tareas rutinarias, mientras que los búlgaros son guapos, nobles o, al menos, bonachones, con la única excepción de esa casta de búlgaros que decide colaborar con el poder opresor, que, estos sí, se vuelven horrendos.

De modo que, teniendo claro desde el comienzo el triste destino de los protagonistas y sin esperar arcos dramáticos de los personajes, lo mejor es inclinarse y dejarse llevar por las cuatrocientas páginas[11] de magníficas descripciones y relato costumbrista, además de la trágica historia de amor entre el joven revolucionario Ognianov y la maestra del pueblo Rada.

De entre los buenos, es decir, de entre los revolucionarios búlgaros, solo hay un personaje que introduce algún matiz ideológico al unánime nacionalismo romántico, y es el joven Kondov, de ideas socialistas. Sin embargo, es convenientemente ridiculizado por ello como un intelectual utópico, medio frívolo y alejado de necesidades y prioridades del pueblo.

Por seguir marcando la cercanía que siente el búlgaro con Rusia y por su referencia a España, destaco este diálogo que tiene lugar al principio de la novela, cuando una familia búlgara está reunida después de la cena y el padre pide a uno de sus hijos que cuente, para que lo oigan sus hermanos, de qué ha tratado la lección que ha enseñado ese día el maestro en la escuela:

—De la guerra de Sucesión de España.

—¡Ah! ¿De los españoles? Déjalos, están muy lejos. Dinos algo de Rusia.

—¿Qué? —preguntó Vasili.

—Por ejemplo algo sobre Iván el Terrible o sobre Bonaparte, que incendió Moscú».

En los pasajes finales de la novela, cuando ya se hace el balance trágico del levantamiento frustrado, vuelve a haber una referencia a España, y en concreto a la guerra de Independencia contra Napoleón: «¡Y cuántos mártires, cuántos muertos! Sí, y ¡qué heroísmo! Perushtitsa fue como Zaragoza. Pero a Perushtitsa no la conoció la historia». Y concluye: «porque la historia, esa vieja cortesana, se inclina ante el éxito». Es cierto que la historia la escriben los vencedores y que las victorias eclipsan las derrotas, pero Ivan Vazov hizo una elección bien distinta: cuando escribió *Bajo el yugo* en su exilio de Odesa entre 1887 y 1888 hacía ya una década exacta de la victoriosa Guerra de Liberación búlgara y, sin embargo, prefirió que el tema de la misma fuera el levantamiento frustrado del año anterior a esta. La Historia la escriben los vencedores, pero las derrotas las novelan los escritores románticos.

Terminaba mi paseo de exaltación patriótica búlgara regresando a mi casa en la calle Oborishte, que toma el nombre de la aldea de montaña cercana a Panagyurishte, donde se reunían los revolucionarios para coordinar los levantamientos contra los otomanos. Y ya en el salón entraba en calor con un té moruno, que acompañaba con un empalagoso *baklava* búlgaro que en nada desmerece al que te puedes tomar en el barrio hípster estambulita de Galata.

El legado y el vecino turco

CONVIENE recelar cuando un compañero te señala como principal virtud de un puesto que esté cerca de algo. Ya piqué una vez y acabé tres años en la soporífera Canberra, solo porque estaba cerca de Sídney. En el caso de Sofía, es común señalar que está a una distancia que permite hacer escapadas de fin de semana a Belgrado, Bucarest, Salónica, Skopje o a Estambul. Aunque no fueron estos cantos de sirena los que me hicieron optar por Bulgaria, sino el interés que me producía tanto el trabajo como la vida en ese país, que es donde efectivamente iba a residir, reconozco que sí que me permitió conocer estas ciudades mejor, verlas en distintas estaciones del año y casi generarme la falsa sensación de que también vivía un poco en ellas. De todas, mi preferida terminó siendo Estambul, una ciudad en dos continentes, de múltiples nombres, todos evocadores — Bizancio, Constantinopla o Tsarigrad— y, como capital de diversos imperios sucesivos, punto de encuentro de gentes muy variadas, lo que tiene un reflejo en sus facciones, pero también en la propia arquitectura y diseño de la urbe.

Esa diversidad entronca con el hecho de que desde la ribera del mar de Mármara, que une el mar Negro con el Egeo entre los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos, se regían los designios, durante el Imperio bizantino, de súbditos que vivían en zonas tan alejadas como el norte de Egipto, Oriente Medio o los Balcanes, y, aún más durante el Imperio otomano, extendiéndose desde la península arábiga hasta las puertas de Viena. A ratos se asemeja sin serlo a una ciudad árabe; otros, a una europea, pero lo que nunca deja de parecerme es la capital misma de los Balcanes.

Estambul es la suma de Belgrado, Sarajevo, Sofía, Salónica, Plovdiv..., por cuyas calles empinadas de adoquines se cruzan personas de ojos claros y los pómulos prominentes comunes entre los eslavos del sur, con gentes de tez oscura, cabellos ensortijados y ojos de color ojo, vamos, marrones.

Cuando aún llevaba el nombre del emperador Constantino, Estambul fue la retaguardia del Imperio romano nada menos que durante los mil años que pasaron entre la caída de Roma a manos de los bárbaros y la conquista de Constantinopla por las huestes del sultán Mehmet II. El Imperio romano de Oriente sobrevivió un milenio al de Occidente, así que, por así decirlo, Constantinopla fue romana mucho más tiempo que Roma.

Además de recorrer sus calles y pasar de un bazar tradicional a una manzana de rascacielos, hay otra manera —y fue mi preferida— de vivir la esquizofrenia estambulita entre dos continentes y la pugna entre modernidad y tradición: leer, precisamente en Estambul, el primer libro de Orhan Pamuk, *Cevdet Bey e hijos*. Pamuk novela el sueño kemalista, burgués y europeo de tres generaciones de su propia familia y hace especial hincapié en los cafés, en las modernas compañías del ferrocarril o en la prensa internacional que se vendía en los *lobbies* de los hoteles, como si quisiera desterrar el elemento asiático de la ciudad. Huye del orientalismo, como denunciaba Edward Saíd, pues lo que verdaderamente convierte al «otro» en oriental es la mirada del occidental. Aunque el Nobel turco, ahora más cercano a una prosa posmoderna, reniega un poco de su estilo decimonónico de juventud, la novela es magnífica y sirve además de crónica de dos tercios del convulso siglo XX en su país.

Estambul luce con orgullo la tradición y la combina, casi insolente, con la modernidad de su ciudad financiera y sus nodos de comunicaciones. En Estambul he hecho escala para ir a sitios tan distantes como Nepal, el Congo o Georgia, y es que en relativamente poco tiempo la compañía de bandera, Turkish Airlines, ha abierto tantas conexiones internacionales que ha dejado pequeño el gigantesco aeropuerto de Estambul, donde se acaba de inaugurar otro flamante, al gusto de los de sus vecinos y competidores del Golfo Pérsico.

A quien haya estudiado Derecho internacional igual le sonará que hay solo dos estrechos del mundo a los que no se les aplica las normas generales de derecho del mar, y son precisamente el Bósforo y los Dardanelos, entrada

y salida del mar de Mármara, que a su vez une las aguas cálidas del Mediterráneo con las menos templadas del mar Negro. En jerga jurídica se les conoce como los estrechos regidos por convenciones de larga data, refiriéndose a la Convención de Montreux de 1936, que especifica en qué condiciones pueden atravesarlos los buques de guerra de los distintos países. En una recepción en Varna —ciudad costera al norte de Bulgaria—, me resultó muy curioso conocer a una oficial jurídico militar embarcada en el buque de la armada canadiense HMS St. John, que acababa de realizar unas maniobras de la OTAN en el mar Negro junto con la fragata española F-102 Almirante Juan de Borbón.

Era una joven de origen polaco que ya pertenecía a la marina cuando cursó estudios de Derecho y que, posteriormente, ingresó en el cuerpo jurídico militar. Conversamos largo rato a varios grados bajo cero, pues los canadienses decidieron organizar la recepción en la cubierta del barco una noche de febrero y con la brisa y la humedad del mar Negro. Mientras la escuchaba, yo movía de vez en cuando los dedos de los pies para asegurarme de que seguían a mis órdenes, ante el efecto inane que unas estufas exteriores surtían contra el viento helador.

—No pensaba que un oficial jurídico militar trabajara a bordo; os imaginaba tras un escritorio contestando consultas, pero no a pie de obra.

—En realidad, no es lo habitual, pero tratándose del mar Negro y teniendo que atravesar los estrechos turcos..., es mejor así. El mar Negro es una región con normas muy precisas, que conviene conocer. Es muy importante no cometer errores al atravesar los Dardanelos y el Bósforo. Además, el fenómeno de los barcos con inmigrantes plantea también dilemas jurídicos a un buque de guerra sobre cómo reaccionar y qué estatus jurídico darle a los rescatados.

—Claro, la horquilla va desde náufrago hasta refugiado, pasando por polizón.

—De todas formas, no es para tanto, el grueso de mi trabajo consiste en sacar de apuros a nuestros marineros que se meten en broncas cuando atracamos en algún puerto y se pasan con el alcohol.

Que el Bósforo suponga una excepción al derecho del mar, regido por una convención de larga data, es decir, por un cierto arcaísmo, refuerza el contraste con el hecho de poderlo cruzar por debajo en un metro de última

generación. La línea de tren Marmaray une las dos partes de Estambul y, con ellas, los continentes europeo y asiático en pocos minutos. Las caras de mis compañeros de vagón, turcos que lo usan a diario, denotaban la rutina y el sueño propios de quien va o vuelve del trabajo, pero yo, que lo he tomado solo esa vez, no podía parar de pensar lo que suponía cruzar en metro de un continente a otro, como si montaras en una estación en Algeciras y salieras en Tánger.

En el barrio de Galata, subiendo la voz por encima del chirrido del tranvía, conversan los clientes de una cafetería, tomando unos té moruno, y otros, café turco, mientras que en la mesa de al lado fuman *shisha* y beben el yogur aguado que en Bulgaria llaman *airán*. Si estos alzan la mirada, verán cómo aquí y allá intentan despuntar entre el tupido bosque de minaretes una columna romana, el tejado de una sinagoga o el campanario de una iglesia. Los viandantes alternan ropas occidentales (como esas gafas de sol que los españoles admiramos en los italianos, pero con las que no nos atrevemos, taconazos de vértigo, escotes prominentes y vestidos ajustados) con las cada vez más frecuentes túnicas y piadosos hijabs. Las barbas hípsteres y las de los islamistas, el fez y la gorra de béisbol, la mano que juega como autómatas con el iPhone o con el *tasbih*, el equivalente musulmán del rosario cristiano. A veces todo mezclado, la misma mano agarra el iPhone y el *tasbih*, unas Nike plateadas asomando bajo la chilaba, sombra de ojos multicolor en la ranura del rostro que deja a la vista un oscuro niqab.

De vez en cuando la mirada se topa con una persona que cruza la acera frente a nuestro café. En primera instancia parece un turista cualquiera, pero hay algo que no nos termina de cuadrar. Es la estampa cada vez más común de un occidental cuarentón o cincuentón que, móvil en mano, fotografía monumentos y callejuelas, tocado con un extraño turbante que cubre su nuca pero deja al aire su cuero cabelludo salteado de puntos rojos. Si bien la primera reacción es asociarlo con alguna secta desconocida, lo cierto es que son calvos que han ido a Estambul a dejar de serlo. En la ciudad del Bósforo proliferan las clínicas de implantes capilares que, por su buena relación calidad precio, atraen a pelones del mundo entero. La intervención consiste en extraer folículos pilosos de la nuca —por eso la necesidad de cubrirlo con una venda que parece un turbante— para a continuación implantarlos uno a uno en la coronilla —de ahí los misteriosos puntitos rojos—. Al parecer, no

es una operación muy compleja, pero sí muy laboriosa, por lo que los reducidos sueldos turcos hacen muy competitivas a estas clínicas. Y son tantas las que incluyen en su oferta de tratamiento un paquete turístico con vuelo y hotel que resulta muy común encontrarse después a los excalvos paseando su embrión de cabellera por mezquitas, palacios y bazares.

Nada más llegar a Sofía de ese primer viaje a Estambul en el que descubrí el asunto de los implantes capilares, se lo comenté de broma a mi amigo Manucho, diplomático y pianista argentino de enorme sensibilidad y sentido del humor, pero que vivía mortificado por su alopecia rampante. Él ya lo conocía y, utilizando mi ordenador, me enseñó en Google un par de clínicas. «¿Sabés qué?», me preguntó retórico Manucho. «Voy a romper el chanco[12], voy a ir a Estambul y les voy a decir: ¡ponémelo todo en pelo!».

Desde entonces, hasta cuando leo las noticias por internet gran parte de la publicidad que me sale es de tratamientos capilares, con el cautivador método de comparar la foto del antes y el después. Y así, leyendo el periódico y aguantando el bombardeo de *banners* y anuncios, es muy difícil no suggestionarse con que a uno también le empiece a clarear la cocorota.

Regresamos a nuestro café y seguimos permitiendo que nuestra mirada distraída vuele libre. Y si en lugar de alzar la vista hacia el *skyline* o hacia los vendajes de nuca lo que hacemos es reposar los ojos aleatoriamente en un punto, son muchas las probabilidades de que nos devuelva la mirada el gesto grave de Mustafá Kemal Atatürk, padre de la nación turca, presente en monumentos, postales, retratos y sellos. Me hacía gracia cómo miraba Atatürk desde los billetes de lira turca: mientras que en los de menor denominación, los de una lira, estaba de lado, hacia la izquierda, a medida que subía el valor —cinco, diez, veinte, cincuenta, cien—, se iba girando gradualmente hacia quien portara el billete, hasta casi hacer un guiño de frente al portador del billete de doscientas liras.

Al ver cómo me mira el Atatürk de los billetes, medio guasón, bajo unas cejas espesas y con un aire de dandi que le asemeja al Drácula que Bela Lugosi interpretó en 1931, sonrío al acordarme del incidente diplomático que casi creé un par de años antes, cuando aún estaba en Canberra. Dos o tres veces fui a jugar allí al tenis con el agregado de defensa de la embajada turca en Australia, un tipo educadísimo, que me sacaba casi veinte años, pero en buena forma y mucho mejor tenista que yo. Pese a que nos conocíamos por

trabajo y por haber coincidido en algún evento, tampoco se puede decir que fuéramos amigos ni había una especial confianza. Por eso, cada vez que un mal golpe mío mandaba la bola a la red, yo evitaba soltar algún taco o una expresión malsonante que él pudiera entender en inglés, optando por decir en español un muy cándido: «¡Qué mal!». Pero pasaban los minutos y yo seguía mandando bolas a la red y diciendo «¡Qué mal!», unas veces mirando hacia el suelo y otras hacia el cielo. Terminado el set, el militar turco se acercó lentamente hacia la red y me preguntó en tono suave, pero con el gesto serio: «What do you mean by Kemal?». Por fortuna, así tuve ocasión de explicarle que mi frustración tenística nada tenía que ver con el padre de la nación turca, por quien, de hecho, comparto la misma admiración que le profesan — ¿o profesaban?— la mayoría de los militares turcos.

En Sofía pude dar rienda suelta a mi mitomanía por Atatürk, un tipo capaz de vencer a enemigos internos y a ocupantes externos, fundador de la moderna y laica república turca. A mi juicio, pertenece a esa categoría extremadamente selecta de individuos como Mándela, capaces de cambiar por sí mismos el curso de la Historia y de hacerlo para bien.

Digo que pude empaparme de la figura de Atatürk en Sofía porque fue durante un par de años agregado de defensa de la embajada turca en Bulgaria. Apenas aterrizado en Sofía, realicé una visita de cortesía a mi colega turco, que me enseñó la puerta original de la casa en la que vivió Mustafá Kemal Atatürk, que estaba donde ahora se encuentra la embajada. En la Segunda Guerra Mundial el edificio fue bombardeado, pero salvaron la puerta, que exponen en el rellano del segundo piso junto a un retrato suyo. En la que sigue siendo la residencia del embajador, un magnífico palacete color salmón en el centro de la ciudad, guardan el escritorio y otros objetos personales de Atatürk, y cada vez que entraba allí por motivos de trabajo me entretenía un rato curioseándolos.

Los apenas dos años que vivió en Sofía, 1913 y 1914, debieron de ser para Atatürk un bálsamo, un feliz paréntesis entre el fin de la segunda guerra de los Balcanes y el inicio de la Primera Guerra Mundial. En esta última le tocó liderar las tropas turcas en la batalla de Gallipoli frente a los británicos y, sobre todo, los ANZAC[13], el contingente conjunto de tropas australianas y neozelandesas, que murieron como chinches intentando desembarcar por una zona acantilada mientras los soldados de Atatürk les disparaban desde

arriba. En Sofía cambió el traje de campaña por el esmoquin, disfrutó de la paz y de los usos diplomáticos tardoimperiales, con frecuentes recepciones, cenas de gala y recitales benéficos de piano. En uno de ellos conoció a su novia, la búlgara Dimitrina Kovacheva, once años más joven que él, cuya mano pidió dos veces y dos veces le fue negada por su padre, el general Kovachev. Duros tiempos, en los que ni como general victorioso ni como fundador de una moderna república conseguía uno ablandar el corazón de un suegro renuente.

Y desde Sofía pude viajar con facilidad a Edirne, la ciudad turca más cercana a Bulgaria, a la que los griegos se siguen refiriendo como Adrianópolis, en honor al emperador romano nacido en Sevilla. Edirne se encuentra en la región europea de Turquía, a pocos kilómetros de las fronteras búlgara y helena, en ese confín del continente que deja de ser Europa sin llegar a convertirse en Asia. Hasta su reconquista para los turcos por Atatürk en la segunda guerra de los Balcanes (1913), estuvo dominada en distintos periodos por cada uno de estos pueblos —turcos, griegos y búlgaros—, pero también por romanos, tracios, rusos y hasta cruzados en ruta hacia Tierra Santa.

Desde el desmoronamiento del Imperio otomano, pasaron a enfrentarse entre sí las distintas naciones cristianas nacidas o renacidas en los Balcanes que habían combatido unidas contra Constantinopla. Todas aspiraron a hacer coincidir las fronteras políticas de su nuevo estado con las de su Iglesia ortodoxa nacional y con el mapa de hablantes de su idioma, sin reparar en que sus comunidades religiosas y lingüísticas respectivas no formaban un *continuum* espacial, sino más bien un moteado intermitente. Tras las guerras de emancipación vinieron las guerras balcánicas, separadas por poco más de un año entre sí, y antesala a su vez de la Primera Guerra Mundial, que comenzó, también en los Balcanes, transcurrido apenas otro año. En ese periodo, las alianzas se hicieron y se deshicieron, las fronteras avanzaron y retrocedieron; cada nación balcánica tuvo sus quince minutos de fama y amplió efímeramente su territorio hasta denominarse a sí misma «la Gran...», seguida del nombre del país.

Quienes pagaron el pato de este trasiego de fronteras fueron los miles de desplazados que se vieron obligados a abandonar sus hogares de siempre, ya que en ese momento pasaban a formar parte de un territorio enemigo. En su

patética huida, griegos de Bulgaria se cruzaban con búlgaros de Grecia, o con musulmanes que habían sido expulsados de sus pueblos antaño otomanos. Quien más gráficamente ha descrito el drama que supuso este «intercambio de poblaciones» es Kapka Kassabova[14], cuando aborda en uno de sus ensayos el absurdo de que cientos de miles de personas dejaran atrás sus vidas y la tierra de sus ancestros para dirigirse a un país desconocido, que se suponía que es al que pertenecían en ese momento, donde ocuparían la casa a su vez abandonada por otros infelices, también pobres y balcánicos, y donde encontrarían los cacharros de la cocina aún calientes. Como amargo guiño a la historia repetida, nunca terminada como sugiere Francis Fukuyama, un siglo después cientos de miles de refugiados sirios han sido los que han recorrido a pie esos mismos caminos polvorientos rodeados de olivos, huyendo de otro conflicto absurdo, en el que se enfrentan, como en planos separados, actores locales y potencias mundiales.

La migración forzada por las guerras balcánicas ni siquiera cumplió su objetivo cicatero de dejar a cada uno en su sitio o a su oveja con su pareja, ya que todos los países de la región, en mayor o menor medida, siguieron siendo diversos. Eso, desde una perspectiva nacionalista, suponía a la vez interpretar que en el estado propio había quintacolumnistas del vecino, y que en el del vecino había compatriotas que esperaban a ser liberados mediante la anexión del territorio en el que vivían. Este fenómeno, la balcanización, reverdecida en Yugoslavia a finales del siglo pasado, terminó por cristalizar ya como definición misma y en cualquier latitud de todo proceso de fragmentación y enfrentamiento entre comunidades. En el caso concreto de Bulgaria, al sinsentido de las guerras balcánicas se añadió la pérdida de varios territorios fronterizos, por lo que al interpretar este capítulo de la historia tiende a reservarse a sí misma el papel de víctima de la codicia de sus vecinos.

Al cambio de color con el que son reflejados en el mapa los nuevos limes han asistido impasibles los olivos centenarios de Edirne, cuyas profundas raíces buscan agua y alimento en la tierra de todos y ofrecen su fruto al que en ese momento los labra. Sin embargo, la población no se muestra indiferente, sino todo lo contrario, a esas transformaciones: los turcos de Edirne veneran a Atatürk por haber retomado la ciudad de manos de los búlgaros. Como en el resto del país, su rostro está en todas partes e incluso hay un museo municipal en su honor en la casa que le sirvió de residencia,

donde se conserva su habitación con muchos efectos personales y documentos.

En la colina en la que se produjo la principal batalla de la segunda guerra balcánica se alza un museo conmemorativo de ella. Desde lo alto se divisa casi toda la ciudad, con sus alminares apuntando al cielo azul como púas de erizo y los feos bloques de apartamentos de las afueras. El acceso está vigilado por soldados uniformados y, con sus búnkeres, trincheras y sacos terreros, en todo momento da la sensación de ser más un recinto militar que un espacio cultural. La exposición consta de uniformes, armas, mapas, objetos de época y paneles explicativos que el visitante tiene que admirar entre los sobresaltos que le generan los cañonazos y gritos desgarradores que reproduce la megafonía. Al comisario de la exposición le debieron de dejar claro quiénes tenían que aparecer como los malos de la película. No solo es que figure «crueldad búlgara» como pie de foto de matanzas o escenas bélicas, sino que aparece también junto a imágenes costumbristas de reuniones familiares o de niños jugando en una plaza.

Otra razón por la que los vecinos de Edirne mitifican a Atatürk, que pasó allí algunos periodos en las décadas de los años diez, los veinte y los treinta del siglo pasado, es por su identificación con la modernidad, el progreso, los derechos de las mujeres y la laicidad. Este pueblo europeo y cosmopolita desea defender esos valores a ultranza frente a las tendencias más conservadoras e islamistas predominantes entre sus compatriotas del ámbito rural o del interior de Anatolia. Precisamente esa era la partida que se jugaba el fin de semana que lo visité, ya que el domingo 16 de abril de 2017 se celebró el referéndum que validaba enmiendas constitucionales introducidas por el presidente Erdogan, del partido islamista[15], cuyos largos mandatos, primero como jefe de Gobierno y después como jefe de Estado, son vistos por los laicos como un socavamiento progresivo del legado ataturkista.

Salí de Sofía el viernes 14 y crucé la frontera por el paso de Kapitan Andreevo, que casi hace de frontera triple con Turquía y Grecia. La fila de camiones que esperaba entrar en Turquía alcanzaba varios kilómetros. Ese viernes, además de efeméride de la Segunda República, era Viernes Santo y algunos miembros del partido de Erdogan habían anunciado que el presidente acudiría a rezar a la mezquita de Santa Sofía de Estambul. Este magnífico templo, el más simbólico de toda Turquía, comenzó siendo una iglesia

cristiana y una basílica bizantina, convertida en mezquita con la conquista de Constantinopla y finalmente, desde 1934, transformada en museo por Atatürk. Casi nadie veía como un gesto inocuo que el presidente acudiera al rezo musulmán en un museo, antigua iglesia y mezquita desacralizadas, justo en Viernes Santo y dos días antes de un referéndum que muchos turcos vivían como un plebiscito sobre la laicidad de la república. Hubo reacciones contrarias en Turquía, pero también entre comunidades cristianas como la búlgara y la griega, que mostraron su disgusto, por lo que a última hora hubo cambio de planes y se evitó esa escena polémica.

Apenas llegado a Edirne, y después de una ducha rápida y de dejar las cosas en un hotel normalito, pero llamado Edirne Palace, me dispuse a visitar los principales monumentos. Aparte del Museo de las Guerras Balcánicas, el de la crueldad búlgara, que está en lo alto de una colina, todos los demás son fácilmente accesibles a pie.

Son impresionantes las dos mezquitas del centro, muy cercanas una de la otra. La que comúnmente llaman la mezquita antigua la comenzó a construir en el siglo XV el emir Suleimán y fue concluida por su hermano, el sultán Mehmet I. Su patio central es un remanso de paz al que apenas llega como un murmullo el bullicio que reina tras sus espesos muros, en la plaza del mercado, donde los ciclomotores esquivan puestos de fruta y a vendedores de carcasas de móviles, mientras unos viandantes compran un *baklava* chorreante de almíbar y un artesano intenta pegar una buena clavada a una turista alemana por una artesanía de cuero.

La otra, la de Selimiye, es aún más grande y majestuosa. Su construcción entre 1566 y 1574 fue encomendada a Mimar Sinan, el arquitecto más prestigioso del Imperio otomano, en conmemoración de la conquista de Constantinopla un siglo antes. Desde 2011 es patrimonio de la Unesco y sus altísimos minaretes tuvieron que ser reconstruidos, una vez más por el factótum Atatürk, tras el huracán que los derribó en 1930. Sus múltiples boveditas azuladas son parecidas a la mezquita que se encuentra en el Museo de la Salud, un precioso complejo arquitectónico del siglo XV, un poco alejado del centro, que funciona desde entonces como hospital y que ahora alberga la Facultad de Medicina de la Universidad de Tracia. La parte de museo, reconstruida recientemente y con notable espíritu divulgativo, recurre a maniqués y monigotes que recuerdan un poco a Cortylandia y lo hacen un

poco ridículo. Pero este enfoque museístico me regaló la imagen de familias tradicionales de turistas del interior de Turquía, con mujeres con velo y hombres bigotudos con pantalones de tergal marrón, admirando junto a sus hijos las recreaciones de técnicas médicas de hace varios siglos y que bien podrían pasar por prácticas de tortura.

Me resultó emocionante ver la gran sinagoga amarilla de Edirne. Fue construida en 1907, cuando un incendio destruyó la docena de pequeñas sinagogas que existía, y restaurada un siglo y pico después. No podía evitar imaginar a todos esos judíos sefardíes, aún furiosos por la quema de sus pequeños templos, discutiendo en ladino sobre cómo edificar la nueva y gran sinagoga común. Debió de ser un reto enorme para ellos dejar de lado sus diferencias, pues ya se sabe el dicho de que donde haya dos judíos habrá tres sinagogas.

Después de tres o cuatro horas de paseo entre monumentos y templos decidí hacer un alto para comer algo en una terraza, aprovechando los últimos instantes de un día luminoso y templado de una primavera largamente esperada entre nieves y lamentos.

Descartado el *Shkembe chorbá saló*, que servía los mismos callos picantes en salsa de yogur que pueden tomarse en cualquier taberna búlgara, así como los numerosos restaurantes de doner kebab y las panaderías con *burekas*[\[16\]](#) y *baklava*, acabé entrando en un patio de manzana que hacía las veces de terraza de bar. Estaba rodeado de edificios por tres lados, pero por el cuarto se abría una buena vista del centro de la ciudad, un poco menos elevada. Tardé unos minutos en reparar que todas las demás mesas estaban ocupadas por un solo hombre cada una, tomando cerveza Efes y comiendo la tapa de cacahuets de cortesía. Por un momento podría haber pasado por parroquiano del lugar, ya que eso mismo pedí yo, pero luego ya quedé en evidencia al ser incapaz de hacerme entender para pedir comida al camarero, que pese a su juventud solo hablaba turco. Al cabo de un rato se apiadó de mí un señor de una mesa de al lado, que me tradujo al inglés el menú del día. Platos de pimientos asados, salchichas y hamburguesas a la parrilla similares a las *kiufteti* y *kebabchi* búlgaros, pero cambiando cerdo por cordero. Todo me resultaba familiar y apetecible, con la excepción de la tapa de hígado frito y crujiente que luego supe que es la estrella del picoteo en Edirne. Cuando ya abandonaba el patio, rebosante de pimientos, berenjena, ensalada, salchichas

de cordero y cerveza Efes Pilsen, salió disparado del interior del bar un señor con un mandil, que inició un breve y cómico diálogo:

—*Danke schön.*

—*Bitte schön.*

—*Es geht mir gut*[17].

Además del tiempo climático, me interesaba pulsar la temperatura del ambiente político. Como si uno fuera hijo del otro, el referéndum que validaba mayores poderes constitucionales para el presidente Erdogan se producía exactamente nueve meses y un día después del golpe de Estado fallido del 15 de julio de 2016. Esa madrugada de un viernes a un sábado de verano, en la que me encontraba al frente de la misión diplomática por vacaciones del embajador, vivimos con angustia cómo se cortaba y militarizaba la frontera terrestre entre Bulgaria y Turquía. Sin despegar los ojos de las imágenes que ofrecía la CNN de tanques rodeados de manifestantes en los puentes que cruzan el Bósforo, los unos nos llamábamos a los otros para compartir nuestra escasa información.

En la olla a presión turca se concitaban una actividad creciente del terrorismo prokurdo del PKK y el del Dáesh, el descontento por la participación turca en la guerra de Siria, la tensión con Rusia por el derribo de su caza ocho meses antes —a lo que se sumaría el asesinato del embajador ruso en Ankara cuatro meses después por parte de un policía turco—, el malestar por la presencia de casi dos millones de refugiados de la guerra siria, la división entre laicos e islamistas, y, por último, la penetración que había realizado en las estructuras del Estado la organización de seguidores del teólogo Fethullah Gülen, residente en EE. UU. Hacía meses que se decía de forma ambigua que «algo iba a pasar» en Turquía, pero era difícil de predecir este escenario, pues todos asumíamos que la época en la que el ejército tutelaba la política turca había sido felizmente superada.

Más imágenes de aviones bombardeando edificios policiales y de hombres de a pie plantándose ante los tanques, no con la actitud de pasivo desafío de Tiananmen, sino de resistencia activa. Es difícil saber qué habría ocurrido si esos tanquistas hubieran abierto fuego ante su población y frente a las cámaras de televisión y a las de los teléfonos móviles, ojos de mosca del mundo que vivimos. Quizá habría resultado vano el llamamiento desesperado a la resistencia del presidente Erdogan, realizado por Facetime a través de su

iPhone y retransmitido por alguna cadena de televisión no controlada por los golpistas.

Tras una noche calurosa sin dormir y tras realizar y recibir decenas de llamadas, asistí como todo el mundo al fracaso de la asonada y a la cascada de detenciones, despidos y caída en desgracia de miles de militares, policías, funcionarios o periodistas acusados de pertenecer a la organización de Gülen. Algunos incluso cruzaron o intentaron cruzar la frontera de Bulgaria, por lo que comenzó toda una operación para dar caza al gulenista, criticada por parte de la oposición turca, pero justificada como un imperativo para la seguridad nacional por el Gobierno, que decretó el estado de emergencia el día 20. Quizá lo más llamativo fue que las listas con miles de nombres de defenestrados estuvieran preparadas a las pocas horas del golpe. La clave está en el orden de los factores: no se elaboraron listas de quienes participaron o simpatizaban con el golpe, sino que dieron el golpe algunos que ya eran conscientes de figurar en listas de militares que iban a ser depurados de forma inmediata, acusados de pertenencia a la organización de Fethullah Gülen.

En Bulgaria, el primer partido en condenar el golpe, cuando este aún estaba en curso, fue DOST, un partido proerdoganista creado apenas seis meses antes como escisión del Movimiento por los Derechos y Libertades, la formación más bien laica que ha articulado tradicionalmente el voto de los turcos de Bulgaria. La reacción oficial vino con un comunicado del ministro de Asuntos Exteriores, condenando la intentona golpista una vez que esta ya había concluido sin éxito, pero antes reprimió duramente a su embajadora en Ankara, periodista de formación y exministra, por realizar en medios de comunicación valoraciones políticas del golpe: «Debía proteger a los ciudadanos búlgaros que se encontraban en Turquía y que podían estar desamparados, no dedicarse a hacer comentarios precipitados que podían ser malinterpretados».

El último fleco búlgaro del frustrado golpe de Estado en Turquía fue que a punto estuvo de pillar al entonces presidente de la república, Rosen Plevneliev, en el aeropuerto de Estambul, tomado por militares golpistas con armamento pesado. Regresaba Plevneliev de la cumbre ASEM (entre líderes de Europa y Asia) que se había celebrado el día antes en Ulán Bator, Mongolia. Justo en el momento de embarcar en su vuelo de Turkish Airlines, con escala en Estambul, su consejera diplomática y buena amiga mía le alertó

por teléfono y le pidió que no montara en el avión hasta que se aclarara la situación. El presidente salió del finger, volvió tras sus pasos y regresó al país un día más tarde y por otra ruta, pero aún con la sensación de haberse salvado por los pelos.

El monumento ruso de Sofía

A quienes hemos vivido en un país de la antigua órbita soviética nos ha ocurrido lo que cuenta Daniel Utrilla en *A Moscú sin kaláshnikov*^[18], que los amigos que nos visitan no tardan en pedirnos que les llevemos a ver «cosas comunistas». En ese sentido, Bulgaria tampoco defrauda al viajero «ostálgico», como llaman en alemán a quienes sienten nostalgia del *Ost*, del Este, ni tampoco a quien sienta curiosidad por descubrir reliquias de ese tiempo misterioso, no tanto por remoto, ya que hace apenas una generación, como por el oscurantismo que reinaba allende la línea Stettin-Trieste que marcaba los límites norte-sur del Telón de Acero.

A la hora de satisfacer a nuestros amigos en su deseo de ver parafernalia del antiguo régimen, contaremos con una ayuda y una dificultad que casi se anulan recíprocamente: por una parte, a los búlgaros no les suele hacer ni pizca de gracia enseñarte ni acompañarte a ver «cosas comunistas», periodo al que se refieren eufemísticamente como «antes de los cambios», pero, por otra parte, los monumentos de esta era destacan generalmente por ser de tamaño colosal. Ni toda la renuencia de nuestros amigos a mostrárnoslos bastaría para ocultarnos un enorme obelisco de hormigón ni un centro de convenciones gigantesco, también de hormigón, con forma de platillo volante y en lo alto de una montaña, como el que se puede ver en Buzludzha.

Existe un Museo de Arte Socialista en el que, más que expuestos, parecen arrumbados retratos, esculturas y hasta la estrella roja de cinco puntas que coronaba la sede del Partido Comunista y que, una vez desmontada, defraudó a todos por estar hecha de plasticucho. Un paseo por el jardín del museo

permite mirar de tú a tú a las estatuas de líderes comunistas a los que antes tocaba mirar con veneración y que, acostumbradas a alzarse sobre su pedestal, se niegan a devolverte su mirada pétrea o metálica, pero siempre glacial. Fuera del museo quedan todavía en pie muchos monumentos prosoviéticos, algunos murales en edificios gubernamentales y aún circulan no pocos coches que datan de esa época. Son los Lada, los Moskvitch e incluso el Volga de algún antiguo preboste que han sobrevivido los cambios y que comparten asfalto con los más modernos modelos occidentales.

Han proliferado por toda Europa *tours* guiados a pie que muestran los lugares de interés para el viajero, a cambio de una propina. En Sofía, además de ese *tour* genérico, existen otros temáticos, centrados por ejemplo en la gastronomía o, en este caso, en sitios emblemáticos de la época comunista. El guía, generalmente joven universitario y políglota, se va deteniendo ante distintos edificios públicos para explicar alguna anécdota histórica o incluso de su propia familia. El día que lo hice yo, el grupo lo componía una decena de personas que incluía todos los estereotipos imaginables: una pareja de franceses veinteañeros autodeclarados trotskistas —él, con gorra guevarista—; un estadounidense rechoncho de mediana edad, con bermudas, gorra de béisbol y un café de medio litro que paseó por media Sofía; un matrimonio de polacos cincuentones que asentían sin parar como diciendo esto me suena; y dos españoles que se preguntaban el uno al otro todo el rato qué acababa de decir el guía.

Por lo que se refiere a los monumentos, sin duda el más imponente es el dedicado al ejército soviético, un conjunto escultórico que muestra a un hombre, a una mujer y su bebé acompañando a un soldado victorioso, todos con el rostro severo, con la mirada firme hacia delante, en ese estilo que recuerda al de los carteles de propaganda comunista que exhibían obreros musculados y señoras de armas tomar, con eslóganes sobre la producción industrial, los avances aeroespaciales o el cumplimiento del plan quinquenal. Se encuentra en un lugar muy visible en pleno centro de la ciudad, en una plaza ajardinada frente al bulevar Tsar Osvoboditel y que deja a su espalda la montaña Vitosha, medio año nevada.

Digo que me parece el más imponente porque las esculturas están situadas en un pedestal de treinta y siete metros, en cuyos laterales hay también unos frisos con relieve que muestran soldados y partisanos

empuñando armas. Estas figuras, que sí se encuentran a la altura de los ojos, han sido objeto de algunas pintadas y grafitis que han ido provocando mucha discordia entre rusófilos y rusófobos. La primera polémica se produjo una madrugada de 2011 y consistió en la transformación de estos valerosos soldados en personajes de cómic como Superman, Joker, Robin y hasta el payaso Ronald McDonald. Al poco de hacerse la pintada, se convirtió en una atracción turística y lugar predilecto de *selfies* tanto para turistas como para locales, hasta que una asociación de búlgaros amigos de Rusia, apoyada por algunos partidos políticos, limpió las esculturas, tachando esta manifestación de puro vandalismo y de falta de reconocimiento por el papel del Ejército Rojo en la liberación de la Europa ocupada por los nazis.

Animados por el gran impacto que tuvo el primer grafiti, en los siguientes cuatro años el monumento fue pintado otras cinco o seis veces, siempre con alusiones a algún acontecimiento político y como una crítica al Gobierno de Putin: en una ocasión cuatro esculturas parecían portar en sus cabezas los pasamontañas de colores que lucieron las Pussy Riot[19] y, coincidiendo con el inicio de la guerra en Crimea y en el Donbás, el personaje central de ese friso fue decorado con los colores de la bandera ucraniana. La asociación prorrusa, cansada ya de limpiar, terminó por conseguir que el ayuntamiento colocara cámaras de vigilancia para evitar nuevas profanaciones.

Sobre la cuestión de quién derrotó a los nazis en la Segunda Guerra Mundial estas organizaciones prorrusas llevan parte de razón. Precisamente un 9 de mayo[20], el de 2016, lunes, iba de camino al trabajo y pasé, como todos los días, frente al centro cultural ruso de la calle Shipka. Habían sacado a las escaleras de la entrada unos altavoces que emitían marchas militares para conmemorar el 71º aniversario de su victoria en la Gran Guerra Patriótica, término acuñado por el diario *Pravda* el 23 de junio de 1943 para referirse a la Segunda Guerra Mundial. Además de la gran bandera de la Federación Rusa que preside la entrada, había ese día dos banderolas pequeñas más que flanqueaban la puerta de aluminio. Eran de color rojo, como la de la URSS, aunque no tenían la hoz y el martillo, sino algún emblema de estética militar. Al llegar a la oficina, leí un tuit según el cual en la actualidad solo un 15 por ciento de los franceses atribuye a los rusos el mérito de la derrota a los nazis, en la misma medida que a los británicos y mucho menos que el 50 por ciento que se lo atribuye a EE. UU. En 1947, las

encuestas eran exactamente al revés, con británicos y estadounidenses empatados al 15 por ciento, y la mitad reconociendo la enorme contribución de los soviéticos. Parece que las marchas militares que emiten los altavoces del centro ruso quedan ensordecidas ante el estruendo de Hollywood. Stalingrado palidece ante Normandía y hasta ante Dunkerque, la historia de una derrota seguida de una retirada caótica. Qué difícil es la batalla por el relato cuando quien viste el uniforme en el cine es George Clooney o Brad Pitt.

En el cercano parque de Borisov hay otro monumento similar, que combina esculturas del mismo estilo, unas en lo alto de un pedestal y otras a ras de suelo. Pero este conjunto no tiene la visibilidad del monumento al ejército soviético, pues está un poco escondido entre los árboles del parque. Y aunque no celebraba ningún hito socialista, sino los «1.300 años del Estado búlgaro», el monumento que se encontraba hasta mediados de 2017 frente al Palacio Nacional de Cultura merece un comentario por su excepcional fealdad. A pocos meses de que Sofía fuera a acoger la primera presidencia búlgara de la Unión Europea el primer semestre de 2017, precisamente en el Palacio Nacional de Cultura, el ayuntamiento se decidió a desmantelarlo y ahorrarle así a veintisiete jefes de Estado, a sus delegaciones correspondientes y a cientos de periodistas la imagen de ese adefesio metálico y de hormigón, emergido desde un foso de varios metros de profundidad, que mostró un estado ruinoso desde el momento mismo de su inauguración en los años ochenta.

Entre los de la victoria ante los turcos en 1878 y los de la liberación de los nazis en 1944 con el inicio de la Revolución comunista, existen en Bulgaria infinidad de monumentos alusivos a Rusia, pero los sofiotas solo se refieren a uno como «el monumento ruso». Cada vez que alguien mencionaba el monumento ruso, sobre todo para indicar una dirección, yo preguntaba a cuál se refería, y me miraban extrañados, como si la ciudad no estuviera plagada de fornidos soldados eslavos esculpidos en piedra. Precisamente uno de los días en que me ocurrió eso, escuché por la radio una anécdota contada por el periodista Quique Peinado, que decía que en Vallecas, de donde es él, había una vecina a la que llamaban «la comunista», lo que tenía su guasa porque en su barrio todo el mundo votaba lo mismo que ella. Se preguntaba el periodista vallecano qué habría hecho la vecina para ser «la comunista» en

un barrio de comunistas. Y me pregunto yo: ¿qué méritos tiene el pequeño obelisco conmemorativo del zar Alejandro II, situado en el bulevar Macedonia, para ser «el monumento ruso» respecto a todos los demás monumentos rusos de la ciudad?

Cuando Messi tomó el Palacio de Invierno

CUANDO planeé mi viaje a San Petersburgo, el objeto era encontrar la ciudad del zar ruso que liberó a Bulgaria de los turcos y la del santo, Aleksander Nevski — Alejandro del río Neva—, que da nombre a la catedral de Sofía, construida precisamente para celebrar la victoria de ese zar frente a los otomanos. Al elegir la fecha de finales de junio de 2018, además de encajarla en el trabajoso cuadrante de vacaciones que hay en toda oficina, pensé en las noches blancas, ese periodo cercano al solsticio de verano en el que en lugares tan septentrionales apenas se pone el sol.

Con lo que no conté fue con la toma del Palacio de Invierno, un siglo y un año después de la de los bolcheviques, por parte de Messi, de una infinidad de Messis. Fuertes, flacos, gordos, imberbes, todos con la camiseta de Lionel Messi en quien depositaban su última esperanza, pues si ganaba esa noche a Nigeria, Argentina no quedaría eliminada de la fase de grupos del Mundial de Rusia. El Palacio de Invierno es hoy el principal de los cinco o seis edificios que componen el imponente Hermitage, el gran museo de las colecciones imperiales rusas, a las que se fue sumando en tiempos de la URSS todo el arte de vanguardia adquirido durante el siglo XX. A las puertas del edificio, en la plaza Dvortsovaya, más Messis esperaban fuera fumando, tomando mate, consultando sus móviles y piropeando a las rusas, mientras hacían tiempo hasta la hora de ir al estadio.

Quien mejor ha narrado la toma del Palacio de Invierno, no por una

legión de Messis, sino por los bolcheviques, fue Manuel Chaves Nogales, en el *Maestro Juan Martínez que estaba allí*. Juan Martínez y su esposa Solé eran dos artistas de flamenco y unos buscavidas con la capacidad de resistencia de un tapón de corcho en un cauce de agua. Su andadura comenzó en los cabarets de Constantinopla, donde se ganaban la vida con su espectáculo de baile, hasta que en 1914 la Primera Guerra Mundial dio al traste con todo. A la carrera, salieron de Turquía, atravesaron una Bulgaria y una Rumania de las que solo les llamaba la atención la tristeza en la cara de sus soldados. Y por fin lograron establecerse en la corte zarista de San Petersburgo, donde su arte seguía siendo respetado y, más importante aún, generosamente remunerado.

Naturalmente, el San Petersburgo que encontraron ya no tenía el brillo de los años gloriosos de Catalina la Grande, pues también le afectaba la guerra hasta el tuétano que libraba contra Alemania, ya que fue fundada por germanos del Báltico y su propio nombre era alemán. La prudencia invitó a rusificar el topónimo de San Petersburgo y convertirlo en Petrograd, en el mismo tiempo, y por el mismo motivo, que la familia real británica abandonó su germano apellido Battenberg. Los *royals* con línea directa al trono adoptaron el nombre del castillo de Windsor, y los parientes más lejanos a la sucesión, la traducción al inglés, Mountbatten.

Pero otro sobresalto puso patas arriba el *modus vivendi* de Martínez y la Solé en San Petersburgo, la noche del 6 al 7 de noviembre con la toma del palacio de los zares por parte de los bolcheviques. Así empezaba la Revolución de octubre, que tiene ese nombre porque las fechas señaladas se corresponden con los días 24 y 25 de octubre según el calendario juliano. De golpe y plumazo, los espectáculos con los que se ganaba la vida el matrimonio fueron prohibidos por considerarlos burgueses, y la guerra civil que estalló entre rusos blancos zaristas y el Ejército Rojo pronto tuvo un fuerte impacto en la población. Un superviviente nato como Martínez se supo reinventar como artista circense, espectáculo que sí era del agrado de la nueva nomenclatura, y como hábil jugador de cartas. En timbas clandestinas se apostaban las joyas de la aristocracia y de los propios zares, alcanzando la tragicomedia en momentos en los que el maestro Martínez se veía obligado a trocar una tiara de oro y diamantes por un mísero mendrugo de pan. En el edificio del Estado Mayor del Hermitage, que alojó en su momento los

Ministerios de Finanzas y de Asuntos Exteriores, se pueden apreciar muchas de estas piezas, elaboradas por el joyero real Cari Fabergé. Al verlas no puedo evitar una mueca de simpatía hacia estos artistas pillos que, muy a su pesar, cambiaban alhajas por míseras cenas.

La avenida principal de San Petersburgo lleva el nombre de Nevski, por el río Neva, y a ella le dedica un cuento Nikolái Gogol[21], que comienza señalando que «nada hay tan hermoso como la avenida Nevski, por lo menos en San Petersburgo; porque en San Petersburgo esa avenida lo es todo». Pero termina afirmando que «defrauda en todo esa avenida Nevski; pero sobre todo cuando la noche se cierne sobre ella como una masa espesa (...), cuando el diablo mismo enciende los faroles de la calle para que todo pueda verse en engañosos colores». Nos alertaba así Gogol del artificio y del postureo que este ucraniano de origen observó en una corte llena de comerciantes germanos, funcionarios, aristócratas y oficiales del ejército zarista. De estos últimos apunta que «los barbudos hidalgos rusos, a pesar de que en sus barbas persista aún el olor a sopa de col, de ninguna manera querrían ver a sus hijas casadas con nadie que no fuera general o, por lo menos, coronel».

Fue paseando por la majestuosa avenida Nevski de San Petersburgo donde descubrí, si no la gran mentira, al menos sí el gran malentendido de la Historia de Bulgaria. Como hemos visto, la calle principal de Sofía se llama Tsar Osvoboditel, el Zar Liberador, en honor de Alejandro II de Rusia, del que hay una estatua ecuestre frente al Parlamento. En Bulgaria se le llama el liberador pues bajo su reinado se alcanzó la victoria en la guerra ruso-turca de 1877-1878, que zafó a los búlgaros del dominio otomano. En Rusia también le llaman el liberador, pero desde mucho tiempo antes de que se librara esa guerra. El nombre viene de que, entre su ambiciosa agenda reformista, en 1861 terminó con la esclavitud en Rusia. Irónicamente, este zar moderadamente progresista fue objeto de tres atentados fallidos —en 1866, 1873 y 1880 — a manos de nacionalistas y de activistas de izquierda, hasta que en 1881 sí consiguieron acabar con su vida, en un doble atentado que recuerda al que sufriría treinta y tres años después el archiduque Francisco Fernando en Sarajevo. Un primer terrorista lanzó una bomba a los pies de los caballos que tiraban del coche del zar, resultando este ileso, pero provocando numerosas víctimas. Como también haría Francisco Fernando en Sarajevo, el zar desoyó el consejo de sus guardaespaldas y regresó por la misma zona del

atentado, donde un segundo activista consiguió, esta vez sí, que la detonación fuera letal para el rey.

Hoy la sangre del zar Alejandro II, que vivió de capicúa a capicúa, de 1818 a 1881, se conserva como reliquia en la cercana catedral del Salvador sobre la Sangre Derramada. Allí unos feligreses le agradecen que liberara a sus tatarabuelos del yugo de los otomanos, y otros, de sus señoritos feudales rusos. Como en tantos otros guiños irónicos del destino, al poner fin a la servidumbre de la gleba, cientos de miles de campesinos se trasladaron a las ciudades, engrosando las filas de un proletariado crecientemente ideologizado. Ese proletariado fue el que acabó derrocando y ejecutando a la familia del zar y, de rebote, dejando sin espectáculo flamenco al maestro Juan Martínez. Por rizar el rizo, quizá esa medida humanitaria terminó teniendo como consecuencia que el Palacio de Invierno sea hoy un impresionante museo por el que Messi pasea distraído entre cuadros de Kandinsky y joyas de la emperatriz.

Juventud Tres

EXISTEN otros vestigios más vividos de la época comunista que los monumentos de las plazas o que las estatuas arrumbadas en el patio trasero de un museo, y son los tremendos bloques de apartamentos donde aún vive la mayoría de los búlgaros. Los nuevos barrios tenían nombres que buscaban evocar los nuevos valores del socialismo, como Camaradería, Esperanza, Libertad o Juventud, e incluso se preferían los números a los nombres de calles, Juventud 1, 2, 3, 4, o Liulin 6, 5, 4, 3... Mientras que en Juventud los números más altos son los más periféricos, en el caso de Liulin la distancia al centro crece a medida que el número se aproxima más al 1. Liulin 1 huele ya a campo.

El libro que más he disfrutado y que más me abrió los ojos a la manera de pensar y de sentir de muchos búlgaros se titula *Street with name. Childhood and other misfortunes in Bulgaria*[\[22\]](#). Lo escribe Kapka Kassabova, autora búlgara que tras muchos tumbos se asentó en Escocia, pero que aunque escribe en inglés no se quita de la cabeza su país de origen. Kapka nació y creció en Juventud 3, mirando por encima del hombro a los niños de Juventud 4 y envidiando secretamente a los de Juventud 2. Es un relato amargo incluso en los pasajes más cómicos y surrealistas, pero también enternecedor y divertido. Su juventud fue la historia de una frustración constante por aspirar a todo aquello que le era negado: unos pantalones vaqueros traídos de la vecina Yugoslavia, discos de Madonna, que los chicos de su instituto le hicieran caso..., los caprichos y libertades de los que disponían los hijos de los gerifaltes comunistas, que, ellos sí, vivían en el

centro y no en pequeños apartamentos de bloques del extrarradio.

Compré el libro, junto con el *Al este de Occidente* de Miroslav Penkov, en la preciosa librería Hill of Content de la calle Bourke de Melbourne, y lo leí en Canberra cuando ya sabía que mi próximo destino sería Sofía. Una vez instalado en Bulgaria, descubrí lugares de los que había leído y que, muchas veces, había imaginado distintos, generalmente porque me producían mejor impresión de la que Kapka transmite en su libro. Pero ella misma, a quien tuve el gusto de conocer después, admite que son recuerdos, reflexiones y sensaciones subjetivas de la adolescente que fue, enfadada con que su familia no hubiera emigrado antes de allí, a cualquier sitio. Después de 1989, resulta que su familia sí se marchó y que ella misma ha continuado una constante búsqueda, para concluir que no necesariamente existe un lugar que responda a todas las preguntas.

El equipo de fútbol amateur en el que me metí, los Sofía Nomads, compuesto casi a partes iguales por búlgaros y extranjeros, organiza tres partidos amistosos por semana, para los que uno debe registrarse por internet. Precisamente el de los sábados, el que mejor me venía por tiempo disponible, tenía lugar en un polideportivo del barrio de Mladost, como se dice «juventud» en búlgaro. La primera vez que fui puse la dirección en el navegador y me desplazé allí casi más ilusionado por descubrir el barrio de mi admirada Kassabova que por el propio partido o por la gente que iba a conocer, y que a la postre se convirtieron en mi principal grupo de amigos fuera del trabajo. Efectivamente había bloques muy altos y feos que muchos vecinos aislaban del frío arreglando y pintando solo su trozo de fachada del color que les diera la gana, sin coordinarse con la comunidad de propietarios y sin importarles que los trabajos se hicieran en el exterior de un décimo piso. Pero también es cierto que estaba mucho más cerca del centro de lo que yo creía haberle entendido a Kassabova y que había flamantes construcciones, supermercados y servicios que daban al barrio una apariencia menos deprimente de lo que yo había leído.

De hecho, por su proximidad al aeropuerto y al recinto ferial donde se ha concentrado el grueso de las empresas tecnológicas búlgaras, que suponen un *boom* para el país, existe un proyecto para hacer en Mladost una especie de *city* de oficinas y modernos apartamentos que cambiaría por completo el aspecto del barrio. Es tal el interés que ha despertado el proyecto que nadie

quiere perderse una fiesta encabezada por especuladores y políticos municipales. En Sofía hay una alcaldesa de toda la ciudad y luego cada distrito cuenta con su regidor. Precisamente la del distrito de Mladost, augurando el maná de inversiones y de consecuente recaudación fiscal que el nuevo desarrollo urbanístico debería producir, se adelantó a asegurar que los recursos de Mladost debían quedarse en Mladost. La mayoría de los sofiotas reaccionaron con guasa ante este alegato nacionalista de distrito y, siguiendo la retórica de moda desde la elección de Donald Trump como presidente de EE. UU., pasaron a hacer chistes sobre la relación entre Mladost y el barrio contiguo de Musagenitsa. «¡Vamos a construir un muro entre Mladost y Musagenitsa, y lo van a pagar los vecinos de Musagenitsa!».

Plátanos por Navidad

LO primero que le viene a la cabeza a un búlgaro cuando se habla de la Navidad no es El Almendro, como en España, sino los plátanos, lo que tiene especial mérito teniendo en cuenta que no se producen en ningún sitio del país. Durante el comunismo, el régimen mantenía un estricto control de las importaciones, lo que, unido a la carestía general, hacía que muchos búlgaros no tuvieran acceso a la mayoría de los productos extranjeros. Había casos sangrantes, como el que me contó el padre de mi amigo Stefcho, que pese a ser de la pequeña ciudad de Smolyan, a unos veinte kilómetros de la frontera griega, no probó el aceite de oliva hasta cumplidos los 30 años.

En ocasiones, el Gobierno relajaba un poco estas restricciones y, en Navidad, permitía que cada familia comprara dos kilos de naranjas y otros dos de plátanos. Convertidos así en objeto de deseo, familias enteras, fingiendo a veces ser desconocidos entre sí, hacían cola durante horas y a temperaturas bajo cero para poder conseguir unos cuantos plátanos, para los que también había todo un mercado negro y de tráfico de influencias. Este era el principal recuerdo navideño que tenía la señora Toneva, mi última profesora de alemán en el Instituto Goethe de la calle Budapest: «Veíamos el hacer cola para comprar plátanos como una tradición más», quizá el rito navideño más extendido en un régimen declaradamente hostil a la religión.

Incluso los nostálgicos del socialismo y los que no han visto grandes mejoras en su calidad de vida después de los cambios, porque sus ingresos no se han visto incrementados en la misma medida que los precios, todos se suelen señalar como una conquista de la democracia y del capitalismo el

poder comprar plátanos cuando a uno le dé la gana. Como es natural, la banana ha dejado de ser la fruta prohibida y solo la incluyen en su menú navideño quienes quieren hacer humor negro.

Recién ingresado en la carrera diplomática, realicé unas prácticas en la embajada de España en La Habana el verano de 2007, el primero de una serie de veranos en los que parecía que moriría el Comandante, que, sin embargo, superó con delicada salud de hierro ese y otros ocho más. Fidel Castro acababa de ser operado del aparato digestivo y se publicaban partes diarios sobre su salud, cuyo lenguaje médico-críptico tratábamos de descifrar tanto los diplomáticos como, sobre todo, los propios cubanos. En ese clima de tensión, de rumores y de desinformación interesada seguían funcionando como válvula de escape los chistes que los cubanos contaban sobre el comunismo en cuanto sentían que estaban en confianza, aunque allí nunca se sabía quién era merecedor de ella.

«— Camarada, ¿usted sabe cuáles son los tres grandes éxitos de la revolución?

—Por supuesto, compañero: la salud, la educación y el deporte.

—¿Y sabe cuáles son los tres grandes fracasos?

—Claro, mi hermano: el desayuno, el almuerzo y la cena».

Uno que servía como chiste, pero que al parecer fue verídico, fue el del dirigente del Partido Comunista Cubano que fue enviado a la URSS para adquirir maquinaria agrícola y regresó triunfal al puerto de La Habana a bordo de un barco lleno de cosechadoras y tractores, pero que no supo explicar qué uso iban a darle a esas dos quitanieves que también le habían colado.

En Bulgaria también sirvieron los chistes sobre el comunismo como bálsamo para enjugar la amargura por la falta de libertades, las penurias económicas y el enfado por ver cómo la clase dirigente que las imponía no sufría ni unas ni otras. Los que me han ido contando siguen un patrón de humor más áspero que el de los cubanos y suelen mezclar esas dos fuentes de malestar, la carestía material y la opresión política. Aquí, a continuación, dos ejemplos del humor búlgaro.

«Una madre espera en la estación de tren nevada a su hijo, liberado tras décadas en un campo de trabajos forzados. En cuanto se abren las puertas del tren el hijo corre a abrazarse con ella.

—Hijo mío, ¿cómo me has reconocido después de tantos años?

—Por el abrigo, mamá».

«En otra ocasión, un hombre llega a la panadería y encuentra a un grupo de personas que hace cola desde hace horas, sin saber siquiera si habrá pan para todos. Se enfada y pregunta de quién es la culpa, a lo que una señora contesta que de Todor Jivkov, el jefe de Estado.

—¿Ah, sí? ¡Pues ahora mismo voy a ir a matarlo!

Al cabo de un rato regresa el señor cabizbajo.

—Pronto regresas.

—Es que había más cola para matar a Jivkov que para comprar pan».

Una diferencia sustancial entre Bulgaria y la mayoría de Europa del Este es que el anticomunismo no se tradujo en rusofobia. La gente supo discernir entre el régimen político y un pueblo al que tantos vínculos les unen. Y de algún modo, así sigue siendo ahora: por críticos que puedan llegar a ser los búlgaros —algunos, otros no— con el Gobierno de Putin, la simpatía y la cercanía cultural con Rusia apenas se resiente. Por ello en Bulgaria no se escucha el chiste del polaco al que un genio le concede tres deseos y en las tres ocasiones pide que su país sea invadido por los chinos; ante la sorpresa del genio, el polaco justifica que para llegar a su país y regresar tres veces, los invasores chinos tendrán que pasar seis veces por Rusia.

Después de los cambios, el deseo inmediato de los búlgaros fue abrazar todo aquello que simbolizara Occidente, también en la comida, por lo que las cadenas de hamburgueserías americanas comenzaron a hacer su agosto. No obstante, con el paso de los años, aparecieron —o reaparecieron— los negocios que no reniegan de ese pasado socialista no tan remoto, tratando de colmar los deseos tanto de búlgaros nostálgicos como, sobre todo, de extranjeros ávidos de probar en Sofía cosas comunistas. Un extremo al que no llegué durante mi estancia, porque me pareció de mal gusto, fue tomar copas en el bar The Agency, abierto en los bajos del edificio que albergó durante medio siglo los infaustos servicios de la Seguridad del Estado,

notorios por su mano dura. Pero sí disfruté de las deliciosas *pirojki* y *pelmeni* —especie de empanadillas fritas o asadas las primeras, y cocidas las segundas que, en este último caso, recuerdan a los *dim sum* chinos— de la mantequería rusa Matreshka, en la calle General Parensov, y de bastantes cenas en el restaurante Raketa, como se dice en búlgaro —y en ruso— «cohete». Está decorado con motivos de la conquista aeroespacial soviética, sirven platos típicos de la época comunista y disponen de una interminable lista de *rakias*, el licor búlgaro que destilan de la ciruela, de la uva, de la pera, del albaricoque... o de la primera fruta a la que puedan echar mano. En el local de al lado está el bar Sputnik, de los mismos dueños, donde puedes tomarte algo fantaseando con que eres el mismísimo Yuri Gagarin. Raketa fue uno de los que reapareció tras unos años cerrado después de la caída del Muro de Berlín, pero ya era muy famoso en plena época comunista, como prueba que el jefe de Estado Todor Jivkov organizara allí en 1961 el banquete por la —primera— boda de su hija Liudmila, una mujer «culta e interesada por la arqueología y la antropología» o «una estrafalaria, chiflada por todo lo esotérico», según a quien preguntes.

La figura de Liudmila Jivkova es una de las más controvertidas de la historia reciente de Bulgaria, cuyos defensores acrílicos y sus acérrimos detractores comparten un común desconocimiento por las grandes áreas de sombra de su biografía. Antes de su prematura muerte a los 39 años, alcanzó el rango de ministra en el Gobierno de su papá, encabezó expediciones costosísimas para buscar tesoros mitológicos y consiguió que una *intelligentsia* comunista en la que dominaban el ateísmo militante y el materialismo histórico tragase con su espiritualidad, en la que cabían desde los cultos observados en la Bulgaria precristiana, al budismo y también los consejos de Baba Vanga, la pitonisa búlgara célebre en todo el orbe soviético. Semejante popurrí espiritual le habría costado la excomunión del politburó hasta al propio Marx, pero Marx no era el ojito derecho de su papá, el jefe del Estado.

Reconozco que mi interés por su figura se acrecentó cuando supe que vivió en la calle Oborishte 17, tres portales más abajo de mi casa, en lo que ahora es la Escuela de Música. Se da además la circunstancia de que, por entonces, la Escuela de Música estaba exactamente tres números más arriba de mi portal, en Oborishte 5, un edificio tétrico, en el que está ambientada la

novela autobiográfica *Jóvenes Talentos*[\[23\]](#) de Nikolai Grozni, y que con la caída del comunismo ha sido sucesivamente abandonado, reconvertido en iglesia católica, de nuevo abandonado y después reformado para su uso como hotel, pero sin conseguir sacudirse del todo el aire a internado o a psiquiátrico. Quien lea la novela de Grozni se lo pensará dos veces antes de alojarse en él por muy bien situado que se encuentre. Mi ilusión cuando vi andamios en torno al edificio fue que abrieran un Corte Inglés al lado de mi casa pero ni los astros ni Baba Vanga me fueron favorables.

Ganar a la búlgara

LA tierra búlgara ha dado guerreros como Espartaco, que lideró una rebelión de esclavos contra el Imperio romano, o Kotooshu, primer europeo en declararse campeón de sumo en Japón. También deportistas aguerridos como Hristo Stoichkov, que aún no se entiende cómo de la famosa foto levantando una copa ganada por el Barça en el balcón de la Generalitat, flanqueado por los entonces presidentes respectivos del FC. Barcelona y de la Generalitat de Cataluña, Núñez y Pujol, él sea el único que no ha acabado ante los tribunales. Y, sin embargo, la expresión ganar a la búlgara no hace referencia a ninguna de sus victorias esforzadas y peleadas, sino a las cómodas aclamaciones que recibía el líder Todor Jivkov en cada Congreso del Partido Comunista Búlgaro durante los años setenta y ochenta del pasado siglo. A la búlgara es hoy sinónimo de unanimismo cultivado a base de férrea disciplina.

Señalo este concepto, por un lado de disciplina y por otro de heroísmo, para referir el caso del escritor búlgaro Yordan Radichkov, autor, entre otras obras, de *Abecedario de pólvora*[24]. De algún modo, Radichkov supo zafarse de la disciplina que imponía el partido a través de la Unión de Escritores para que se escribiera sobre el régimen en términos heroicos. Pese a que en su juventud compuso cuentos cortos en el estilo de realismo social tan del gusto del *establishment*, poco a poco comenzó a desarrollar una voz propia que introducía elementos folclóricos, bucólicos y oníricos. En *Abecedario de pólvora*, pese a transcurrir la acción en plena Segunda Guerra Mundial, con enfrentamientos entre ejército y partisanos comunistas, el

protagonista es un alfarero, cuyas referencias a las batallas son casi siempre tangenciales, desprovistas de toda épica. Es además un relato intemporal, donde el trasfondo bélico podría confundirse con el de cualquier guerra, de cualquier siglo y en cualquier latitud. Este cambio de estilo literario no gustó nada a los gerifaltes del partido, que esperaban más lirismo y más idealismo, sobre todo al tratar el tema de la revolución que les llevó al poder. De algún modo, tuvo que llegar una generación de escritores latinoamericanos y de izquierdas —los García Márquez, Cortázar, Neruda y compañía— para que en Bulgaria se aceptara que la prosa florida de Radichkov podía ser compatible con los ideales de la revolución, y hasta le ajustaron a su medida el concepto de nuevo cuño del realismo mágico balcánico. Era eso o aceptar que sus «camaradas latinoamericanos» también se escapaban del canon.

Tuve ocasión de comentar este caso dando un paseo con mi amiga Liliana Tabakova, que, además de profesora de literatura española, es probablemente la mejor traductora búlgara a nuestro idioma. Con su más de metro ochenta y un genial sentido del humor, ella se presenta como la «más grande hispanista búlgara» y a continuación suelta una sonora carcajada. Pese a que habrá hecho mil veces la misma broma —yo se la he escuchado ya unas cuantas—, siempre funciona y su risotada sigue siendo espontánea y sincera. Hablábamos de cuánto le costó al régimen comunista tolerar el estilo de Radichkov, y de cómo hizo falta una influencia externa para comenzar a valorar lo propio, cuando decidió ilustrarme sobre el dogmatismo literario del partido con una confesión de su propia juventud que aún le hacía morir de vergüenza. Ruborizada, me contó cómo conoció al escritor mexicano Sergio Pitol, que, por cierto, da nombre a la biblioteca del Instituto Cervantes de Sofía, de donde veníamos andando.

«Conocí a Sergio Pitol en una visita suya a Bulgaria en los años ochenta, cuando yo estaba a punto de terminar la carrera. Hablamos mucho de lecturas y me regaló un libro suyo. Al año siguiente coincidimos en Praga en unas jornadas de la juventud[25] y me propuso visitar la casa de Kafka, a lo que me negué rotundamente, diciendo que no tenía interés por autores decadentistas. Muchos años después coincidimos en la feria del libro de México, la FIL, y para mi desgracia él me recordó esa anécdota. Cuando comprobó mi visible bochorno, concluyó que había madurado mucho».

Esa generación de autores latinoamericanos, acaso sin pretenderlo,

ensanchó el universo literario del bloque del Este, pues los órganos estatales de censura no se atrevían a meterle mano a sus camaradas de allende los mares, al ser vistos como la vanguardia del internacionalismo socialista. Muchos de ellos tuvieron además la ocasión de viajar a los países socialistas y comprobar cómo se le veían las costuras al régimen. Aunque Gabriel García Márquez no realizó una crítica tan descarnada, como la que hizo Jorge Edwards en *Persona non grata* sobre la Cuba castrista, en *De viaje por los países socialistas. 90 días en la Cortina de Hierro*[26], sí que dejó algunas ácidas reflexiones, a las que muchos de sus compañeros de generación solo llegarían décadas después, caído ya el Muro de Berlín.

Para empezar, cuando recibió su invitación al IV Congreso de la Juventud de Moscú, con la presencia de cuarenta mil extranjeros, todo su afán fue llegar por carretera, salirse del programa, e intentar ver lo que no le querían enseñar: «Yo no quería conocer una Unión Soviética peinada para recibir una visita. A los países, como a las mujeres, hay que conocerlos acabados de levantar». Y consideró que la invitación que acababa de recibir era para un acto que le aportaría muy poco contacto directo con la realidad soviética que quería descubrir: «Hay que saber lo que es un festival para entender que se pueda estar catorce días en una ciudad sin conocerla».

A continuación, con un humor excepcional, comenzó a describir la magnitud descomunal del evento, donde cientos de delegaciones participaban en recepciones y actividades de todo tipo, pero sin salirse nunca del guion marcado por los organizadores.

«En las horas menos recargadas había que escoger entre el circo chino, una visita con Pablo Neruda, una entrada al Kremlin, una muestra de la cocina japonesa, una invitación a una granja colectiva, las marionetas checas, el ballet hindú, un encuentro de fútbol entre húngaros e italianos o una entrevista privada con una delegada sueca. Todo eso apilado en un estrecho margen de quince días y en una ciudad aplastante donde se necesita una hora para llegar a cualquier parte. Yo creo sinceramente que algunos delegados no tuvieron tiempo de ver un ruso».

Siguiendo su instinto de reportero que patea la calle, pronto se escabulló del programa oficial para encontrarse con lo que realmente había ido a hacer allí, ver con sus propios ojos la realidad, toda la realidad y no solo aquella que algún burócrata juzgó apta para el paladar del extranjero, y hablar con

gente que no hubiera sido instruida previamente sobre qué tenían que contarle y en qué términos.

«Había que desinteresarse de los espectáculos y salir a la calle a hablar con la gente venida de todos los rincones de la Unión Soviética, ávida de hablar con los extranjeros después de cuarenta años de desconexión total con el resto del planeta. Había que escoger entre el festival y una idea bastante aproximada de la realidad soviética. Nosotros sacrificamos el festival».

En uno de esos descomunales festivales de Moscú participó el cineasta y guionista búlgaro Raymond Wagenstein, a cuya familia de editores y escritores haré más de una referencia en las siguientes páginas. Durante una cena me contó que acabó en una fiesta por una zona alejadísima de su hotel y que la cogorza tampoco le ayudaba a recordar cómo regresar. En una calle muy ancha —¿o era una carretera?— se dispuso a parar a cualquier coche que le sirviera de taxi pirata, como hacían la mayoría de los rusos. Bastantes parejas de faros pasaron de largo sin parar en la fría noche moscovita, hasta que una hormigonera —Wagenstein me insistía: «¡Kamion betonov!»— sí se detuvo. Con la agilidad mermada, a duras penas consiguió trepar a la cabina y, con el habla pastosa, apenas consiguió explicarle al camionero adonde iba y ni negociar un módico precio en rublos. La hormigonera dio media vuelta, se cruzó todos los carriles de la avenida y al cabo de casi media hora lo dejó en la puerta del hotel. Terminado su relato, volvía a decirme, interrumpido por sus propias carcajadas, «¡betón!, ¡kamion!, ¡betonovska!», mientras se daba fuertes palmetazos en el muslo.

El relato de García Márquez de su viaje por países del Este me vino muchas veces a la cabeza hablando con amigos búlgaros que tenían más de 50 años, pues en alguna ocasión ellos mismos fueron intérpretes y guías de delegaciones extranjeras, a las que habían de mostrar, lógicamente, la cara amable de Bulgaria y de la casta que la gobernaba. Sin duda, su función era justamente la contraria de la deseada por García Márquez: peinar la realidad para recibir visita y evitar a toda costa que el visitante se zafara de la disciplina y terminara por captar, siquiera a través de una conversación espontánea pero auténtica, al país como recién levantado.

El paraguas búlgaro

EL escritor búlgaro Georgi Markov apenas podía imaginar que esa mañana lluviosa del septiembre londinense de 1978 un encontronazo en apariencia fortuito abriría el último capítulo de su vida. El epílogo de su biografía, brevísimo, sería además propio de una película de James Bond. Georgi Markov era un ensayista, dramaturgo y novelista que llegó a disfrutar del reconocimiento, y las «prebenditas» asociadas a él, durante los primeros años de su carrera literaria en la Bulgaria de Todor Jivkov, incluido el premio de la Unión de Escritores Búlgaros, en torno a la que se agrupaban los autores publicados y publicables bajo un régimen de estricta censura. Sin embargo, para cuando se produjo este incidente, Markov llevaba ya seis años y pico en la capital británica, trabajando para la BBC, para Deutsche Welle y para Radio Free Europe, y hacía más de una década que había salido de Bulgaria, pasando primero por Italia. No sabemos cuántos años antes ya había tomado en su fuero interno la íntima decisión de desertar de su país. Por ello allí fue condenado en rebeldía a seis años de cárcel, expulsado de la Unión de Escritores y hasta sus libros fueron retirados de las bibliotecas. Markov, que comenzó como autor afecto al régimen, se fue mostrando cada vez más contrariado por la censura y, ya desde el extranjero, convirtió su prosa en una crítica demoledora del comunismo y, en particular, del líder Todor Jivkov.

Ese 7 de septiembre fatídico, Markov se encontraba en una parada de autobús en el puente de Waterloo cuando un señor se chocó con él, le clavó levemente la punta del paraguas en la pierna y se disculpó mientras se alejaba apresuradamente. En un principio, no le dio ninguna importancia a este

percance, achacándolo incluso a las prisas y apreturas de la hora punta. Cuando llegó al trabajo, notó que le había salido una roncha de color rojo en el gemelo, justo donde sintió el pinchazo del paraguas, y esa misma noche le ingresaron con fiebre alta en el hospital, donde falleció cuatro días después ante la impotencia del equipo médico. Al realizar la autopsia descubrieron una bolita diminuta, de menos de dos milímetros de diámetro, y que a través de dos microorificios liberó una carga letal de ricino en el torrente sanguíneo de Markov. Los investigadores llegaron a la conclusión de que el extremo del paraguas llevaba un punzón, en cuya punta se encontraba esta bolita, del tamaño de la cabeza de un alfiler, y que esta estaba recubierta de una sustancia azucarada que, al alcanzar la temperatura corporal humana, se diluía y liberaba el veneno.

Este episodio de la Guerra Fría, que firmaría el propio Sean Connery o cualquiera de sus sucesores como agente 007, en realidad no fue un caso aislado. Ya diez días antes se había empleado otro paraguas punzón contra otro desertor búlgaro en el metro de París, que sobrevivió, y después del de Markov hubo más casos de asesinatos con este método empleado por los servicios secretos búlgaros y el KGB. De hecho, cuando se produjeron en Bulgaria los eufemísticos cambios, se descubrió en el Ministerio de Interior todo un arsenal de paraguas-punzón.

Un domingo soleado de invierno me acerqué dando un paseo a ver la estatua de Georgi Markov que inauguró en 2014 el entonces presidente de la república, Rosen Plevneliev, junto con la viuda de Markov en Sofía. Se encuentra precisamente en la plaza de los Periodistas, oficio con el que Markov se ganó la vida, pero por el que también acabaría perdiéndola. La plaza está en Lozenets, un bonito barrio residencial pero céntrico, atravesado por el canal y rodeado de parques boscosos, donde se alternan edificios aristocráticos decimonónicos, que conocieron tiempos mejores, con bloques de pisos de la segunda mitad del siglo que, sin ser bonitos, no alcanzan la fealdad de las torres construidas en los suburbios. Hasta para eso había clases y clases en el edén socialista. Cuando esa tarde comenté con amigos búlgaros mi impresión al ver la estatua de Markov y su trágica muerte, me insistieron: «Enrique, tampoco te pases glorificándolo porque él mismo fue acusado de haber sido colaborador de los servicios de seguridad hasta su defección».

Apenas tres años después, el 13 de mayo de 1981, ocho días antes de mi

nacimiento —he sabido ahora, al comprobar las fechas—, el turco Ali Agca atentó contra el papa Juan Pablo II, con los medios suministrados y siguiendo el plan marcado por el KGB y los servicios secretos búlgaros. El anticomunismo del papa Wojtyla suponía una amenaza para el régimen, sobre todo en su Polonia natal, por lo que ambos servicios secretos diseñaron un plan para que un pistolero disparara contra él en plena plaza de San Pedro y huyera a refugiarse a la embajada búlgara en Roma. La labor fue encomendada al turco Ali Agca, que tenía un pasado criminal militando en la extrema derecha de su país, por lo que ofrecía un perfil idóneo de bandera falsa, como se conoce a las operaciones de cuyas consecuencias se intenta responsabilizar a un tercero. A primera vista, no sería fácil de trazar el vínculo entre la Bulgaria comunista y un delincuente de ultraderecha proveniente de Turquía, un país OTAN y con un pasado de guerras con Bulgaria. Aunque los cuatro disparos de Agca no resultaron letales para el papa, quedó acreditada una vez más la tremenda capacidad de los servicios secretos búlgaros para infiltrar agentes y armas en los lugares más vigilados e icónicos de Occidente.

Es más, algunos de estos espías de países satélites de la URSS resultaron a veces más eficaces —y despiadados— que sus maestros del KGB. La Stasi de Alemania del Este destacó por técnicas muy depuradas de seducción de señoras occidentales de mediana edad, muchas veces secretarias de altos cargos que tuvieran acceso a información relevante. A estas mujeres les asignaban un joven y apuesto agente Romeo al que terminaban por pasar documentos confidenciales, a veces incluso después de saber que su amante era un espía comunista. Mientras que servicios de seguridad menos sofisticados molían a palos a sus detenidos durante los interrogatorios, la Stasi les enviaba a señores educadísimos, eso sí, después haberlos sometido a largos periodos de incomunicación, por lo que el preso se solía mostrar encantado de poder hablar con alguien, aunque fuera con su carcelero, y acababa confesando más de lo que hubiera hecho mediante otros tipos más burdos de tortura.

Un hecho poco conocido es que la frontera donde más alemanes del Este murieron intentando cruzar clandestinamente al bloque occidental no fue la de Berlín ni ningún otro punto de la división entre las dos Alemanias, sino la que separaba la Bulgaria comunista de Grecia y Turquía, pertenecientes

ambas a la OTAN. Alemanes del Este, que podían viajar con cierta facilidad por todo el bloque oriental, llegaban a la costa búlgara fingiendo tener un mero afán turístico, cuando en realidad preparaban el salto. Lo que no sabían era que muchas veces se guiaban por mapas erróneos de la frontera, creados por la propia Stasi para confundirlos en su huida, y que cuando ya celebraban el comienzo de su nueva vida al otro lado, en el otro mundo, seguían encontrándose en territorio búlgaro, donde no tardaban en escuchar los disparos de los agentes que les perseguían o los ladridos de sus perros.

Muchos años después, en 2006, se estrenó la comedia búlgara *Mission London* [27] que ridiculizaba a los servicios secretos y diplomáticos búlgaros destinados en Londres, cuyo principal objetivo era intentar conseguir que la reina de Inglaterra asistiera a una gala benéfica *ad maiorem gloriam* de la primera dama búlgara, que sería la anfitriona. Su misión descarrila prácticamente desde el primer fotograma y nos adentra en hora y media de humor agridulce, pues los búlgaros saben reírse como pocos de sus miserias, reales o exageradas. Hay quien incluso parece echar de menos los tiempos en que sus servicios secretos eran capaces de proyectar fuerza —y miedo— en cualquier rincón del planeta, como puede verse en la novela de Léa Cohen, *La estratagema* [28], donde un grupo de espías búlgaros se dedica en exclusiva a la búsqueda y confiscación en el extranjero del patrimonio que los exiliados búlgaros hubieran conseguido sacar del país. «¡Ahora solo se dedican al trapicheo y al *kompromat!*» [29], me decía un amigo, entre nostálgico e indignado.

Pero quizá el caso más notorio de unos servicios de espionaje comunistas capaces de hacer sombra a la nave nodriza del KGB lo encontramos en la rivalidad que existió entre el líder comunista yugoslavo Josip Broz Tito y Stalin. El primero hizo lo posible por mantener cierta distancia con la URSS, sin aceptar la férrea disciplina a la que esta sometía a sus países satélites ni en sus relaciones exteriores ni en lo que se refiere a la economía de planes quinquenales, granjas colectivas y mamotretos fabriles de dudosa productividad. Al mariscal Tito, del que todos los biógrafos destacan su orgullo y su nacionalismo de «eslavo del sur» —significado de yugoslavo—, le irritaba sobremanera la exageración del papel del Ejército Rojo en la liberación de su país frente a los nazis, mérito que él atribuía casi exclusivamente a los partisanos locales. Estas diferencias en la interpretación

de la Historia y su ambición de erigirse en líder de todos los eslavos del sur, incluida Bulgaria, bajo un régimen comunista, pero que no rindiera cuentas a Moscú, convencieron a Stalin de que Tito suponía una amenaza para el bloque socialista, de cuyas organizaciones terminaría por expulsar a Yugoslavia. Durante años de enemistad, Stalin envió a varios sicarios para matar a Tito, como ya hizo con Trotski, cuyo asesino fue el comunista catalán Ramón Mercader. Pero Tito fue sobreviviendo a todos y a cada uno de los intentos de atentar contra su vida, algunos tan rebuscados como el empleo de una cajita, un joyero, que al abrirse liberaba un gas nervioso. Cansado ya de esquivar balas, Tito se permitió la chulería de escribir una carta a Stalin: «Deja de enviar sicarios para matarme. Si no, me veré obligado a enviarte yo uno, y no tendré que mandar a un segundo».

Elegido en las urnas un rey muy español

PASEÁBAMOS las salas de la Galería Nacional de Arte, el antiguo Palacio Real, con el presidente de la república, Rosen Plevneliev, y con el ex primer ministro de Bulgaria, el rey Simeón de Sajonia-Coburgo y Gotha, rodeados de grabados y alguna cerámica de Picasso. La inauguración de esta magnífica exposición organizada por la embajada —lo digo porque no tengo mérito alguno, pues estaba ya más que encarrilada cuando llegué al puesto— suponía a la vez una oportunidad extraordinaria para realzar la imagen de España y un lío protocolario de primer nivel. O eso me parecía a mí. Un presidente de una república conversando con un rey que también fue primer ministro por las salas de un museo que fueron los salones de la casa de este último...

Luego resulta que tanto la sociedad búlgara como sus autoridades hacen convivir de manera bastante armónica un sistema institucional republicano, donde el jefe del Estado es un presidente electo, con la figura del rey Simeón, que muchos años después de su acceso al trono se hizo con el puesto de primer ministro en unas elecciones democráticas. Su Gobierno duró cuatro años (2001-2005), uno más que su reinado, pues llegó al trono a los 6 años y permaneció en él hasta los 9, cuando se abolió la monarquía.

En 1946 inició un exilio que le llevaría a España, pasando por Alejandría, adonde acababa de llegar también exiliado su abuelo materno, Víctor Manuel III, apeado del trono italiano tras resultar perdedora la opción monárquica en

un referéndum. En España realizó parte de sus estudios, se casó con la aristócrata Margarita Gómez-Acebo y se dedicó a los negocios, sin perder nunca de vista la evolución de su Bulgaria natal. No volvió a su país hasta 1996, transcurridos ya siete años desde la caída del comunismo; en 2001 pudo regresar para establecerse definitivamente, se presentó a las elecciones al frente de su recién creado partido, las ganó y se alzó como jefe de Gobierno. El rey Simeón II se convirtió así en el primer ministro Sajonia-Coburgo-Gotha, o *Sakskoburggotski*, como se le conoce en búlgaro, único ejemplo en la Historia en que un monarca alcanza el Gobierno de una república tras concurrir a elecciones.

La naturalidad con la que se mezclan y combinan la legitimidad republicana con la tradicional e histórica de la monarquía eran nuevas para mí, pues llevaba apenas tres meses en el país, pero después de la inauguración de la exposición de Picasso tuve muchas otras ocasiones de ver a ministros de la república ceder la precedencia a un rey sin trono o asistir a una ceremonia eclesiástica en la catedral de Alexander Nevski, en la que el presidente de la república tiene un lugar secundario respecto del que la Iglesia ortodoxa búlgara sigue reservando para el rey, que tiene su trono junto al del patriarca en el crucero de la catedral. De hecho, el rey Simeón dedica una parte importante de su agenda a cuestiones religiosas, buscando por lo general una unión más estrecha entre las distintas Iglesias ortodoxas nacionales y mayor ecumenismo con los católicos. Durante una cena en la residencia del embajador de España, estaba el rey hablando de este asunto cuando su esposa le dijo con bastante guasa: «Simeón, ya solo te falta la casulla».

Su vínculo con España es fortísimo, ya que aparte de ser el lugar en el que más años ha residido, su esposa, sus hijos y sus nietos son españoles. Para una embajada, que un rey y ex primer ministro sienta tu país como propio constituye un activo incalculable, pues además siempre se ha mostrado cercano, discreto y generoso con su tiempo y con sus análisis de los asuntos de actualidad. Sin entrar en más detalles de los debidos, recuerdo que en un trance bastante crítico para España el rey Simeón pronunció en la residencia unas palabras muy firmes de apoyo. De algún modo, era esperable, pues, por un lado, llegaban de todas las latitudes las muestras de confianza en las instituciones españolas y, por otro, él es una persona verdaderamente

arraigada en España. Lo que me sorprendió fue su motivación para hacerlo, pues comenzó señalándonos que venía obligado a ello por su condición de Caballero de la Orden del Toisón de Oro, la más alta condecoración española. No es común ver a una persona en pleno siglo XXI asumir los deberes de un código medieval de caballería.

A la hora de analizar su figura y, con él, la de su padre, el zar Boris III, incurren tanto sus defensores[30] acérrimos como sus críticos más vehementes[31] en un tipo de maniqueísmo que les hace incidir en una sola cara de la moneda. La mayoría de los analistas se anclan cómodamente o en la hagiografía o en una crítica descarnada, apoyada en el presentismo historiográfico que juzga actos y decisiones de un momento histórico empleando los valores de hoy y con el ventajismo de conocer lo que va a ocurrir con posterioridad. Simplificando un poco, aunque ya digo que no demasiado, me permito ofrecer las dos versiones extremas que se han publicado sobre determinados episodios clave de las vidas de Boris III y de Simeón II, adelantando de antemano que, a mi juicio, la naturaleza nunca ofrece el bien sin mácula ni el mal absoluto, que todos transitamos por una zona de grises más claros o más oscuros y que estos incluso cambian de tono según la luz a la que sean expuestos.

Para dar un poco de contexto histórico, señalemos que Boris III accedió al trono en 1918, cuando abdicó su padre, en horas bajas por las grandes cesiones territoriales que impuso a Bulgaria el Tratado de Neuilly como perdedora de la Primera Guerra Mundial, obligándola a entregar: la Tracia Oriental —y su salida al mar Egeo— a Grecia; una porción de la Macedonia oriental al Reino de los Serbios, los Croatas y los Eslovenos; y la llanura septentrional de Dobrudja a Rumania. Con el ambiente de nacionalismo revanchista y revisionista de los años treinta, es de suponer que la recuperación de parte de esos territorios habitados por búlgaros supusiera una suerte de obsesión para Boris III, que vio en el inicio de la Segunda Guerra Mundial una ocasión irrepetible para lograrlo.

Pese a que Bulgaria se mantuvo neutral al inicio de la guerra, la pujanza de Alemania en todos los frentes sirvió de revulsivo para firmar un pacto de alianza en 1941, que instó a Bulgaria a adoptar una serie de leyes antisemitas. Bulgaria se negó a entrar en guerra contra la URSS, aduciendo la declarada rusofilia de su pueblo, pero sí la declaró en cambio contra las potencias

occidentales. Su cálculo fue que aliándose con Alemania, evitaría ser arrasada por esta como lo fueron otras naciones balcánicas, y que su declaración de guerra a los occidentales sería más simbólica que real, por encontrarse alejada de los principales frentes. A la postre, esta conjetura terminó por demostrarse fallida pues la capital búlgara acabó sufriendo intensos bombardeos británicos y estadounidenses.

Este primer elemento, la alianza con Alemania, genera dos interpretaciones antitéticas. Por un lado, quienes señalan que el empuje de Alemania era incontenible y que resistir solo llevaba al desastre, mientras que unirse suponía la posibilidad de recuperar importantes territorios; y por otro, quienes acusan al rey, de origen germano, y sobre todo al Gobierno del primer ministro Bogdan Filov de abiertas simpatías por los nazis. Una vez más, me permito adoptar una posición intermedia. Y es que, en 1941, cuando aún no se era plenamente consciente de la deriva que tendrían el nazismo y el fascismo, estos inspiraban admiración entre fuertes capas sociales incluso de Europa occidental y de EE. UU. No pesaba aún sobre ellos la lacra de todo lo que vendría con posterioridad o de lo que habiendo ya ocurrido resultaba aún desconocido. Y a ello se sumarían cálculos tacticistas sobre las posibles ganancias de una alianza *versus* las probables pérdidas de la resistencia frente a la Wehrmacht.

De algún modo, estas versiones opuestas me recuerdan las dos tesis dominantes que existen en España sobre la negativa a participar junto a Alemania en la Segunda Guerra Mundial, pese a la inestimable ayuda de esta con su Legión Cóndor, e incluso después del encuentro entre Franco y Hitler en Hendaya. Mientras que unos hablan de jugada maestra del franquismo, otros apuntan a que Hitler se negó a ceder a ninguna de las pretensiones territoriales españolas, que consideraba desorbitadas si se comparaban con el más que modesto aporte con el que podría contribuir una España recién salida de la Guerra Civil a una alianza cuya solidez merecía ya serias dudas por el flanco italiano.

En todo caso, la cuestión que más divide a hagiógrafos y demonizadores de Boris III fue su actitud ante la imposición nazi de que le fueran entregados los judíos búlgaros, en su inmensa mayoría sefardíes, para ser llevados a los campos de exterminio. Los hechos posteriores son por lo general indiscutibles, pero sí hay división sobre sus causas y reparto de

responsabilidades. En las zonas de Macedonia y de Tracia que no pertenecían formalmente a Bulgaria, pero que se administraban bajo la ocupación militar alemana, once mil trescientos cuarenta y tres judíos fueron deportados a campos de concentración, la mayoría de ellos al de Treblinka, donde fueron asesinados en el espacio de apenas dos semanas. Cuando el enviado de Hitler llegó a Bulgaria para concluir la misma operación con los cincuenta mil judíos búlgaros, se encontró una sociedad y una clase dirigente dividida al respecto. Mientras que algunos grupos eran favorables a su deportación y habían apoyado las distintas medidas legislativas antisemitas, comenzó a generarse un clima de resistencia popular ante esta barbarie: la Iglesia ortodoxa búlgara, figuras eminentes como el vicepresidente de la Asamblea Nacional Dimitar Peshev, el diplomático español Julio Palencia y numerosos ciudadanos de a pie levantaron su voz y evitaron que sus compatriotas judíos fueran llevados a los trenes que ya esperaban para tan macabro fin en la ciudad de Kyustendil, al oeste de Sofía.

La actitud del rey Boris III fue la de resistirse a la entrega de los judíos búlgaros, para gran irritación de su poderoso aliado. Se valió de diversas tácticas dilatorias, a veces de meras excusas, para no cumplir la orden de Hitler, aunque sin enfrentarse a él abiertamente. El sinuoso monarca búlgaro llegó al contrasentido aparente de servirse de una ley antisemita para salvar la vida de los judíos, al ordenar que aquellos que fueran aptos para trabajar estuvieran obligados a hacerlo en un plan nacional de carreteras, lo que a su vez le sirvió de excusa ante los nazis: «No puedo deportarlos porque los necesito para renovar infraestructuras».

El monumental enfado de Hitler le hizo convocar al zar Boris III, con quien mantuvo un encuentro en Rastenburg, Prusia Oriental (hoy Polonia), el 14 de agosto de 1943. Allí mantuvo su negativa tanto a entregarle a sus súbditos judíos como a declarar la guerra a la URSS. Boris III justificó lo primero con las evasivas que hemos señalado, y lo segundo, por la también mencionada rusofilia de los búlgaros. Y es que una cosa era aliarse con Alemania para conseguir ganancias territoriales a costa de sus vecinos balcánicos y otra muy distinta declarar la guerra a su hermano mayor, eslavo y ortodoxo, cuya inestimable ayuda en la liberación del Imperio otomano no sería fácilmente olvidada. Se iniciaba así una máxima de la política exterior búlgara, «siempre con Alemania, nunca contra Rusia», que sigue vigente hoy.

Exactamente dos semanas después de su entrevista con Hitler, Boris III falleció de un aparente ataque cardíaco, aunque la posterior autopsia reveló restos de veneno en su cuerpo. El trono pasó a su hijo Simeón II, bajo la regencia de su tío, el príncipe Kyril. Todo parece indicar que Boris III fue envenenado durante su reunión con Hitler y no es difícil colegir que fuera su firme negativa a deportar a los judíos búlgaros la que le acabó costando la vida.

Este segundo elemento, el de la actitud de la sociedad, el gobierno y la corona respecto de los judíos búlgaros genera también debates agrios donde, lamentablemente, apenas se aprecia voluntad de matizar o relativizar. O escuchas el relato edulcorado de un pueblo unido contra el nazismo o el de una sociedad que apoyó en masa las leyes antisemitas y que no hizo nada por parar el exterminio de los judíos de la Macedonia búlgara. Aun a riesgo de ser tachado de tibio, me temo que en este caso la realidad vuelve a situarse en esa área de grises, donde no todo es loable o reprehensible.

Debería ser compatible, como por cierto hace últimamente el Gobierno de Bulgaria, mostrarse orgulloso como pueblo del salvamento de los cincuenta mil judíos búlgaros y a la vez hacer una evaluación crítica sobre la responsabilidad por el destino trágico de los más de once mil originarios de Macedonia que resultaron víctimas del Holocausto. Lo mismo puede decirse de la figura del rey Boris III. No parece justo responsabilizarlo personalmente del destino de los que fallecieron y privarlo al mismo tiempo del reconocimiento por el salvamento de quienes no fueron deportados. Y *sensu contrario*, si aceptamos que su autoridad, con su firme negativa a entregar a los nazis a los judíos búlgaros, resultó clave en su salvamento, cabe plantearse si no pudo o debió hacer más por los que sí fueron montados en vagones de tren aptos para el ganado.

He escuchado las dos versiones extremas en muchas ocasiones, aunque hay que decir que prima el discurso que destaca el salvamento de los judíos, ensalzando sobre todo la labor de la Iglesia ortodoxa búlgara, para la que incluso se plantea su candidatura al Premio Nobel de la Paz. Es un tema delicadísimo, una herida que tardará mucho en cicatrizar, y resulta especialmente emocionante cuando el relato que escuchas está formulado en primera persona.

Me permití preguntarle por este tema al escritor sefardí Angel

Wagenstein, a quien sus noventa y pico años no han restado un ápice de lucidez, de sus ideales comunistas ni de su capacidad para trasegarse media botella de *rakia* mientras comparte contigo sus recuerdos. El escritor, nacido en Plovdiv, pasó su infancia en Francia, pero siendo un adolescente regresó a su país, donde comenzó a militar en una asociación estudiantil de izquierdas, hasta que fue arrestado y enviado a un campo de trabajos forzados para judíos en Macedonia, de donde logró escapar antes de ser enviado a una muerte segura en Treblinka. Recuperada la libertad, tomó las armas con los partisanos y fue capturado otra vez y condenado a muerte en 1944. Los bombardeos americanos y británicos sobre Sofía destruyeron la prisión, por lo que los presos tuvieron que ser transferidos y su condena resultó pospuesta. Hasta en esto hay que tener suerte, porque esas semanas de retraso fueron suficientes para que el avance de partisanos comunistas locales, con apoyo del Ejército Rojo, terminara liberando a Bulgaria. Entonces el miedo cambió de bando y fueron los tribunales populares comunistas los que empezaron a dictar penas de muerte a diestro y siniestro, empezando por el propio tío del rey Simeón, el príncipe Kyril. A Wagenstein no se le puede ni mencionar la idea de que fuera el rey quien salvó a los judíos búlgaros: «¡Fue Boris quien promulgó las leyes antisemitas y envió a los judíos de Macedonia a los campos de exterminio, y fue su hijo Simeón quien dictó mi condena de muerte! Los judíos que sobrevivimos nos salvamos solos, con la ayuda de algunas gentes buenas, pero sobre todo gracias a la llegada de los comunistas».

El rey Simeón ha participado varias veces en actos conmemorativos del Holocausto, centrando sus palabras, naturalmente, en la negativa de su padre de permitir el traslado de los judíos búlgaros a campos de concentración y exterminio alemanes. En una entrevista concedida a Christiane Amanpour, periodista de la CNN, el monarca ensalza el enorme precio que pagó su padre por ese acto de valentía, al tiempo que justifica su impotencia tanto por las leyes antisemitas como por las deportaciones en Macedonia: «Las leyes no las adoptaba el rey, sino un Parlamento y un Gobierno donde sí es cierto que había antisemitas; y esa parte del territorio macedonio escapaba al control efectivo de Bulgaria, pues eran los alemanes quienes lo ejercían militarmente». En una cena en la que se mencionó en su presencia la condena a muerte dictada contra Angel Raymond Wagenstein y cómo este le culpaba

por ello, el rey Simeón señaló: «a mis 9 años, no tenía edad de dictar condenas de ningún tipo».

Cuando en 2018 se cumplieron setenta y cinco años del salvamento de los judíos búlgaros y del exterminio de los judíos de Macedonia, la organización de la comunidad judía actual de Bulgaria, Shalom, mantuvo un discurso muy ponderado, equilibrado entre el agradecimiento por la salvación de cincuenta mil vidas inocentes y el recuerdo por las más de once mil víctimas. Y me resultó gratificante ver cómo su gobierno asumía como propio ese relato híbrido, complejo, que huye del cándido triunfalismo.

Por último, estos dos bandos enfrentados de hermeneutas de la vida y obra de Simeón de Sajonia-Coburgo convierten su Gobierno como primer ministro en el último de sus campos de batalla. Y una vez más, se impone el trazo grueso, pues unos vienen a señalar que todo se hizo bien, y los otros, que todo se hizo mal. Los logros que se le imputan son la modernización económica del país; avances en la transición al capitalismo, donde su propia figura resultaba un polo de atracción de inversión extranjera; y encaminar a Bulgaria hacia su plena occidentalización, dando pasos decisivos para su ingreso en la OTAN y en la Unión Europea. Sus críticos suelen destacar que durante su mandato le fueron devueltas numerosas propiedades, castillos, bosques, viñedos y otras fincas que habían sido nacionalizadas durante el comunismo, con la dificultad añadida de que no resulta fácil discernir cuáles de esas propiedades eran originalmente bienes privados de su familia y cuáles bienes del Estado con un uso afectado a la familia real. Tanto es así que en el momento de redacción de estas líneas el caso de la restitución de propiedades del rey Simeón y de su hermana María Luisa sigue empantanado en el Tribunal Europeo de Derechos Humanos.

Durante los tres años que viví en Bulgaria mantuve con él una relación que exageraría si la definiese como amistad, pero que trascendió lo estrictamente profesional. Tengo la sensación de que él valoró mi franqueza, sin ápice de cortesanismo, y yo admiré la cercanía y la amabilidad de un señor que vio cómo en plena infancia su mundo se venía abajo —el fallecimiento de su padre en trágicas circunstancias, el fusilamiento de su tío y el exilio con su madre y su hermana, dando tumbos por varios países— y que se pasó el resto de su vida tratando de recomponer las piezas. Al margen de las pérdidas familiares, que son siempre irreparables, me llamó la atención

su determinación por mantener vivo el legitimismo de su legado familiar, hasta el punto de ser el primer monarca que formó Gobierno en una república, y que contribuyó a inspirar en Bulgaria ese ideal de integración europea que no puede ser ajeno a sus nobles apellidos, originarios de distintos lugares del continente, sin alejarla nunca de su esencia eslava. Con Alemania siempre, nunca contra Rusia.

Una llamada inesperada

LA segunda semana de febrero de 2016 se celebró en Sofía la primera edición de un torneo de tenis ATP al que asistí porque participaban en él dos tenistas españoles, Roberto Bautista y Guillermo García-López. Ese domingo Bautista ganó la final en el Arena Armeets, un flamante pabellón de deportes que también se emplea para conciertos y mítines políticos en el que había menos gente pendiente del tenis y más del catering y de intentar ligar con las azafatas que lo servían o de hacer negocios con los empresarios patrocinadores. Al año siguiente sí hubo un ambiente mucho más tenístico porque quien disputaba la final era Grigor Dimitrov, la estrella local, que terminó venciendo y levantando el trofeo.

Regresaba en coche a casa paladeando aún la victoria de Bautista, que tuve la suerte de poder ver desde uno de esos asientos normalmente reservados a sus familiares. Con los Arctic Monkeys sonando a bastante volumen en el coche, de repente me entró por los altavoces una llamada del gabinete de comunicaciones del Ministerio de Asuntos Exteriores, provocando en mí la habitual reacción de acelerarme veinte o treinta pulsaciones porque, claro está, no te llaman para saludar. Tratándose de un domingo por la noche, pensé que la cosa tenía que ser seria. Por supuesto, esa reacción de taquicardia la sufre solo quien recibe la llamada, no el funcionario de comunicaciones que las despacha con mucha profesionalidad, pero con tono de máxima rutina, casi de aburrimiento, desprovisto de cualquier emoción.

—Dígame.

—¿Enrique Criado?

—Sí, soy yo.

—Le llama el ministro.

—¡¿Cómo?!

—Le paso...

Lo siguiente que escuché fue una musiquita que debió de durar un minuto, quizá menos. Aunque generalmente esas esperas musicales resultan fastidiosas, a mí me vino muy bien para conducir el coche hacia una calle menos transitada y situarme en un sitio donde no estorbara, mientras intentaba repasar mentalmente todos los asuntos de trabajo que pudieran justificar una llamada ¡del ministro! Y no, no se me ocurría ninguno que tuviera esa entidad. De pronto se cortó la música y escuché la voz de José Manuel García-Margallo, que solo quería comentar conmigo que había leído mi libro[32] y que le había gustado mucho. Entre sorprendido y ufano, de repente me descubrí diciendo al ministro que a mí me había encantado el suyo[33]. Se trataba de una mentira piadosa porque, aunque aún no me había leído sus más de ochocientas páginas, lo tenía ya sobre la mesilla y en los días siguientes a mi farol lo leí casi con bulimia, por interés real y por sentimiento de culpa. La conversación, que no duró mucho, derivó hacia otros libros que habíamos leído, lugares que habíamos visitado y el recuerdo de su viaje a Australia, cuando yo estaba allí destinado.

De aquel episodio me he quedado con dos elementos sobresalientes por infrecuentes: un ministro que lee mucho y un ministro que llama para felicitar a un subordinado al que apenas conoce. Como no soy inmune al elogio, sino todo lo contrario, a partir de ese momento empecé a ver al ministro, a mi ministro, con una especial simpatía.

Al buscar a Todorov encontré a Atanasov

CANTA NACHO Vegas en «El hombre que casi conoció a Michi Panero» que a la hora de recapitular, el momento cumbre de su vida fue la ocasión en que casi conoció al menor de los hermanos Panero. La escucho cuando también yo hago recapitulación, no de mi vida, pero sí de mi estancia de tres años en Bulgaria, y creo que el punto álgido fue el momento en que casi conocí a Tzvetan Todorov. Hasta aquí llegan los paralelismos, por un lado, entre Nacho Vegas y yo y, por otro, entre el poeta sin obra Michi Panero y el filósofo, crítico literario y sociólogo búlgaro, autor de más de treinta libros.

En mayo de 2016 conseguí hacerme con un ejemplar de *Insoumis*^[34], el último libro que había publicado Todorov, un interesante ensayo sobre la manifestación moral de la insumisión ante poderes tiránicos, eligiendo para ello a media docena de personas relevantes, desde los soviéticos Boris Pasternak y Aleksandr Solzhenitsyn a Nelson Mandela en la Sudáfrica del *apartheid*. Todorov cuenta en su prólogo cómo él mismo, sin elevarse a la categoría de los personajes analizados, comenzó su propio ejercicio de insumisión al régimen comunista búlgaro mediante un exilio que fue primero interior y que concluyó con su partida a Francia.

Señala 1956 como el año clave del inicio de esa insumisión, ya que se concitaron varios hechos importantes, en círculos concéntricos, para su vida, para su país y para el bloque geopolítico al que pertenecía este. Fue el año en que el joven Tzvetan, hijo de dos intelectuales comunistas, accedía a la

universidad y con ello a la edad adulta; también el año en que Krushev se decidió a hacer públicos los informes secretos sobre los crímenes cometidos por su predecesor Stalin, fallecido tres años antes, y al que hasta entonces se adoraba como a un semidiós en todo el orbe comunista; en 1956 por fin se decidió Pasternak a confiar a amigos cercanos la lectura del manuscrito clandestino de su *Doctor Zhivago*, que sería publicado al año siguiente en Italia, pero solo tres décadas después en la URSS; por último, en otoño de ese año el mismo Krushev que había denunciado los abusos de Stalin, achacándolos a su obsesión por el culto al líder, no dudó en sofocar con tanques el tibio intento del Gobierno comunista húngaro de diluir su vínculo con Moscú, retirándose del Pacto de Varsovia y proclamando su neutralidad. A sus apenas 17 años Todorov llegó a la convicción de que esas injusticias no eran puntuales ni la obra exclusiva de ningún líder, por poderoso que fuera, sino exigencias del propio sistema, que instrumentalizaba valores universales para ponerlos al servicio de causas innobles.

Durante el par de semanas que me llevó su lectura, y alguna más después, fui comentando aspectos del libro con amigos búlgaros, muchos de ellos lectores empedernidos, y casi ninguno conocía al autor. Aunque era consciente de que Todorov vivía en Francia desde hacía medio siglo y que escribía en francés, me sorprendía hasta qué punto era ignorado en su país. Ni siquiera su gesto de recibir en 2008 el Premio Príncipe de Asturias flanqueado por las banderas francesa y búlgara le ayudó a ser profeta en su tierra. Fue así como me decidí a impulsar desde la embajada un seminario para invitarlo. Para acceder a Todorov me puse en contacto con el Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS, por sus siglas en francés), del que era director honorario, y con la editorial con la que solía publicar, pero en ambos casos recibí respuestas evasivas. En Bulgaria mis intentos resultaron igualmente vanos y en muchas ocasiones escuché la misma respuesta: «El señor Todorov casi no viene por aquí y nunca aparece en actos públicos». El último que se le recordaba fue una iniciativa del Instituto Francés de Sofía, para cuya organización fue clave Stoyan Atanasov, catedrático de literatura francesa de la Universidad de Sofía.

En nuestra primera conversación telefónica, el profesor Atanasov se reveló como lo que es, un hombre extremadamente cortés, refinado y algo distante. Mostró interés por mi proyecto y compartía mi sorpresa por la

ignorancia que existía en Bulgaria sobre Todorov, a lo que él añadía cierto enojo, ya que era su traductor al búlgaro y amigo personal desde la juventud. Aun así, pronto me quitó casi todas las esperanzas de poder organizar el seminario, ya que, según me dijo, Todorov tenía párkinson, algo que llevaba, si no en secreto, al menos sí con mucha discreción. Al parecer, lo que le había convencido para participar en el acto del Instituto Francés de un par de años antes fue el hecho de que en él se presentaba una película dirigida por su hija Lea. De cualquier modo, Stoyan aceptó almorzar conmigo, nos regalamos mutuamente nuestros libros dedicados —la edición búlgara de *Cosas que no caben en una maleta*[35] había salido esa semana —y charlamos durante un par de horas sobre la obra de Todorov, a quien luego trasladó mi invitación, que este al parecer consideró pero terminó por declinar amablemente.

Tres semanas después, el 7 de febrero de 2017, Stoyan y yo volvimos a hablar por teléfono, aunque esta vez fue para comentar la triste noticia del fallecimiento de Todorov, y decidimos reunirnos de nuevo el día 18 para cenar juntos. Me invitaron a su casa él y Rina —de Teodorina—, su segunda esposa, que acababa de jubilarse como profesora de francés en un instituto y cocinó una cena típicamente gala: pato al horno, tabla de quesos al postre y vino de Burdeos.

Vivían en un apartamento alto de un bloque que mira de frente al Zapaden Park, un parque boscoso al oeste de la ciudad, que recuerda un poco a la Casa de Campo madrileña. Consciente de que no era fácil de encontrar, Stoyan me estaba esperando frente al portal, donde ya los autobuses se daban media vuelta, porque esa era la última estación. Hacía un frío terrible y Stoyan se disculpó por el barro que manchaba el suelo del portal, que achacaba a la manía de sus vecinos de aparcar en el descampado y entrar al edificio con sus botas enfangadas. Una vez arriba, me dio la sensación de que en vez de haber buscado en su casa un lugar para los libros, eran Rina y Stoyan los que se habían hecho un huequecito entre una fabulosa biblioteca.

Pese a que Rina se expresaba en un francés elegante y preciso, su esposo Stoyan le corregía de vez en cuando sus errores. Conmigo no lo hizo, pero yo buscaba interpretar si el intermitente fruncimiento de su ceño podía deberse a alguna metedura de pata mía, quizá una concordancia de género mal hecha, o qué sé yo.

Aunque inevitablemente charlamos un poco de libros, esta vez conseguimos trascender esa barrera y nos interesamos un poco por nuestras vidas. Rina hablaba con mucho orgullo de la hija común de ambos, intérprete en Bruselas, y decía que era feliz con su reciente jubilación, aunque hizo tantas referencias al instituto que parecía echarlo de menos. Stoyan, más allá de la solemnidad con la que hablaba de asuntos académicos, me pareció un hombre que había sabido vivir la vida, aunque no siempre hubiese sido fácil. Me contaron que ella estaba muy contenta con la casita que se habían construido junto al mar Negro, en Pomorie, pero que él no iba apenas: «Ya tuve suficiente mar de joven, cuando era nadador y socorrista». En un momento en que ella se alejó para prestar atención al horno, me reconoció en confianza que aquellos veranos de socorrista también fueron una verdadera mina para el ligoteo: «Pero bueno, ahora eso ya ha pasado».

Poco a poco nuestra conversación derivó hacia cómo se habían entrelazado las vidas de Todorov y de Stoyan. Ambos fueron comunistas convencidos y luego desencantados, aunque cada uno llegó a esas fases a su debido tiempo y por caminos distintos. Mientras que Todorov era hijo de un profesor universitario izquierdista, fundador de la Biblioteca Nacional que se erguía ante la ventana de mi salón, los padres de Stoyan eran gente modesta —creo recordar que su padre, o quizá su abuelo, había sido chófer del rey Boris III—. Todorov vivió en carnes propias la purga sufrida por su padre a manos del Comité Central del Partido y decidió marcharse a estudiar fuera en cuanto tuvo ocasión; mientras que Stoyan se sentía profundamente agradecido al Komsomol[36], precisamente por la oportunidad que le brindó de estudiar en Francia y en Suiza. Todorov tuvo que afrontar la soledad del exilio, mientras que a Stoyan comenzaron a incomodarle cada vez más las desigualdades e injusticias que generaba el régimen: en su calidad de intérprete del máximo dirigente búlgaro, Todor Jivkov, ante autoridades francófonas, como François Mitterrand —aún en la oposición— o el secretario general del Partido Comunista Francés, Stoyan participaba en las lujosas vacaciones que ofrecían a los mandatarios extranjeros en la residencia oficial de Euxinograd, en el mar Negro, y era además testigo del enorme cinismo que cimentaba muchas de las conversaciones que le tocaba traducir. Por supuesto, debía informar puntualmente a la Seguridad del Estado de cuantas cuestiones considerara oportunas sobre las opiniones, el

comportamiento y los gustos de los mandatarios extranjeros.

Antes incluso de experimentar la gran decepción por el régimen comunista de su país que supuso convivir largos veranos con los máximos dirigentes, haciéndoles de intérprete, Stoyan había comenzado a vislumbrar las limitaciones y contradicciones del sistema. Pese a que inicialmente fue a estudiar francés a Ginebra, enviado por el partido, una vez allí consiguió una beca suiza para realizar un doctorado en Filosofía. Todo estaba listo, hasta que fue a la embajada búlgara en Suiza para renovar su pasaporte, una gestión de rutina, y allí la cosa empezó a torcerse. Continúa Stoyan el relato de esta desventura: «En la legación me dijeron que era preciso volver a Bulgaria para realizar ese trámite, así que regresé pensando que sería cuestión de días o alguna semana». Una vez de vuelta en Sofía, le marearon con evasivas y le enviaron a distintas ventanillas de diferentes administraciones, hasta que al final alguien de los servicios secretos le dijo la verdad: «Te enviamos a Ginebra para que perfeccionaras tu francés y sirvieras como intérprete del partido, no para que te dedicaras a estudiar Filosofía burguesa, leyendo autores decadentistas y ¡hasta la Biblia!». De modo que ahí terminó el periplo suizo de Stoyan: «Imagínate, ¡hasta tenía mi novia suiza!, y la pobre no se explicaba qué pasaba y por qué tardaba tanto en regresar. ¡Menos mal que tenía otra novia en Bulgaria!».

Al hilo de su relación con los servicios secretos comunistas, le pregunté si había tenido curiosidad por leer el informe que a buen seguro existía sobre su persona. Me contestó que no y para justificar su posición añadió casi de manera instintiva: «Tampoco Tzvetan quiso leer el suyo». Se levantó de la mesa, rebuscó en su librería y al cabo de un rato regresó con un libro para mí en la mano: *L'homme surveillé* [37], del búlgaro Vesko Branev, prologado por el propio Todorov.

Al parecer, Branev fue un conocido de juventud de Todorov, con el que compartió algunos círculos de amistades en Sofía, pese a ser siete años mayor que este. Tras varios intentos de huir a Occidente, Branev se estableció en Berlín Occidental justo antes de que se erigiera el Muro, simplemente tomando el metro y no bajándose en la última parada de Berlín Oriental. Allí confiaba en poder continuar en libertad su incipiente carrera como cineasta, pero no tardó en ser secuestrado por la Stasi y devuelto a Alemania Oriental y, de ahí, a Bulgaria, donde pasó un tiempo en prisión y varias décadas de

paranoia y autocensura trabajando como periodista.

L'homme surveillé es el fruto de haber leído el dossier que la Seguridad del Estado búlgara tenía sobre él, con un detallado compendio de delaciones, emanadas a menudo de gente muy cercana a él. Branev iba enviando por correo los capítulos de su manuscrito al domicilio parisino de Todorov, que lo consideraba de gran valor histórico, al que se sumaba el notable talento narrativo de Branev. Dicho sea de paso, estas son las dos únicas circunstancias que para Todorov justificaban una autobiografía —haber vivido algo extraordinario y ser capaz de narrarlo con talento—, idea que esencialmente comparto y por la que intento evitar que la impúdica autobiografía invada el terreno de la literatura de viajes, pese a que aquella no pueda dejar de filtrarse por las rendijas; y es que, llevándolo al extremo, lo que no es autobiográfico termina por ser plagio.

Sin embargo, pese a ver en Branev la otra cara de su propia moneda —lo que hubiera sido de él de no haber podido partir a Occidente— y aunque reconocía el mérito indudable del libro de Branev, Todorov terminó por convencerse de que más le valía no leer el archivo que los espías búlgaros habían preparado sobre él, ya que le hubiese entristecido tanto descubrir las delaciones y sus fuentes que nunca hubiese podido perdonar. Además, sabía que jamás conocería las circunstancias precisas en que estas confesiones y delaciones fueron extraídas —¿presiones?, ¿permisos para viajar?, ¿ascensos profesionales?, ¿saltar la lista de espera para comprar un coche?, ¿quizá torturas?—. Stoyan, en este, como en muchos otros temas, compartía la visión de su amigo Tzvetan y me aseguró que nunca estuvo tentado de acceder a la información desclasificada sobre él.

Stoyan y yo mantuvimos todo el tiempo que me restó en Bulgaria una gran amistad, cimentada en comidas, cenas, libros y confidencias. Debido a la diferencia de edad y a su tono didáctico, nuestras conversaciones inevitablemente tendían al formato de preguntas y respuestas, a mi cargo las primeras y él, facilitando las segundas. Le dije que, como español, la obra de Todorov que más me había interesado siempre, junto con el libro sobre Goya, era *La conquista de América*, donde se toma conciencia del «otro» y se produce un verdadero diálogo intercultural. La cuestión de quiénes son «los otros» y quiénes «nosotros» me fascinó desde que leí *Orientalismo*, de Edward Saïd. «Es curioso —me dijo Stoyan—, porque Todorov y Saïd

llegaron a conclusiones similares, pero por caminos y lecturas muy diferentes. Luego se hicieron amigos, e incluso se prologaron recíprocamente, Todorov, la edición francesa de *Orientalismo*, y Saïd, la inglesa de *La conquista de América*. A Todorov le interesaba en particular el rol de quienes, como Bernardino de Sahagún en pleno siglo XVI, realizaban un esfuerzo de comprensión por la cultura del otro, lo que define en su libro como “exotopía”. De algún modo, todos los que vivimos, estudiamos y trabajamos fuera de nuestra cultura, del “nosotros”, acabamos siendo “exótopos”, es decir, que luchamos por hacer de puente entre la cultura de origen y la de acogida. Desde luego, Todorov lo fue entre Este y Oeste».

Hablando de puentes entre culturas, la conversación nos llevó a Claudio Magris, escritor italiano, nacido en Trieste, y por lo tanto un hombre de frontera entre Italia y la actual Eslovenia, antes Yugoslavia, entre los ámbitos culturales latino, germánico y eslavo. Trieste era también un punto de llegada de ese Telón de Acero entre el Este y el Oeste que, como apuntó Churchill, cayó entre Stettin, en el Báltico, y esta ciudad del Adriático. Quizá por la cercanía de esa frontera asfixiante, Magris, como germanista, siempre se interesó por la Europa central habsburguiana, esa Mitteleuropa que, vertebrada por el Danubio, generó un enorme influjo cultural no nacionalista. En su obra *Danubio* —que, como según me apuntó Stoyan, pese a dedicar treinta páginas a Bulgaria nunca ha sido traducido a este idioma— hace una loa de esa cultura germana inclusiva, y con ella la judía, que contrastó con la otra cultura germana, la prusiana, más nacionalista y exclusivista. Solo así se explica el enorme aporte de autores como Kafka, Rilke o Canetti, judíos que escribían en alemán, pero que eran checos, los dos primeros, y búlgaro de Ruse el tercero.

Llegados a este punto, Stoyan me interrumpió en un gesto muy infrecuente en él: «Canetti no me parece un búlgaro. Vivió muy poco tiempo en Bulgaria, escribía en alemán y apenas encuentro elementos que se refieran a mi país». Me estaba sorprendiendo la actitud de distancia y casi de reproche de Stoyan hacia el único Nobel de Literatura búlgaro, cuando este terminó de remachar: «Las bonitas frases que construía Canetti no decían nada, eran pompas de jabón. Y, por lo que he oído, era un machista y un tirano que amargó la vida a su mujer y a su amante». La verdad es que en ese momento yo no había leído aún nada de Canetti y mucho menos conocía sus secretos

de alcoba. Pese a la acometida de Stoyan contra Canetti, seguí sintiendo curiosidad y simpatía por su figura, aunque solo fuera porque al recibir el Premio Nobel de Literatura el año de mi nacimiento se lo agradeció al pueblo conguense de Cañete, de donde fueron expulsados sus antepasados sefardíes hacía cinco siglos y de donde viene su apellido.

Quise también preguntar a Stoyan por la muerte del padre de Todorov, sobre la que había oído historias contradictorias, ya que unos me decían que Tzvetan no pudo asistir al funeral debido a su exilio, y otros, que sí pudo viajar a Bulgaria de incógnito. Stoyan me sacó de dudas relatándome una historia muy de la Guerra Fría: «El padre de Todorov tenía ya 91 años y en aquella época vivíamos Rina y yo en su casa de la calle Sheynovo, justo al lado de vuestra embajada. Cuando se puso enfermo, rápidamente llamé Tzvetan, que solicitó un visado búlgaro para viajar a Bulgaria con su pasaporte francés. No sabía si se lo iban a dar y le angustiaba mucho pensar que no podría despedirse de su padre. Finalmente, el embajador búlgaro en París en persona fue quien se desplazó a su casa a darle el visado y Tzvetan viajó a tiempo de ver a su padre con vida».

Lamenté muchísimo no haber podido conocer a Tzvetan Todorov y me conmovió mucho que muriera cuando yo aún hacía gestiones para intentar invitarlo a Sofía. Al menos, por ese camino me encontré a un tipo interesantísimo como Stoyan Atanasov, no tanto o no solo, como él cree, por su meritoria vertiente académica como por la vida que le ha tocado vivir, con sus pasiones y decepciones, llenas ambas de lealtades y de silencios, de cercanía al poder máximo y de comodidad en el discreto segundo plano. Sin la amistad de Stoyan difícilmente podría haber comprendido la Bulgaria socialista y su transición hasta el presente.

Mazapán de Plovdiv y yogur de Barcelona

SOLO la ironía del destino trágico sufrido por los sefardíes, con varios siglos de constante errar a sus espaldas, a veces voluntario pero muchas otras forzado, puede explicar que en la ciudad búlgara de Plovdiv se enorgullecen de hacer el mejor mazapán del mundo. «Nada que ver con el de Toledo», tienen la osadía de decirme sin saber o importarles poco que mi familia provenga precisamente de esa provincia manchega. El mismo vaivén funesto de familias sefardíes huyendo de guerras llevó a que los primeros yogures de Occidente se hicieran en un piso de Barcelona, utilizando los conocimientos que pastores búlgaros tenían de las bacterias que producen la fermentación de la leche —*Lactobacillus bulgaricus*—, y que sería el inicio de la empresa multinacional Danone.

En España casi no sabemos nada de los judíos que en 1492 fueron expulsados de nuestro país, que también era el suyo, ni qué fue de ellos desde entonces. Subrayo que se trataba de su país, porque, como suele señalar José María Ridaó, ese pasaje de la Historia se suele explicar en las escuelas con la frase «los españoles expulsaron a los judíos», en lugar de «los cristianos expulsaron a los judíos», sin reparar en la comparación asimétrica que encierra, ya que tan españoles eran los unos como los otros.

La mayoría de los sefardíes comenzaron un duro camino que les llevó por el norte de África y, en muchas ocasiones, a Constantinopla, a Salónica, a la isla de Rodas, a Corfú y por todos los Balcanes. Como si una frontera

invisible les guiara, los judíos sefardíes mudaron su hogar en la península ibérica por otros bañados por el Mediterráneo, donde hubiera vid y olivo, sin traspasar el Danubio, al norte del cual el vino se convierte en vodka, el aceite de oliva en mantequilla, los judíos pasan a ser askenazís y el cantarín judeoespañol se torna en yiddish, que es al alemán lo que el ladino a la lengua castellana.

Para mí resultó una gratísima sorpresa descubrir que en Bulgaria reside una vibrante comunidad judía, en su inmensa mayoría sefardí, que mantiene vivas sus tradiciones de generación en generación. Los cinco mil judíos búlgaros actuales son los descendientes de los cincuenta mil que residían en Bulgaria antes de la Segunda Guerra Mundial, que, como vimos, se salvaron del Holocausto por una combinación de factores y de esfuerzos de diversas personas e instituciones. La mayoría de sus parientes hicieron aliá[38], acompañados, según me han dicho muchas veces con una mueca burlona, de un montón de compatriotas que inventaron un origen judío solo para marcharse a Israel y, a menudo, de ahí hacia a Estados Unidos, pero ya con flamante pasaporte israelí.

Los que tienen más de 80 años hablan el ladino como lengua materna, aunque además hablan el búlgaro y, muchas veces, también otros idiomas. Sus hijos y sus nietos generalmente lo han perdido, aunque sí conocen canciones —cantigas—, nombres de platos tradicionales, refranes o frases hechas. En un par de ocasiones pude compartir un café con el grupo de señoras que se reúnen en el Club del Ladino, sobre el que existe un ameno documental[39]. Charlan en judeoespañol, entonan sus cantigas, discuten, se llevan la contraria, se parten de risa, chillan un poco a las que están más duras de oído y leen la revista búlgara *La Estreya* y el diario *El Amaneser*, editado en Estambul. A veces se acusan de hacer trampas en su ladino, cuando alguna emplea palabras de español actual, estudiado ya de mayor, y que se le mezcla con el ladino aprendido de su madre y abuelas. Por allí anda también León, guía voluntario en la sinagoga, y que como es el único hombre del club y algo más joven —aunque también pasados los 80— intenta llevar la voz cantante, pero las más viejas casi no le dejan meter baza. Entre la enorme amabilidad con la que me trataron y esa forma de hablarme en su español medieval —«xico mancebo, tengáis caminos de leche y miel»—, todas las veces salí de la sala profundamente emocionado, pensando en mis abuelas,

toledanas, a las que de niño recuerdo con un aspecto tan parecido al de ellas y que en lugar de *La Estreya* o *El Amanecer* leían el *Diario 16* y el *Ya*.

El autor sefardí, aunque con apellido askenazí, Angel Wagenstein centra en su Plovdiv natal a principios del siglo XX la novela *Lejos de Toledo*. Pero tras esa referencia en el título a la capital manchega, que sirvió como fabuloso reclamo para su traducción al español, no hay en realidad nada en la historia que tenga que ver remotamente con ella. De todas formas, según iba leyendo, yo sí quería ver en el día a día de sus personajes —judíos, musulmanes y cristianos, descreídos y guasones muchos de ellos, pero fieles a sus tradiciones— la vida de lo que podría haber sido Toledo. Esos tres amigos de distintas confesiones que se reúnen a tomar el café y un chupito de *rakia* acompañado con un poco de mazapán o de *pandespani* — «pan de España», como llaman en ladino a un tipo de bizcocho borracho—, mientras admiran la belleza de su vecina turca, a la que todos intentan seducir sin éxito.

La ciudad antigua de Plovdiv sí recuerda un poco al casco viejo de Toledo, cuyas cuestas empinadas y empedradas parecen querer evitar el lamido en los tobillos de las aguas del Maritsa y del Tajo, templadas en verano pero gélidas en invierno. En ambas ciudades encontramos templos de distinta confesión y ruinas de su pasado romano, de cuando eran respectivamente Trimontim y Toletum. Del mismo modo que Toledo se reinventó como carpetana, romana, capital de los visigodos, taifa musulmana y lugar de convivencia —a ratos— de tres culturas, los muchos siglos de vida de Plovdiv permitieron que fuera la ciudad helena de Filipópolis — en honor de Filipo II de Macedonia, padre de Alejandro Magno — romana, tracia, eslava u otomana. Su nombre cambió en numerosas ocasiones — Pulpudeva, Trimontim, Puldin...— siguiendo el gusto de quienes en cada momento se enseñorearan de sus seis o siete colinas, de sus viñedos, de sus fábricas de tabaco... Pero siempre mantuvo ese profundo mestizaje balcánico de eslavos ortodoxos, musulmanes, gitanos y judíos, a los que se suman otros, como los griegos, los armenios o los rusos.

En las callejuelas del barrio de Kapana, otrora judío y ahora hípster, se alternan los negocios modernos con los tradicionales, y se cruzan quien sale de rezar en la mezquita con quien aparca su bici frente al restaurante de moda Pavash o el café de al lado, donde compensan con buena comida y música el

que te tengas que acomodar en una carretilla metálica en lugar de en una silla. En las tiendecitas de la zona también conviven con naturalidad la *banitsa* búlgara —hojaldre relleno de queso fresco que se encuentra por todos los Balcanes, aunque con distintos nombres—, el *doner kebab* y *baklava* turcos con el mazapán sefardí, al que llaman *masapan*. Por cierto, se sorprenden cuando les dices que en España solo se consume en Navidad, pues los judíos búlgaros lo toman todo el año. Se conoce que nuestra tradición navideña les dice lo mismo que a un rociero el Rosh Hashaná, les trae sin cuidado. Ahora que lo pienso, la tradición cristiana de comerlo solo en Navidades convenía a la gente del pueblo del que era originario mi padre, convencidos de que el que hacía el mejor mazapán de la zona era también el tío más arisco del pueblo, y así solo tenían que vérselas con él una vez al año, exactamente doce meses después de haber jurado —por última vez— que no volvían a pisar su tienda. En el caso de los judíos de Plovdiv, tengo la sensación de que su afición por el mazapán tiene una connotación cercana a la que tenía la magdalena para Proust, esa evocación de una infancia idealizada, que en el caso de los sefardíes se remonta varias generaciones.

Y del mismo modo que el mazapán, navideño o no, viajó de Occidente a Oriente, el yogur búlgaro hizo el viaje opuesto más de cuatro siglos después, también de la mano del sefardí Isaac Carasso. Su historia novelada está recogida en *El olivo que no ardió en Salónica*^[40] y revela cómo dejó su Salónica natal en el contexto de las guerras balcánicas, poco antes de comenzar la Primera Guerra Mundial. Por entonces Salónica, arrebatada no hacía mucho a los otomanos y disputada por griegos y búlgaros, contaba con decenas de miles de judíos sefardíes, muchos de los cuales resultarían víctimas del Holocausto tres décadas después. Tras un arduo periplo en tren por un continente que se preparaba para la guerra, terminó por mudarse con su familia a un pequeño piso del barrio del Raval de Barcelona. Allí instaló lo que Isaac denominaba su laboratorio y comenzó a fabricar yogures, siguiendo una receta común entre los pastores búlgaros de las montañas cercanas a Salónica, convencido de que tenían propiedades sanadoras. Su hijo pequeño, Daniel, al que llamaban Danon, fue quien continuó el legado familiar y estableció, primero en España y después en Francia, la empresa multinacional Danone, llamada así por su apodo familiar.

Se da además la circunstancia de que el apellido Danon es, junto con

Cohen, Romano, Bassat o Behar, uno de los más comunes entre los sefardíes de los Balcanes, por lo que mucha gente que conoce la historia de los orígenes del yogur Danone lo asocia erróneamente a la familia Danon, y no al pequeño Danon Carasso, hijo de Isaac. Este malentendido es bien conocido por la nonagenaria Sofie Danon, una de los miembros más activos del Club del Ladino, cuyo cuerpo diminuto y encorvado por el tiempo irradia energía y simpatía. Pero cuando una de las primeras veces que nos vimos le pregunté, también equivocado, si había vínculo entre el origen sefardí del yogur Danone y su apellido, ella, un poco presumida, no terminó de desmentirlo y lo admitió como posibilidad. Tuvo que ser otra de sus compañeras del club la que me sacó de mi error y regañó de broma a Sofie: «Los Danon no tienen nada que ver con el yogur, fue un Carasso. No haga caso a Sofie, que es pura vanidad».

Siguiendo esa ruta de sabores echados a la mar, de Occidente a Oriente y vuelta, tuve la suerte de compartir en Sofía varias cenas con el publicista, coleccionista de arte y filántropo catalán Luis Bassat, también de origen sefardí. En la primera de ellas nos sirvieron una pasta de verduras que en Bulgaria conocen por el nombre turco de *kiopolou*, y cuyo ingrediente principal es la berenjena, que los sefardíes llaman *merenyena*. Cuando el camarero de la residencia del embajador dejó el plato frente a Bassat, este buscó instintivamente con la mirada a su mujer Carmen y le dijo con tono emocionado: «Esto lo hacía mi abuela y no lo había vuelto a ver desde que era niño».

Luego hubo más ocasiones porque vino a inaugurar las dos exposiciones que organizó la embajada con una pequeña muestra de su magnífica colección privada de arte, más de tres mil obras que van desde Picasso, a Miró, Chillida, Guinovart o Ràfols-Casamada. Dictó conferencias sobre publicidad y creatividad, así como sobre su experiencia como coleccionista. En este último caso, aunque se supone que hablaba en su condición de comprador —de arte—, lo que demostró es lo magnífico vendedor que es, pues consiguió meterse inmediatamente en el bolsillo a un público numeroso, de edades y extractos diferentes, a base de fórmulas retóricas que, aun siendo sinceras, a todos valían. Sin duda, una de ellas fue relatar su origen búlgaro y su descubrimiento reciente de la casa de su abuelo en Shumla, como se llamaba en tiempos de los turcos la ciudad búlgara de Shunten. También sus

vínculos familiares —remotos— con Elias Canetti, con quien comparte el tercer o cuarto apellido, Arditi. A la conferencia asistió alguien al que Luis se refirió con el apelativo cariñoso de primo, pues se trataba de un búlgaro sefardí de apellido Bassat, y que siempre hacía por ver a Luis y a Carmen desde que la embajada les puso en contacto en su primera visita a Bulgaria.

La historia familiar de Luis Bassat, miembro del Consejo de Administración mundial de la multinacional Ogilvy y excandidato a la presidencia del F. C. Barcelona, queda magníficamente reflejada en el libro que el periodista catalán Vicenç Villatoro escribió sobre su familia[41], cuya edición en búlgaro vinieron ambos a presentar a Sofía. Quizá la parte que a mí me resultó más emocionante de todo el voluminoso libro es la constatación de que tras mudarse sus abuelos a España, su madre nació ya aquí, probablemente la primera judía nacida en Barcelona desde 1492.

El éxito descomunal que ha acompañado a la familia Bassat y a algunos otros sefardíes como los mencionados Carasso o Isac Andic, fundador de Mango y originario de Estambul, es a menudo la culminación del regreso medio milenio después, si es que se puede retornar a un lugar en el que nunca se ha estado antes, tras un constante peregrinar por el extremo opuesto del continente. Su historia familiar es la de tantos descendientes de quienes tras ser expulsados de Sefarad se asentaron en distintas partes del Imperio otomano que, como ocurría con el Imperio austrohúngaro, les permitía compatibilizar esa identidad con su condición de judíos, casi como una «nación» más dentro de las fronteras de estos dos imperios multinacionales y multiétnicos.

La caída de sendos imperios tras la Primera Guerra Mundial y su división en numerosas naciones étnicas, más homogéneas también desde el punto de vista religioso, supuso una liberación para muchos pueblos europeos, pero para los judíos comenzó una senda de hostigamiento que tendría su cénit con el Holocausto y en la posterior emigración de Europa de la mayoría de los supervivientes. Como señala Robert D. Kaplan en *Rumbo a Tartaria*[42], algo parecido les ocurrió a otras minorías como los gitanos y los kurdos y también residentes en los Imperios austrohúngaro y otomano, que comenzaron a ser vistos con desconfianza u hostilidad creciente en los nuevos estados nacidos de los escombros imperiales.

El estudio del devenir de los judíos tras su expulsión de Sefarad me ha

permitido cuestionar o al menos contextualizar tres clichés repetidos como mantras: 1) el supuesto anacronismo e inoperancia del Imperio austrohúngaro, 2) el alcance del «yugo otomano» impuesto por un imperio tachado de enfermo de Europa y 3) la aparente laxitud de los vínculos entre los distintos reinos de la península ibérica antes de la Edad Moderna. Lo habitual es mantener respectivamente que la corte de los Habsburgo austríacos encerraba en su seno de manera artificial a una serie de pueblos irreconciliables por sus respectivas aspiraciones nacionales frustradas, que el Imperio otomano subyugaba a sus súbditos y que los habitantes de la península ibérica compartían apenas una unión dinástica —y eso, solo después del matrimonio entre los Reyes Católicos en 1469 y del fin de la guerra de Sucesión castellana exactamente una década más tarde.

Pues bien, veamos cómo estos tres convencionalismos palidecen vistos desde el particular prisma de la comunidad judía, aunque cabrían otros complementarios: bajo la monarquía parlamentaria habsburguiana convivían numerosos pueblos centroeuropeos, que con el desmoronamiento de aquella alcanzaron su propia estatalidad, así como más de un millón de judíos que sentían como complementaria su ciudadanía mitteleuropea con su identidad o confesión hebraica. Los Kafka, Rilke, Freud y tantos otros contribuyeron a hacer de la Viena de principios de siglo una capital cultural, tolerante y cosmopolita, que ni en sus peores sueños anticipaba el destino que esas mismas tierras depararían a los judíos europeos.

En lo que concierne a la frase hecha sobre el yugo otomano, no es mi intención minimizar aquí el atraso y la sumisión que el dominio otomano impuso a pueblos como el búlgaro, pero merece ser contextualizado sin apasionamiento nacionalista o religioso. Incluso en el caso de los eslavos ortodoxos, las imponentes casas del llamado estilo renacentista búlgaro —siglo XIX—, abundantes en los cascos históricos de ciudades como Plovdiv, son reflejo de cierta bonanza económica que desdibuja la caricatura de un pueblo empobrecido por la codicia de su metro polis, pues si acaso mostraría una mayor riqueza relativa del ocupado —búlgaro— que del ocupante —turco—. Pero si nos centramos en el caso concreto de los sefardíes, se observa cómo su libertad de culto y, en términos más amplios, ese «ir a su bola» tan caro a muchos judíos resultó más sencillo bajo el supuesto yugo otomano que en el marco de los nuevos estados europeos surgidos de sus

cenizas.

Por último, los sefardíes de los Balcanes hablan un único ladino y hacen referencia a una única Sefarad, aun cuando sus apellidos apunten procedencias tan variadas como las juderías de Toledo, Granada, Alcalá de Henares, Béjar, León o Gerona. Frente al relato historicista que diluye o retrasa los vínculos entre españoles hasta el siglo XVIII o incluso el XIX, quienes fueron expulsados en 1492 transmitieron a sus descendientes el legado de una única tierra, Sefarad, y de un único idioma, el ladino o judeoespañol. Una anécdota muy ejemplificadora, cuya cita original soy incapaz de encontrar entre mis apuntes, es la de un viajero español de finales del siglo XIX, que al llegar a los Balcanes fue interrogado sobre cómo es que hablaba ese idioma sin ser judío. Tal era el nivel de identificación entre la «lengua de los españoles» y la religión judía en este confín del continente europeo. Es más, como cuenta el propio Elias Canetti, en lugares como su natal Ruse a los descendientes de los sefardíes expulsados de la península ibérica se les llamaba simplemente *ispanioles* cuatro siglos después.

El desconocimiento que existe en España sobre los sefardíes contrasta con la idealización que estos tienen de Sefarad, casi una obsesión por lo que se erige en su imaginario colectivo como una segunda tierra prometida. Sirva como último ejemplo que en el pueblo conquense de Cañete se mostraron muy sorprendidos cuando un señor llamado Elias Canetti, flamante ganador del Nobel de Literatura en 1981, reivindicó esa localidad como lugar de origen de su familia, genealogía hasta entonces absolutamente ignorada por los cañeteros, que enmendaron en parte su falta haciéndolo hijo adoptivo al año siguiente.

Dos predecesores que se jugaron el pellejo

EN tiempos de Ryanair cuesta ponerse en los zapatos de mis predecesores que llegaron como diplomáticos españoles a Sofía a bordo del lujoso Orient Express, que unía París y Constantinopla en ese ambiente de suntuosidad, decadentismo y orientalismo que inspiró a Agatha Christie o a Graham Greene. En una época en que las relaciones internacionales eran dominio casi exclusivo de los estados a los que representaban, cuando eran muy reducidos los flujos de comercio y de turistas que hoy generan la mayor parte de la carga de trabajo para las embajadas, el oficio del diplomático tenía una parte sustancial de representación o, si se quiere, de figurar. Así lo retrata en un compendio de clichés humorísticos Lawrence Durrell en *Antro bus*[\[43\]](#), cuyo personaje principal es un viejo diplomático, un estereotipo del Foreign Office, que rememora sus anécdotas destinado en Belgrado, aunque también haga referencia constante al país imaginario de Vulgaria (sic), juego de palabras que no arranca ni media sonrisa a los búlgaros.

Pero ese ir y venir de elegantes recepciones, sin mostrar signo de cansancio ni aburrimiento, ni perder la compostura, se vio desde luego alterado por el dramático contexto de las guerras, tanto en el país de origen como en el país de destino, que les tocó vivir respectivamente a los diplomáticos Luis Tobío, llegado a Sofía en 1933, y Julio Palencia, que lo hizo siete años más tarde.

El establecimiento de relaciones diplomáticas se había producido ya en

junio de 1910, durante los reinados de Alfonso XIII de España y de su primo Fernando I de Bulgaria. Aunque la independencia de Bulgaria tuvo lugar en 1878, en realidad, hasta 1908 era una suerte de principado subordinado a Constantinopla sin derecho a relaciones exteriores propias.

El gallego Luis Tobío[44] llegó a Bulgaria poco antes de las Navidades de 1933 con el recuerdo fresco de lo que le advirtió su predecesor José Sebastián de Erice: «Cuando a uno lo destinan a Bulgaria llora dos veces, al llegar y al marcharse». Se puso al frente, inicialmente como encargado de negocios, de la legación diplomática que mantenía España desde que la abriera en 1915 Diego Saavedra, que vivió allí casi toda la Primera Guerra Mundial. Bulgaria, por su parte, abrió embajada en Madrid en 1933, justo el año en que Luis Tobío llegó destinado a Sofía. La embajada estaba en la céntrica calle Neofit Rilski, una perpendicular de Vitosha, en una casa alquilada a un sefardita que había adquirido la nacionalidad española la década anterior, en virtud de un decreto aprobado en tiempos de Primo de Rivera.

El relato que realizó de sus primeros tiempos en Sofía es bastante luminoso, a veces hasta un poco frívolo, como cuando aporta un innecesario grado de detalle sobre el modelo de coche que se compró una vez allí. Pero nos permite al menos entrever su fascinación por el país a través de las descripciones de sus paseos por la montaña, de sus relaciones con las mujeres búlgaras o de sus descubrimientos gastronómicos. Como cuenta entre sus páginas, le sorprendió mucho la *bozá*, una bebida pastosa y un poco amarga hecha a base de mijo fermentado, y adquirió el hábito de ir a los baños termales públicos. Se cachondeaba de los uniformes de húsares de la guardia real, que, según él, parecía «vestida por una guardarropía teatral», y en alguna ocasión vio al recién nacido rey Simeón «paseado en cochecito por su *nurse* en los jardines de Palacio». Le llamó la atención el «lujo y fachenda» que reinaba en la recién abierta legación de la URSS, que acababa de establecer relaciones diplomáticas con Bulgaria, cuyas recepciones eran «del más puro y refinado estilo de la *belle époque*» y destacaba que «la cristalería, de Baccarat, llevaba delicadamente grabado el escudo de la URSS con la hoz y el martillo, y los platos eran de fina porcelana francesa».

Al margen de un grupo de sefardíes cercano a la embajada, la vida social de Tobío giraba inevitablemente en torno al círculo diplomático al que se veía

abocado por las constantes recepciones. Hizo buena amistad con el diplomático rumano Basil Stoica y llegaron a teorizar sobre el origen de las similitudes entre los idiomas rumano y catalán, que achacaban al «hecho de que los colonos que Trajano envió a lo que entonces se llamaba Dacia procedían de la Tarraconense y hablaban el latín provincial de aquella zona, que sería la base del catalán». Y se hizo gran amigo del delegado apostólico, monseñor Roncalli, que acabaría siendo el papa Juan XXIII. Si seguimos indagando entre las páginas de su relato, podemos leer lo que Tobío dice de su amigo Roncalli, que «sus maneras apacibles, con cierto aquel de cura de aldea» le sirvieron para reconducir con paciencia las relaciones entre Bulgaria y el Vaticano, maltrechas desde que el rey Fernando I decidiera bautizar a su hijo Boris por el rito ortodoxo, pese a que su abuelo materno fuera nada menos que el rey de Italia, Victor Manuel III.

Por supuesto, Tobío no se limitó a viajar y a hacer relaciones sociales en el país, sino que también le tocó resolver algún enredo, como el del único otro español de origen —no sefardí nacionalizado— que había en Bulgaria a su llegada, el lector de lengua castellana de la Universidad de Sofía. Aunque al principio se llevaron bien y descubrieron que tenían amigos comunes —Tobío era de la provincia de Lugo, y el lector, asturiano—, poco a poco le empezó a escamar el alto tren de vida del lector —aficionado a clubes, casinos y restaurantes—, que en nada se correspondía con su modesta asignación económica. Cuando ya estaba sobre la pista del origen dudoso de esos ingresos, alguien alertó a Tobío de los frecuentes viajes de pocos días a Estambul y a París que el lector realizaba con un pasaporte oficial. Pese a que Tobío tachó este documento de «algo así como un pasaporte diplomático de vía estrecha», lo cierto es que permitía al lector franquear las fronteras con la misma facilidad que el diplomático y le ayudaba en su chanchullo, que no era otro que el tráfico de opio entre Estambul y París a bordo del Orient Express. Tras informar de ello al ministerio en Madrid y pese a las reservas que le inspiraba la supuesta amistad del lector con Salvador de Madariaga, entonces ministro, Tobío tomó la decisión de no emitirle un nuevo pasaporte de servicio cuando le tocaba renovarlo, terminando así de un plumazo con el contrabando y con la amistad que hasta entonces les unió.

Este trabajo cotidiano y esta vida personal y social apacible se vieron bruscamente interrumpidas, con el estallido de la Guerra Civil en España. Al

principio, tanto Luis Tobío como su jefe, Carlos Miranda, se mantuvieron fieles a la República, y así lo comunicaron por telegrama a Madrid, a requerimiento de sus superiores. Al hablar de Miranda, Tobío señala en su relato que «era hijo de inglesa y tenía título, aunque no lo usaba por no reconocer la República los títulos de nobleza»; lo describe «como distinguido, moderadamente liberal, agradable en el trato, competente en su oficio y muy correcto en todo». Destaca de Miranda que «pese a tener más de cuarenta años», estaba recién casado con María Teresa Elío, condesa de Casa Real, «mujer fina y simpatiquísima», que desempeñaría un papel decisivo en los meses venideros. Y es que la señora Elío tenía hilo directo con varios generales franquistas que la mantuvieron al tanto de los pormenores del frente de batalla, que le avisaron de la conveniencia de que su marido cambiase de bando inmediatamente. Dice Tobío que Carlos Miranda «se resistió todo lo que pudo, pero ya se sabe la fuerza que en tales casos tienen las mujeres», por lo que terminó por jurar lealtad al bando de los sublevados, aunque estos no dejaron de mirarlo con suspicacia por su tardanza. Solo el pedigrí franquista de su mujer permitió salvar los recelos que su liberalismo inspiraba entre los nacionales, que decidieron mantenerlo al frente de su legación en Bulgaria. A partir de ese momento los dos compañeros y amigos pasaron a representar dos legaciones diplomáticas distintas de España en Bulgaria, una republicana y otra de los sublevados. Como es lógico en una Guerra Civil, cuando un bando avanza el otro retrocede, y acaba teniendo un impacto en las dos misiones diplomáticas: cada vez es una la que tiene liquidez de fondos y acceso a las autoridades. Llegará un momento en que Tobío tendrá verdaderas dificultades, pero al principio fue Miranda quien no tenía dinero ni para el carbón y, como no encendía la calefacción, el frío hizo que se congelasen y estallasen las tuberías de la casa, razón por la que el casero los quiso echar.

Tobío se mantuvo fiel a la República y permaneció en Bulgaria hasta 1937, cuando regresó a España para hacerse cargo, como teniente, de una unidad de artillería que combatió en la batalla del Ebro. En 1938, y con la guerra casi perdida, fue nombrado secretario de Estado de Asuntos Exteriores. A partir de ahí comenzó su exilio en Uruguay, adonde zarpa a bordo del *Queen Mary*, de donde no regresó hasta 1963.

Otro de los pocos diplomáticos de carrera que permaneció al servicio de

la administración republicana fue Francisco García Lorca, hermano de Federico, que había ingresado en el cuerpo en 1933. Tras un primer destino en Túnez —desde donde se interesó en una carta por los ensayos de *Yerma*, una de las más recientes obras de Federico García Lorca—, será ya en su siguiente misión en El Cairo donde conozca la noticia del levantamiento y la del fusilamiento de su propio hermano[45]. Siendo ya segundo secretario de la embajada de España en Bruselas, Francisco asiste impotente a la derrota del bando republicano y marcha también al exilio. Se establece en Nueva York, donde trabajó como profesor universitario y crítico literario. Residió allí hasta que en 1968 pudo regresar a España, cuarenta y tres años después de su partida. Francisco García Lorca fue expulsado de la carrera diplomática junto con esa minoría de compañeros que se mantuvieron a las órdenes de la República.

Aproximadamente el 90 por ciento de los diplomáticos de carrera hicieron lo contrario que Tobío y García Lorca. La inmensa mayoría adoptaron la misma decisión que Carlos Miranda o que Julio Palencia, que dejó su puesto en Estambul en 1936 para pasarse al bando nacional. El Gobierno republicano, al quedarse casi sin diplomáticos, comenzó a reclutar a otros funcionarios para realizar esta labor. Sirva como muestra del desgarramiento incluso familiar que supone una Guerra Civil, que dos de los diplomáticos de nuevo cuño que fichó la República fueron precisamente el hermano y la cuñada de Julio Palencia: a Ceferino Palencia le destinaron como encargado de negocios en Riga y su esposa Isabel de Oyarzábal se convirtió en la primera mujer al frente de una embajada de España, al ser nombrada enviada extraordinaria y ministra plenipotenciaria en la legación en Estocolmo, con múltiple acreditación ante Suecia, Noruega, Dinamarca y Finlandia.

Cuatro décadas después, Luis Tobío consiguió que en 1974 lo reingresaran formalmente a la carrera diplomática, junto a los demás compañeros expulsados que lo pidieron y seguían vivos. Lo solicitaron todos salvo Francisco García Lorca, que murió un par de años más tarde.

Pese a que, como hemos visto, Julio Palencia sí se alineó con el bando franquista, su destino en la legación en Sofía en el contexto de la Segunda Guerra Mundial también le acabó acarreado desprecio y represalias por parte de sus jefes en el ministerio, con un apreciable impacto en su vida personal y familiar. Y la razón no es otra que su compromiso humanitario

con la causa de los judíos víctimas de la barbarie nazi.

Antes de su llegada a Sofía en 1940, había estado destinado en Salónica, lo que condicionó enormemente su posterior destino búlgaro por dos motivos: uno es que se casó con la griega Zoé Droagoumis Kontogiannikis, cuyo padre y hermanos eran activistas políticos de ideas socialistas y nacionalistas, vistos por las autoridades búlgaras como expansionistas hacia su territorio, motivo por el que a punto estuvieron de no concederle el plázet; y el otro es que en el primer tercio del siglo XX Salónica era la ciudad europea con mayor porcentaje de población judía —más de la mitad—, en su inmensa mayoría sefardí. En realidad, su contacto con la comunidad sefardí no se produce solo en Salónica, sino también en sus destinos en Estambul y Atenas, e incluso en Shanghái, donde cultiva la amistad del magnate de origen turco Albert Cohen.

De modo que cuando Bulgaria entró en la alianza con la Alemania nazi y comenzó a adoptar legislación antisemita, Palencia se mostró muy contrario a ella en los informes políticos que enviaba a Madrid, aunque era consciente de que al otro lado del telégrafo no siempre se encontraba una persona empática con la causa de los judíos. De hecho, fue muy delgada la senda por la que debió transitar. Por una parte, para ejercer cierta protección de los judíos sefardíes, podía esgrimir la competencia derivada de los vínculos nacionales de estos con España —a veces reales pero otras veces no—, y gozaba de la seguridad que le aportaba su estatus diplomático y el hecho de ser representante de un país percibido como cercano a las potencias del Eje, pese a la posición oficial de no beligerancia; pero por otra, debía mantenerse dentro de los límites del principio de no injerencia en asuntos internos búlgaros y además estar al tanto de los cambiantes equilibrios de fuerzas en España, dentro de la amalgama de fuerzas que constituía el franquismo —desde declarados filonazis a monárquicos anglófilos, pasando por quienes sin ser antisemitas consideraban que era prudente no enemistarse con Alemania por una cuestión que no afectaba a España directamente—. En su labor de protección de los judíos sefardíes, Julio Palencia actuará en ocasiones conforme a lo ordenado por sus superiores en Madrid, otras veces al margen y algunas claramente contra sus instrucciones.

Sus notas verbales de protesta al Gobierno búlgaro del primer ministro Bogdan Filov por las discriminaciones impuestas a los judíos, conforme a la

nueva ley antisemita de Protección de la Nación, se convirtieron en un modelo empleado por diplomáticos de otros países. Sus quejas crecieron cuando el propio canciller de la legación española, el sefardí Santiago Béjar, fue detenido y encarcelado durante doce días. Pero fueron dos los episodios en los que Julio Palencia mostró su especial compromiso humanitario, y los que le han hecho valedor del mote que le impuso despectivamente el embajador alemán en Sofía, Adolf Beckerle, de «amigo de los judíos»[46]: la salvación de judíos de la Macedonia ocupada por Bulgaria y el caso de la familia Arié.

La pasta de la que estaba hecho Julio Palencia quedó demostrada con su actitud ante la amenaza que pendía sobre los judíos sefardíes de la Macedonia de Vardar, bajo ocupación militar nazi y administración búlgara desde abril de 1941. Como vimos, los judíos de Bulgaria nunca fueron deportados a campos de exterminio, tal como requerían las autoridades nazis, pero sí lo fueron los judíos residentes en Macedonia. Su apresamiento fue realizado con esa terrible eficacia y celeridad demostrada por los nazis en la ejecución de su *Endlösung*, la solución final que decidieron imponer sobre todo un pueblo en la conferencia celebrada en el idílico Wannsee. En solo dos días, 10 y 11 de marzo de 1943, siete mil trescientos veinte de los ocho mil cuatrocientos veintiséis judíos residentes en Macedonia fueron detenidos y encerrados en la fábrica estatal de tabaco existente en la ciudad de Monopol. Casi inmediatamente, desde allí salieron en tres convoyes, uno cada tres días, con siete mil ciento cuarenta y cuatro de ellos, que fueron asesinados a su llegada al campo de exterminio de Treblinka, en Polonia.

La diferencia entre esos dos números, los siete mil trescientos veinte apresados y los siete mil ciento cuarenta y cuatro enviados a una muerte segura, se debe en gran parte a la labor inconmensurable de Julio Palencia. De esas ciento sesenta y cinco personas que no fueron deportadas, setenta y cuatro eran ciudadanos españoles de origen sefardí, cuyos documentos había regularizado la legación española en Belgrado. Puesto que las autoridades búlgaras negaron toda validez a la documentación, por estar vinculada a Yugoslavia, país cuyo territorio se acababan de ventilar entre las distintas potencias del Eje, una última oportunidad desesperada era intentar emitir una documentación similar, pero desde la legación española en Sofía, la que búlgaros y alemanes consideraron que tenía jurisdicción competente.

A solo dos días de la salida del tercer y último tren, Julio Palencia recibió las cédulas de nacionalidad de ochenta y seis ciudadanos emitidas por la legación en Belgrado y esa misma noche quedaron inscritos todos en el registro civil consular de Sofía, otorgándoles pasaportes españoles, sin prestar demasiada atención ni a las presiones sufridas por las autoridades búlgaras ni a los mensajes contradictorios que recibió de Madrid. De las ochenta y seis personas que recibieron esta documentación, se sabe que al menos setenta y cuatro salvaron la vida y nunca fueron deportadas, sin que exista prueba fehaciente respecto de las doce restantes. Junto con los setenta y cuatro españoles liberados *in extremis*, se salvó también un grupo de sesenta y siete personas, de nacionalidades albanesa e italiana.

El otro episodio clave en esta historia fue su actuación en relación con el caso de los Arié, que a principios de los años cuarenta eran una de las más prominentes familias sefardíes de Bulgaria, propietarios de una firma de cosmética y de diversos negocios financieros. En el contexto de la nueva legislación antisemita, fueron acusados de vender sus pastillas de jabón unos céntimos por encima del precio estipulado de manera oficial y de haber creado un mercado paralelo. Desde que el 10 de noviembre de 1942 fueron detenidos León Arié y su sobrino Raphael Arié, el proceso fue de mal en peor: comenzó sin asistencia letrada y con interrogatorios violentos que llevaron a la firma de una autoinculpación, y siguió con la solicitud de cadena perpetua por parte del fiscal, para terminar con la sentencia del tribunal condenando a muerte en la horca, así como al pago de una importante suma de dinero.

León y Raphael fueron ahorcados el 15 de abril de 1943, apenas cinco meses después de su detención, periodo en el que dio tiempo a resolver el recurso de casación en el Tribunal Supremo y a desoír las súplicas de indulgencia venidas de todos lados, incluido el papa Pío XII o del rey de Italia, suegro del rey de Bulgaria. Raphael estaba soltero, pero su tío León estaba casado y tenía una hija de 20 años, Claude, y un hijo de 17, René.

Julio Palencia también realizó gestiones para pedir indulgencia al Gobierno ante el que estaba acreditado, pero hizo algo más que muestra un compromiso que va mucho más allá de lo estrictamente profesional. Palencia adoptó a los huérfanos de León Arié, Claude y René, que pasaron a llamarse Claudia y Renato Arié, y reconoció a su viuda, Rahel Behar, como miembro

de su familia. A todos ellos les procuró pasaportes diplomáticos españoles y solicitó de las autoridades búlgaras las correspondientes acreditaciones, que les fueron denegadas.

Esta última acción desencadenó la reacción del Gobierno búlgaro, que el 24 de junio de 1943 lo declaró persona *non grata*. El Ministerio de Asuntos Exteriores español, lejos de defenderlo, consideró que se había extralimitado con las adopciones y le ordenó que solicitara el plácet para su sucesor, Ramón María Pujadas, y que dejara la misión a cargo de la segunda jefatura, Eduardo Gasset, como encargado de negocios *ad interim*. Mientras realizaba estas gestiones, consiguió visados rumanos para sus hijos adoptivos y para la madre de estos, y los envió a Bucarest bajo la protección de su compañero, el conde de Casa Rojas, que estaba destinado en esa embajada. Su intención era reunirse con ellos en Bucarest al cabo de unos días y desde allí emprender el viaje todos hacia España. Pero en Bucarest le volverá a resultar imposible tramitar la documentación para que los Arié viajen con él a España.

Su última quincena en Bulgaria fue verdaderamente sorprendente. Por una parte, había sido declarado persona *non grata* y debía apurar los trámites para su partida y, por otra, el 8 de agosto el rey Boris III le condecoró imponiéndole el Gran Cordón de la Orden del Mérito Civil de primer grado. Esta dualidad ha servido a algunos historiadores para justificar que el rey Boris III en ningún caso compartía las políticas antisemitas que el Gobierno de Bogdan Filov rubricaba en su nombre.

Tras un mes en Bucarest sin poder resolver la documentación de su familia adoptiva, Julio Palencia y su esposa tuvieron que regresar a Madrid, donde les depararon un gélido recibimiento. Le hicieron esperar indefinidamente, sin asignarle ningún destino en el exterior y frustrando de hecho sus expectativas de carrera. En lo que concierne a sus hijos, René falleció al cabo de un año como consecuencia de un bombardeo, mientras que Claude se casó con su primo Emilio y emigraron a Argentina junto con la madre de esta, huyendo del recién instaurado régimen comunista rumano. Ni el matrimonio Palencia ni ninguno de sus dos hijos adoptivos tuvieron descendencia, por lo que su familia quedó reducida a su hermano Ceferino, a su cuñada Isabel y a los hijos de estos, exiliados en México. Julio falleció en 1952 cuando ejercía como cónsul general en Hamburgo y entonces su viuda regresó a su Atenas natal, donde murió doce años más tarde.

Como puede apreciarse, nada en la vida posterior de la familia Palencia se corresponde con los honores de quien todo lo arriesgó por una causa noble, en un momento en el que nada le obligaba a ello. Julio Palencia no solo no fue reconocido en su tiempo, sino más bien represaliado. Para paliar en parte esa deuda, desde la embajada promovimos en mayo de 2016 varias actividades que tenían como propósito principal honrar la memoria de Julio Palencia: el ayuntamiento de Sofía puso su nombre a un parque de la ciudad, donde se erigió un monolito con una placa conmemorativa que fue descubierta por el rey Simeón; en la sede del Ministerio de Asuntos Exteriores búlgaro se exhibió la exposición *Más allá del deber. La respuesta humanitaria del Servicio Exterior frente al Holocausto*^[47], centrada en diplomáticos españoles como Sebastián Romero Radigales, Ángel Sanz Briz o el propio Julio Palencia y Álvarez-Tubau, que se destacaron por el salvamento de judíos; y por último, en la fachada exterior del Instituto Miguel de Cervantes, un instituto público búlgaro de enseñanza bilingüe en español, inauguramos el retrato mural de Julio Palencia pintado por el grafitero Okuda San Miguel.

Guardo muy buenos recuerdos de estos tres actos, aunque revisando mis notas de aquellos días revivo la ansiedad de ver cómo los preparativos no avanzaban al ritmo deseado y cómo se acercaba peligrosamente la fecha en que vendrían de Madrid a la inauguración el secretario de Estado de Asuntos Exteriores y el director del Centro Sefarad Israel. A pocos días de la visita, el parque Julio Palencia estaba aún lleno de matojos, tenía más aspecto de descampado que de jardín y no había ni rastro de placa ni de monolito. Responsables del ayuntamiento me dijeron que lo harían la misma víspera, pues si lo hacían con demasiada antelación había riesgo de que fuera dañado por actos vandálicos o que robaran las plantas recién plantadas.

Me acerqué también a ver cómo progresaban los trabajos de Okuda en la fachada del Miguel de Cervantes, a un par de manzanas de la embajada. Su propósito era, a partir de una fotografía de Julio Palencia, hacer un retrato suyo, pero empleando los motivos geométricos y la multitud de colores vivos que caracterizan los murales de este artista urbano. Cuando llegué, me topé de bruces con lo que parecía una cabeza de Hugo Chávez de tres plantas y empecé a imaginarme la reacción de mi jefe cuando lo viera. Okuda bajó de la grúa en la que se había subido para trabajar, visera hacia un lado, camiseta

sin mangas que revelaban sus brazos tatuados, y me saludó muy amable mientras gesticulaba tanto con la cabeza que la argolla que colgaba de su nariz no paraba de moverse. Juntos bromeamos sobre el parecido de Palencia con el difunto líder bolivariano, en el que yo no había reparado hasta encontrarlo plasmado en un retrato de varios metros de alto. No sé si fue como respuesta a mi inquietud, mostrada incluso en forma de risa floja, pero lo cierto es que el resultado final, pintado ya a base de triángulos multicolores, fue de menor parecido con Hugo Chávez, aunque se seguía dando un aire.

Y en lo concerniente a la exposición *Más allá del deber*, inaugurada en el hall principal del Ministerio de Asuntos Exteriores búlgaro, sin duda el recuerdo más potente fue conocer al doctor Araff, un octogenario búlgaro descendiente de otra rama de la familia Arié. Pese a su avanzada edad, Araff era un hombre hiperactivo, que se expresaba con fluidez en el francés de su París de residencia, y en un inglés más que correcto con acento estadounidense, pues también en Miami pasaba largas estancias de trabajo y de vacaciones. Evocó su recuerdo infantil de un hombre corpulento y extranjero, el diplomático Julio Palencia, entrando en casa de sus abuelos cuando ya había anochecido. Venía a dar el pésame a su familia por la ejecución de su tío abuelo León Arié y su tío Raphael Arié. Pese a que muchas personalidades intentaron interceder por sus vidas, Araff no recordaba en ese momento que ningún otro extranjero fuera a la casa familiar a expresar sus condolencias, detalle que aseguró no haber olvidado nunca. A falta de familia directa de Julio Palencia, el doctor Araff era el único capaz de dar un testimonio directo de su persona, con la que además se sentía vinculado familiarmente a través de su parentesco con Claude y René Arié.

Transcurridos ya casi tres años de aquel emotivo homenaje, la memoria de Julio Palencia espera aún ser reconocida por la organización israelí Yad Vashem como Justo entre las Naciones, título que sí ha concedido por el momento a los españoles Martín Aguirre y Otegui, Sebastián Romero Radigales, Concepción Faya Blásquez, Eduardo Proppet de Callejón, José Santaella y su esposa Carmen Waltraut de Santaella y Ángel Sanz Briz, todos ellos diplomáticos salvo Martín Aguirre y Concepción Faya.

Por concluir con mis dos predecesores, Luis Tobío y Julio Palencia, que llegaron a bordo del lujoso Orient Express, pero que tuvieron que hacer frente

al horror de las guerras, me permito una última reflexión sobre el desgarró que supuso el exilio y sobre la falta de reconocimiento de algunos héroes peor que anónimos, olvidados. Siempre que surge el tema del exilio español o leo sobre él me planteo el tremendo tesoro que se le escapó a nuestro país, forzando la salida de algunos de nuestros mejores pensadores y empobreciendo intelectualmente nuestra tierra al tiempo que se les imponía un castigo tan cruel e injusto. Cuánto habría ganado España si los Luis Tobío y los Francisco García Lorca hubieran podido vivir en su país, y cuánto dolor habríamos evitado a familias como la de los Palencia, con un hermano en cada bando, separados aun décadas después del final de la guerra. Y qué ingrato fue el destino con Julio Palencia. Estoy convencido de que en momentos de enorme tensión, cuando la espada de Damocles pendía sobre las vidas de los sefardíes de Macedonia o de los Arié, lo último que cruzó su mente fue conseguir premio o recompensa de ningún tipo. Pero seguro que tampoco supo vislumbrar que la consecuencia de su acción humanitaria sería el desprecio y la preterición profesional. Sirvan estas líneas para que al menos su memoria goce del reconocimiento merecido.

El oboísta de Varna

A mediados de febrero de 2017 fui a Varna, donde se encuentra la principal base naval de Bulgaria, a recibir a una fragata española que realizaba unas maniobras de la OTAN en el mar Negro. Terminadas las formalidades y la recepción heladora que nos ofreció en cubierta el buque canadiense HMS St. John's, una noche de febrero y al aire libre, me fui directo a intentar entrar en calor y cenar algo en un sitio cerrado que quedara abierto a esas horas (ya he hablado de este buque en el capítulo «El legado y el vecino turco»). Callejeando cerca del puerto me topé con el bar Shtaigata, que significa «caja de madera para frutas y verduras». Entré animado por su cartel de «The House of Glarus», una cerveza artesana búlgara, y porque desde fuera se alcanzaba a oír el Blitzkrieg Bop de los Ramones, pero no a oler el tufo a fritanga. El viento helador de fuera contrastaba con el ambientazo de dentro. Había clientes pendientes de las pantallas donde estaban poniendo la semifinal del torneo ATP de Sofía que acabó ganando Georgi Dimitrov, otros siguiendo con el pie el ritmo de la música y los demás intentando conversar a gritos por encima de esta.

Me acomodé en el único hueco que había en la barra, junto al taburete en el que un tipo bastante grandote terminaba una jarra de cerveza y un plato de alitas de pollo. Al ver por mi conversación con el camarero que mi nivel de búlgaro era propio de un extranjero poco aplicado con el idioma, se dirigió a mí en inglés. Sin embargo, acabó contándome en un español trufado de expresiones portuguesas que era oboísta en la orquesta filarmónica de Manaos, en el Amazonas brasileño. El músico era originario de Varna y,

como buen expatriado, sentía esa especie de cargo de conciencia u obligación moral de volver a casa por vacaciones, aunque esto significara dejar el clima tropical para aterrizar en el frío invierno búlgaro, al que ya no estaba acostumbrado.

Con la segunda cerveza, me reconoció su dilema «Yo ya no me veo volviendo aquí, pero no termino de considerarme en casa en Brasil. Me da miedo la violencia, la corrupción es todavía peor que aquí y mira lo que le acaban de hacer a Dilma». Se refería a la presidenta de Brasil, Dilma Rousseff, que en agosto de 2016 fue destituida de su cargo mediante un controvertido procedimiento de *impeachment*. Sin duda, en la indignación del oboísta por el cese de Dilma pesaba el hecho de que esta sea hija de un búlgaro, motivo por el que estaban muy orgullosos de ella en Bulgaria.

A raíz de esta reflexión del oboísta hablamos de la insólita situación que se había producido hacía escasos meses, en octubre de 2016, en la elección para el puesto de secretario general de la ONU. Por los distintos equilibrios políticos, de rotaciones geográficas y de perspectiva de género, una mayoría de países consideró que había llegado por fin el momento de elegir por primera vez para el puesto a una mujer y de Europa oriental, en la medida en que ya ha habido un noruego, un sueco, un birmano, un austriaco, un peruano, un egipcio, un ghanés y un coreano. A veces la gestión de las candidaturas se parece al juego del quién es quién, donde se van descartando pretendientes por distintos criterios hasta que queda solo uno. En el caso del puesto de secretario general de la ONU, ese candidato tiene además que ser aceptable para los países con derecho de veto, para lo que conviene no ser visto como muy prorruso ni demasiado proamericano. Pues bien, el juego del quién es quién puso a Bulgaria en la inesperada e inigualable posición de disponer de dos excelentes candidatas al puesto: la directora general de la Unesco, Irina Bokova, y la entonces comisaria europea, Kristalina Georgieva. La primera es cercana al Partido Socialista Búlgaro, mientras que la segunda lo es del GERB, la formación búlgara que pertenece a la familia del Partido Popular Europeo.

En lugar de apostar por una, se inició una lucha encarnizada que acabó dando al traste con sus opciones respectivas. Conscientes de que una de las maneras más efectivas de boicotear una candidatura era presentarla como inaceptable para los intereses de uno de los cinco países con derecho de veto,

distintos grupos comenzaron a tachar a Bokova de prorrusa, lo que el bando contrario refutó señalando que «más prorrusa era Georgieva, cuyo nombre real no es Kristalina, ¡sino Stalina!»[48]. Esta lucha entre búlgaros contribuyó enormemente al resultado de la elección del portugués Antonio Guterres, hombre y de Europa occidental. Sin duda, se dejó pasar un tren que tardará mucho en volver a pasar. «Ni entiendo ni me interesa nada la política, pero sí sé que los búlgaros podemos estar muy orgullosos de nuestra cultura y a la vez ser nuestros peores enemigos», me dijo el oboísta.

Al día siguiente mantuve una reunión con el cónsul honorario de España en Varna, un empresario búlgaro que asiste en lo posible a los españoles que se encuentran en su demarcación y hace de oficina de enlace con la embajada en Sofía. El cargo de cónsul honorario no lleva aparejada ninguna remuneración y, aunque sus funciones han sido reducidas notablemente con el tiempo, sigue desempeñando una labor importante. En concreto, el consulado honorario en Varna se abrió en 1867[49], once años antes de la independencia de Bulgaria, para preservar los derechos y los intereses de los comerciantes españoles en las entonces provincias otomanas del mar Negro. Basta como prueba del carácter estratégico de su puerto que las flotas combinadas de Gran Bretaña, Francia y el Imperio otomano lo usaron como base principal contra el Imperio ruso en la guerra de Crimea, entre 1853 y 1856. Actualmente Varna ya no está conectada por ferri con Crimea, anexionada por Rusia en 2014, pero sí con la cercana ciudad ucraniana de Odesa, que guarda un vínculo muy estrecho con Bulgaria.

Después de la reunión me quedó un rato libre para poder pasear entre esa mezcla, no siempre armónica pero sí sugerente, de ruinas romanas, casas de estilo vienés y enormes edificios de brutalismo socialista que ofrece el centro de Varna. En las callejuelas más angostas, una multitud de gatos buscaba el calor de algún rayo de sol o del motor de un coche que acabara de aparcar; por las peatonales más anchas y ventosas andaba la gente con la cara embozada y las manos en los bolsillos. Tenía la sensación de ser el único que levantaba la vista del suelo para observar a mi paso los monumentos o el propio paisaje que forma la desembocadura del río en el puerto marítimo y en los jardines que lo bordean.

Tanto esa vez como todas las demás que fui a Varna se me quedó en el tintero hacer algo que, aunque fuera un reclamo puramente turístico, me

habría hecho ilusión. Precisamente el día en que yo cumplía 30 años en el lejano Congo, algún empresario avisado decidió hundir el avión oficial del líder comunista Todor Zhivkov, un Tu-154, a setecientos metros de la costa del *resort* Santos Constantino y Elena, con el propósito de que los buceadores encontraran un reclamo añadido, aparte de los pecios de buques y submarinos de la Segunda Guerra Mundial que ya se encuentran en su lecho marino. Como se suele decir en estos casos, siempre hay que dejarse algo por ver que justifique regresar.

Aunque la mayoría de los viajes entre Varna y Sofía se realizan por carretera, entre cinco y seis horas, esta vez regresé en un vuelo a primera hora de la mañana. Casi desde el despegue empecé a ver por la ventanilla las cumbres nevadas de los Balcanes perforando el mar de nubes, por lo que me pasé todo el trayecto embobado, intentando distinguir el blanco de la nieve del blanco de las nubes. La mayoría de los pasajeros eran hombres y mujeres de negocios búlgaros que viajaban solos, pendientes de sus iPhones, sin apenas hablar entre sí y sin agradecer al piloto con un sonoro aplauso, como viene siendo la norma en Bulgaria, su suave aterrizaje.

«Ya nos volvió a perder la *gashega*». La Bulgaria menos transitada

EL embajador argentino en Bulgaria y su mujer eran bastante aficionados a viajar por el interior del país. Lo hacían en coche, siguiendo las indicaciones de su GPS, cuya voz en castellano tenía acento de España, y se quejaban de que cuando conducían por carreteras de montaña el navegador fallaba más que una escopeta de feria. «¡Ya nos volvió a perder la *gashega*!», maldijo en una ocasión el diplomático al ver cómo la ruta que seguían se iba estrechando, hasta convertirse en una especie de pista forestal sin asfaltar. Tampoco contribuyó a su tranquilidad una señal de tráfico que indicaba «Peligro: osos». Cuando estaban valorando si seguir de frente, como insistía la *gashega*, o dar marcha atrás, repararon en que bajaba en dirección contraria un ciclista al que preguntaron en inglés si iban bien encaminados. Les respondió en un inglés correcto, pero su acento les resultó familiar, así que se interesaron por su lugar de procedencia y por si no tenía miedo de encontrarse con algún oso mientras pedaleaba solo por los Balcanes. Según me cuentan, les contestó con fuerte acento de Bilbao: «*I'm from the Basque Country!*», y ya cuando le dijeron que eran argentinos, añadió: «¡Ni osos ni hostias!».

Como ocurre en muchos otros países, a los lugares más bonitos de Bulgaria se accede a menudo a través de carreteras de este tipo, secundarias

respecto de las autopistas que, por otra parte, tampoco son tantas. El mapa físico de Bulgaria está casi dividido en dos, de este a oeste, por la cordillera de los Balcanes. Al norte de ella se encuentra el valle del Danubio, mientras que al sur se sitúa el valle tracio del río Maritsa, bebiéndose los deshielos de los montes Balcanes por el norte y de los Rodopes, fronterizos con Grecia, por el sur. Con ayuda de los fondos de la Unión Europea, Bulgaria construyó la autopista Tracia, que va por el valle meridional hasta la ciudad costera de Burgas, con un ramal hacia Estambul; y por el valle septentrional se está terminando la autopista Hemus, que llevará casi en paralelo hasta Varna, la otra principal ciudad del mar Negro. Una tercera arteria hacia el sur, la que conecta Sofía con Salónica, en la costa griega del Egeo, está también casi a punto de ser terminada. Por estas tres autopistas se vertebran las comunicaciones entre la capital y las principales ciudades del país —Varna, Burgas, Plovdiv, Stara Zagora y Blagoevgrad—. Se echan en falta mejores accesos hacia las ciudades de Veliko Tarnovo y Ruse, de camino a Bucarest, y al este, para conectar con Belgrado, pues de los lados rumano y serbio sí hay carreteras mejores.

Aunque suele decirse que las autopistas hacen el viaje más monótono, Bulgaria siempre depara alguna sorpresa que te saca de ese letargo. Aparte de que no es infrecuente que un vehículo de gran cilindrada y lunas tintadas te avasalle a gran velocidad por el carril izquierdo, cada pocos kilómetros hay un cartel publicitario de Hristo Stoichkov apuntándote con la mirilla telescópica de un rifle. Y otro tanto ocurre con las calderas Diplomat, cuyas vallas publicitarias pueblan las cunetas de las autopistas. Me hace gracia, porque tradicionalmente el reclamo «diplomat» o «ambassador» había servido para vender hoteles o apartamentos de lujo, un buen ron venezolano o hasta un modelo clásico de coche indio, pero se ve que en Bulgaria nuestra profesión no da ya para mucho más que para calentadores de agua.

Recupero de mi cuaderno apuntes de algunos de estos viajes por el interior del país.

Ruse y Veliko Tarnovo

UN sábado de febrero de 2016 recorrí con mi hermano Tomás y con nuestro amigo Enric las calles mojadas de un Ruse casi desierto y con neblina. Buscábamos algo que nos conectara con todo lo que ya habíamos leído a Magris y a Canetti (quizá encontrar su casa o aquellos lugares que tuvieron un significado para él). Y sí, lógicamente, ahí estaba el majestuoso Danubio, pero flanqueado por un fantasmal puerto fluvial de grúas oxidadas, garitas abandonas y un silencio sepulcral, apenas roto por los ladridos de un perro que nos seguía a una cierta distancia, aunque no tanta como para que los tres dejáramos de girar la cabeza de vez en cuando. El puesto fronterizo de acceso al transbordador que cruza el río hasta la orilla rumana estaba también cerrado, contrastando con los atascos que se forman en el puente sobre el Danubio que discurre un par de kilómetros corriente abajo, y que era el único entre ambos países hasta que la empresa española FCC construyó otro en 2013, entre la ciudad búlgara de Vidin y la rumana de Calafat, en el oeste de ambos países.

También estaban las casas señoriales del siglo XIX de estilo vienés, pero igualmente abandonadas, testimonio de un pasado mejor, de villa cosmopolita y de intercambio de mercancías, divisas e historias entre comerciantes como el padre de Canetti. Sin embargo, el paseo por la ciudad desangelada y gris nos dejó un poco insatisfechos, y apenas levantamos el ánimo hasta la cena en una *mexana*[\[50\]](#). Aunque como viajero tengo prejuicio contra los restaurantes que a base de abusar de motivos folclóricos parecen museos etnográficos para guiris, con una ojeada rápida desde la puerta comprobamos que la mayoría de la clientela era local. De hecho, no habíamos encontrado un turista en todo el día.

Nuestra condición de foráneos fue cazada al vuelo por la camarera, que había vivido nueve años con su marido en Palma de Mallorca y acababan de regresar porque quería tener un segundo hijo, y contar con el apoyo de los abuelos que tanto echó en falta con el primero. Terminó por sentarse a nuestra mesa y contarnos todo lo que echaba de menos de Mallorca. Como para convencerse a sí misma, terminó su relato asegurándonos, o asegurándose, que había hecho lo correcto al volver a Bulgaria. Justo en ese momento, los clientes de las dos mesas de al lado se levantaron para bailar un *joró*, una danza folclórica en corro, por lo que nuestra mesa quedó en el centro del círculo y a nosotros no nos quedó más que mirarlos y rechazar a base de sonrisas bobaliconas sumarnos al grupo.

Al día siguiente por la mañana decidimos darle una nueva oportunidad a la ciudad de Canetti, visitando Sveta Troitsa, la iglesia de la Santísima Trinidad, que está medio excavada en el suelo. Debía de ser una fiesta de guardar, quizá de la cuaresma ortodoxa, por que nos pareció, junto con el restaurante de la noche anterior, el único lugar concurrido de la ciudad. Una muchedumbre se agolpaba en el pequeño templo y se santiguaba sin parar, de derecha a izquierda, mientras el pope entonaba una especie de letanía que ya había comenzado antes de que entráramos y seguía cuando nos marchamos de la iglesia.

Nos montamos en el coche de regreso a Sofía con la extraña sensación de que o nos habíamos perdido la esencia de Ruse o esta se había marchitado desde su época dorada, y el tiempo desapacible y gris tampoco ayudaba. A los pocos kilómetros paramos para visitar un monasterio y unas iglesias horadadas en la roca, donde habían residido monjes ermitaños. El paraje natural donde se encuentran es de una gran belleza y conmueve imaginar a todos aquellos que subieron como nosotros las empinadas escaleras de piedra, no con la mera curiosidad del viajero, sino para depositar un papelito con un deseo o una oración y unas monedas. Aunque mi búlgaro era insuficiente para entender esos mensajes, no sé si esperanzados o temerosos, escritos en papelitos recortados a menudo en hojas cuadriculadas de cuaderno, me dio cierto rubor seguir leyéndolos y volvimos a emprender la ruta de camino a Veliko Tarnovo. A medida que avanzábamos en la carretera, los rayos de sol fueron rasgando algunos jirones entre las espesas nubes y haciendo espejear los charcos de la carretera, que se abría paso entre campos de un marrón

yermo de transición entre las nieves invernales pasadas y el verde de la primavera que aún se hacía de rogar.

Veliko Tarnovo, que fue capital de lo que en Bulgaria llaman su segundo imperio entre los siglos XII y XIII, pareció querer marcar distancias con el tiempo plomizo de Ruse. Sus calles soleadas se nos presentaron llenas de gente paseando, visitando su fortaleza medieval o la colina del pueblo vecino de Arbanasi, desde donde se tiene una magnífica vista del río Yantra encañonado a su paso por Veliko Tarnovo. Era un día excepcionalmente cálido para mediados de febrero. Tardamos mucho en reparar que la cantidad de parejas que caminaban de la mano, muchas veces con flores, o que brindaban con vino tinto en las terrazas de los bares no celebraban un domingo cualquiera sino San Valentín.

Entramos a comer en Han Hadji Nikoli, un buen restaurante que me habían recomendado varias personas y que, por lo visto, también resultó del gusto de quien escribiera la *Lonely Planet* de Rumania y Bulgaria. Cuando nos servían los cafés, nuestros teléfonos empezaron a emitir alertas y a recibir mensajes sobre la dimisión de Esperanza Aguirre como presidenta del Partido Popular de Madrid, y charlamos sobre lo lejos que quedaba todo aquello de ese San Valentín soleado en Veliko Tarnovo.

Por la tarde pudimos pasear por la magnífica muralla de la ciudad, aunque también comprendimos que su reconstrucción —en algunos tramos más bien construcción— resultara controvertida para algunos arqueólogos que criticaron la acometida de trabajos realizados sin demasiado criterio científico y dañando los restos genuinos, con tal de promover el turismo cultural y, de paso, engrandecer el pasado histórico. En algunos casos extremos da la sensación de que las baldosas del cuarto de baño de casa son más antiguas que las que supuestamente pisaron los zares Kaloyan y Assen II, lo que le ha supuesto a Bulgaria más de una reprimenda de la Unesco.

Melnik, Bansko, Rila, Dupnitsa y Pernik

COMENCÉ esta ruta desde Melnik, en el suroeste de Bulgaria, a escasos veinticinco kilómetros del puesto fronterizo de Kulata, por donde pasan a Grecia los turistas búlgaros deseosos de unos días de sol, tranquilidad y pulpo a la brasa en las playas de la península calcídica. En la autopista coincidirán con muchos compatriotas suyos que se dirigen a esos mismos lugares, pero a servirles las tapas y las copas, pues en verano son mayoría los camareros búlgaros en esa región.

Del lado búlgaro, en Melnik, uno puede disfrutar de otro tipo de viaje, a un ritmo más pausado, pero no menos placentero. Melnik está colgado en lo alto de un cortado de roca caliza en las estribaciones de los montes Pirin. Pese a sus escasos cuatrocientos habitantes sigue manteniendo el estatus de ciudad o villa, reminiscencia de tiempos más boyantes como centro comercial y de poder, lo que permitió al autor búlgaro Yuri Trifonov escribir sobre ella el relato *La ciudad más pequeña del mundo*. Tras cambiar muchas veces de manos, Melnik pasó definitivamente a la soberanía búlgara con las guerras balcánicas de 1912 y 1913. Gran parte de su población griega y turca abandonó entonces sus hogares, continuando lo que desgraciadamente fue una constante para todos los pueblos balcánicos, al menos en los últimos dos siglos, y que hemos seguido observando incluso por televisión en color con las guerras que desmembraron Yugoslavia en los años noventa. Más allá de esta nota sobre el cambio en su soberanía y en la composición de su población que, por otra parte, es la regla en los Balcanes, Melnik ofrece muchos alicientes para el viajero. Melnik fue el lugar de nacimiento del gladiador Espartaco, que se rebeló contra Roma, y de esa época se conserva su antiguo puente romano. Su gran valor histórico, su naturaleza y sus vinos

hacen de la vieja y minúscula villa una escapada muy agradable.

Me alojé en un hotelito montado en una casa del estilo renacimiento búlgaro, muy cerca del monasterio medieval de Rozhen. No tendría más de seis habitaciones, por lo que el matrimonio que lo regentaba se bastaba para atender a los clientes e incluso venderles el vino de la bodega de al lado, un tinto potente de la uva autóctona mavrud. Tras desayunar un café y unas *mekitsa*, tortas fritas hechas a base de una masa parecida a la de los churros, hice el *checkout* del hotel. Sin embargo, dejé el coche allí pues mi idea era hacer una ruta circular a pie, primero de bajada y luego de subida. Empecé en el monasterio y seguí descendiendo por el cauce de un río casi seco, encañonado por rarísimas formaciones calizas a las que acabé por encontrarle todo tipo de parecidos. En algunas de las paredes del karst había buitreras, de las que salían sus moradores de vez en cuando para sobrevolarme en círculos, no sé si con la esperanza de que tropezara con una piedra y me quedara tirado en el lecho arenoso del río. Cuando la senda terminó en el centro de Melnik, me planteé lo absurdo de haber dejado el coche arriba y la tremenda pereza que me daba remontar ese trecho a pie, aunque fuese por la carretera. Afortunadamente, el mío resultó ser un error frecuente de cálculo o de exceso de voluntarismo que había dado origen a un pequeño negocio de furgonetas que te subían a Rozhen cada poco tiempo.

De regreso hacia Sofía, pasé por Bansko, la más moderna de las estaciones de esquí búlgaras. En esta ocasión no me paré porque ya estaba fuera de temporada. Hace quince años había solo unas cuantas pistas y remontes, sin apenas alojamientos o locales de ocio, lo que contrasta con el *boom* inmobiliario vivido en los años siguientes, al calor de las ampliaciones de la estación. Grupos ecologistas denuncian los desmanes de la construcción en una zona de gran valor medioambiental, así como el origen poco claro del dinero de los promotores, mientras que la población local disfruta del maná de empleos y divisas venidas en forma de turistas de todo el continente. Al universal dilema entre desarrollo económico y protección de la naturaleza se añade en Bulgaria el plus de desconfianza sobre si los empresarios cumplen con las normas y sobre la probidad de los poderes públicos.

Siempre había asociado el almuerzo en las estaciones de esquí a un tentempié ligero, generalmente caro y malo, acompañado de un café o una cerveza tomada de prisa, para poder aprovechar las pistas un rato más. Por eso

me sorprendió tanto cuando una vez me llevaron a un restaurante que funciona como club privado y que está en lo alto de la estación de Bansko, en la zona de Banderitsa. A la entrada hay un ropero donde te puedes quitar la chaqueta, dejar las botas de esquí en unos soportes calefactados y ponerte unas pantuflas. Con plena comodidad, accedes al comedor de arriba, decorado con maderas nobles, chimeneas de piedra alimentadas por troncos gruesos, y mesas con manteles de hilo sobre los que sirven buena comida y vinos selectos. Por ponerle alguna pega, bueno tres, el sitio es caro —aunque esto era previsible—, apesta a lavado de dinero y después de una comida de esas no hay quien se ponga las botas para volver a las pistas.

Para regresar desde Bansko a Sofía hay que seguir unos kilómetros de carretera de montaña hasta incorporarse a la autopista en Blagoevgrad, una ciudad universitaria a tiro de piedra de la cordillera. Aunque lo habitual es volver casi con el piloto automático, hay varias paradas que merecen la pena. La primera, sin lugar a dudas, es el monasterio de Rila, un complejo religioso de origen medieval, situado en el centro de un circo de montañas imponentes. Monjes barbudos vestidos de negro y con largas cabelleras pasean distraídos entre los turistas que buscan el *selfie* perfecto. Un tipo de foto que siempre me ha hecho gracia es la pose sexi ante, por ejemplo, un fresco medieval con motivos religiosos, o la joven asiática que sonríe y hace con sus dedos la V de victoria con el trasfondo de un Cristo crucificado.

Los lagos glaciares escondidos entre las cumbres del circo alpino que rodea el monasterio son una ruta de una belleza increíble. Cada pocos pasos merece la pena parar y observar en trescientos sesenta grados. Y también para coger aire, ya que la ruta de los llamados Siete Lagos de Rila puede suponer, en función del grado de forma y de las condiciones climáticas, desde una marcha de unas cuatro horas a un calvario de una jornada entera. Los días claros, las vistas son espectaculares, aunque también son los más concurridos. Cuando lo hice yo, había bastante gente, lo que inicialmente achaqué solo al buen tiempo, ignorando que había otra explicación de orden astrológico. Subí un 19 de agosto, justo el día que ascienden también centenares de seguidores de una especie de comunidad espiritual para celebrar el año nuevo solar. Son los miembros de la Hermandad Blanca Universal, un culto a caballo entre el cristianismo y lo esotérico, fundado por Peter Danov (1864-1944). Su líder, aún en el siglo XIX, estudió Filosofía en algunas de las más prestigiosas

universidades de la costa este estadounidense y a día de hoy sigue siendo el autor búlgaro más leído de la historia. Resulta curioso que, aunque murió el mismo año en que los comunistas tomaron el poder, el culto a sus dogmas fue tolerado por los nuevos mandamases de un gobierno oficialmente ateo. De modo que las personas con las que me crucé allí arriba vestidas de blanco, y que yo tomé por senderistas haciendo taichí o posturas de yoga, estaban en realidad en una especie de trance místico que solo supe interpretar cuando regresó la conexión de datos de mi teléfono y pude consultarlo en Google.

Desde Rila, el camino a Sofía atraviesa dos localidades un poco denostadas y objeto de muchos chistes. La primera es Dupnitsa, donde llaman la atención las enormes campas de vehículos de segunda mano a la venta, que se extienden a ambos lados de la carretera durante algunos kilómetros. No le encuentro otra explicación que a los búlgaros les gusta concentrar casi toda la oferta de un producto en el mismo sitio, haciendo de municipios no muy grandes la meca de ese artículo en cuestión. Pasa con los trajes de novia en un sitio llamado Asenovgrad, al que se dirigen en peregrinación muchachas de todo el país, y ocurre en Dupnitsa con los coches de segunda mano. Los chistes vienen de que, entre tantos miles de vehículos, algunos tienen fama de ser robados, lo que explica que se escriban carteles irónicos como: «Italianos, bienvenidos a Dupnitsa. Vuestros coches ya están aquí».

La otra población objeto de mofa constante es Pernik, una ciudad dormitorio de Sofía a la que achacan todos los estereotipos de la periferia humilde: falta de sofisticación, incultura, delincuencia, etcétera. Volviendo al ámbito de los coches, los búlgaros afirman muy serios que los Volkswagen Golf nacen en Alemania y muchas, muchas décadas después mueren en Pernik. Los chistes habituales sobre Pernik no invitan a que el extranjero se acerque a verlo, pues mantienen que allí «no hay hoteles porque los turistas duermen en el hospital» o que «Google Earth es el único medio de atravesar su plaza principal sin ser agredido».

Pero desafié estos negros presagios para ver un fenómeno cultural que, aunque existe en otras localidades búlgaras, está muy arraigado en Pernik, que además celebra los primeros del año. Se trata de los *kukeri*, personas disfrazadas con máscaras, cuernos y pieles de animales, que danzan y hacen sonar sus cencerros para ahuyentar los malos espíritus. Está considerado como uno de los carnavales más ancestrales de Europa, aunque existen

rituales muy similares en lugares tan alejados como Cáceres, con sus jarramplas, o en casi todo el Pirineo. Ni que decir tiene que en todo el día que pasé en Pernik viendo estas danzas previas a la Cuaresma, la única amenaza a mi integridad física fue el viento helador que llegaba de la montaña y el platazo de cordero asado que me comí a cambio de cuatro duros.

Borovets, Samokov, Pancharevo

EN la otra cara de las montañas de Rila, y accediendo por otra carretera, se encuentra la estación de esquí de Borovets, llamada hasta mediados del siglo pasado Chamkoria, que significa pinar. Era un lugar concurrido por la aristocracia sofiota, deseosa de estar cerca de la residencia invernal de los reyes, Tsarska Bistritsa, un palacete alpino concebido inicialmente como pabellón de caza. La estación es más pequeña que la de Bansko, pero hay mucha menos gente y está más cerca de la capital, lo que permite ir y volver en el día.

A pocos kilómetros de Borovets, se encuentra Samokov, una localidad de unos veinticinco mil habitantes que conserva un sabor auténtico, aún no completamente contaminado por la pátina homogeneizadora de los lugares de turismo masivo. Además de su emplazamiento a los pies de unas montañas imponentes, tiene varios sitios de interés histórico, como un pequeño museo municipal, su iglesia, la mezquita y una sinagoga. De esta última se conservan apenas las cuatro paredes, y el día que fui a verla había unas vacas intentando pastar la hierba que crecía en su interior, lo que hizo sonar la alarma instalada pensando no tanto en las vacas como en los enésimos adolescentes del pueblo que entrarían a pintar la enésima esvástica en sus paredes. Según tengo entendido, la comunidad judía de Bulgaria, propietaria del templo, se dispone a donarlo a su ayuntamiento para que lo convierta en un museo.

El camino de regreso a Sofía te lleva junto a un gran lago artificial, el embalse de Pancharevo, donde en función de la estación del año, he visto chicas remando en bikini a bordo de un kayak, o señores vestidos de esquimal y pescando en el centro del lago a través de un agujero horadado en

el hielo. El camino que lo bordea forma una ruta llana, apacible y muy agradable para pasear, aunque tentando cada pocos metros con restaurantes y chiringuitos cuyas terrazas tienen bonitas vistas al lago. Pese a que para la mayoría es un lugar de esparcimiento, lo cierto es que ya es un distrito más de Sofía, donde mucha gente tiene su primera residencia.

Shipka, Buzludzha

EN agosto de 2016 regresaba con mi amigo Manuel de la playa de Sozopol hacia Sofía, pero, en lugar de seguir la autopista de un tirón, decidimos tomar un desvío y dirigirnos hacia un punto de la cordillera de los Balcanes con gran poder simbólico en la historia de Bulgaria, el paso de Shipka y la colina de Buzludzha. Para ello, tuvimos que atravesar antes la ciudad de Stara Zagora, a la que en visitas posteriores he descubierto algunos encantos, pero que en la primera nos pareció tan gris y desdentada que la inmensa fábrica de cerveza Zagorka casi nos pareció su culmen estético. Vimos aliviados cómo desaparecían por el retrovisor sus últimos bloques de edificios, mientras que al frente se erigían los bellísimos montes Balcanes. A diferencia de los Rodopes o los de Pirin, de picos escarpados y puntiagudos, estos tienen formas suaves y redondeadas, como denotando una placentera jubilación.

Llegamos a la base del paso de Shipka, donde siete mil rusos y búlgaros consiguieron, a costa de sus vidas, repeler el ataque de veintisiete mil otomanos en la guerra ruso-turca. Para conmemorarlo se construyó en 1903 un templo cuyas cúpulas doradas recuerdan a la iglesia rusa que está en el bulevar Tsar Osvoboditel de Sofía. En Bulgaria la inmensa mayoría de las iglesias son ortodoxas búlgaras, pero estas dos a las que me refiero, también ortodoxas, deben su obediencia al patriarca de Moscú. Con el solazo, decidimos no subir los novecientos y pico peldaños que se yerguen verticales hasta el paso de Shipka, donde tuvo lugar la batalla. Con un chorro de sudor corriéndome la espalda y escuchando las chicharras, pensé en los soldados, me da igual de qué bando, cargados de pertrechos para una batalla que duró cinco días, también de un mes de agosto pero de 1877. Sabíamos que nos perdíamos por nuestra pereza una magnífica vista panorámica, pero también

que esta sería muy similar a la que tendríamos desde Buzludzha, nuestra siguiente parada, y a la que ascenderíamos, esta vez sí, con el coche y con el aire acondicionado a tope.

Bastantes kilómetros antes de llegar a nuestro siguiente destino ya pudimos divisar el enorme platillo volante de hormigón que corona la cumbre de Buzludzha, y que el Partido Comunista de Bulgaria concibió como hercúleo palacio de congresos. Lamentablemente, justo antes de nuestra visita habían sellado los pocos huecos en el muro a través de los cuales uno podía colarse en la ruina del platillo volante, y hasta habían instalado cámaras de seguridad para evitar la intrusión. La medida era de lo más razonable, porque la cúpula interior, con gigantescos mosaicos de hoces y martillos, Marx, Lenin y compañía, se caía a pedazos y resultaba muy peligrosa. Simplemente, lamenté que tan juiciosa disposición fuera adoptada justo antes de que yo pudiera deslizarme por una de sus aberturas y observar el interior de este monumento de los horrores, cuidando mucho de no tropezar con los cascotes del suelo y vigilando los desprendimientos del techo.

No fuimos los únicos decepcionados por no poder acceder al interior, pues a quienes teníamos una curiosidad más bien friki se nos unió gente con verdadera nostalgia de tiempos pasados o, como dicen en Alemania del Este, *ostalgie*[\[51\]](#). Quizá uno de ellos era el propietario del flamante Lada de aquella época que aparcó al lado de nuestro coche y que sentado en el capó miraba la silueta del palacio brutalista que apenas llegó a albergar congresos del partido pues sus obras concluyeron ya en la década de los ochenta, cuando desde el pico de Buzludzha se vislumbraba y se sentía el cambio en la dirección del viento político.

Dinko y las leyes de la frontera

LA fascinación de Ryszard Kapuściński por el cruce de fronteras, como relata en *Viajes con Herodoto*^[52] al recordar su obsesión de joven reportero por atravesar por primera vez la línea divisoria entre Polonia y Checoslovaquia, fue atendida a medias por su jefa al enviarlo nada menos que a la India, en un viaje que comenzó con una escala en Roma. Allí se hizo con un traje de corte italiano para disimular, pensó él, su aspecto de chico del Este. Pero muy pronto descubrió Kapuściński, como Edward Saïd, que su «otredad» no tenía tanto que ver con el tejido que lo cubría como con la inseguridad de sí mismo que exudaba de cada uno de sus gestos.

Comparto la fascinación del genial periodista polaco y recuerdo perfectamente mi primer cruce de fronteras, entre Tui y Valença do Minho, bastante menos exótico que el suyo, aunque quizá a él sí se lo hubiera parecido. Atravesadas muchas más fronteras a lo largo de los años, aún conservo cierto deslumbramiento por ellas, incluso como género literario y cinematográfico. Esos terrenos limítrofes han resultado de lo más inspiradores, desde unos romanos que se veían rodeados de bárbaros, hasta la reconquista o los westerns. Me admira la transfiguración de idiomas, alfabetos, infraestructuras o del color de los uniformes de los aduaneros que supone el tránsito de apenas unos metros; el corte limpio que las soberanías y las jurisdicciones operan sobre un paisaje que, cuando no hay un accidente geográfico que sirva de frontera natural, puede mantener un *continuum* indiferente a acuerdos de paz o convenciones de limes.

Los aspectos más evidentes de estas mutaciones se ven difuminadas en

las fronteras entre estados miembros de la Unión Europea, sobre todo cuando además lo son del denominado espacio Schengen, pero siguen presentes en gran medida en Bulgaria, que tiene fronteras al norte con Rumania; al oeste con Serbia y la Antigua República Yugoslava de Macedonia; y al sur con Grecia y Turquía. Con todos sus vecinos ha estado enfrentada en su apenas siglo y medio de independencia, lo que por otro lado es habitual en el continente europeo.

La frontera más estable es la que la separa de Rumania, aprovechando el magno cauce de un Danubio atravesado por dos únicos puentes, el segundo de los cuales fue construido hace menos de una década por una empresa española (como ya he señalado anteriormente en «“Ya nos volvió a perder la *gashega*”. La Bulgaria menos transitada»). Curiosamente, el primer puente que cruzó el Danubio lo mandó construir el emperador «español» Trajano, como forma de garantizar el abastecimiento de las legiones en la Dacia y de aprovechar la riqueza de sus minas y la fertilidad de sus campos. Esta magnífica obra de ingeniería fue encomendada a Apolodoro de Damasco, que en apenas dos años, entre el 103 y el 105, consiguió salvar los ochocientos metros de distancia entre orillas y los quince de profundidad, con un diseño de veinte arcos de madera y una altura de diecinueve metros sobre el agua. Estuvo operativo más de mil años y sus basamentos sobrevivieron la erosión hasta principios del siglo pasado, cuando fueron dinamitados para asegurar la navegabilidad del río.

La frontera que más se ha movido y que más sangre se ha cobrado ha sido sin duda la del sur, tanto con Grecia como con Turquía, dividiendo entre los tres esa región natural que fue hogar de los tracios. Kapka Kassabova es quien mejor ha retratado esta tierra en la que los rasgos culturales comunes se imponen tozudos a ambos lados de las barreras, verjas o mojones, como un hierbajo mil veces arrancado que brota perseverante otras tantas. Los otomanos llamaban Rumelia precisamente a esta región habitada por romanos, que es tanto como decir los bizantinos, los cristianos o, al cabo, los europeos. Rumelia eran los Balcanes entonces otomanos o la Turquía europea, cuya versión jibarizada perdura, casi arrinconada contra los mares Negro, Mármara y Egeo, en la Tracia Oriental.

Esa frontera sur de Bulgaria fue objeto de disputas en el siglo XIX durante las guerras de Liberación frente a los otomanos; en la primera mitad

del siglo XX por sendas guerras balcánicas y otras tantas mundiales; y en la segunda mitad supuso una línea de contacto más del Telón de Acero que separaba a los países del Pacto de Varsovia, como Bulgaria, de los de la Alianza Atlántica, como Grecia y Turquía.

Como tal, siempre ha sido un espacio ultravigilado y militarizado. Aún hoy es posible ver desde la carretera algunos de los veintiún baluartes que formaban una línea fortificada de ciento cincuenta y cinco kilómetros de longitud en la frontera greco-búlgara. Esta hilera defensiva fue construida en los años treinta por el régimen del general griego Ioannis Metaxas, por lo que toma el nombre de Línea Metaxas, anticipándose unos años tanto en su diseño como en su idéntica inutilidad a la Línea Maginot con la que los franceses pretendían defenderse de una invasión nazi.

El verano que llegué a Bulgaria, en 2015, toda la región se encontraba conmocionada por el tremendo flujo de refugiados sirios que, provenientes de campos humanitarios en Turquía, se dispusieron a atravesar a pie media Europa. Aunque la imagen más icónica de ese fenómeno es la de jóvenes asustados arribando a las costas griegas en embarcaciones de fortuna, otra de las rutas principales supuso la entrada por tierra a Bulgaria, atravesándola para continuar por Serbia y Hungría hasta llegar a las tan deseadas como idealizadas Austria y Alemania.

Ningún país europeo tiene motivos para sacar pecho de cómo se ha gestionado la mayor crisis de refugiados en nuestro continente desde la Segunda Guerra Mundial y, en este sentido, Bulgaria tampoco fue la excepción. Aunque lo último que pasaba por la cabeza de los refugiados era solicitar asilo y asentarse en Bulgaria, su mero paso por el país dio alas a los discursos más abiertamente nacionalistas y xenófobos. Hay un sector ultra en Bulgaria que anhela crisis de este tipo para mostrar su cosmovisión antitodo: antisemitas, antiextranjeros, antigitanos, antiturcos, antigriegos, anti-Macedonia, anti-Unión Europea, antihomosexuales, antifeministas... Sus planteamientos esencialistas identitarios quizá no disten mucho de lo que opinan en privado sus homólogos ideológicos de otras partes de Europa, pero sí difieren en la crudeza y en la naturalidad con que los expresan públicamente.

Pese a que existen matices entre sus principales exponentes, son por lo general filorrusos y firmes defensores del tradicionalismo ortodoxo y

paneslavo. Entre sus filas hay desde *hooligans* futboleros hasta profesionales en apariencia respetables, pero capaces de articular un discurso xenófobo plagado de teorías conspirativas sobre los diferentes elementos externos y quintacolumnistas que estarían confabulados para dañar a la nación. En el centro de muchas de estas supuestas tramas sitúan al magnate liberal George Soros, de origen húngaro y judío, al que, pese a que reside en EE.UU. y está cerca de cumplir 90 años, llegan a responsabilizar de cuanto ocurre en el país, hasta el punto de haber acuñado el insulto *sorosoíd* para quien exprese posiciones liberales, prooccidentales o poco cercanas al tradicionalismo. Después de tres años en los que distintos interlocutores me enunciaban sus teorías peregrinas sobre el origen oscuro de todos los problemas de Bulgaria, llegó un punto en el que casi agradecía que en la conversación saliera el nombre de Soros, para que mi cerebro recibiera la señal de que ya no valía la pena discutir.

El auge de estos sectores ultranacionalistas es un asunto muy grave pues también lo son sus amenazas y, sin embargo, resulta difícil tomarse en serio a algunos de sus máximos exponentes. Pienso en el caso del líder de un partido (me ahorro los nombres tanto del tipo como de la formación política), que acabó en los tribunales por haber entrado en la academia nacional de cine y artes escénicas al grito de «¡vagos, drogadictos!» para buscar pelea con los estudiantes. Y recuerdo que un 3 de marzo, día en que se conmemora la liberación de Bulgaria de los turcos, a pocos metros de mi casa me di de bruces con una pequeña manifestación cuya pancarta decía: «No nos liberó la Unión Europea, fue Rusia. Viva el cristianismo ortodoxo, abajo la mariconería europea». Pero sin duda, el más friki de todos ellos es Dinko, el protagonista de este capítulo.

Dinko alcanzó la fama poco antes de cumplir treinta años en Yambol, su ciudad natal, muy cerca de las fronteras turca y griega, que comenzó a patrullar por sus propios medios en busca de inmigrantes clandestinos. Este autoproclamado patriota, pura testosterona, recorría zonas limítrofes a caballo, en moto o en quad, reteniendo y maniatando él mismo a los inmigrantes que localizaba. Pronto comenzaron a popularizarse en internet vídeos de él sermoneando y aterrorizando a los extranjeros exhaustos.

Lo peor de este fenómeno fue que la autotutela de Dinko, su actitud de tomarse la justicia por su mano, no mereció ningún reproche jurídico ni

social. Antes al contrario, las autoridades por lo general guardaban silencio, cuando no expresaban cierta simpatía, mientras que determinados medios de comunicación le abrieron sus puertas de par en par para que soltara su cháchara de defensor de la nación. En los meses siguientes participó en la edición búlgara de Gran Hermano VIP, en multitud de programas de televisión y ganó un campeonato de motocross, invirtiendo el dinero del premio en un tanque. Y, lógicamente, los partidos ultras se lo rifaban para mítines en los que se glorificaban sus hazañas, por lo que incluso personas nada sospechosas de compartir su ideología comenzaron a verlo como un búlgaro «digno», quizá demasiado radical, pero no sin parte de razón.

Durante la Semana Santa ortodoxa de 2017 hice un viaje en carretera de tres o cuatro días precisamente por esta región fronteriza entre tres países, siguiendo muchas veces los pasos de Kapka Kassabova en *Border*⁵³. En Svilengrad, después de cruzar su elegante puente sobre el río Maritsa y de dar un paseo por el centro, empecé a percibir ese ambiente habitual de las ciudades que están en el último confín de un país y que viven de los distintos tráfico, con profusión de camiones, gasolineras, casinos, contrabandistas, prostitución y oficinas de cambio. En el restaurante Parka hice bien en dejarme aconsejar el estofado de ciervo, cazado en los montes cercanos, y terminé por alojarme en una sencilla casa de huéspedes.

Llegué allí cuando ya había anochecido, por lo que hasta por la mañana no me di cuenta de quiénes eran los demás clientes. Sider, el dueño del hostel, me sirvió café, mermelada de frambuesas casera y el *kosunak*, un delicioso bollo típico de Semana Santa que acababa de hornear su mujer, pero rechacé por tempranera la sopa de cordero que me ofreció, también tradicional en esas fiestas. Saboreando el primer sorbo del café, dejé vagar la mirada por la ventana, que daba hacia el jardín de la casa, y vi que de la cuerda de tender la ropa colgaban tres uniformes verdes de la policía de fronteras. Luego me contó Sider que habían venido como refuerzo de otras partes del país y que llevaban allí alojados varias semanas.

Tras el desayuno potente salí de la casa y empecé una ruta en coche que me llevó casi todo el día, aunque no recorrí más de doscientos kilómetros. Con las emisoras de la radio cambiando constantemente de país a país, locutores griegos, turcos y búlgaros se metían atropelladamente en mi coche, hablando tres idiomas distintos que apenas encontraban su armonía cuando

daban paso a una música folclórica en la que ya era más complicado encontrar el matiz nacional. Me dirigí a las ruinas romanas de Villa Armira, que conserva unos mosaicos riquísimos y muy bien preservados de la época en que el emperador Adriano derrotó a los tracios y los sometió al imperio. Se trata de una de las villas más ricas fuera de la península itálica, lo que da una idea del poder e influencia de la que gozaron sus propietarios, con grandes recursos agrícolas, ganaderos y los de una cercana cantera de mármol. El navegador del coche me sugería entrar a Grecia y volver a salir de ella, pero yo opté por seguir una carretera que bordeaba la frontera por el lado búlgaro. Prácticamente, los únicos coches que me crucé eran todoterrenos de la policía de fronteras búlgara o de Frontex, la agencia de protección de fronteras de la Unión Europea.

Seguí esa misma carretera tortuosa para un almuerzo tardío en Ivaylovgrad, pensando que probablemente no encontraría nada abierto, pero me llevé una grata sorpresa al ver que en varios restaurantes estaban ofreciendo el asado de cordero típico del domingo de Resurrección, con una guarnición de arroz a la que añaden, para mi desgracia, los higadillos del cordero. De vuelta a Svilengrad sí hice caso al navegador del coche, me metí por Grecia y ahorré bastante tiempo a pesar de los obligados controles fronterizos.

Regresé a Sofía dándole vueltas en la cabeza a varias ideas y comprobé una vez más que ciertas cosas que interpretamos como casualidades, en realidad, siempre han estado allí, pero solo las vemos cuando encajan con el tema que en ese momento focalice nuestra atención. Pasé por la céntrica calle Simeonovo, parte de lo que un día fue la judería de la capital, por donde había paseado muchas otras veces, pero hasta ese día no me di cuenta de que la gran mayoría de los negocios —restaurantes, peluquerías, locutorios y hostales— estaban regentados por árabes. No me sorprendió tanto el hecho de verlo en ese momento como de no haberme dado cuenta hasta entonces, ya que el contraste es muy evidente en una ciudad en la que apenas hay emigrantes, y mucho menos refugiados de esta última oleada. En su huida de la guerra siria y rumbo a Centroeuropa, el paso por la Bulgaria de Dinko se antojaba como un duro trance que era mejor realizar lo más rápido posible.

Las dos ciudades de Emir Kusturica

PESE a que los montes Balcanes se encuentran esencialmente en territorio de Bulgaria, cruzándolo de este a oeste, dan nombre a toda la península que engloba además a Grecia, Albania, la parte europea de Turquía, Rumania y a los países de la extinta Yugoslavia — Eslovenia, Croacia, Bosnia Herzegovina, Serbia, la Antigua República Yugoslava de Macedonia y el disputado territorio de Kosovo—. Sin embargo, como consecuencia de las cruentas y muy mediáticas guerras de los años noventa del pasado siglo, la mayoría de la gente no suele asociar a Bulgaria con los Balcanes, por identificar este concepto casi exclusivamente con la antigua Yugoslavia. Ese conflicto fue, junto con la primera guerra del Golfo, el primero que seguí con interés y del que tengo recuerdos claros, aunque infantiles. Muchos de los topónimos de esta región me evocan telediarios que veíamos en familia, con un Arturo Pérez Reverte como joven reportero, tocado con un casco y sus características gafas de pasta, varios centímetros más anchas que su cara afilada.

Cuarto de siglo después, mis tres años de residencia en Sofía me permitieron ver las actuales repúblicas resultantes de la desmembración de Yugoslavia no solo como el escenario bélico de los años noventa, sino como un lugar contemporáneo y cercano. He conseguido en parte hacerlo menos exótico, desmitificarlo y desvincularlo de su guerra, o guerras en plural, aunque me ha seguido interesando el impacto que estas han tenido tanto

sobre el territorio como en el devenir de los individuos concretos. Son evidentes los efectos segregadores de las sucesivas limpiezas étnicas: ahora los croatas viven con los croatas, los bosnios con los bosnios, los serbios con los serbios... También salta a la vista cómo la multiculturalidad y la cohabitación de credos e identidades han dado paso a una mayor homogeneidad y, en algunos casos, exaltación religiosa. En la Sarajevo actual, aunque mantiene parte de su carácter mestizo, son visibles muchos más velos islámicos que hace un par de décadas, e incluso comienzan a popularizarse los velos totales portados por turistas venidas del Golfo Pérsico. Y cómo no pararse a pensar en el shock sufrido por alguien como Emir Kusturica, que comenzó la guerra siendo un joven bosnio, progre, internacionalista, laico y proyugoslavo, y la terminó como nacionalista serbio, convertido al cristianismo ortodoxo y reconocido admirador del militarismo del presidente ruso Vladimir Putin. Las dos ciudades que ha fundado, Andricgrad y Kustendorf, son el resultado de ese doloroso trance vital.

Aunque la cercanía geográfica me permitió hacer varias escapadas por la zona, sobre todo a Belgrado, el relato que sigue a continuación se corresponde con un viaje en coche realizado del 6 al 17 de septiembre de 2016, comenzando por la Antigua República Yugoslava de Macedonia y siguiendo por Albania, Montenegro, Croacia, Bosnia y Serbia —visitando las «dos ciudades de Kusturica» — para regresar de nuevo a Sofía.

Antigua República Yugoslava de Macedonia (ARYM)

LA frontera entre Bulgaria y Macedonia se encuentra a escasa hora y media de Sofía, junto a la localidad de Kyustendil, que al atravesarla no me dio la impresión de merecer una parada. Una bandera gigantesca de ARYM me esperaba del otro lado de la valla, mientras que del lado búlgaro su enseña no solo la igualaba en tamaño, sino que se hacía acompañar de la azul con doce estrellas de la Unión Europea, lucida con orgullo y algo de recochineo hacia su vecino, que ve su integración en la misma como un objetivo apetecible pero aún muy distante.

Al cabo de otros cien kilómetros se llega a Skopje, la capital de Macedonia, que me dio la sensación de que funcionaba casi como dos ciudades yuxtapuestas, separadas por un río no muy ancho y unidas por un elegante puente de piedra. De un lado está una Skopje nueva y flamante, que parece concebida para cabrear a los vecinos griegos y búlgaros mediante la apropiación de elementos de su historia y de su cultura. Se trata de un conjunto de edificios que imitan un estilo clásico salpicado de enormes estatuas de bronce que incluyen al zar búlgaro Samuel y, sobre todo, al griego Alejandro Magno a lomos de un caballo encabritado, presentados todos como próceres de la milenaria nación macedonia. Este megalómano proyecto *kitsch* nacionalista terminó costando mucho más del ya disparatado presupuesto inicial, pero su construcción consiguió parte de los efectos esperados: insuflar ánimos a la grey patriótica nacional y meter el dedo en el ojo de los indignados países vecinos. Al pasear por allí quedé intimidado por el tamaño colosal de Alejandro Magno y su caballo, pero debo admitir que no me

pareció tan feo como me lo habían pintado. Con la agradable temperatura propia de la última quincena del verano, me resultó un paseo placentero entre lo que perfectamente podría ser un decorado de película o una recreación de monumentos. Si en Las Vegas hubiera un hotel llamado The Macedonia, sería justo así.

Del otro lado del puente está la Skopje antigua y, si se me permite, la real. Su entramado de callejuelas estrechas tiene sabor verdadero, no edulcorado, que marca el contraste con la artificiosidad de la parte nueva; y la cohabitación de sus pequeñas iglesias con mezquitas igualmente diminutas habla de un mestizaje genuino. Los clientes de las terracitas, las tiendas de artesanía y los puestos de kebabs se pegan a la fachada sin inmutarse para permitir que pase a bastante velocidad un coche casi igual de ancho que la calle; un viejo sentado en un escalón recoloca los imanes y demás baratijas que se amontonan en el escaparate de su puesto, pero no hay turistas a la vista.

En un café, el cliente de la mesa de al lado se interesó por mi nacionalidad al oírme hablar en inglés con el camarero. Él nació en Belgrado, hijo de funcionarios yugoslavos, pero aseguraba que su familia era macedonia por los cuatro costados. Cuando le dije que vivía en Bulgaria, me reconoció que las relaciones no siempre habían sido sencillas entre los dos países, pues «en Bulgaria nos ven como búlgaros renegados». En efecto, la mayoría de los búlgaros considera que Macedonia no solo forma parte de su país, sino que constituye la cuna misma de su cultura, algo así como lo que representaría Covadonga en el ideario español de la Reconquista, o lo que los serbios esgrimen sobre sus monasterios en Kosovo. Al cabo de un rato, llevamos el tema de esta rivalidad hacia el terreno de los chistes y me permití contarle uno mil veces escuchado en Sofía: «Esta noche juegan Bulgaria y Macedonia». «¿Ah, sí?, ¿contra quién?».

Mi viaje a Macedonia tuvo lugar en un contexto político muy particular que cambió radicalmente apenas un año y medio después. Ese mes de septiembre de 2016 gobernaba aún un partido nacionalista, cuyas tesis eran interpretadas como revisionistas tanto en Atenas como en Sofía. Pero el Gobierno que le sucedió consiguió en apenas un año suavizar enormemente las tensiones con ambos vecinos, en parte, cediendo en algunos asuntos simbólicos pero espinosos. Con Bulgaria se alcanzó en 2017 la firma de un

tratado de amistad y buena vecindad, y con Grecia se llegó en 2018 a un acuerdo sobre el nombre del país, Macedonia del Norte, que aún debe ser incluido en su constitución y ratificado en ambos países. Quitar el nombre de Alejandro Magno al aeropuerto de Skopje allanó el camino para que comenzaran a operar los primeros vuelos entre Macedonia y Grecia, y este clima de mayor entendimiento ha permitido también que Grecia levante su veto tanto a la adhesión de ARYM en la OTAN como a que se inicien las negociaciones para su ingreso en la Unión Europea. Y es que la Unión Europea no quiere importar problemas balcánicos dentro del club comunitario, por lo que le exige a todos los candidatos solventar sus diferendos territoriales y de vecindad antes del ingreso.

Tras apenas tres horas deambulando por Skopje retomé la ruta hacia el lago de Ohrid, un lugar de gran belleza, que además tiene mucha importancia simbólica para la historia de todos los países de la región: en sus orillas fue concebido el alfabeto cirílico y sus aguas han sido testigo de todas las vicisitudes entre las naciones que lo rodean. La carretera para llegar a él desde Skopje atraviesa montañas boscosas, que apenas tuve ocasión de admirar entre la niebla y la lluvia, pues desviar un par de segundos la mirada del asfalto podía significar caer por un precipicio de cien metros. Viaductos a medio hacer testimonian la construcción de una autopista, pero no hay visos de que la cinta de su inauguración vaya a cortarse en bastantes años.

A ambos lados de la carretera, tanto en los pueblos que cruza como en tramos deshabitados, un sinfín de banderas albanesas ondean su águila bicéfala como constante recordatorio de que en torno a un tercio de la población se considera albanés. Del mismo modo, los minaretes ganan por goleada a los campanarios. Curiosamente, las tornas cambian radicalmente al llegar a Ohrid que, pese a encontrarse ya frente a frente con la ribera albanesa del lago, exhibe banderas macedonias en lugares públicos y balcones particulares, y dicen que cuenta con una iglesia para cada día del año. No sé si hay tantas como iglesias, pero en un tramo de apenas trescientos metros de una calle peatonal céntrica conté diez barberías, y creo que me dejé alguna.

En Ohrid, bajo una lluvia fina mañanera, visité la iglesia del Teólogo Jovan, del siglo XIV, que añade a la belleza de su arquitectura bizantina su emplazamiento en un alto frente al lago. Hay una bonita perspectiva de ella y del lago desde el risco de detrás y, de hecho, luego descubrí que es desde allí

desde donde están tomadas las fotos de la mayoría de las postales turísticas de la ciudad. Me quedé un buen rato observando el lago y reflexionando sobre las aspiraciones de cada uno de los pueblos ribereños, tan similares y tan distintos, con tanta conciencia de lo segundo y tan poca de lo primero. Y pienso en el caso más extremo, el de Vevcani, catorce kilómetros al norte del lago: con sus apenas dos mil habitantes, en el año 2002 se sumó, medio en broma medio a ver si cuela, a la moda balcánica de autoproclamarse república independiente, emitiendo moneda y pasaportes. Nadie les ha reconocido, pero la autodeterminación, como la procesión, va por dentro.

Albania

PARA continuar mi camino hacia la costa albanesa, en lugar de simplemente seguir hacia el oeste y penetrar por el territorio de este país, bajé por Grecia para utilizar su magnífica autopista que atraviesa el macizo central con múltiples túneles y viaductos. El paisaje es de montañas escarpadas y bosques frondosos a los que se agarran espesas nubes, mientras los turistas disfrutaban de solazo en las costas del Egeo y del Jónico a ambos lados de esta cordillera. Hacer este mismo trayecto por carreteras albanesas me habría llevado el doble de tiempo y probablemente algún susto, como pude comprobar cuando efectivamente entré en el país desde Grecia, siguiendo una carretera de montaña sinuosa y mal asfaltada, que cruzaban de vez en cuando perros callejeros, y en cuyas cunetas había un rosario de coches y camiones accidentados, algunos haría décadas.

Llegado a la dirección que señalaba la web del hotelillo familiar que elegí en Ksamil, en la costa sur de Albania, descubrí que allí no había rastro de él. Era un cruce en cuyas esquinas había una pollería, una gasolinera, una cuña de terreno ajardinado y un bloque de pisos. Entonces me acordé de que al reservarlo me enviaron un *e-mail* de confirmación en el que me pedían que cuando llegara a la dirección marcada les llamara por teléfono. La voz al otro lado del aparato me anunció tranquila que, efectivamente, el hotel no estaba allí, pero que enseguida me enviaba a su hijo Ronaldo para guiarme. Pasados unos minutos se plantó delante de mi coche un adolescente en un Vespino y me pidió que le siguiera por unos caminos tortuosos y empinados sin nombres ni números. El navegador del coche no los reconocía e interpretó que iba campo a través. Daba la sensación de que cada vecino había convertido su pequeña huerta frente al mar en una casa o alojamiento

turístico, sin que hubiera mediado planificación ni urbanización alguna.

Llegados al punto más alto, miré atrás y reconocí que la vista hacia el mar coincidía con la sugerente imagen que empleaban en su web. Si hacía abstracción del caos de cables, postes de la luz y antenas parabólicas, resultaba impresionante la estampa de las aguas turquesas del Adriático reflejando los rayos de un sol a punto de acostarse por Corfú, la isla griega que queda justo enfrente. El mismo Corfú al que se mudó la familia Durrell para que Lawrence escribiera su pomposa poesía, mientras su hermano pequeño Gerry se entretenía estudiando los distintos escarabajos y larvas de la isla. Años después, ese niño curioso y fascinado por cuanto descubría en sus paseos con su perro Roger por los olivares de Corfú terminaría escribiendo *Mi familia y otros animales*[53], el divertidísimo relato de aquel clan extravagante, en el que el menor de los Durrell adopta el tono y la mirada infantil de cuando llegó a la isla, libro que yo me reservé para leer precisamente allí.

Con una luz ya crepuscular bajé al puerto a buscar un lugar para cenar. Me di un paseo para comparar un poco, pero descubrí que grosso modo todos los chiringuitos ofrecían un menú parecido y unas similares vistas al mar. Terminé cenando una dorada y una tapa de pulpo a la brasa a un precio irrisorio, que se iría incrementando a lo largo del viaje a medida que remontaba la costa adriática, haciéndose algo más caro al norte de Albania, aún más en Montenegro y multiplicado por cinco o seis al llegar a la costa dalmata de Croacia y a la masificada Dubrovnik.

Al día siguiente, empleé la mañana en visitar el Parque Natural de Butrinto, una laguna de agua dulce junto al mar en la que además hay ricas ruinas romanas. Esta combinación de naturaleza, de aves y de patrimonio cultural, frente a un Corfú atestado de cruceristas, puede visitarse casi en solitario, topándose como mucho con un par de viajeros italianos.

Una lluvia no muy intensa, pero sí persistente, me hizo cambiar mis planes iniciales de pasar un par de días en la playa y decidí poner rumbo a Tirana, la capital albanesa, y de llegar a dormir a Podgorica, la de Montenegro. En Tirana quedé a comer con mi compañera destinada allí, que me dio un paseo por la ciudad en su coche, aún bajo la lluvia, y me enseñó la chifladura de pirámide que construyó en pleno centro el dictador comunista Enver Hoxha, que también se destacó por llenar el país de búnkeres. Esta

compañera había estado destinada antes precisamente en Skopje, por lo que estaba en óptimas condiciones de comparar a los albaneses de Albania con los de la diáspora en Macedonia: «Los de aquí son mucho menos religiosos y nacionalistas que los de fuera, supongo que porque no sienten la necesidad de afirmarse en su identidad ante otra comunidad».

Montenegro

LLEGUÉ a Podgorica aún con algo de luz del día, que me dio de sobra para pasear el minúsculo centro de la ciudad. Las calles peatonales estaban relucientes y llenas de terrazas de bares, en las que una clientela casi exclusivamente local llamaba la atención por los estilizados cuerpazos de ellos y de ellas, vestidos a la italiana y trasegando cócteles al ritmo de una suave música electrónica. Con solo retirarme un par de manzanas de esa especie de pasarela de moda, encontré ya una ciudad mucho menos interesada en su aspecto; más de panadería, ferretería y taberna que de *café latte* e Instagram.

Entré en un mesón y mi deseo de cenar algo ligero resultó comprometido al ver que la pechuga de pollo a la plancha con ensalada que había pedido era en realidad una fuente con seis pechugas de pollo, por el módico precio de once euros. Le hice ver al camarero que igual era un malentendido, que eso no podía ser una ración para una sola persona, lo que le extrañó muchísimo pues al parecer allí sí resultaba una cantidad razonable. Cuando se dio media vuelta y me dejó solo ante mi bandeja, me entró la risa floja, pensando en una encerrona de «seis toros, seis», y en mi costumbre, inculcada de niño, de que hay que terminar lo que te sirven en el plato.

Pasé el día en Kotor, que es un pueblo amurallado enclavado entre montañas y una especie de fiordo que forma un puerto en el que atracan desde yates deportivos a gigantes cruceros turísticos. Intramuros no hay ni una casa que desentone. Con la misma piedra están construidos los palacetes renacentistas y las iglesias, unas católicas y otras ortodoxas, que presiden cada plaza, no en uno de sus costados, sino en el centro de ellas. Desde el balcón de mi habitación pude ver a un grupo de moteros de distintos países

ortodoxos marchar en procesión, posar con sus banderas y recibir la bendición de un pope barbudo. Se trataba de un grupo del que había leído y oído hablar por la polémica que su paso por varios países de Europa oriental generaba entre rusófilos —que les daban la bienvenida— y rusófobos —que veían en ellos una suerte de caballo de Troya de inspiración putinista.

Por la noche me dio la sensación de que la ciudad se vaciaba de turistas, pues muchos de ellos regresaban a hoteles situados fuera de las murallas o quizá a los camarotes de sus cruceros. Me recordó en ese sentido a otras ciudades pequeñas pero de turismo masivo, como Brujas, en las que parece que un horario de apertura y cierre marca el flujo de turistas que entran y salen. Pasada esa hora límite, las callejuelas quedan desiertas, como respirando aliviadas hasta el primer crucero de la mañana, y las terracitas de los bares tienen como clientes principales a los empleados del sector turístico, que se relajan tomando algo y cambiando gustosos los idiomas francos del trabajo —inglés, francés, alemán, español o italiano— por su lengua materna.

Croacia

VISTA la masificación turística de Kotor, supuse que la de Dubrovnik, en Croacia, sería bastante más intensa, pues ya solo le faltaban a esta perla del Adriático los *tours* guiados para la legión de seguidores de *Juego de Tronos*, ávidos de identificar los emplazamientos en los que se rodó tal o cual escena. Por eso, preferí reservar un alojamiento en una especie de *bed and breakfast* familiar en un pueblo costero, unos kilómetros al sur de Dubrovnik, llamado Cavtav. El cruce de la frontera entre Montenegro y Croacia encierra una interesante paradoja politológica, pues supone entrar a la Unión Europea, pero dejar de utilizar el euro. Y es que Montenegro no forma parte de la Unión Europea, pero decidió utilizar la moneda común desde su secesión de Serbia, mientras que Croacia sí es un estado miembro, pero conserva por el momento la *kuna*, su moneda nacional.

Desde la casita en la que amanecí en Cavtav, el trayecto a Dubrovnik me resultó un agradable recorrido por la carretera que transcurre por una estrecha franja de terreno encañonada entre el Adriático y las montañas que durante siglos han servido de frontera política, pero también psicológica, entre catolicismo e islam, ahora entre Croacia y Bosnia. Incluso durante los siglos de dominación otomana de toda la región, se llegó a un acuerdo mediante el cual estos se abstendrían de ocupar la franja de terreno costero en el que residían los croatas católicos, que a cambio se obligaban al pago de impuestos. No cuesta imaginar a unos, los musulmanes, mirando desde lo alto del cortado hacia sus vecinos costeros y cristianos, con una mezcla de distancia y desconfianza; mientras que los de abajo les devolverían la mirada con idéntico prejuicio orientalista, aparte del temor lógico derivado de la propia ley de la gravedad, ya que una piedra lanzada desde lo alto podría

tener unas consecuencia letales que no se daban en sentido inverso.

En la muy pintoresca cafetería Libertina tomé un café y gorroneé su wifi para leer sobre la ciudad y diseñar una ruta, visitando murallas, iglesias, la sinagoga y la playa exterior de Banje. De la historia de Dubrovnik me interesaba en particular el periodo de varios siglos en el que fue la República casi independiente de Ragusa, gobernada por aristócratas italianos, los mismos que llegaron a un acuerdo con el sultán otomano por el que evitaban ser ocupados a cambio del pago anual de tributos. Incluso, en el contexto de la guerra de Yugoslavia, cuando Dubrovnik resultó bombardeada duramente por artillería serbia, hubo quien planteó revivir la República de Ragusa, experimento que, como el de Vevcani, pocos se tomaron en serio. Existe en Dubrovnik un interesante Museo de la Guerra, y en el momento de mi visita convivía una exposición temporal de fotografía sobre las guerras de Iraq y Siria con la permanente sobre la guerra de Yugoslavia, contada lógicamente con un halo beatífico respecto de la participación croata.

Siguiendo hacia el norte, para visitar Split, adopté la misma estrategia de evitar hacer noche en la propia ciudad amurallada y me alojé en la localidad costera de Omis. La carretera atraviesa una franja minúscula de tierra perteneciente a Bosnia, la que le da salida al mar. Son dos fronteras casi enfrente una de la otra, debido a la estrechez de la vanda de terreno bosnio. El acceso al mar es la gran aspiración comercial y estratégica de toda nación, pero en este caso, en el que no vi ni puerto mercante ni pesquero ni una base militar, y con la franja de costa eclipsada por un rosario de islas croatas, me dio la sensación de que Bosnia no había sido capaz aún de sacarle ningún rédito a ese activo.

La cama en el hotel de Omis parecía sacada de un centro de alto rendimiento para faquires, clavando con saña cada uno de sus muelles en mi espalda. Cuando se lo dije al director, me respondió muy serio que los colchones apenas tenían un año, por lo que entendí que más valía buscar otro que darme de nuevo contra semejante muro de cinismo.

En el contexto balcánico de mezquitas convertidas en iglesias y viceversa, me resultó interesantísimo, en Split, cómo el palacio y el mausoleo de Diocleciano, del siglo IV, fueron consagrados tres siglos después como catedral con una torre altísima para la arquitectura de esa época. Aunque una parte importante del centro de la ciudad está encerrada en las murallas que la

protegieron de los invasores, me dio la sensación de estar soportando mucho mejor que Dubrovnik el asedio moderno de los turistas, con muchos barrios que parecen mantener aún su pulso vital genuino, no el que marca el ritmo sincopado de los autobuses repletos de viajeros y maletas de ruedas.

En Omis por fin disfruté de tres días seguidos sin lluvia y sin tocar el coche, pues a Split podía ir en un autobús que tardaba una media hora. El pueblo de Omis recuerda a un asentamiento pirata, partido en dos por la desembocadura del río Cetina, que baja encajonado por un cañón donde se hace *rafting* y otros deportes de agua. Tras el fallido primer alojamiento y su colchón de muelles, los dos días siguientes en el segundo hotel fueron fantásticos. Estaba regentado por una familia croata que emigró a Fráncfort en los años sesenta y regresó a Omis a mediados de los ochenta. El marido parecía Hemingway, por lo que pronto pasé a llamarlos en mi cabeza Ernest y Ernestina, y hablaba con ellos en alemán. Me dijo Ernestina que ya no iban tantos turistas alemanes, sobre todo del Este, como antes de la guerra. Es algo que me sorprendió, pues supuse que la zona se encontraba en su máximo apogeo histórico en términos de turismo. «No creas», me dijo Ernest, «durante el comunismo aquí venía gente de toda Europa del Este y todo eso se acabó con la guerra. El nuevo turismo parece que se concentre siempre en los mismos cuatro o cinco puntos, y este no es uno de ellos». Cuando les pregunté sobre su decisión de regresar a Croacia poco antes de la guerra, me contestó Ernestina que «en ese momento, con nuestros hijos ya crecidos y con bastantes ahorros, nos pareció la decisión acertada. No nos podíamos ni imaginar todo lo que ocurriría después». «Era impensable. Impensable», remachó Ernest.

Ernest se puso a hacer *zapping* con el mando a distancia hasta que dio con el partido del Hajduk Split, del que era aficionado. Hablamos algo de fútbol y le conté que entre 2012 y 2015 jugué en Australia en un equipo que portaba los colores de la selección croata, tanto en la equipación de local como en la de visitante. En Canberra, donde muchos de los clubes deportivos están dominados por las respectivas minorías nacionales —que allí llaman étnicas, término que me horripila—, el equipo del barrio con el que acabé jugando, los O'Connor Knights, estaba compuesto en su inmensa mayoría por australianos de origen croata. Hasta mediados de los noventa el ayuntamiento les permitía llamarse directamente equipo croata, pero por las constantes

trifulcas que se montaban con el serbio, con el bosnio y, en menor medida, con los dos equipos griegos que competían en esa liga, cada uno fue obligado a adoptar el nombre del barrio en el que estuviera el club. De modo que mi amigo Jeremy y yo éramos los únicos sin ascendencia croata en el equipo y los únicos que vivíamos con la misma intensidad un partido contra, por ejemplo, el distrito de Woden, que contra Lanyon, el club de los bosnios.

Bosnia y Herzegovina

DESDE OMIS tomé la carretera que me llevaría, entrando ya en Bosnia, primero a Mostar y luego a Sarajevo. En el primer tramo que transcurre por la garganta del río Neretva reconocí los lugares que describe Alfonso Armada en su libro *Sarajevo*^[54], el relato del viaje que realizó en plena guerra con el reportero Gervasio Sánchez en el Opel Vectra de este. Las fotos de Sánchez aportan si cabe más viveza a la prosa de Armada, que ya de por sí llega a todas partes.

Alcanzar Mostar supuso encontrarme en un sitio por primera vez y, sin embargo, ver cómo encajaban en mi cabeza algunas piezas del puzle que llevaba años intentando montar. La imagen más imponente por su belleza y por su simbolismo es *Stari Most*, el Puente Viejo que bombardearon los croatas el 9 de noviembre de 1993, en su afán de hacer coincidir el lado de la ciudad que controlaban con una de las riberas del río. Pasó más de una década hasta la inauguración de su reconstrucción, el 23 de julio de 2004, sirviendo de metáfora de una reunificación de ambos márgenes del río, aunque no de una ciudad que de facto funciona como dos entes separados por un bulevar: una ciudad croata y otra musulmana, segregadas hasta en la creación de diferentes cuerpos de bomberos, hospitales y ambulancias.

Quien me contó la realidad de las dos ciudades yuxtapuestas y recelosas, una de las piezas de mi puzle mental, fue Stefan, un treintañero nativo de Mostar, cuyos padres también nacieron en la ciudad. La abandonaron «limpiados étnicamente» por ambos bandos debido a su condición de serbios ortodoxos, comunidad absolutamente minoritaria en esa zona de Bosnia — aproximadamente el 10 por ciento antes del inicio de la guerra, menos del 1 por ciento ahora—. La conversación tuvo lugar en otro momento distinto,

nada que ver con este viaje, en el balcón de un apartamento de Sofía, en Bulgaria. Su novia Sabrina, búlgara, y él decidieron emplear sus vacaciones viajando en bici hasta Bulgaria desde su lugar de residencia en Malmö, Suecia, aunque a poco más de cuarenta kilómetros de Copenhague, la capital danesa. Sabrina trabaja allí como profesora y disfruta de plenos derechos como ciudadana comunitaria, mientras que Stefan se ve obligado a jugar con sus dos pasaportes —el serbio y el bosnio— para alternarlos y poder permanecer como turista el tiempo que sea necesario mientras consigue un permiso de residencia.

«Malmö está lleno de extranjeros, muchos balcánicos, y habrá buenas oportunidades para nosotros cuando los dos tengamos los papeles en regla. Pero hasta ahora me tengo que conformar con pasear perros y hacer otros pequeños trabajos en negro», me contó Stefan. A mi pregunta de si contemplaba regresar a su ciudad natal, me señaló que: «Yo soy de Mostar, pero no tengo ninguna opción de vivir allí, porque nadie me daría trabajo. Los croatas contratan a croatas; los bosnios, a los bosnios; y no hay serbios para darme trabajo a mí. Encima, yo soy profesor de Historia y nadie está interesado en el relato no nacionalista y proyugoslavo que yo defiendo. Por el momento veo nuestro futuro en Suecia, que es un punto neutral para Sabrina y para mí, una tabla rasa desde la que empezamos los dos». Ese aspecto de punto neutral y tabla rasa parece presidir otros ámbitos de la relación entre estos dos profesores de Historia, pues ninguno de los dos ha aprendido a hablar el idioma del otro, muy similares entre sí, y se entienden de maravilla hablando cada uno el suyo.

Pregunté a Stefan si tenía recuerdo de los cascos azules españoles destinados en Mostar, que cuentan con un monumento que homenajea a los que perdieron la vida en esa misión en una céntrica plaza llamada «de España». Me dijo que sí y que ese recuerdo era muy grato: «Cada vez que pasaba un convoy por sitios donde hubiera niños nos daban caramelos. Una vez les pedimos que nos hicieran una pista de fútbol sala y nos la construyeron. También una de tenis».

En varios contextos he conocido a militares españoles que estuvieron destinados en las guerras de los Balcanes. Muchos de ellos se refieren cariñosamente a los distintos pueblos exyugoslavos como «los *dobros*», por las expresiones *dobro*, *dober* o *dobré*, en función del país, que significa

«bueno» o «de acuerdo» y que repiten como muletilla pegadiza. El trabajo de estos militares españoles está muy bien valorado más allá de los repartos de caramelos y de la construcción de pistas de deporte para niños. Pero aparte del bien que hicieron —y del mal que evitaron— en su misión, estos despliegues también tuvieron un impacto muy positivo para las propias fuerzas armadas. Descontando las misiones de paz en Centroamérica casi coetáneas, antes de la guerra de Bosnia nuestro ejército apenas había tenido experiencia internacional desde el restablecimiento de la democracia. Los Balcanes resultaron un escenario exigente, que aumentó las capacidades propias, la interoperabilidad con socios y aliados, y permitió sacudirse muchos de los estigmas que las fuerzas armadas habían heredado por su condición de columna vertebral del régimen franquista. El ejército español salió de Bosnia mucho más capaz, políglota y respetado de lo que llegó.

Un amigo, ahora embajador, se presentó entonces voluntario como joven diplomático para que su primer puesto en el exterior fuera el de único componente civil de la misión militar española en Bosnia. Pese a las calamidades que le tocó vivir y las atrocidades que presenció, cada vez que he hablado con él de ese periodo prefiere centrarse en los elementos menos trágicos, incluso en los divertidos. «La broma más común», me dijo, «era encargar al joven oficial que justo acabara de llegar de España que se ocupara de la custodia de una maleta repleta de billetes yugoslavos, relucientes pero sin ningún valor, insistiéndole muy serio en que, por la imposibilidad de acudir al sistema bancario, esa era la única manera de pagar los salarios de todos los empleados locales de la base. Una vez se me olvidó avisar al oficial en cuestión de que era broma y me di cuenta solo al tercer día, cuando por casualidad lo vi andando por la base muy serio y sin despegarse del maletín».

El surrealismo de esa anécdota me evoca el absurdo de la guerra que tan bien retrata León de Aranoa en su película *Un día perfecto*^[55], ambientada también en la guerra de Bosnia, y en la que un equipo de cooperantes extranjeros intenta sin éxito sacar un cadáver de un pozo para evitar que envenene el agua potable, pero también se enfrenta a todos los sinsentidos de un conflicto armado, desde los odios atávicos a la burocracia nacional e internacional, pasando por los propios protocolos de la ONG en la que trabaja.

Comencé, un día después, mi paseo por el centro de Sarajevo por el

antiguo mercado otomano, lleno de restaurantitos con comida bosnia, que es en realidad muy parecida a la del resto de los Balcanes aunque quizá con algo más de influencia turca. Hay bastantes occidentales pero también turcos y árabes, y llama la atención ver algún grupo de mujeres con velo integral, tipo niqab. Además de recorrer las principales calles y de visitar sus monumentos, me empeñé en descubrir dos lugares que siempre había querido poder localizar: el primero, el Puente Latino, donde fue asesinado el archiduque austrohúngaro Francisco Fernando, desencadenando una Primera Guerra Mundial que ya estaba servida y que solo esperaba que prendiera una mecha; y el segundo, el hotel Holiday Inn, desde cuya habitación 426 escribió Alfonso Armada sus crónicas del asedio de Sarajevo.

El Puente Latino está en pleno centro, rodeado de viajeros y curiosos que escuchan las explicaciones de los guías turísticos sobre Gavrilo Princip, el joven nacionalista serbobosnio que consiguió abatir al hijo del emperador, después de los intentos frustrados de sus cinco compañeros de la organización clandestina Mano Negra. El tipo de atentado, ejecutado de rebote tras varias intentonas, recuerda al que sufrió el zar Alejandro II de Rusia en 1881; y el autor, Gavrilo Princip, me hace pensar en Lee Harvey Oswald, quien disparó medio siglo después sobre John Fitzgerald Kennedy en Dallas, pues ambos eran jóvenes fanatizados, que acabaron sus vidas de forma prematura y trágica, pero sobre cuya acción siempre ha habido especulaciones interesadas que la vinculaban a organizaciones más poderosas. Aunque la historia depara numerosos ejemplos de que el mismo autor de un magnicidio puede ser leído como terrorista o como patriota liberador, hoy la figura de Gavrilo Princip sigue resultando controvertida y tóxica. Existe un museo Gavrilo Princip en la esquina desde la que disparó su revólver, pero el contenido está más centrado en el periodo histórico de la dominación austrohúngara de Bosnia. Los bosnios musulmanes no reivindicán su figura por su condición de serbio; los serbios, por su militancia en organizaciones como la Joven Bosnia; y el común de los mortales, por responsabilizarlo del inicio de la guerra a escala planetaria.

El hotel en el que se alojó durante el asedio de Sarajevo la escasa prensa internacional, incluido Alfonso Armada, fue el Holiday Inn. Reformado poco antes de que yo lo visitara, hoy mantiene su horrible fachada amarilla y funciona con el nombre de Hotel Holiday. Aunque todos los reporteros de

aquella época coincidían en que el hotel se encontraba en la avenida de los Francotiradores, muy cerca del río Miljacka, naturalmente, el nombre real de la calle es otro: Mese Selimovica.

El que sería el primer hotel franquiciado por una multinacional de Bosnia debía servir como símbolo de modernidad de cara a los Juegos Olímpicos de Invierno de Sarajevo 1984 y fue inaugurado por el presidente del Comité Olímpico Internacional, el español Juan Antonio Samaranch, en otoño de 1983. Su diseño se encomendó al arquitecto bosnio Ivan Strauss, fallecido en agosto de 2018, que fue fiel en sus planos al estilo racionalista y socialista en boga en ese lugar y en ese momento.

Ya iniciado el conflicto, pero antes de que comenzara el sitio de Sarajevo, el líder serbobosnio Radovan Karadzic mantuvo numerosas reuniones en él e incluso alojó allí a su familia, antes de trasladarse a la capital improvisada de los serbobosnios en la estación de esquí de Palé. Iniciado el sitio y los bombardeos serbios desde las montañas que rodean Sarajevo, el hotel no era objetivo directo, pero aun así se llevó decenas de impactos de obús e incontables ráfagas de kalashnikov. A ello hubo que sumar los incontables disparos de francotiradores apostados en puntos altos de esa avenida, que hacían blanco en cualquier persona que la cruzara, sin distinguir edad o sexo.

Tomando un café en el bar del hotel, pensé en el empeño que demostraron un cuarto de siglo antes los empleados de ese mismo alojamiento por mantenerlo abierto y seguir ofreciendo, pese a la crudeza de la guerra, el servicio esperado de un hotel internacional. Camareros que de madrugada habían esquivado balas de camino a su trabajo se vestían con un elegante uniforme para servir comidas cocinadas en una hoguera en el patio, pues los suministros de gas y de electricidad estaban cortados. Además del profesionalismo de cada uno, entiendo que en parte su motivación fuera luchar por la normalidad, no sucumbir al mero estado de víctima pasiva de un conflicto, y en parte un punto de negación de la realidad, la no aceptación del trauma de ver su ciudad y su país arrasados.

En la barra del Hotel Holiday conseguí colocar otro pedazo de mi rompecabezas sobre la guerra de Yugoslavia. Atendido por un camarero igual de profesional y elegante, al que imaginé tranquilamente tomando un tranvía de camino al trabajo esa mañana, pensé en mi amigo Muhamed Mesic, con quien compartí pupitre en Viena en 2003-2004, mientras yo hacía quinto de

Derecho y él los cursos tercero, cuarto y quinto. Muhamed es sin lugar a duda la persona más inteligente que he conocido en mi vida, y lo de menos es que él estuviera sacándose a la vez tres cursos de la carrera con excelentes calificaciones. En ese momento, con 20 años recién cumplidos, ya era la persona que más idiomas hablaba del mundo entero, dominando entonces treinta y cinco, que a este ritmo supongo que serán ahora más de cincuenta. Además de su poliglotismo extremo, lo que hacía de él la atracción en las fiestas de Erasmus a las que yo le llevaba era su capacidad para recordar todas las canciones de Eurovisión desde que nació, por año y por país. Su cabeza funcionaba como un tremendo archivador: alguien decía un año, otro apuntaba un país y, tras un segundo de reflexión, Muhamed cantaba la canción correspondiente y en el idioma original. Si estás interesado tanto en la cuestión de las lenguas como en el tema de Eurovisión, no tienes más que introducir su nombre en un buscador de internet y descubrirás decenas de páginas dedicadas a él.

Tras la inicial fascinación por estas habilidades inusuales, casi circenses, que lo convirtieron en una estrella, luego empecé a tratarlo de manera un poco más profunda y a conocer la firmeza de sus convicciones y valores. Conmigo se abrió incluso para cuestionar las aparentes contradicciones que sobrevolaban su identidad: Muhamed Mesic es un bosnio musulmán de Tuzla, que perdió a su madre en la guerra, pero que seguía denominando serbocroata a la única materna de las treinta y cinco lenguas que hablaba; su condición de huérfano de guerra no hizo germinar en él un odio identitario sino que militaba en el partido socialista, el único que entrado el siglo XXI seguía siendo multiconfesional, por el que fue elegido concejal en su ciudad con apenas 20 años; su religiosidad islámica no le impidió, aunque quizá sí dificultó o retrasó, la aceptación de su orientación sexual y posterior salida del armario. Pero de todos estos dilemas el que me contó como más complejo fue uno que revelaba el profundo respeto por su padre y por un marco familiar tradicional. Sentados frente a frente en el Café Alt Wien, yo con una cerveza y él con una Fanta de naranja, me comunicó la noticia de que no sé qué fundación americana le había concedido una beca muy generosa. Le di la enhorabuena, pero aprecié que el gesto se le agriaba. Luego me dijo que no sabía cómo le iba a explicar a su padre que la cuantía de la beca multiplicaba por varias cifras el exiguo sueldo que este cobraba como profesor —creo que

universitario—, sin que lo viviera como una falta de respeto.

Terminado mi curso en Austria, se despidió de mí regalándome un libro sobre el genocidio de Srebrenica, editado por el ayuntamiento de Tuzla, que tiene el valor de haber sido publicado cuando la tierra de las tumbas aún estaba húmeda. Pasó un periodo en el que por toda comunicación nos enviábamos algún *e-mail* escueto en el que uno daba cuenta al otro de pequeños o no tan pequeños logros académicos y profesionales. Hasta que en otoño de 2007, recién salido de la Escuela Diplomática, me encomendaron ser oficial de enlace con la delegación bosnia que asistiría a la cumbre ministerial de la OSCE (Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa) que se celebraba ese año en Madrid, bajo presidencia española. A priori, el trabajo no podía ser más sencillo, pues consistía en esperar al ministro de Asuntos Exteriores bosnio en su hotel y acompañarlo en un coche con conductor de la organización hasta el recinto ferial IFEMA, donde se encontraba la sala de la reunión plenaria, las de las bilaterales, el comedor oficial y el stand para la foto de familia.

La mañana que conocí al ministro, que se llamaba Sven Alkalaj, ya me dijo que había cambio de planes: a la conferencia iría su embajador en Madrid, pues él —y, por lo tanto, yo también— tenía que ir a Alcalá de Henares. Al ver mi cara de novato sorprendido, me aclaró que «soy sefardí y mi familia, como puedes deducir por mi apellido, tiene origen precisamente en Alcalá de Henares». Cuando le pedí al chófer que nos llevara allí, este se encogió de hombros y pasó de largo IFEMA y también a algunos de los coches de otros ministros que iban a la conferencia. De camino, hablamos de temas insustanciales para romper el hielo, y evoqué el caso de mi amigo bosnio que hablaba tantos idiomas. «¿Eres amigo de Mesic? ¡Es un gran tipo! Llegará muy alto y estamos muy orgullosos de él», me dijo el ministro. En Alcalá de Henares mantuvimos encuentros con el alcalde y con el rector, y el ministro escuchaba con gran atención, como si en alguna de las palabras que le dirigían pudiera encontrar la clave de secretos o misterios de sus ancestros remotos.

A la mañana siguiente, segundo y último día de la conferencia, acudí puntual al hotel repasando el programa de la conferencia, pero sin descartar que hubiera algún cambio de planes. Me sacó de dudas casi al instante la imagen de las puertas del ascensor abriéndose, de donde salió el ministro

Alkalaj llevando un grueso jersey de ochos color gris. Tímidamente, le pregunté:

—Ministro, ¿no vamos al plenario de la conferencia...?

—No, no. Se ocupará el embajador. Nos vamos a Toledo, que necesito ver la sinagoga del Tránsito.

El chófer tampoco mostró signo alguno de sorpresa cuando le señalé adonde íbamos y adonde no. De camino a Toledo, Alcalaj me hizo algunas confidencias sobre la política exterior de su complejo país: «A países del Este, enviamos como embajador a un serbio; a países islámicos, a un bosniaco; a países católicos, a un croata... ¡y como no se ponían de acuerdo sobre a quién nombrar ministro, pues me eligieron a mí, que soy judío!», la última palabra ya casi ahogada por sus propias carcajadas, que acompañaba rítmicamente con fuertes palmetazos en su muslo.

Visitamos la sinagoga y dimos un paseo por la judería antes de sentarnos a tomar algo junto a la plaza de Zocodover. Para entonces, que ya llevaba casi dos días enteros «de turismo» con el ministro, habíamos adquirido casi una relación de confianza y de simpatía que difícilmente habríamos alcanzado si hubiera seguido escrupulosamente el programa. Le dije que toda mi familia, tanto paterna como materna, era de Toledo, lo que a él le pareció una asombrosa coincidencia que rápidamente le llevó a especular con la posibilidad de que nuestros ancestros respectivos se hubieran cruzado por alguna de las callejas que habíamos pateado. Eso llevó a Alcalaj a hablarme de su familia y de cómo les había afectado la guerra; se refirió también a lo reducida que había quedado la comunidad sefardí de su Sarajevo natal. «Siempre se ha dicho de broma que donde haya dos judíos habrá tres sinagogas, pero me temo que dentro de no mucho va a ser verdad en Sarajevo, pues habrá más sinagogas que judíos», me dijo con su sonrisa perenne, pero con evidente gesto de melancolía.

Al dejarle en su hotel me dijo: «Enrique, cuando tengas ocasión de visitar Sarajevo verás que es una maravilla. Y, por favor, dale recuerdos de mi parte a Mesic, que es un orgullo para todos nosotros». Y esa despedida me hizo retomar el contacto con mi amigo Muhamed, para contarle mi experiencia con su ministro y para trasladarle sus saludos.

Se me acababan las vacaciones y me tocaba regresar a Sofía, pero en lugar de tomar el camino más corto, planeé un par de desvíos que me

llevarían a las dos ciudades de Emir Kusturica, una en la República Srpska de Bosnia y la otra en Serbia, aunque a muy poca distancia una de la otra. Salir de Sarajevo hacia el este y atravesar el túnel, al fondo del cual se encuentra la República Srpska, es como entrar en otro país, con multitud de banderas y todo escrito en cirílico. Al nacionalismo perenne se sumaba que estaba convocado un referéndum para el día 25 de septiembre, mediante el que el líder serbobosnio, Milorad Dodik, pretendía mostrar el apoyo popular masivo a su decisión de declarar como día nacional el 9 de enero, aniversario de la creación de la entidad en 1992. Tanto la decisión sobre la fecha como el referéndum habían sido declarados ilegales por el Tribunal Constitucional de Bosnia, al entender que discriminaba a musulmanes y croatas, por tratarse también de una festividad ortodoxa. Y es que casi nunca en los Balcanes se desaprovecha la ocasión de meter el dedo en el ojo al vecino considerado adversario.

Contra la ley y contra el criterio de toda la comunidad internacional, pero con el firme apoyo de Rusia, el referéndum se llevó a cabo, sirviendo de paso como campaña electoral para las elecciones locales que se celebraron solo una semana después. Así estaba el patio cuando llegué a la República Srpska, lleno de carteles electorales, retratos del presidente Dodik y de banderas, muchas de ellas ondeadas desde coches que me adelantaban a toda velocidad.

De las dos ciudades erigidas por el cineasta Emir Kusturica la primera que visité fue Andricgrad y, en realidad, más que una ciudad constituye un recinto cultural construido entero de piedra en la ribera del río Drina a su paso por Visegrad. Toma su nombre del escritor Ivo Andric, único autor yugoslavo galardonado con el Nobel, precisamente por su novela *Un puente sobre el río Drina*[\[56\]](#). En la novela, Andric parte de la construcción del puente entre los años 1571 y 1577 por Sinan, el arquitecto de confianza del gran visir turco Mehmed Pashá Sokolovic, para plasmar una trama de convivencia y conflicto de casi cuatro siglos entre el mundo cristiano y el otomano, con el puente como lugar de tránsito y disputa.

Visto a cierta distancia, el complejo de Andricgrad parece un recinto monástico medieval, más antiguo incluso que el puente, pues nada invita a pensar que sea la obra de un músico y cineasta de pleno siglo XXI. Recuerda un poco a los monasterios de Rila o de Bachkovo, en Bulgaria, salvo que construido anteayer. Al atravesar sus anchos muros de piedra, fui

descubriendo salas de cine, una biblioteca, un teatro, un auditorio al aire libre, la sede del instituto Andric y multitud de cafés, terrazas y algún restaurante. Los nombres de las calles son alusivos a la historia de Serbia, y al fondo hay una iglesia ortodoxa y un convento inspirado en los monasterios ortodoxos del norte de Kosovo, que los serbios consideran la cuna de su nación.

Resultan de una gran belleza tanto la armonía de la arquitectura como su emplazamiento en la pequeña península que forma la desembocadura del río Rzav, de aguas verde oscuro, en el más ancho y claro río Drina. El hecho de que ese espacio haya sido dedicado al arte y a la cultura como forma de atraer público a Visegrad y, de paso, dar a conocer la obra de Andric a una nueva generación es realmente loable. De no ser por la iniciativa de Kusturica, con seguridad este enclave seguiría yermo e ignorado, o peor, pasto de algún desarrollo inmobiliario sin demasiado sentido. Ahora bien, como todo lo que rodea al histriónico y contradictorio Kusturica, su sesgo nacionalista ha resultado un cebo para un público mucho más interesado en buscar señas de identidad esencialistas que en la programación cultural ofrecida. Sin ir más lejos, el parking donde dejé mi coche estaba lleno de jóvenes y de algunas familias que iban a visitar Andricgrad y que por su indumentaria, banderas y comportamiento encajaban más en el perfil de *hooligans* futboleros que de aficionados al teatro.

Serbia

REGRESÉ al coche y en pocos minutos alcancé la frontera entre la República Srpska de Bosnia y Herzegovina con la de la República de Serbia. El cruce fue rapidísimo y muy fluido, lo que hasta cierto punto resulta lógico si piensas que estaba pasando de la serbia adjetivo a la Serbia sustantivo. Al hacer esa reflexión me acordé de que cuando era pequeño mi abuela escribía *Servia* con uve y decía *Yugoeslavia*.

La carretera penetra directamente en un parque natural boscoso, coronado por las montañas de Mokra Gora. Pocos kilómetros después, si no te lo pasas como me ocurrió a mí, está el pueblo de Drvengrad. Este fue precisamente el lugar que eligió Kusturica para recrear la estación de tren y el decorado de su película *La vida es un milagro*. Y en torno a ello, erigió un conjunto de casas, plazas, una iglesia, restaurantes y un teatro. Del mismo modo que Andricgrad está íntegramente construida en una piedra idéntica a la del puente sobre el Drina, aquí todo es madera como la de los bosques donde se ubica.

El nombre de Kustendorf es un doble juego de palabras: podría leerse como pueblo (en alemán) de Kusturica, a lo que se añade que en ese mismo idioma *Kunst* significa cultura, el pueblo de la cultura. Su callejero es revelador de las afinidades del cineasta. Así, podemos encontrar calles y plazas dedicadas a Maradona, Spike Lee, Djokovic o Fellini. En el otro extremo, en el de las fobias, está la simbólica prisión de la ciudad, tras cuyos barrotes se encuentran pintados los retratos de George W. Bush y de Javier Solana, a quien responsabiliza de los bombardeos de la OTAN sobre Serbia durante la guerra de Kosovo. El antiimperialismo se lleva a la práctica al vetar la venta de productos como Coca-Cola, aunque no parece que incomode en absoluto la injerencia regional de otra superpotencia como la rusa, cuyo

canal de televisión Russia Today figuraba en los carteles, cuando yo estuve allí, como Sponsor de varias actividades culturales.

No conseguí alojarme dentro del complejo y pensé que como ya había anochecido y en esas montañas algo inhóspitas quizá tendría dificultad para encontrar un sitio donde dormir. Pregunté en Drvengrad y un señor me dijo por señas que siguiera su coche marca Yugo, hasta que se detuvo delante de una granja a la que accedimos por una pista de tierra. Por un tercio del precio de una habitación en Kustendorf alquilé un bungalow en el pueblo de abajo, a apenas dos kilómetros, a una pareja mayor con la que apenas podía entenderme. Después de varias pruebas e intentos, vimos que la única manera de comunicarnos era mi limitadísimo búlgaro y su serbocroata. La señora, que me insistió varias veces en que era maestra y que se licenció en Economía en Belgrado, achacaba nuestras dificultades de interlocución no a lo mal que yo hablaba sino a que su ruso estaba un poco oxidado y se disculpaba constantemente.

Aun así, y a pesar de lo tarde que era, no pararon de hablarme en un buen rato, sobre todo ella, pues él apenas intervenía para ofrecerme *rakia* y para preguntarme si me gustaba. Aproveché para conocer su opinión sobre la construcción de Kustendorf y, por lo que entendí de su respuesta, su opinión estaba íntegramente condicionada por el impacto que pensaron que tendría en términos de turistas y la insatisfacción de sus expectativas más optimistas. «Pensamos que vendrían muchos visitantes de Belgrado y de otros países, que alquilaríamos el bungalow y les venderíamos productos de la huerta, pero los coches pasan de largo y todo tiene lugar allí arriba. A Drvengrad solo bajan a ver la estación de tren y casi nadie entra al pueblo. Pagan precios más altos por las comidas y por el café. ¿Me entiendes? Perdona mi ruso, es que hace mucho que no lo practico», me insistió ella, como si yo estuviera en condiciones de distinguir un ruso académico de uno oxidado por los años y por la bruma de las montañas de Mokra Gora.

La mañana del último día de mi viaje comenzó con un desayuno en el que el matrimonio parecía darse relevos a la hora de ofrecerme comida: una especie de torta frita, similar a la masa de los churros, que, me indicaron con gestos, debía untar con queso fresco y con una mermelada casera de moras; café con leche; un melocotón diminuto pero muy dulce y un salchichón reseco que el señor a duras penas podía cortar con su navaja.

Cuando finalmente pude zafarme de tan obsequiosos anfitriones, me monté en el coche y tronó por la radio la canción «Kalashnikov», de Goran Bregovic. Este profesor de Filosofía era precisamente quien componía la música para las películas de Kusturica, hasta que la política hizo que se distanciaran, y Kusturica empezó a componerla él mismo y a tocarla con su No Smoking Orchestra.

Introduje en el navegador del coche la dirección de mi casa en Sofía como última etapa y objetivo final del viaje, y me asomé de ver aparecer en el mapa la localidad de Srebrenica, a unos exactos setenta y siete kilómetros. Pensé en el libro que me regaló Muhamed Mesic, y en el horror de la matanza que allí tuvo lugar, relatada con suma crudeza en la serie documental de la BBC *The Death of Yugoslavia*. Las atrocidades que se llegaron a cometer no habrían sido posibles sin el paso previo de demonizar y privar de toda virtud al hasta entonces vecino, para convertirlo en mero enemigo, como resultado de intensas campañas de victimización y de propaganda. Uno de los mejores análisis de este caldo de cultivo, donde el nacionalismo no es más que un instrumento para apuntalar sistemas autoritarios y corruptos, es *Bosnia en el limbo: testimonios desde el río Drina*[57]. Su autor, Borja Lasheras, aporta además impresiones de primera mano tan punzantes como la reapertura de fosas comunes en Foca, localidad serbobosnia setenta kilómetros al sureste de Visegrad.

La deshumanización del otro es el canario en la mina que alerta de las barbaridades que vendrán. Solo mediando ese proceso mental puede una persona volver su arma contra el cartero, contra el panadero o contra la maestra del pueblo y pensar que está haciendo lo correcto. La propaganda con la que fueron bombardeados todos los pueblos yugoslavos antes de la guerra tuvo en común que minimizaban o ridiculizaban aquello que les unía, exacerbaba las diferencias, ensalzando lógicamente lo propio y caricaturizando lo ajeno. El victimismo instigado por los medios de comunicación situaba en el mismo plano, por ejemplo, una reyerta en la que hubiera resultado agredido uno de los «propios» con acontecimientos de hace uno o varios siglos, haciendo que parecieran una secuencia lógica, una cadena de agravios que justificara una reacción.

Con este cúmulo de sensaciones fui cubriendo los últimos kilómetros de vuelta a casa, deseando dejar el coche aparcado y poner así fin a un viaje que

llevaba mucho tiempo preparando pero que, por la intensidad con la que lo viví, me dejó exhausto. Fue un viaje muy diferente a las demás veces que había visitado Serbia, pues siempre me había limitado a hacer visitas lúdicas a Belgrado. La capital es una ciudad cosmopolita, dinámica y moderna, donde los únicos recuerdos visibles de la guerra son los del edificio del ejército y de la televisión pública bombardeados por la OTAN, cuyas ruinas ha dejado intactas el Gobierno, quizá como recordatorio de los daños sufridos, no de los infligidos. En el resto de Belgrado, el pasado de la guerra ni se ve ni se huele ni se siente. Aparte de muy bonita, es una ciudad culta y vibrante. Poca gente ha sido capaz de transmitir mejor que Miguel Roán el poder de seducción de Belgrado, aunque sus habitantes casi interpreten como una provocación que el extranjero les diga lo bien que se vive allí[58].

La casualidad hizo que a mi regreso al trabajo, una de mis primeras tareas fuera precisamente participar en un seminario sobre las perspectivas de integración en la Unión Europea de los distintos países candidatos de los Balcanes. Un catedrático serbio con un sentido del humor excepcional explicó la situación con un par de bromas provocadoras mucho mejor de lo que hicieron en varias horas todos los ponentes que le precedieron: «Ahora que la Unión Europea teme la influencia en los Balcanes de terceros estados, como Rusia o Turquía, quiere promover nuestra adhesión. Nosotros os lo agradecemos, aunque habríamos preferido que fuera porque nos consideráis un país europeo como los demás. No sé ni el año ni el mes ni el día en que Serbia entrará en la Unión Europea, pero sí sé que será a las 23.59 del fin del plazo. En mi país se dice que Serbia entrará en la Unión Europea bajo presidencia albanesa —como forma de decir jamás—, aunque, según tengo entendido, ellos cuentan el mismo chiste al revés. Y es que ya se sabe, en los Balcanes terminó la Segunda Guerra Mundial pero aún no la Primera».

En el momento de redacción de este capítulo se están intensificando las negociaciones entre Serbia y el territorio de Kosovo para reconocerse mutuamente y para «corregir sus fronteras», eufemismo tras el que se esconde un intercambio de territorios: que pase a manos serbias una región kosovar al norte del río Ibar —básicamente, Mitrovica Norte y otros tres municipios poblados mayoritariamente por cristianos ortodoxos—, mientras que Serbia transferiría a Kosovo el valle meridional de Presevo, adyacente a Kosovo y de población albanesa. Aún no está claro que vaya a cuajar esta

negociación, que allanaría a Serbia el camino hacia la adhesión a la Unión Europea, mientras que ayudaría a Kosovo a ser reconocido por más países e ingresar en la ONU.

Pero tras la apariencia benéfica de cualquier acuerdo de paz, este entraña el riesgo de reabrir la caja de Pandora de las fronteras balcánicas. En el fondo, la fórmula es antiquísima y muy cara a esa región: hacer coincidir la frontera política con la del grupo étnico o religioso. Lo que generalmente se conseguía con limpieza étnica podría alcanzarse ahora con esta modernísima «corrección de fronteras». Y por mucho que se insistiera en que se trata de un caso único, a nadie se le escapa que sería utilizado como precedente para avalar una secesión de la República Srpska y quizá de una entidad croata de Bosnia y Herzegovina, que amenazaría también los inestables equilibrios entre eslavos y albaneses en la ARYM, y que hasta Rusia estaría interesada en poder justificar como «corrección de fronteras», entre otras, las invasiones de Crimea y el Donbás, en Ucrania.

La caja de los truenos que se abrió en Yugoslavia en 1991, cerrada solo a medias con los acuerdos de Dayton de 1995 y enfriada tras casi dos décadas de misiones de paz y políticas de vecindad de la Unión Europea, amenaza con volver a abrirse de par en par, mirarnos fijamente a los ojos y preguntarnos si hemos aprendido algo de la historia reciente y no tan reciente de los Balcanes.

Grecia no es un archipiélago

CADA año visitan Grecia el triple de turistas que su número de habitantes, aunque muchos de ellos, nada más aterrizar, cogen un barco en el Pireo y se marchan a una de sus cientos de islas paradisiacas. Los búlgaros en esto son una excepción, pues ni llegan por avión ni se marchan a una isla; suelen ir a la península calcídica, al este de Salónica, y lo hacen por carretera. Impregnado del espíritu de Cavafis, me dije a mí mismo que más valía que mi primer viaje a Grecia fuera «largo, lleno de aventuras, lleno de experiencias»[59], un poco machadiano, y me dispuse a hacerlo como los búlgaros, desde Bulgaria y en coche, afrontando con deportividad el atasco que se produjo en la frontera, del que no hay referencia en la poesía del griego. También como los búlgaros, puse rumbo a Calcídica, esos tres potentes brazos de tierra que rasgan el mar Egeo, y busqué guías de viajes centradas en esta región de la Macedonia Central griega. Di finalmente con un blog de título evocador, *Grecia no es un archipiélago*, que tomo prestado para este capítulo dedicado a los vecinos helenos de Bulgaria.

En cuanto llega el verano, los búlgaros, sobre todo los habitantes de Sofía, ponen rumbo al sur y se zambullen en las playas del mar Egeo, al que llaman mar Blanco, en oposición a su mar Negro, que dejan al casi entero disfrute de rusos y británicos. Ambas costas, están más o menos equidistantes de Sofía, pudiendo acceder por autopistas a las que apenas falta algún tramo por concluir, por lo que cabe preguntarse qué lleva a los sofiotas a preferir la costa griega frente a la búlgara. Las respuestas más frecuentes aluden a la transparencia y calidez de las aguas del Egeo, a la gastronomía y al mejor

servicio en la hostelería. Creo que además tiene que ver con la novedad histórica que supone cruzar tranquilamente la frontera y pasar unos días de relax en el país vecino, otrora enemigo.

Y es que, además de los enfrentamientos en las guerras balcánicas y mundiales de la primera mitad del siglo XX, ambos países vivieron de espaldas el uno del otro durante la Guerra Fría que marcó la segunda mitad. La propaganda empleada por ambos bloques geopolíticos sirvió al propósito de envilecer y deshumanizar al vecino, con el que había que rivalizar hasta en los temas más ridículos. Ya hemos hecho referencia antes a la importancia que le dan a que algo sea lo mayor de los Balcanes, ya se trate de la envergadura de su catedral, del palacio de congresos más extenso o del pico más alto.

En esta última disputa, la del pico más alto de los Balcanes, vence por poco el monte búlgaro Musala, con dos mil novecientos veinticinco metros, siete más que el —nunca mejor dicho— mítico Monte Olimpo, escenario central de la mitología griega. Lejos de asumir la inevitabilidad de la geomorfología, al parecer el Gobierno de la Junta de los Coroneles griegos hizo un vano llamamiento a que cada griego subiera al Olimpo con una piedra y la depositara en su cima, para evitar así que su monte sagrado fuera empequeñecido y humillado por un monte búlgaro. Para mayor recochineo, Musala significa montaña de Alá (Mus Allah), nombre que no apasiona a ningún lado de la frontera y que el Gobierno comunista búlgaro terminó empeorando en 1949 al denominarlo monte Stalin. En 1962, con la caída en desgracia de Stalin, el monte recuperó su original e islámico nombre.

En mi primer viaje a Salónica, nada más dejar la mochila en el hotel de Salónica, salí a dar un paseo por el frente marítimo, tomando como referencia la famosa Torre Blanca, y a cada paso fui descubriendo rincones marcados por contrastes entre los vestigios del periodo helenístico, elegantes edificios de finales del siglo XIX y principios del XX, iglesias bizantinas, alguna mezquita, alguna sinagoga, modestas casitas bajas y un café en cada esquina. Apenas había leído nada sobre la ciudad, por lo que casi todo me pillaba por sorpresa, generalmente agradable. Acabé cenando unos *mezze*, las tapas griegas, en el animadísimo barrio de Ladadika, lleno de tabernas. Pedí una ración de *marinated anchovies*, según ponía en el menú, por lo que esperaba encontrarme con un plato de anchoas en salazón, pero resultó ser un plato de

deliciosos boquerones en vinagre, con su perejil y todo, digno de cualquier tasca española.

La siguiente sorpresa, esta vez no tan agradable, fue que no iba a poder realizar mi (mal) planeada visita al monte Athos, el más oriental de los tres brazos que forman la península calcídica, y que mantiene desde hace más de mil años un régimen semiautónomo regido por clérigos ortodoxos. Sabía que era preciso un permiso emitido por la especie de «embajada» que sus autoridades mantienen en Salónica, y que este era concedido graciosamente, previo pago de unos treinta euros, según le diera la real gana a los popes. El criterio general seguido era el de autorizar la entrada de peregrinos cristianos, pero en ningún caso permitir el acceso a mujeres, que no han puesto un pie allí en mil años, lo que ha exigido hacer hasta una exención del régimen de libre tránsito de Schengen para acomodar esta flagrante discriminación.

Quería conocer este enclave natural de montañas y acantilados a los que se aferran veinte monasterios ortodoxos, dedicados en su mayoría a cada una de las Iglesias ortodoxas nacionales: griega, rusa, búlgara, serbia, rumana, etcétera. Sin embargo, desconocía que para conseguir el permiso no bastaba con acudir a la oficina, sino que tendría que haber contactado con ellos seis meses antes, y todo ello sin garantía alguna de que hubiese obtenido la autorización hasta el momento mismo de su expedición. Si tienes interés, pero planificas igual de mal que lo hice yo, existe un premio de consolación que no requiere permiso alguno y que consiste en rodear el monte Athos con un barquito, que se acerca a las costas de los monjes y permite ver las fachadas marítimas de sus monasterios.

La siguiente vez que regresé a Salónica, lo hice llevando bajo el brazo el libro *De París a Monastir*^[60] del periodista catalán Agustí Calvet, *Gaziel*, escrito en 1915, siendo aún un joven estudiante en París que enviaba a un diario barcelonés sus crónicas de la Primera Guerra Mundial. Cuando el Frente Occidental se enquistó en la fase de trincheras y el foco se desplazó a Europa oriental, *Gaziel* se trasladó también a Grecia para continuar su reporterismo de guerra. Pese a su juventud, adopta en el libro un tono pedante y carga de señor mayor, cuyos prejuicios clasistas se reflejan cuando va regando de epítetos como «provincianos», «*parvenus*» o «*demi-mondaines*» a cuantos personajes salen a su paso e incluso a los países balcánicos, a los que se refiere como países menores.

A la hora de describir a la importante comunidad judía sefardí de Salónica, no escatima clichés antisemitas — avaros, ocultistas, retorcidos... —, lo que, como le ocurre a Chaves Nogales[61], resulta en parte excusable por no haberse producido aún la tremenda salvajada que fue el Holocausto, que cambió para siempre la forma de referirse al pueblo judío.

Realiza Gaziél innumerables referencias a la Grecia clásica, pero casi parece importunarle que también allí llegue la modernidad, en forma de cines o tranvías, que sí admira en otros lugares, como si los griegos, por su noble pasado estuvieran condenados a vivir en él. De algún modo, da la impresión de que Gaziél no viera a los griegos de principios del siglo pasado a la altura de su historia y hasta celebra el expolio de sus tesoros: «¡Jamás hemos visto ruinas tan lamentables como las del Partenón (...)! Estas no son ruinas, sino ruinas de ruinas. Todo cuanto pudo salvarse a través de los años de barbarie y olvido se lo llevaron los ingleses a su British Museum».

En todo caso, sí me parecen certeros los análisis que Gaziél hace del conflicto, donde no oculta su simpatía por los aliados y su desprecio por las potencias centrales, así como de la encrucijada en la que se encontraba en ese momento Grecia con el enfrentamiento entre su primer ministro Venizelos y el rey Constantino. Pero quizá lo más valioso de su libro es una cierta elevación humanista, planteándose el absurdo de la guerra y el tremendo sufrimiento global, alejando el foco de las épicas nacionales e imperiales. Y nos deja esta preciosa descripción de su llegada a Salónica a bordo del vapor *Hellenía*, que tiene que hacerse a un lado para permitir el paso de una potente escuadra franco-británica de torpederos, acorazados y cruceros:

«A la derecha se alza, negra y abrupta sobre la claridad de las aguas, la mole de la península Calcídica, extendiendo mar adentro sus tres brazos rocosos, como un pulpo gigantesco agarrado a la tierra y escudriñando con largos tentáculos la inmensidad desierta (...). [A la izquierda] los macizos gemelos de los montes de Osa y Pelión, grises, rudos, como en los tiempos en que los Titanes los arrancaron de cuajo y pusieron uno sobre otro para escalar el Olimpo. Hacia el fondo del golfo, las aguas blanquean salpicadas de espuma, tumultuosas, resonantes, acrecentadas por el Vardar, el río nacional serbio, que después de retorcerse entre las anfractuosidades de las sierras macedónicas, se disuelve con majestuosa holgura en la serenidad del mar griego. Y del lado de poniente, levantándose por encima de todo el panorama,

se yergue la cumbre augusta del Olimpo, cubierta de nieves eternas y coronada de nubes, como en los días en que Zeus las amontonaba para esconder a los ojos de los mortales el alcázar divino...».

Con esa descripción, quién no querría estar entrando en ese momento en el golfo de Salónica. El retrato que realiza Gaziél de este tramo de costa y de los montes que se yerguen a su espalda resulta, además, el único que sigue vigente de cuantas imágenes aporta sobre la ciudad, en la medida que esta sufrió una radical transformación en las décadas posteriores. Más allá de los cambios que el progreso del siglo XX introdujo en todas las urbes europeas, la verdadera mutación de Salónica fue la composición de sus habitantes. Salónica tenía ese carácter mestizo de Babel étnico y de puerto comercial bullicioso, pero lo ha ido perdiendo. En el verano de 1915 Gaziél se cruzó por sus calles, además de con militares británicos y franceses, con los habitantes de una Salónica donde los griegos eran minoría. Más de la mitad eran judíos sefardíes y hablaban ladino; había un número muy importante de turcos —el propio Kemal Atatürk nació allí y aún puede visitarse su museo casa natal, contiguo al consulado turco—; y existía, junto a otras comunidades más reducidas, un gran número de eslavos búlgaros y macedonios, que se refieren a Salónica como Solún.

Ese *melting pot* salonicense se vio totalmente alterado como consecuencia de las dos guerras mundiales. La primera gran transformación vino en 1923 de la mano del Tratado de Paz de Lausana, mediante el cual griegos y turcos decidieron, entre otras cosas, un intercambio masivo de población: más de un millón y medio de griegos de Anatolia abandonó territorio turco y se estableció en Grecia —muchos de ellos en Salónica—, mientras que unos seiscientos setenta mil turcos de Tracia Occidental hubieron de dejar Grecia y asentarse dentro de las nuevas fronteras de la república turca. Se exceptuó de este intercambio a los casi doscientos mil griegos residentes en Estambul, su querida Constantinopla.

En la lógica de esos tiempos se consideraba razonable suscribir un acuerdo entre caballeros en un elegante salón suizo, rodeado de representantes de las potencias europeas, que ordenaba el traslado masivo de millones de personas. En los casi cien años transcurridos desde el citado acuerdo ha habido muchos otros casos lamentables de desplazamientos forzosos y limpieza étnica, incluidos en los castigados Balcanes, pero al

menos no se refrendaron en un tratado que lo estableciera negro sobre blanco. Cuestión de formas.

De alguna manera, griegos y turcos creyeron optar por el mal menor, cohesionando a una población más homogénea dentro de sus fronteras y expulsando a la que consideraban una amenaza, pese a que ellos o sus ascendientes llevaran viviendo siglos en la zona. Al mismo tiempo, las dos naciones renunciaban a un sueño imperial que se les escurría como arena entre los dedos: la joven república de Turquía perdía la casi totalidad de los dominios europeos del Imperio otomano; y Grecia veía esfumarse su ansiado *megali*[62], la Gran Idea, el sueño de recrear un Imperio griego bizantino que incluyera no solo Grecia y Constantinopla, sino también gran parte de Anatolia.

Tras la salida masiva de turcos de Salónica y la llegada igualmente en tromba de griegos de tierras turcas, la siguiente gran conmoción que alteró por completo la composición étnica de la ciudad se produjo con la Segunda Guerra Mundial. La ocupación de Salónica por los nazis se produjo el 9 de abril de 1941 y ya en julio de ese año se habían adoptado varias leyes antisemitas, prohibiendo entrar a los judíos a los cafés, lugares de ocio, etcétera. Pero no fue hasta marzo de 1943 cuando se puso en marcha la «solución final». Con brutal eficacia y rapidez, fueron deportados en trenes a Auschwitz-Birkenau cuarenta y seis mil noventa y un judíos salonicenses. Solo mil novecientos cincuenta, es decir, el 4 por ciento, regresó con vida. Aunque los descendientes de estos supervivientes de Salónica muestran hoy con orgullo sus dos sinagogas y un museo sobre el Holocausto, la ciudad nada tiene que ver con la que descubrió Gazieli, donde en cada callecita se escuchaba hablar o cantar en su particular español trufado de expresiones turcas.

Termino mis notas sobre Grecia con un par de apuntes sobre Atenas, aunque le ahorraré al lector las más evidentes sobre la espectacularidad del Acrópolis, frente al que, por cierto, se encuentra la embajada de España. Gazieli destacó de su paso por Atenas precisamente esta referencia al entonces embajador: «Entre estas gentes amables descuella el señor Conde de Velle, que representa a España con una esplendidez benemérita, gastando en un solo mes el escaso emolumento que del Estado percibe y viviendo, los once restantes, de su propio peculio».

Del mío, yo retengo dos escenas muy auténticas. La primera es la del grupo de una decena de cincuentones, casi todos con barba y con panza, que ocupaban la mesa de al lado en el restaurante Athinaikon, un sitio estupendo fundado en 1932, buenísimo y barato, al que me metí por casualidad, en parte animado al ver desde fuera a este grupo que no tenía pinta de elegir mal los lugares donde cenar. Cuando me pidieron que les hiciera una foto, les pregunté qué celebraban, y me contaron que eran un grupo de cantantes de estilo bizantino, que se reunían una vez al mes para hacer sus polifonías y después pegarse un festín. Terminada la cena, y envalentonados por el *ouzo*, empezaron a cantar, entre las miradas de indiferencia del camarero. Y esa misma noche, al regresar del hotel, fui testigo de un accidente de tráfico, sin víctimas, pero que dejó un coche destrozado. Me llamó la atención el conductor del Seat Ibiza tuneado y con las lunas tintadas, un joven con aspecto de macarrilla, que después de haber arrancado de cuajo un bolardo, empezó a santiguarse sin parar, no sé si agradeciendo estar ileso o si pidiendo alguna indulgencia. La escena del joven rezando y con la música tecno saliendo aún a todo volumen del interior de su coche me pareció un buen guiño a la curiosa combinación entre modernidad y tradición que se da en Grecia.

Chipre: los Balcanes con vistas a Oriente Medio

AUNQUE de un vistazo rápido al mapa uno pueda sacar la conclusión de que Chipre está demasiado lejos de los Balcanes como para pertenecer a esa familia, a mí me parece un miembro más del clan, quizá un primo que se fue a estudiar al extranjero, pero que nunca quiso, ni le dejaron, cortar el cordón umbilical con el hogar común. Pese a que tiene características propias, comparte muchos de los rasgos que marcan la cultura y el día a día balcánico, desde su gastronomía a su música, pasando por la convivencia y conflicto entre cristianos ortodoxos y turcos musulmanes, que representa el principal eje de confrontación en los Balcanes.

En abril de 2018 realicé un viaje a Chipre, lugar al que llevaba mucho tiempo deseando ir, en parte espoleado por mi buen amigo Andreas Hadjitemistos, diplomático chipriota casado con una española, al que conocí durante nuestro destino común en Australia. El último empujoncito que necesitaba para decidirme fue comprobar que desde Sofía, donde apenas me quedaban ya unos meses destinado, había un vuelo de bajo coste, mucho más corto y barato que si hubiese querido hacer ese viaje desde Madrid.

Antes de encontrarme con Andreas en Nicosia, me pasé unos días recorriendo algunos de los lugares más interesantes de la isla, donde dos elementos me parecieron omnipresentes: la Iglesia y la cerveza Keo, que a su vez pertenece a aquella, por lo que en el fondo es la Iglesia la que realmente domina. La Keo es una lager muy clarita y ligera que los chipriotas toman a

todas horas, a menudo en vasos pequeños como los que usamos en España para las cañas. En 2010 apareció una botella de esta cerveza en el fondo de una escena de una película porno estadounidense, lo que motivó una airada protesta de la Iglesia chipriota, y así es como la mayoría de la gente se enteró de quiénes eran sus propietarios.

Tal es la importancia de la Iglesia grecochipriota que el primer presidente del país después de su descolonización de los británicos fue el arzobispo Makarios. Hay multitud de capillas y monasterios, donde ondea siempre la bandera de Grecia, en clara alusión a la Enosis, movimiento panhelenista que propugnaba la unión de todos los pueblos griegos, luchando simultáneamente contra turcos y británicos. Merece la pena visitar el monasterio de San Jorge y el de Kykkos. El primero está muy cerca de la base militar británica de Episkopi, en lo alto de una colina desde donde hay una vista de trescientos sesenta grados, incluido el mar. Aunque la arquitectura del monasterio tiene un aspecto bastante moderno, los oficios religiosos, con los monjes barbudos cantando, te sumergen en un ámbito ancestral, casi inmemorial, a lo que también contribuye la arcaica prohibición de entrada a las mujeres.

El segundo, el monasterio de Kykkos, es el alma de la Iglesia grecochipriota y, por extensión, también del país. En su museo se exhibe con orgullo un montón de reliquias de santos —manos, fémures, cráneos...—, códices y tesoros eclesiásticos que muchas veces estuvieron ocultos en casas particulares durante los siglos de ocupación otomana. Para llegar al monasterio, hay que seguir una empinada carretera que atraviesa varios pueblecitos de montaña y que bordea todo el macizo de Troodos, casi el único lugar verde del país. En esas colinas aterrazadas, a más de mil cuatrocientos metros, se cultiva la uva xynisteri, una variedad local que da unos blancos secos bastante buenos. El camino no para de bifurcarse, por lo que uno siempre duda si va en la buena dirección, pero ahí ayuda seguir la caravana de coches con matrículas rojas, el color que delata a los de alquiler empleados por los turistas. Como la carretera va muy pegada en ocasiones a la frontera con la parte turca de la isla, las emisoras de la radio no paran de cambiarse, alternando asimismo el idioma. Lamentablemente, también se me conectó automáticamente el teléfono, que iba utilizando como navegador, a la compañía de la parte turcochipriota, donde no se aplica el *roaming* gratis de la Unión Europea, por lo que al mes siguiente me llegó una abultada factura

por uso de datos de internet.

Como en muchos otros sitios del Mediterráneo, los turistas —mayoría de británicos y rusos— viajan a Chipre con el único propósito de ir a unas playas, que, dicho sea de paso, no me parecieron gran cosa. Los *resorts* más masificados están en Larnaka, junto al aeropuerto, en Limassol y, en menor medida, en Pafos, ya en el extremo occidental de la isla.

De Larnaka, aparte de una playa agradable, mi mejor recuerdo fue que en una terraza de su paseo marítimo vi al Real Madrid meterle 0-3 a la Juventus, con gol de chilena de Ronaldo, mientras cenaba unas berenjenas asadas con tomate y unos riquísimos *seftalia*, una especie de albóndigas alargadas a la plancha.

De mi paso por Pafos retengo su preciosa fortaleza frente al mar, un castillo genovés mil veces construido y destruido por otomanos, venecianos y británicos. El pueblo original de Pafos se encuentra algunos kilómetros tierra adentro y vive un poco de espaldas a los desarrollos turísticos de la costa, por lo que casi no se ven extranjeros y los comercios tienen un aire más personal. Me llamó la atención la limpieza extrema de sus calles, pavimentadas en un mármol reluciente y con un mobiliario urbano de último modelo. En general, encuentro ridículos los edificios modernos que imitan el estilo clásico, pero resultan especialmente chocantes en lugares como Pafos, vecinos de riquísimos vestigios griegos y romanos originales. A apenas veinte kilómetros, atravesando la base militar británica de Episkopi, se encuentran los restos de Kurion, la ciudad griega, luego ampliada y embellecida por los romanos en tiempos de Adriano. Domina una colina frente al mar y de ella se conservan templos como el santuario de Apolo, un teatro y hasta un estadio donde celebraban carreras de cuadrigas.

La visita de este sitio arqueológico, con tanto subir y bajar colinas bajo el sol abrasador, debe culminarse bajando a la playa de Kurion. Es aún casi virgen, sin construir, y el público se divide entre el tercio aproximado que intenta domeñar la potencia del viento y las olas con su kitesurf, y los dos tercios restantes que se afanan con los platos de mejillones y calamares que sirven en cuatro o cinco chiringuitos.

En el punto de esa costa donde rompen las olas con más violencia es, según la mitología clásica, donde nació Afrodita entre una densa espuma plateada. Y en lo alto de esos acantilados se encuentran unas bonitas

construcciones encaladas en blanco y con la hierba perfectamente cortada, que parecen mansiones victorianas, pero que son en realidad barracones militares. Se trata de espacio soberano británico, por lo que en ocasiones no tienen empacho en cortar la única carretera que la atraviesa, dejando aisladas las poblaciones que quedan a ambos lados, o a familias que han ido a pasar un día a la playa. Llama la atención que, tratándose de una base militar en una isla, no tenga puerto. Al parecer, el mayor interés reside en sus antenas y equipos de comunicaciones, que alcanzan hasta Oriente Medio, mientras que el componente naval se encuentra en la otra base que tiene el Reino Unido en la isla.

Limassol es probablemente el lugar que concentra más hoteles y turistas extranjeros. Cuando intentaba huir precisamente de ese mogollón, di con Governor's Beach, una pequeña playa cercana, concurrida casi exclusivamente por chipriotas. Había un restaurante sencillo, con media docena de mesas a la sombra de una parra, con manteles de cuadros de papel sujetos con piedras para evitar que se volaran con el viento. Cuando le pregunté al camarero si tenía mesa libre, se echó a reír: «¡La gente reserva para este día con dos meses de antelación!». Luego me explicó que ese domingo de Resurrección, según nuestro calendario, era para los ortodoxos domingo de Ramos y que los chipriotas lo celebran tradicionalmente reuniéndose con la familia a comer pescado.

De modo que, sin comer, me volví al coche y puse ya rumbo a Nicosia, que incluso tras la partición de la ciudad mantiene intacta su estructura amurallada, con un núcleo central circular. En el lado grecochipriota del cruce, un cartel te recuerda que estás en «la última capital dividida», como consecuencia de la ocupación turca. Una calle peatonal con dos sentidos conecta ambos márgenes de esta frontera no reconocida. Ya del otro lado, cambié algo de dinero —por cada euro me dieron casi cinco liras turcas—, el suficiente para tomar un minibús a la ciudad monumental de Kyrenia o Girne, su nombre en turco. Las infraestructuras son claramente peores de este lado y a medida que la carretera se iba acercando a la colina me resultó curioso ver cómo han pintado una enorme bandera de esta autodeclarada república, casi al modo del cartel de Hollywood, visible también desde el lado grecochipriota, para entre eso y los altavoces llamando a todo trapo a la oración islámica amargarles ya el primer café de la mañana.

Después de una hora de traqueteo, con numerosas paradas solicitadas informalmente por los viajeros al conductor, llegamos a Kyrenia, cuyo puerto fortificado resulta impresionante. Está construido con una roca caliza amarillenta que contrasta y espejea en las aguas turquesas, limpiísimas incluso dentro del atracadero. Los muelles están rodeados de casitas del mismo tipo de piedra, en cuyos bajos hay restaurantes que ofrecen una comida bastante mala y cerveza turca Efes. Y a mano derecha según se mira desde la costa se yergue un monumental castillo que, de nuevo, tuvo muchos dueños, por encontrarse en un verdadero punto neurálgico para las batallas libradas entre las distintas potencias mediterráneas, con guerras de moros y cristianos, y de estos entre sí, a las que había que sumar los frecuentes ataques de piratas y corsarios. El castillo tuvo un papel central para templarios y otros caballeros que participaron en las cruzadas, entre los que destaca al rey de Inglaterra Ricardo Corazón de León que, por cierto, pasó más tiempo en este castillo que en Inglaterra como rey, pues debió de considerar que la importancia de la tercera cruzada excedía con mucho la de la regencia. Tanto el paisaje como la arquitectura y la significación histórica de estos caballeros, mitad soldado, mitad monje, recuerdan mucho a La Valletta, administrada durante más de dos siglos por la Soberana Orden militar y hospitalaria de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta.

Viendo la tranquilidad y la belleza de Kyrenia en 2018 puede uno figurarse el remanso de paz que sería entre 1953 y 1956, cuando Lawrence Durrell estableció aquí su residencia y escribió *Bitter Lemons of Cyprus*[63]. El autor de *El Cuarteto de Alejandría* deleita en estas páginas, como siempre con su humor y con su erudición, sobre el mundo heleno, aunque bien es cierto que su contacto con la población local parece volver a limitarse a lo fortuito o al mero suministro de bienes y servicios para el autor. Durrell nos sumerge en ese Chipre previo a la división del país, donde ambas comunidades aún convivían con cierta armonía y el influjo británico era todavía más visible. En ese sentido, si el libro de Gaziel sirve ya de poco para entender la Salónica de hoy, otro tanto pasa respecto de Chipre con el libro *Bitter Lemons* de Durrell, lo que no resta nada de interés ni de disfrute a sus lecturas, pues a su buena prosa y sentido del humor se añaden análisis punzantes de lo que en ese momento era la realidad. Perduran como una magnífica e ingeniosa fotografía de dos realidades que ya no existen.

Al salir del castillo, subiendo la cuesta que me llevaba de regreso a la parada del minibús, un comerciante intentó venderme algo en turco y, viendo que no le entendía, me preguntó en inglés: «Are you from *the other side*?». Como viajero siempre me halaga que me tomen por un local, lo que con mi aspecto es más fácil, digamos, en Chipre que en Noruega o en China. Pero en este caso, me gustó además conocer esa suerte de código secreto intrachipriota, *other side*, el otro lado. Lo preguntó con naturalidad, con simpatía, pero también evitando palabras como «griego», supongo que proscritas.

De regreso a Nicosia, pero aún en la parte turca, visité la impresionante catedral gótica de Santa Sofía, del siglo XIII, convertida en mezquita de Selimiye en el siglo XV. Antes incluso de la catedral, hubo allí un iglesia bizantina. Impresiona bastante la combinación de una arquitectura que nos resulta tan familiar con encontrar su suelo cubierto de alfombras, con la ausencia de bancos para sentarse, la eliminación de todas las imágenes religiosas, y hasta el hecho mismo de recorrerla descalzo. Su conversión nada tuvo que ver con el hecho de que quedara en el lado ocupado de la ciudad, pues lleva casi seis siglos funcionando como mezquita, mezquita gótica.

Terminado mi periplo por *the other side*, volví a cruzar esa suerte de paso fronterizo y regresé a la Nicosia griega, cosmopolita y mucho más desarrollada. Pude finalmente cenar con mi amigo Andreas, que me llevó primero a un restaurante tradicional y luego a un bar en una zona de la ciudad que se veía en plena ebullición. «Antes la gente evitaba las dos manzanas más próximas a la valla, por lo que muchos locales y casas quedaron abandonados, pero ahora se está produciendo una gentrificación de esta zona y la están repoblando de hípsteres», me dijo Andreas. Así que rodeados de barbudos y tomando cervezas artesanas le conté mis impresiones sobre mi viaje. Llegado un momento mencioné «la parte turca», a lo que Andreas reaccionó, medio en broma medio en serio, con un punto de indignación: «¿¿Cómo que la parte turca?! ¿Qué pasa, que no os enseñan nada en la escuela diplomática?». Corregí inmediatamente, utilicé el término oficial de zona «ocupada» y aproveché para pedirle que me contara más sobre el origen del conflicto y, sobre todo, por las posibilidades de acuerdo de reunificación en la última ronda negociadora que estaba teniendo lugar en esos momentos.

—La primera partición comenzó el 30 de diciembre de 1963, cuando, tras

un acuerdo entre ambas comunidades, el general británico Young trazó la Línea Verde, que se llama así por el color del boli que empleó sobre el mapa de Nicosia. A continuación, el control de esa zona se puso en manos de la ONU. Pero luego el 20 de julio de 1974 se produjo una invasión turca, que entraron por Kyrenia, y en tres días ocuparon el 7 por ciento del territorio. Desde el 24 de julio hasta el 14 de agosto hubo una tregua, pero el 14 de agosto se produjo la segunda invasión, también de tres días, en la que ocuparon el resto del territorio, haciendo que la Línea Verde actual mida trescientos kilómetros de largo, y de anchura variable según los accidentes del terreno.

—¿O sea, que la guerra duró en total seis días, tres más tres?

—Bueno, según cómo lo cuentes. También se podría decir que tres semanas, porque esos catorce días de tregua tampoco fueron totalmente pacíficos.

—¿Y cuáles son los principales escollos para la reunificación?

—Sin duda, la devolución de las tierras, a lo que se suma ahora la gestión de los yacimientos de gas que se han encontrado en nuestras aguas.

—¿Turquía tiene embajada en la llamada República Turca del Norte de Chipre?

—Sí que tiene. Es una cosa muy extraña, pero seguro que lo entiendes, que tú vives en los Balcanes.

Me acompañó dando un paseo de vuelta hacia el hotel y paramos a tomar un helado, que él eligió de yogur griego. Cuando le dije que el yogur era búlgaro y que su bacteria era el *Lactobacillus bulgaricus*, me dijo riéndose: «Tú con el rollo balcánico estás todavía peor que nosotros».

Del otro lado del mar Negro a la tierra prometida

EN octubre de 2016 me surgió la posibilidad de participar en una misión de observación electoral de la OSCE (Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa) en Georgia y agarré la ocasión al vuelo, pues los comicios se presentaban muy reñidos y porque me interesaba buscar los puntos de conexión entre ambas riberas del mar Negro, entre Bulgaria y Georgia. Lo que ocurre es que hay temas que uno sigue y otros que dan la sensación de perseguirle a uno. Y este parece ser el caso de los sefardíes de los Balcanes, pues fue precisamente en Georgia donde conocí a Susanna Zaraysky, una de las mayores expertas mundiales en el idioma judeoespañol y autora de un documental sobre los ladino-hablantes de Sarajevo.

Comenzando por esos puntos de conexión entre ambas riberas del mar Negro, Batumi es una ciudad costera de Georgia que mira frente a frente a la búlgara de Burgas; una ve ponerse el sol por donde la otra lo ve salir. Las dos se zafaron del dominio otomano en la guerra ruso-turca de 1877-1878 y estrecharon sus lazos cada vez más con Moscú. Al principio del siglo siguiente, Georgia pasó a constituir una de las repúblicas socialistas soviéticas, mientras que en Bulgaria se planteó la opción pero fue desestimada. Y al final de esa misma centuria, las primeras protestas antisoviéticas, como señala Kaplan[64] en su ensayo ya mencionado, no se registraron en Europa central y oriental, sino en Georgia y otras repúblicas caucásicas, con el matiz de que mientras que en aquellas el anhelo era

fundamentalmente democrático, en estas era puramente nacionalista.

Un primer paseo por las calles de Tblisi, la capital de Georgia, permite encontrar algunos paralelismos con Bulgaria, tanto en la afirmación de su cristianismo ortodoxo frente a la cercana presencia de los turcos, en el tiempo y en el espacio, como en los descomunales bloques de pisos del extrarradio, herederos de la planificación socialista. Si en su momento definimos Bulgaria como la luna de la URSS, su más fiel satélite; Georgia sería parte de su centro neurálgico, nada menos que el lugar de nacimiento de Stalin. Las similitudes alcanzan también al paisaje, bañados por el mismo mar y alternándose en ambos países imponentes montañas nevadas con valles fértiles donde producir buenos vinos.

Para hacer nuestro trabajo de observación, se formaban equipos de cuatro personas, dos observadores internacionales, un traductor y un conductor locales. En el mío, la otra observadora era una sueca jubilada con decenas de misiones a sus espaldas, y tanto el chófer como la traductora eran dos georgianos jóvenes que me ayudaron mucho a entender el país. El conductor era Nikoloj, de profesión controlador aéreo, que se había planteado este cometido como una forma de aprender algo nuevo y de ganar un dinero extra, mientras nos llevaba a todos lados en su flamante todoterreno, del que hablaba casi con el mismo orgullo que de su hija pequeña. Tamar, la traductora, daba clases de inglés en una academia y era de origen ruso, algo que solo nos contó cuando ya tuvimos un poco de confianza. Nos ayudaron mucho más allá de lo que les correspondía a entender cosas que, a simple vista, parecían exactamente lo contrario de lo que eran.

Las elecciones se las disputaban dos partidos, el gubernamental Sueño Georgiano y el opositor Movimiento Nacional Unido (MNU), cuyos líderes reales no eran los que figuraban en los carteles que empapelaban las principales calles de la ciudad, como la avenida George W. Bush. El primero tenía a un jefe de Gobierno que en el fondo rendía cuentas a su predecesor, un multimillonario llamado Ivanishvili que vivía en una espectacular y misteriosa mansión con helipuerto construida en lo alto del monte. Desde allí, «el hombre de la montaña», como lo llamaban los georgianos, podía divisar toda la ciudad, sirviendo en bandeja la metáfora de quien todo lo ve y todo lo controla. Gran parte de su fortuna, estimada en unos siete mil millones de dólares, estaba invertida en acciones de Gazprom, por lo que sus discursos

antirrusos siempre fueron tomados con cierto escepticismo. El líder nominal del partido opositor también tenía un jefe real en el ex primer ministro Saakashvili, cuya errática carrera política incluye entre sus hitos: declarar la guerra a Rusia, perderla, abandonar su país, obtener nacionalidad ucraniana por su rusofobia militante, ser nombrado gobernador de la ciudad ucraniana de Odesa, y resultar cesado y encarcelado a los pocos meses por las mismas autoridades que le habían concedido el pasaporte y su nombramiento.

La misión de la OSCE llegó a la conclusión de que, pese a alguna irregularidad sin impacto en el resultado, las elecciones fueron ganadas en buena lid por el partido gubernamental. A mitad del recuento, cuando en la sede del MNU fueron conscientes de la derrota que se les venía encima, alguien trasladó la orden a sus interventores de que debían denunciar cualquier irregularidad aparente, con el propósito de ensombrecer la victoria de Sueño Georgiano. La consecuencia fue que los recuentos se eternizaron toda la madrugada y que en el centro de compilación de votos que visité se liaron a puñetazos. Aún recuerdo a un pobre funcionario que intentaba abnegadamente introducir los resultados de mesas electorales en una tabla de Excel, mientras a su alrededor gritaban, hacían aspavientos y se lanzaban objetos los representantes de los partidos, al tiempo que nos miraban a los observadores diciendo: «¿Lo veis?», como si fuéramos árbitros de un partido de fútbol.

Terminadas las jornadas de observación, nos quedó un día para ver algo de la capital, cuya mañana empleé en visitar el Museo Nacional, donde hay una parte interesante dedicada a la ocupación soviética. De las salas destinadas a su historia más antigua y a mostrar sus tesoros nacionales, me sorprendió que los georgianos se refiriesen a su país como Reino de Iberia, aunque también, supongo que por aclarar, como Iberia caucásica, Iberia del Este o Iberia asiática.

A mediodía quedamos los del equipo y Nikoloj nos llevó a visitar el cercano monasterio de Jvari y el pueblo de Mshketa, tan bien preservados e integrados en el paisaje que parecen casi un decorado de película. Y finalmente fuimos a cenar a un lugar elegido por Nikoloj, donde tomamos platos típicos georgianos, como el *jachapuri* —especie de pan horneado con huevo u otros ingredientes— y *jimkalis* —similares a los *dumplings* chinos, aunque más grandes—. Pero sobre todo me encantó poder ver en persona la

tradición georgiana del *tamadá*, sobre la que algo había leído, pero que suponía ya parte del pasado. En la mesa de al lado, un señor de unos 60 años fue elegido *tamadá* para ese almuerzo, lo que significa que a él le correspondía hacer los brindis y otorgar los turnos de palabra. Ahora su cometido es el entretenimiento, pero antiguamente, en una cultura de importante tradición oral, la idea era que cada celebración familiar sirviera además para que parientes dispersos en distintos valles aprendieran cosas útiles de los demás, desde medicina tradicional, consejos sobre la cosecha o cómo herrar un caballo.

Prácticamente cuando mi viaje a Georgia terminaba conocí a Susanna Zaraysky, observadora electoral de nacionalidad estadounidense, pero de origen judío ruso. Ella realizó la observación en otra región del país, por lo que no tuvimos ocasión de hablar hasta el último día. No resulta fácil resumir el currículo de esta californiana de adopción, super-políglota, intérprete de varios instrumentos musicales, escritora y cineasta muy implicada en la vida política de su comunidad. Pero sin duda el elemento para mí más sorprendente fue descubrir que había aprendido ladino por su cuenta, pese a ser askenazí y no haber estado expuesta en ningún momento a este idioma antes.

Hablamos de los sefardíes de los Balcanes y de su documental *Saved by language*, centrado en la historia particular de Moris Albahari, un judío de Sarajevo y uno de los últimos cuatro ladino parlantes del país. En la cinta, Morís cuenta cómo, cuando contaba apenas 14 años, consiguió escapar del tren que le llevaba a un campo de exterminio horadando un agujero en el vagón de madera con un pequeño utensilio metálico. Una vez fuera, consiguió hacerse entender en judeoespañol con un coronel italiano, que le indicó en qué dirección debía correr para alcanzar el territorio controlado por los partisanos. Y aun antes de llegar, asistió al salto en paracaídas de cinco militares estadounidenses, que le apuntaron con sus armas en cuanto lo vieron. Solo le salvó su capacidad para expresarse en ladino y conversar con uno de ellos, que era hispano pero no había oído hablar en su vida de los sefardíes. Al final, consiguieron socorrerse los unos a los otros, Morís guiándoles hacia zona partisana y de ahí hacia el Adriático, donde les esperaban tropas aliadas; y los americanos protegiendo a Morís con sus armas en esta difícil travesía.

Meses después de conocer a Susanna proyectamos en el Instituto Cervantes de Sofía su documental, contando con las invitadas de lujo del Club del Ladino, el grupo de ancianas judías búlgaras que se reúnen para charlar en judeoespañol, y que también presentaron su documental *Ladino Ladies' Club*. Les resultó muy emocionante conocer la historia de Moris, su manera de escapar a una muerte segura, y se sintieron afortunadas de que aunque su club menguase cada año con el fallecimiento de alguna de ellas, este seguía teniendo bastante más vitalidad que los pobres cuatro hablantes de ladino que quedaban en Sarajevo.

Susanna me preguntó por la situación de la comunidad sefardí en Bulgaria, por su supervivencia al Holocausto y por el grado de preservación del ladino, esta lengua que más que un idioma funciona como el recuerdo de un idioma. Le conté lo que se ha explicado en otros capítulos, y que el grueso de los descendientes de aquella comunidad de cincuenta mil judíos búlgaros se encuentra ahora en Israel, donde hicieron allá en tres oleadas distintas, en los años veinte, en 1946 y en 1990. Pero según le contaba esto, me dije que quería descubrir por mí mismo qué había sido de ellos y hasta qué punto se seguían comportando como una comunidad, o si más bien habían pasado a identificarse con una colectividad mayor fruto de la fusión con otros sefardíes venidos de otras partes, y de estos con el resto de los israelíes.

Desde Sofía existen vuelos de bajo coste a Israel, lo que me pareció una experiencia única, en el sentido de que normalmente este tipo de vuelos te llevan de una ciudad a otra relativamente homogénea, como dos capitales europeas. En este caso, por poco dinero y tras un vuelo corto aterrizas en un lugar que parece no ya de otro continente, sino de otro planeta. En Tel Aviv puedes encontrar elementos familiares, de modernidad tecnológica y de hedonismo playero reconocibles de lugares como, por ejemplo, Barcelona; pero la excepcionalidad absoluta que supone Jerusalén, con esa cantidad de chiflados por metro cuadrado, cuesta creer que esté a solo dos horas y a cincuenta euros de Europa.

Llegué al aeropuerto Ben Gurión el 1 de junio de 2017 y, tras ser sometido al exhaustivo interrogatorio sobre mis planes de viaje, pasé los controles fronterizos para entrar al país. Pese a que la presencia de judíos búlgaros en algunos lugares de Israel es muy importante, no encontré nada escrito sobre ellos, por lo que mi aterrizaje allí fue preparado solo por tres

lecturas desternillantes, pero nada esclarecedoras sobre este asunto.

La primera fue *Pizzería Kamikaze*[65], del israelí Etgar Keret, donde consigue zafarse del marco conceptual del conflicto y chotearse de todo lo más sagrado, aunque con un evidente punto de amargura. Los otros dos libros ni siquiera están escritos por israelíes y solo tienen referencias tangenciales al país, aunque sí permiten comprender mejor al personaje del judío estadounidense, cuya caricatura muestra constantemente Woody Allen, atormentado por una combinación de factores que incluyen una madre metijosa, el pánico a defraudar, el sentimiento de culpa, el agobio por la religiosidad extrema de las comunidades en las que viven y su dificultad para conciliar sus deseos sexuales con esa religiosidad que les oprime. Uno de ellos es el clásico de Philip Roth *Complaint*[66] y el otro es el divertidísimo y autobiográfico *Foreskin's Lamente*[67], cuya edición en español descubrí en un viaje a Madrid con un título aún mejor que el original: mientras que la traducción literal sería *Lamentos de un prepucio*, lo llamaron *Lamentaciones de un prepucio*, introduciendo así una conexión con el sagrado Muro de las Lamentaciones que no tiene en inglés. La gran frustración de Shalom Ausländer, su autor, es que por más que intenta separarse de una religión que le da muchos más disgustos que confort, no consigue dejar de creer, pues «sabe que Dios existe y que además le va a castigar». Así vive Shalom en un constante desafío a los preceptos de la Torá, pero siempre esperando la inminente condena del que considera un dios vengativo.

Existe un lugar llamado Jaffa o Yafo, hoy prácticamente un barrio al sur de Tel Aviv, que destaca por su belleza y por la diversidad de su arquitectura. Se encuentra en una colina sobre el puerto y entre sus callejuelas hay sinagogas, una iglesia, una mezquita y una infinidad de cafés y pequeñas galerías de arte. Pues precisamente a este lugar hoy paradisiaco, que tiene un aire a Ibiza, es adonde fueron a parar la mayoría de los judíos búlgaros que emigraron a Israel. A día de hoy, cuando los carísimos precios del alojamiento los han expulsado y ya solo queda algún restaurante balcánico o pastelerías que venden *banistsas* —que allí llaman *burekas*—, se sigue conociendo a Jaffa como Little Bulgaria[68].

Hoy los israelíes de origen búlgaro se encuentran dispersos por todo el país, en parte debido a su rápida integración, y en parte opacados por comunidades mucho más numerosas, como la rusa o, recientemente, la

francesa. Las agencias inmobiliarias del centro de Tel Aviv tenían muchos de sus anuncios en francés, intentando seducir a un perfil de cliente de esta nacionalidad que está considerando dejar su país y trasladarse a Israel, convencido de que la suma de isla-mistas y de antisemitas autóctonos hace de Francia un terreno hostil para él. Se puede debatir hasta qué punto ese miedo está fundamentado o no, es incentivado o espontáneo, pero lo cierto es que la presencia de franceses en Tel Aviv era mucho mayor que la de ningún otro país europeo. Lo que quizá empezó como unas vacaciones, con un paseo por un centro de la ciudad plagado de edificios blancos de arquitectura Bauhaus, ese estilo alemán de los años veinte y treinta que los nazis prohibieron por considerarlo arte degenerado —y porque la mayoría de estos arquitectos eran judíos—, termina convirtiéndose para muchos en un paseo inmobiliario, fantaseando sobre cómo sería su vida en Israel.

En mi intento por identificar algunos núcleos donde los búlgaros dejaran huella, hice un alto en Zikhron Yaakov, o Zikhronia. Fue el primer asentamiento sionista, financiado por el barón Rothschild a finales del siglo XIX, que ofreció la posibilidad de trasladarse a sus recién adquiridas tierras a cientos de judíos rumanos, la mayoría de los cuales eran askenazís. Hoy esta colina, separada del mar por una franja estrecha de tierra cubierta de viñedos, tiene el aspecto de pueblo modélico, demasiado modélico, de los que uno ve en el sur de Estados Unidos o en la Sudáfrica blanca. Creo que en parte se debió a que llegué allí en pleno Sabbath, pero me chocó mucho la escena de las familias tranquilamente paseando por la calzada impoluta por la que no circulaba ni un coche, las niñas con el pelo trenzado y vestidos bordados, y las fachadas perfectamente encaladas y con flores en las macetas. El contraste era grande con Accra o Akko, donde la diversidad étnica y religiosa es mucho mayor y que con su fortaleza templaria y su malecón tiene aspecto de pueblo pirata; también era grande la diferencia con Haifa, unos quince kilómetros al norte, mucho más poblada, bastante más caótica y que presenta la peculiaridad de que su mayor templo religioso no es judío ni musulmán ni cristiano, sino de los bahai, comunidad que tiene allí su centro mundial, un templo enorme, que parece San Pedro del Vaticano en lo alto de un monte, y cuyos jardines aterrazados llegan casi hasta el puerto, a ambos lados de la avenida Ben Gurión.

No sé si fue sugestión mía, pero en Zikhron Yaakov sí me pareció intuir

elementos culturales balcánicos, quizá por influjo de los primeros colonos rumanos. Después de recorrer el pueblo dando un paseo, volví a la calle más bulliciosa y busqué una terraza donde tomar un café. Lo pedí con leche, a un camarero del que pensé que ya había superado claramente la edad de jubilarse. Me empezó a explicar, medio en hebreo medio en inglés, que no vendía productos lácteos pues no era kosher tenerlos en el mismo local en el que había carne, y que lo suyo era más restaurante que cafetería. Se debió de plantear de dónde tenía que ser yo para ignorar eso, así que me lo preguntó. Cuando le dije que español, pasó directamente a nuestro idioma y me dijo que él también. Luego corrigió: él, Fortunato, no tenía la nacionalidad española aunque algo había oído sobre la posibilidad de adquirirla, pero sus padres, ya difuntos, eran judíos madrileños. Era un caso raro, pues no estamos hablando de un descendiente de quienes fueron expulsados a finales del siglo XV, sino del hijo de dos personas nacidas en Madrid a principios del XX, y cuyo español, aunque con un acento extraño, era contemporáneo. Pensé que manda narices ir buscando búlgaros para terminar dando con un Fortunato madrileño.

Noble catalán nacido en Nápoles funda ciudad rusa en Ucrania

EN verano de 2016 aterrizó en Sofía mi amigo y compañero Víctor, procedente de Georgia, donde estaba destinado entonces. Nuestra idea era coger mi coche en Bulgaria y emprender un viaje por carretera de ida y vuelta hasta Ucrania. Ayudaba en nuestra organización que él había estado destinado en Kiev los tres años anteriores y habla, por eso, un ruso fluido. Compensábamos así en parte un plan de viaje tan poco preparado que se reducía a dos ideas binarias, lo que sí y lo que no. El sí, el verdadero propósito del viaje, era Odesa, la perla del mar Negro y del acorazado Potemkin. El gran no, subrayado en rojo, era atravesar Transnistria, la franja de terreno moldavo ocupado por Rusia que se autodeclaró República Moldava de Pridnestrovia. No es que tuviéramos nada contra los transnistrios, es más sentíamos una enorme curiosidad por cómo sería su vida en tan peculiar enclave, pero queríamos evitar a toda costa que nuestro paso pudiera suponernos algún problema, debido a la natural sensibilidad que suscita en España todo lo relacionado con el reconocimiento internacional a la estatalidad de este tipo de territorios.

Esta cuña de terreno, ubicada entre Ucrania y la tradicional Besarabia, constituyó durante varios siglos la frontera suroccidental del Imperio ruso y, desde entonces, fue pasando de mano en mano entre Ucrania y Moldavia. En

la Segunda Guerra Mundial fue objeto de un pogromo terrible que se cobró la vida de cien mil judíos, y durante la dominación de la URSS se convirtió en el polo de la industria militar y energética de la República Socialista Soviética de Moldavia. Con la disolución de la URSS, Moldavia obtuvo la independencia y declaró el rumano idioma oficial, lo que llevó a los transnistrios —la mayoría eslavos rusos o ucranianos— a proclamar la independencia de su república. Con ello no solo preservaban el idioma oficial ruso, sino que mantuvieron en su roja bandera la hoz y el martillo, desterrados ya en la nueva Rusia possoviética, como si se encontraran aún en fase de negación del cataclismo político que acababa de producirse. Tras un breve conflicto en 1992 que se cobró mil quinientas vidas, formaron un país que no reconoció nadie y establecieron su capital en Tiráspol, donde las dos únicas embajadas extranjeras presentes son las de Abjasia y Osetia del Sur, otros dos estados fantasma surgidos de conflictos congelados promovidos por Rusia.

Con esas dos simplonas ideas en la cabeza, llegar a Odesa y evitar Transnistria, atravesamos Rumania y llegamos hasta la capital moldava, que se llama Chisináu o Kishinev según emplees el rumano o el ruso, los dos idiomas mayoritarios del país. Dimos una vuelta por el centro y almorzamos en un restaurante que recomendaba una guía, sin quedar impresionados por lo uno ni por lo otro, y reemprendimos el camino.

Pasamos por varios pueblos paupérrimos donde se alternaba maquinaria agrícola oxidada con bloques de viviendas destartadas y por los que apenas se veía ni un alma. Viendo la despoblación brutal que han sufrido estas zonas como consecuencia de la emigración masiva, recordé la conversación que mantuvo mi amigo Manuel con un colega moldavo, ambos abogados residentes en Londres. Mientras que los ciudadanos comunitarios tienen su título de Derecho reconocido, pero deben hacer un examen de habilitación para colegiarse en el Reino Unido, a profesionales como el moldavo, que ya había ejercido en un despacho de su país, les hacían estudiar otra vez la carrera prácticamente de cero. Cuando Manuel le preguntó si valía la pena tragar con esa humillación, su compañero moldavo contestó lacónicamente: «Manuel, tú no has visto mi pueblo».

Llegados a un cruce, el cartel marcaba Tiráspol hacia la derecha y un lugar llamado Hincesti si seguíamos recto. Concienciados de nuestro deber de

evitar Transnistria, optamos por la segunda opción, de nombre tan poco sugerente. En algún momento, el GPS o el cansancio nos debieron de jugar una mala pasada, porque íbamos aún bromeando sobre un pueblo imaginario llamado *Incesto* cuando de repente nos vimos flanqueados por dos tanques, uno a cada lado de la calzada, con banderas rusas pintadas en su carrocería. Nos encontrábamos aún en la margen occidental del río Dniéster, es decir, que no podíamos estar literalmente «tras Dniéster», pero entendimos sin necesidad de hablarnos que era demasiado tarde para disquisiciones etimológicas y, sobre todo, para dar media vuelta con el coche. Cruzamos el río por un puente, sin dirigirnos palabra y casi conteniendo la respiración. Del otro lado nos esperaba otro blindado con bandera rusa y un puesto fronterizo en el que la gente bajaba de autobuses destartados y mostraba documentos al personal uniformado, bajo un arco con el emblema de la hoz y el martillo.

En cuanto vio el coche, el aduanero pidió que nos saliéramos de la fila y lo acercáramos al lado de la garita, pasando por la derecha a varias tartanas con matrículas moldavas o de Transnistria. En los pocos segundos que tardó en salir de ella una joven militar, cuyo uniforme incluía una minifalda verde y unos tacones de vértigo, nos dio tiempo a guardar nuestros pasaportes diplomáticos y sacar los ordinarios, que fueron los que presentamos en la frontera. Víctor fue contestando en ruso a todas sus preguntas, lo que al principio nos dio un aire más sospechoso a sus ojos. Conseguimos expresar que se trataba de un malentendido, que nos habíamos equivocado de desvío y que, puesto que no habíamos llegado a traspasar la barrera de entrada a su pseudopaís, estábamos dispuestos a dar media vuelta. En el más puro estilo de la Guerra Fría, nadie parecía dispuesto a tomar una decisión y cada uno requería el criterio de su superior, que a su vez consultaba al suyo. Al cabo de hora y media nos dieron una especie de visado válido para unas horas en un papelito suelto que ni siquiera iba pegado al pasaporte, y nos rogaron que siguiéramos recto, sin hacer paradas, hasta alcanzar territorio ucraniano.

La carretera era recta como una vela y, aunque teníamos que avanzar muy lento por lo bacheada que estaba, adelantamos a algún tractor y a un par de Ladas. Apenas se recortaba alguna casa en un paisaje monótono de reluciente cielo azul y campos dorados de trigo. Junto a uno de los pocos cruces de caminos que pasamos vimos una marquesina de hormigón, en cuyo banco estaban sentadas cuatro jóvenes comiendo pipas que, de haber nacido en

cualquier otro lugar del planeta, podrían estar desfilando sobre una pasarela.

Si el cruce de la *frontera* entre Moldavia y Transnistria fue tenso, peor aún resultó el ingreso en territorio ucraniano desde un enclave de facto controlado por Rusia, en un momento en el que ambas lidiaban las fases más cruentas del conflicto del Donbás. Llegados al puesto fronterizo con Ucrania, no encontramos ningún otro vehículo que se dispusiera a cruzar, como ocurría en el anterior, lleno de transnistrios que trabajaban al otro lado del río. Aquí, en una garita aislada pero bastante fortificada, nos esperaba una militar morena con botas, traje de campaña, *walkie talkie* en mano y fusil de asalto colgado en bandolera. Se mostró sorprendida por nuestra llegada pero conseguimos entrar en territorio ucraniano por las explicaciones que supo darle Víctor y por su experiencia previa en el país.

La carretera ucraniana por la que accedimos al país resultó estar en peor estado aún que las moldavas, quizá porque no existe mucho deseo de fomentar el cruce por ese puesto fronterizo. Apenas recorridos unos kilómetros, pasamos un bache un poco más rápido de lo debido y la dirección del coche quedó afectada. Viendo las nulas opciones de que nos lo arreglaran por allí o de que viniera una grúa, decidimos continuar la marcha así, con el volante un poco torcido y pisando huevos, los cuatrocientos kilómetros que nos faltaban hasta Kiev.

Ya en Kiev, Víctor recuperó el contacto de un señor, Igor, que le había ayudado mucho en su periodo destinado allí, haciéndole casi de *fixer*, desde pequeñas reparaciones en casa a trámites burocráticos que resultan complejísimo si no eres autóctono. Igor, al que yo me empeñaba en llamar Yuri, era de los que en la antigua URSS denominaban *afgantsi*, los afganos, no porque sean de ese país, sino porque lucharon en él entre 1979 y 1986. Pese a su dentadura despoblada y a las canas propias de su edad avanzada, cercana a la corta esperanza de vida del país, Igor seguía manteniendo el porte imponente que le daban sus casi dos metros de estatura y sus espaldas anchísimas. Vestía una camisa de manga corta de la que se había abrochado solo tres botones no consecutivos, unos pantalones grises y unas chanclas de piscina.

De esa guisa nos acompañó al taller oficial de BMW de Kiev, que más que un garaje parecían las oficinas de un banco de inversión, de puro aséptico, luminoso y tecnificado que era. Ni rastro de grasa, ni ruido de

herramientas golpeando chapa; solo señores en despachos tecleando con sus uñas cuidadas ante pantallas de ordenador. Los clientes con los que compartimos sala de espera, con trajes entallados y zapatos puntiagudos, consultaban sus *smartphones* mientras bebían café cortesía del concesionario o charlaban con sus novias despampanantes. No hacía falta ser un visionario para intuir la clavada que querrían meternos incluso por cambiar una pieza menor. Solo nos salvó la presencia de Igor, que había permanecido en silencio todo ese tiempo. Cuando nos presentaron el presupuesto abultadísimo, que implicaba cambiar varias piezas innecesariamente, Igor dio un palmetazo con su manaza sobre el papel y, en lo que a mí me pareció un gruñido ininteligible, le debió de decir que solo había que reemplazar una piececita. Medio intimidado, el empleado reconoció que, efectivamente, con cambiar eso podría valer, y en unos minutos estábamos ya fuera del taller, en el restaurante de al lado, con el coche reparado y celebrando con Igor nuestra victoria.

Solventados ya los problemas logísticos con la ayuda de Igor, al que yo seguía llamando Yuri, pude por fin dedicarme a recorrer la capital ucraniana, que recuerda en muchas cosas a Moscú y en otras a San Petersburgo. Por sus palacios y catedrales, pintados de vivos colores y con cúpulas doradas, se asemeja más a la antigua capital zarista, mientras que sus anchas avenidas y profundas líneas de metro evocan a la actual capital rusa. Elegimos un hotel en el Podol, el antiguo barrio judío del que señalaba Chaves Nogales que, durante la Revolución rusa y posterior guerra civil, se convirtió en la primera zona de pillaje, y que esto ocurría cada vez que volvía a cambiar de manos la ciudad entre los rusos blancos del ejército zarista, los bolcheviques y los nacionalistas ucranianos. Desprovisto de toda corrección política, por no haberse producido aún el pecado original del Holocausto, Chaves Nogales se permitió bromear con estereotipos antisemitas, afirmando que a la enésima vez que los rusos blancos saquearon el Podol «hasta los judíos se defendieron».

Tras un día entero subiendo y bajando las calles empinadas de sus colinas y andando junto al río Dniéper, me pareció buen plan unirme a una cena con unos conocidos de Víctor. Eran en su mayoría españoles y todos estaban saliendo con una ucraniana. Lo que me sorprendió fue que se esforzaban inútilmente por minimizar la «ucranianidad» de sus parejas, destacando

rasgos irrelevantes como que una tuviera un bisabuelo alemán, que la otra fuera judía askenazí, que la de más allá descendiera de rusos blancos o hasta que la de más acá trabajara para la OSCE, como si hubiera algo censurable en reconocer la nacionalidad de sus novias. Varias veces la conversación volvió al tema de las relaciones de pareja entre extranjeros y ucranianas, y aprendí un concepto nuevo, pero que todos ellos manejaban con soltura: las «vampiras lingüísticas», como llamaban a aquellas chicas con las que el extranjero creía haber ligado pero cuyo único interés era practicar un idioma con un nativo.

Supongo que existirá el equivalente masculino, apuestos jóvenes ucranianos mucho más interesados en hablar las lenguas de Shakespeare, Molière o Cervantes con acento nativo que en las hablantes de quienes lo copiaban.

Recorrí la plaza del Maidán, epicentro de la revuelta homónima de 2014, pensando en que los manifestantes que desafiaron al poder en noches gélidas de invierno no consiguieron materializar plenamente la sacudida democrática y antioligarca que buscaban, pero sí dislocar el esquema existente hasta entonces de plena sintonía entre élites corruptas de Ucrania y de Rusia. En términos «gramscianos», consiguieron que muriera lo viejo sin que llegara a nacer del todo lo nuevo. Impresiona ver los retratos de tantos fallecidos y fijarse en lo cercanas que son las dos fechas que acompañan sus fotos, la del nacimiento y la de la muerte, revelando vidas cortísimas, sacrificadas por una causa que cada uno valorará si valió la pena. El tiempo dirá si la pulsión europeísta cuaja en Ucrania, pero lo que sí tiene visos de perdurar es el recelo, cuando no abierta hostilidad, hacia Rusia, algo impensable hace unos cuantos años. Y es precisamente la plaza del Maidán de Kiev, la otrora plaza de la Revolución de octubre, con su estatua de Lenin en un pedestal, la que simboliza ahora la división entre estos dos pueblos hermanados por sangre, idioma, religión e historia compartida.

Fantaseando aún con la posibilidad de que mi profesión me llevara algún día a residir en Kiev, salí de la capital ucraniana rumbo al sur, por la autopista que lleva a Odesa, verdadero propósito de mi viaje. Quería ver de primera mano el cosmopolitismo y el mestizaje que han caracterizado a esta ciudad desde su fundación, que ha tenido gobernadores extranjeros en varias épocas, precisamente coincidiendo con los momentos álgidos de su historia.

El primero de ellos me resulta un personaje fascinante. Se trata de José o Josep de Ribas y Boyons, un noble catalán, nacido en Nápoles en 1751, y que siendo un adolescente ingresó en la academia militar rusa, de donde salió con 20 años como capitán en el cuerpo de cadetes de tierra y, aún más importante para su carrera, como el preferido entre los múltiples amantes de la emperatriz Catalina la Grande.

Las guerras ruso-turcas le llevaron a dejar la corte imperial en San Petersburgo y participar en varias campañas en la costa del mar Negro, objeto de disputa entre los Imperios ruso y otomano durante siglos, lo que justifica la presencia tanto de poblaciones eslavas como tártaras en la zona. En 1783 comandó una ofensiva junto al príncipe Grigori Potemkin, que permitió anexionar la península de Crimea al Imperio ruso, y en 1789 consiguió tomar el bastión turco de Hadzhibey, donde la emperatriz le pidió que levantara el puerto y la ciudad de Odesa, empresa que culminó el militar catalán en 1794. De Ribas no solo fue el fundador de Odesa, sino que fue su primer gobernador, entre los años 1794 y 1796, haciendo que el villorrio pasara rápidamente de los cuatro mil habitantes y dedicándose en pleno a la construcción del puerto, iglesias y edificios civiles.

Llama la atención que un noble catalán nacido en Nápoles pudiera trabajar al servicio del Imperio ruso, previo paso por su academia militar, casi como si de un Erasmus actual se tratara. Pero no menos rocambolesca es la historia de uno de sus sucesores como gobernador de Odesa a partir de 1803, el duque de Richelieu. Este aristócrata francés, pariente del famoso cardenal, salió como muchos otros huyendo de Francia con motivo de la Revolución francesa, contra la que se dedicó a complotar al abrigo de potencias absolutistas como el Imperio ruso. Su amigo, el zar Alejandro I, lo acogió como oficial de su ejército y en 1803 le nombró gobernador general de un área que abarcaba desde Odesa hasta Crimea. El francés estuvo al mando once años, durante los que la ciudad continuó su transformación en una de las principales ciudades del imperio.

Odesa reconoce hoy los méritos de estos dos gobernantes venidos del otro extremo de Europa con sendas estatuas y otras tantas calles nombradas en su honor. El monumento a Richelieu, vestido con toga romana, está en lo alto de la famosa escalinata que inmortalizó Sergei Eisenstein en *El acorazado Potemkin* en 1925, exactamente un siglo después de su construcción. La de

José de Ribas, también de bronce, le retrata consultando un plano y sujetando una pala, como realce de su condición de fundador, y se sitúa en la plaza de su emperatriz y amante Catalina la Grande. Como curiosidad, la calle que lleva el nombre del noble catalán, Deribasivska, se cruza primero con la que honra a la zarina (Ekaterinska) y luego con la que porta el nombre del duque francés (Richelievska), antes de cortar la que lleva el nombre de Pushkin. Ese cogollito es ahora el centro histórico de la ciudad, lleno de cafés, terrazas y artistas callejeros.

Pero la extravagancia de reclutar a sus gobernadores entre extranjeros prominentes no quedó como una reliquia de principios del siglo XIX, ya que en pleno 2014 el presidente ucraniano nombró gobernador de Odesa a Mijail Saakashvili, el ferozmente antirruso ex primer ministro georgiano. Para ello, tuvieron que concederle previamente la nacionalidad ucraniana y todo, como hemos visto, con el principal objetivo compartido de cabrear a los rusos.

A generar ese ambiente babilónico han contribuido tanto sus distinguidos dirigentes extranjeros como la mezcla de población eslava, tártara y judía, a los que se fueron sumando buscavidas del mundo entero que llegaron a su puerto, dedicados al comercio de cualquier cosa susceptible de ser intercambiada por un precio.

Cuenta Angel Wagenstein en *El Pentateuco de Isaac*^[69] que al final de la Segunda Guerra Mundial, en el periodo relativamente corto de tiempo desde que los judíos fueron liberados de los campos de concentración hasta que se puso en pie una administración que pudiera ofrecerles un mínimo de asistencia, estos fueron llegando esqueléticos y aturdidos a Viena. Una vez allí, como eran originarios de varios confines de Europa, comenzaron a utilizar como lengua franca la mezcla de ruso, yiddish y ladino típica de Odesa e incluso empezaron a organizarse conforme a los patrones gremiales que existían en esa ciudad. Alentado por esa referencia, me lancé a buscar la judería de Odesa y descubrí una calle llamada «de los judíos», paralela a la calle del general Zhukov, en torno a la cual se articulaba la judería. Sin embargo, ni la arquitectura ni los negocios me dieron especiales pistas de encontrarme ante un barrio con una particularidad especial respecto del resto del centro histórico.

Otro tanto me ocurrió en mi búsqueda de la huella búlgara en Odesa, donde, según he leído, aún viven trece mil ciudadanos que se consideran de

ese origen. En las décadas en las que Odesa y otras regiones arrebatadas al Imperio otomano formaban ya parte del Imperio ruso, esta ciudad se convirtió en santuario de los líderes de la independencia de Bulgaria, como Hristo Botev o como el propio novelista Ivan Vazov. La cercanía cultural era evidente, por compartir religión ortodoxa, etnia mayoritaria eslava, alfabeto cirílico y enemigo común en Constantinopla, pero las comunidades búlgaras del sur de Ucrania siempre se mostraron firmes en su deseo de conservar tradiciones y elementos distintivos propios, sobre todo en lo que se refiere al folclore. En un giro inesperado del guion, la pugna entre Ucrania y Rusia, que ha llevado al Gobierno ucraniano a imponer la escolarización solo en este idioma —en detrimento del ruso—, ha tenido como resultado el fin o al menos la drástica reducción de la educación en búlgaro para esta minoría que nunca había supuesto una amenaza de ningún tipo.

Y por concluir con el último ingrediente del cosmopolitismo de Odesa, aparte de sus gobernantes foráneos y de la diversidad de sus ciudadanos, esta ciudad balneario y portuaria funciona como un imán para negocios de todo tipo, incluidos los menos honestos, conducidos por gentes venidas de todo el mundo, pero sobre todo de la extinta URSS. La tradición de Odesa como ciudad de contrabando viene casi desde su fundación e igual que ha atraído criminales del mundo entero, también la mafia de Odesa, la Malina, se ha expandido a lugares tan remotos como Nueva York o Tel Aviv, aprovechando las facilidades concedidas en su momento para la emigración de judíos procedentes de la ex URSS.

En la actualidad, uno de sus negocios más lucrativos es el tráfico de la heroína afgana en su ruta hacia Europa, aunque estos gánsteres no le hacen ascos a ningún otro negocio, como el contrabando de obras de arte, el tabaco de matute o la trata de personas. Con la excepción evidente de las mujeres explotadas sexualmente, ninguna de las mercancías traficadas resultan visibles para el viajero, pero sí lo son los beneficios que generan: las terrazas de los restaurantes, los clubes de playa, los deportivos que circulan por las calles o las tiendas céntricas de ropa, todo, desprende el tufo inconfundible de lavado de dinero.

Parte de esa Odesa inundada de dinero negro queda retratada en la novela *La ruleta Chechena* [70], que el moldavo Robert Lozinski escribió directamente en castellano. Ambienta la escena de unas veladas en las que un

grupo sórdido pero exclusivo, similar al que describe Mircea Cartarescu en *El ruletista*, [71] paga fortunas por observar a varios jugadores llevar una pistola a su sien y apretar el gatillo.

La otra cara de esa moneda es la que constituye la inmensa mayoría de los ciudadanos que, ajenos a los lujos y también al hedor del dinero negro, intercambian cada día la fuerza de su trabajo por un sueldo reducido. Hay en Odesa barrios humildes, con los ubicuos bloques de pisos soviéticos, pero donde la dignidad brilla más que las relucientes bengalas que ponen al servir el champán en los clubes de playa. Cruzando por estas avenidas impersonales, casi idénticas, pensé en los personajes que describe Svetlana Alexievich tanto en *El fin del «homosoviético»*[72], como en *Voces de Chernóbil*[73]. Ciudadanos exsoviéticos anónimos, al menos hasta que Alexievich los saca del anonimato, relatan con más resignación que amargura la convulsión que supuso el cambio de reglas y la sensación de haber sido doblemente estafados con la desaparición de su país. En el caso concreto del accidente nuclear de Chernóbil, pensemos en un joven kazajo — vinieron de toda la URSS— que acude a Ucrania voluntario —hubo otros que no— para tareas de extinción del incendio del reactor siniestrado, a sabiendas del riesgo que corre. A los pocos años, los pocos «liquidadores» que han sobrevivido sufren gravísimas secuelas físicas, a las que deben añadir el oprobio de ver como su heroísmo, patriotismo o simple sentido del deber es interpretado conforme al nuevo sistema axiológico como simple ingenuidad o estupidez. Con sus exiguas pensiones y viendo quiénes son ahora los que la sociedad reconoce como héroes, les resulta inevitable pensar que han hecho el primo, al sacrificarse por unos valores que ya no operan y por un país que pasa a considerarlos extranjeros.

El Maidán de Kiev tuvo su movimiento equivalente en la plaza de Odesa llamada de la Dignidad, y cuando yo la visité se conservaba una especie de memorial al aire libre. Para Ucrania resultaba vital que en Odesa no prosperaran los grupos prorrusos que querían sustraerse al control gubernamental, ya que, una vez perdidas las bases navales de Crimea y Sebastopol, quedaba ya solo Odesa como gran puerto ucraniano. En el momento álgido de la guerra en el este del país, con bombardeos en la ciudad costera de Mariúpol, los ucranianos temieron que Rusia pretendiera conseguir un *continuum* espacial desde su país con el Donbás, toda la costa ucraniana

hasta Crimea, y de allí hacia el oeste por Odesa hasta llegar a unirlo a su enclave en Transnistria. Con ese esquema maximalista, Rusia habría tomado de un golpe toda la salida de Ucrania al mar, haciendo del mar de Azov un lago ruso y contribuyendo mucho a que el mar Negro empezara a parecerlo. Finalmente, no se cumplieron las previsiones más fatalistas de Ucrania, ya que Mariúpol y Odesa se mantuvieron bajo control gubernamental, pero todo apunta a que la amputación de Crimea y el enquistamiento del conflicto del Donbás difícilmente serán revertidos.

En el camino de regreso desde Odesa hacia Bulgaria nos cuidamos mucho de estudiar bien los mapas para no volver a equivocarnos y meternos, otra vez, donde no debíamos. Hay una diminuta franja de terreno pegada al mar por la que discurre una carretera secundaria, directamente desde Ucrania a Rumania, a la altura del delta del Danubio, que evita pasar tanto por Transnistria como por el resto de Moldavia. Pese a que en todos los mapas que consultamos se veía claro que no atravesaba Transnistria, nos costaba creer que los rusos, tras haber ocupado ese enclave estratégico, no tuvieran bajo su control la desembocadura del río, por lo que fuimos con especial cautela. Y cuando por fin entramos en Rumania, por un puesto fronterizo secundario, pero presidido por la tranquilizadora imagen de la bandera azul con doce estrellas doradas, respiramos aliviados.

Epílogo

ESCRIBO estas últimas líneas instalado ya en mi Madrid natal, cuando este se prepara para el invierno inminente, que intenta competir sin éxito con la rudeza del viento glacial de Sofía. La vuelta a casa tras nueve años destinado en el exterior es más compleja de lo que uno anticipa, ya que no por regresar al punto de origen resultan menos trabajosos los papeleos, la logística y la adaptación. Cuando uno llega nuevo a un país desconocido, precisamente por no disponer aún de un círculo social propio, pasa las primeras semanas ensimismado, tratando de procurarse un confort y una organización mínimos. Pero cuando es a casa adonde se regresa, familia y amigos esperan de uno que aterrice de pie y que retome cada asunto donde lo dejó.

Volviendo la vista atrás, los pocos meses transcurridos desde mi marcha de los Balcanes me parecen ahora una eternidad. La intensidad de la transformación que ha supuesto en mi vida la mudanza, empezar un trabajo nuevo y retomar viejas amistades es comparable a la ocurrida en el país en este periodo. El 15 de mayo de 2018 se celebraba en Bulgaria una cumbre de la Unión Europea a la que asistió el presidente del Gobierno Mariano Rajoy, y sus colaboradores más cercanos negociaban entre bastidores los flecos de los presupuestos generales del Estado. Sus gestos graves y el tono a veces crispado de sus conversaciones telefónicas denotaban la importancia que concedían a este trámite parlamentario: si se superaba la prueba, el Gobierno podría completar su legislatura hasta 2020, quizá prorrogándolos en 2019. Lo que nadie parecía intuir en ese instante es que diecisiete días después se registraría en el Congreso de los Diputados una moción de censura contra el

Gobierno que convertiría ese viaje a Bulgaria en el último realizado por Rajoy como presidente.

Releo las galeradas de este manuscrito reflexionando sobre cómo una misma actividad puede despertar a la vez en mí tanta ilusión —por ver casi concluido el proceso de alumbrar un libro— como pereza —por ser ya la enésima vez que lo repaso y corrijo—. En este punto, mi principal ambición, casi obsesión, es haber aportado una mirada fresca a los Balcanes, sin clichés ni lugares comunes. Confío en haber sabido transmitir y reivindicar mi visión positiva, siempre acechada por la acusación de ser cándido, frente al prestigio social y académico del que suelen gozar los cínicos y los cenizos para hablar de cualquier tema o región, pero más aún cuando se trata de pontificar sobre esta esquinita suroriental del continente.

Bibliografía mencionada en el libro

Alexievich, S., *El fin del «homo sovieticus»*. Barcelona, Acantilado, 2015.

—, *Voces de Chernóbil*. Barcelona, De Bolsillo, 2015.

Andric, I., *Un puente sobre el río Drina*. Barcelona, DeBolsillo, 2017.

Armada, A., *Sarajevo*. Barcelona, Malpaso Ediciones, 2015.

Ausländer, S., *Foreskin's Lament*. Penguin Group, 2007.

—, *Lamentaciones de un prepucio*. Barcelona, Blackie Books, 2010.

Branev, V., *L'homme surveillé*. París, Éditions Albin Michel/Susanna Lea Associates, 2009.

—, *El hombre vigilado*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009.

Calvet, A., *De París a Monastir*. Barcelona, Libros del Asteroide, 2014.

Cavafis, C. P., *Poemas*. Barcelona, Seix Barral Los Tres Mundos, 2002.

Cartarescu, M., *Nostalgia*. Madrid, Impedimenta, 2012.

Chaves Nogales, M., *El maestro Juan Martínez que estaba allí*. Barcelona, Libros del Asteroide, 2017.

Cohen, L., *La estratagema*. Barcelona, Libros del Asteroide, 2013.

Criado, E., *Cosas que no caben en una maleta*. Barcelona, Aguilar, 2016.

Dryanovski, B., *Consular offices in Varna (1352-2009)*. Slavena Editions, 2009.

Durrell, G., *Mi familia y otros animales*. Madrid, Alianza editorial, 1975.

Durrell, L., *Antrobus*. Barcelona, Tusquets, 1957.

—, *Bitter Lemons of Cyprus*. Londres, Faber and Faber Limited, 1957.

—, *Trilogía mediterránea*. Barcelona, Edhasa, 2012.

Farias, P., *Dejarse llover*. Barcelona, Suma de Letras, 2015.

García-Margallo, J. M., *Todos los cielos conducen a España. Cartas desde un avión*. Barcelona, Planeta, 2015.

García Márquez, G., *De viaje por los países socialistas. 90 días en la Cortina de Hierro*. Bogotá, Revista Cromos, 1957.

Gogol, N., *Historias de San Petersburgo*. Madrid, Alianza Editorial, 1998.

González, E., *Historias del calcio. Una crónica de Italia a través del fútbol*. Barcelona, RBA, 2007.

—, *Historias de Londres*. Barcelona, RBA, 2008.

Grozni, N. *Jóvenes talentos*. Barcelona, Libros del Asteroide, 2012.

Haskell, G. H., *From Sofia to Jaffa, The Jews of Bulgaria and Israel*. Detroit, Wayne State University Press, 1994.

Judah, T., *The Serbs*. New Haven, Yale University Press, tercera edición revisada en 2009.

Kaplan, R. D., *Rumbo a Tartaria. Un viaje por los Balcanes, Oriente Próximo y el Cáucaso*. Barcelona, *El Hombre del Tres*, 2017.

Kapuściński, R., *Viajes con Herodoto*. Barcelona, Anagrama, 2008.

Kassabova, K., *Border. A Journey to the Edge of Europe*. Londres, Granta Books, 2017.

—, *The Street with no name. Childhood and other misfortunes in Bulgaria*. Londres, Portobello Books, 2008.

- Karabashliev, Z., *18% Gray*. Sofía, Cíela, 2008.
- Keret, E., *Pizzería Kamikaze*. Madrid, Siruela, 2008.
- Lasheras, B., *Bosnia en el limbo, testimonios desde el río Drina*. Barcelona, UOC Editorial, 2017.
- Lisbona, J. A., *Más allá del deber*. Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, 2015.
- Lozinski, R., *La ruleta chechena*. Madrid, Rey Lear, 2008.
- Magris, C., *El Danubio*. Barcelona, Anagrama, 1988.
- Mendicutti, E., *Los novios búlgaros*. Barcelona, Tusquets, 1993.
- Mira, M., *El olivo que no ardió en Salónica*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2015.
- Penkov, M., *Al este de Occidente*. Barcelona, Seix Barral, 2012.
- Pérez-Maura, R., *El rey posible*. Barcelona, Belacqua, 2002
- Radichkov, Y., *Abecedario de pólvora*. Madrid, Editorial Automática, 2014.
- Roán, M., *Maratón balcánico*. Barcelona, Caballo de Troya, 2018.
- Roth, R., *El mal de Portnoy*. Barcelona, DeBolsillo, 2013.
- , *Portnoy's Complaint*. Londres, Vintage, 2005.
- Saïd, E. W., *Orientalismo*. Barcelona, Debolsillo, 2016.
- Tobío, L., *Un diplomático español en Bulgaria*. Sofía, editorial Tangra, 2007.
- Todorov, T., *Insoumis*. París, Éditions Robert Laffont et Versilio, 2015.
- , *Insumisos*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016.
- , *La conquista de américa, el problema del otro*. Madrid, Siglo XXI de España Editores, S.A., 2007.
- , *Goya, a la sombra de las luces*. Barcelona, Galaxia Gutemberg, 2011.
- Utrilla, D., *A Moscú sin kaláshnikov. Una crónica sentimental de la Rusia de Putin envuelta en papel de periódico*. Madrid, Libros del KO, 2013.
- Villatoro, V., *El regreso de los Bassat*. Barcelona, RBA, 2016.
- Vazov, I., *Bajo el yugo*. Barcelona, Bruguera-Libro Amigo, 1984.
- Wagenstein, A., *El Pentateuco de Isaac*. Barcelona, Libros del

Asteroide, 2018.

—, *Lejos de Toledo*. Barcelona, Libros del Asteroide, 2010.

Películas

Ágora, Alejandro Amenábar, 2009.

Autómata (Película protagonizada por Antonio Banderas), Gabe Ibáñez, 2014.

La vida es un milagro, Emir Kusturica, 2004.

Ladino Ladies' Club, Georgi Bogdanov y Boris Misirkov, 2015.
Documental.

Mission London (Misión Londres), Dimiter Mitovski, 2010.

Nadie quiere la noche, Isabel Coixet, 2015.

Salvado por el idioma, Susanna Zaraysky, 2015. Documental.

The Death of Yugoslavia, BBC, 1995. Serie documental.

Un día perfecto, Fernando León de Aranoa, 2015.

Contraportada

Las vivencias de un diplomático en los Balcanes. Un relato entrañable, divertido, inspirador y real

Esta obra se adentra en el complejo tapiz social y cultural de los Balcanes, área de confluencia de los imperios otomano, ruso y austrohúngaro; y mezcla con rigor elementos históricos, culturales, económicos, políticos y literarios con semblanzas personales y anécdotas vividas por el autor en Bulgaria, donde ha residido y trabajado desde 2015. Sofía, su capital, le ha servido también como base desde donde realizar numerosos viajes por la región balcánica —Grecia, Turquía, Rumania, Albania y todos los que un día formaron Yugoslavia—, así como por países como Moldavia, Ucrania, Rusia, Chipre, Georgia e Israel, que ayudan a conformar una imagen más completa de la zona.

Al igual que hiciera en su aplaudido libro *Cosas que no caben en una maleta*, Enrique Criado, diplomático y viajero empedernido, nos trae una historia maravillosa en la que cuenta experiencias, anécdotas y sensaciones con un discurso que vira desde el drama a la sonrisa y desde lo más institucional a lo más entrañable, tamizando el rigor de los hechos a través de una mirada subjetiva y aguda.

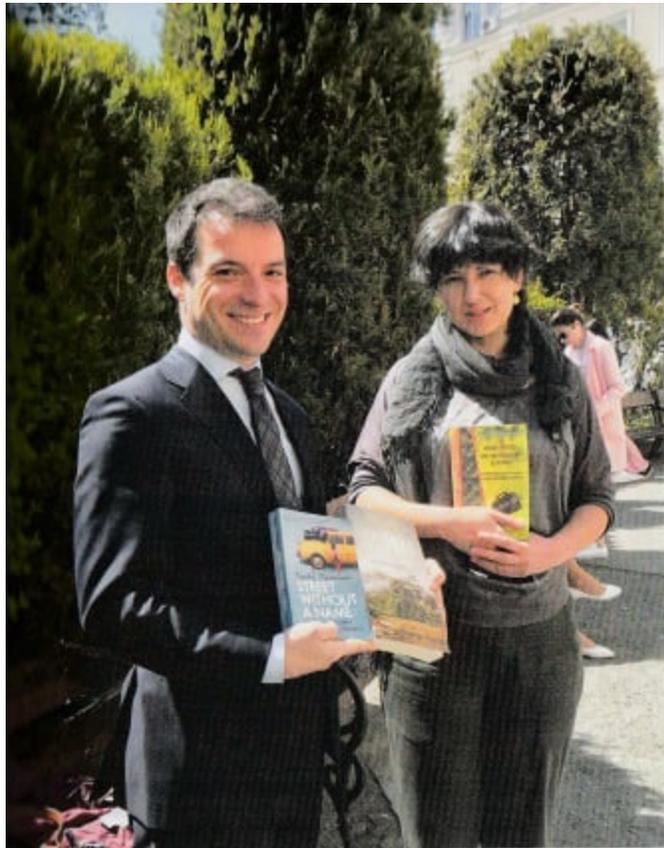
El autor



(MADRID, 1981) estudió Derecho en la Universidad Complutense y en la Universidad de Viena. Aunque tras licenciarse se colegió como abogado en Madrid, siempre tuvo claro que lo suyo era la carrera diplomática, donde ingresó en 2007. Tras un par de breves estancias en las embajadas de España en La Habana y en Londres, en 2009 fue destinado durante tres años a la embajada en Kinshasa (República Democrática del Congo). Entre 2012 y 2015 trabajó en la embajada de España en Canberra (Australia) y desde 2015 hasta el verano de 2018 ha estado destinado en Sofía (Bulgaria). Lector y viajero incansable, apasionado de la política y de los idiomas, en 2012 le fue

concedida la Cruz de Oficial de la Orden del Mérito Civil y en 2018 la Cruz de la Orden de Isabel la Católica. Ha publicado *Cosas que no caben en una maleta* (Aguilar, 2016) y *El paraguas balcánico* (Aguilar, 2019) es su segundo libro.

Fotografías



El autor intercambiando libros con la escritora búlgara Kapka Kassabova



Bulgaria en la actualidad



Los Balcanes antes de la Primera Guerra Mundial



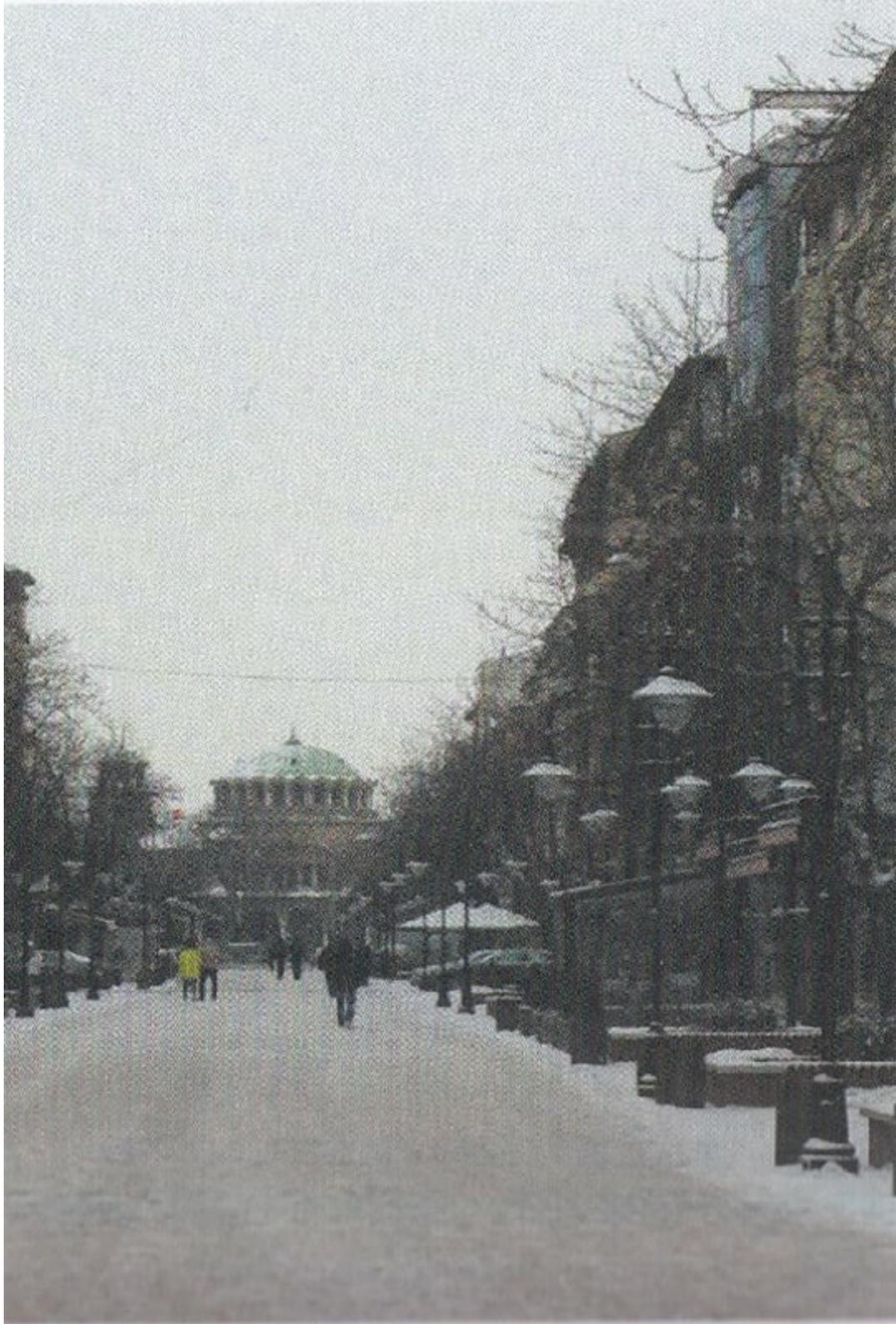
Los Balcanes después de la Segunda Guerra Mundial



Los Balcanes en la actualidad



Jardín del Museo de Arte Socialista de Sofía



Vista de la Calle Vitosha de Sofía



Friso del Monumento al Ejército Rojo



Mismo friso pero pintado como personajes de cómic estadounidenses.
Monumento a la Armada Soviética, fotografía de Ignar Ignef, junio 2011.



Fachada posterior de la llamada «iglesia negra» de Sofía



Entre los *souvenirs* que se ofrecen al turista figuran retratos de Stalin.



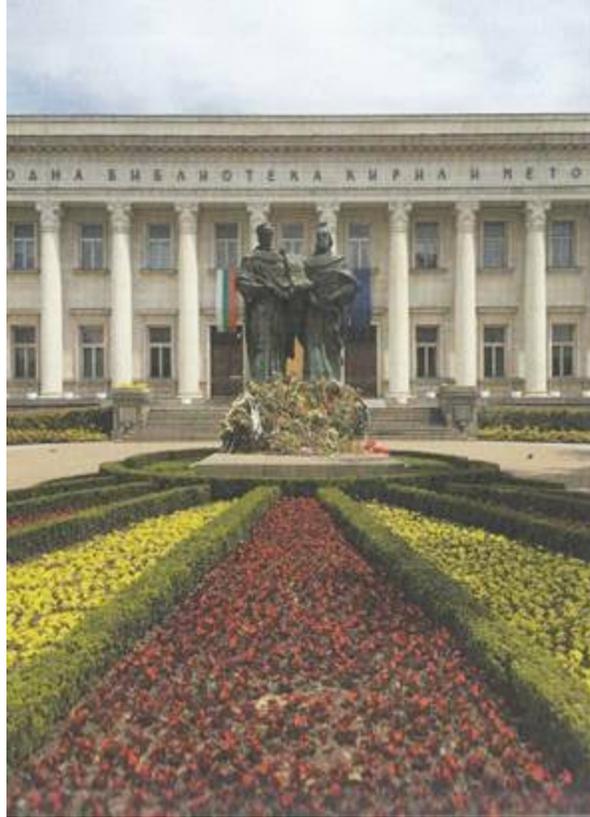
Terraza de un café en el barrio de Kapana de Plovdiv.



Anfiteatro romano de Plovdiv.



De izquierda a derecha: Javier Valdivieso, director del Instituto Cervantes de Sofía; El autor; Luis Bassat y su esposa, Carmen Orellana



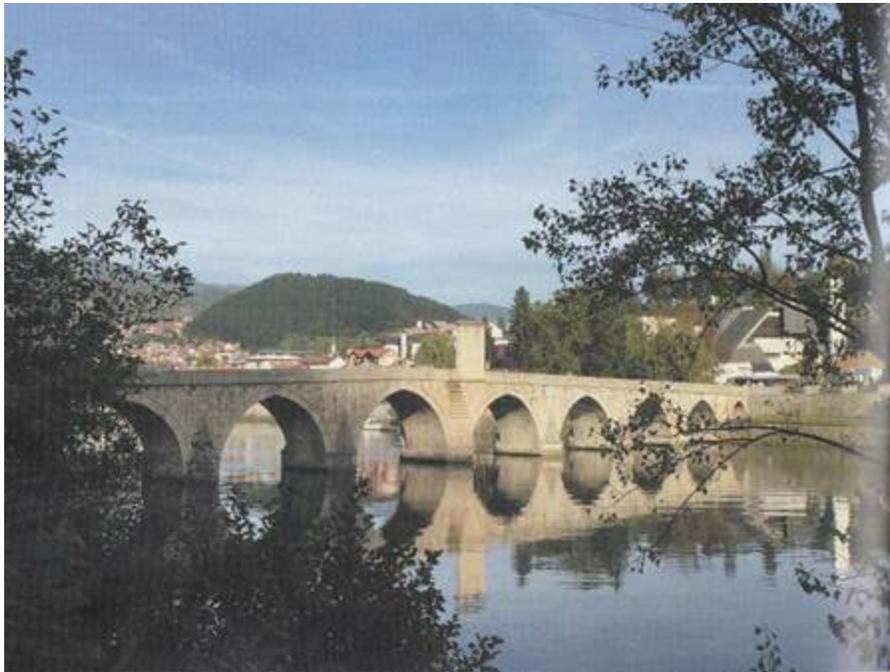
Estatua de los hermanos Cirilo y Metodio, creadores del alfabeto cirílico, ante la Biblioteca Nacional de Sofía



Iconos ortodoxos



Imagen de una boda en un pueblo de Albania



Puente Mehmedd Paša Sokolović sobre el río Drina a su paso por Visegrad



El Patriarca de la Iglesia ortodoxa búlgara bendiciendo a las fuerzas armadas



Casa donde se alojó Mustafá Kemal Ataturk en Edirne, ahora convertida en museo municipal.



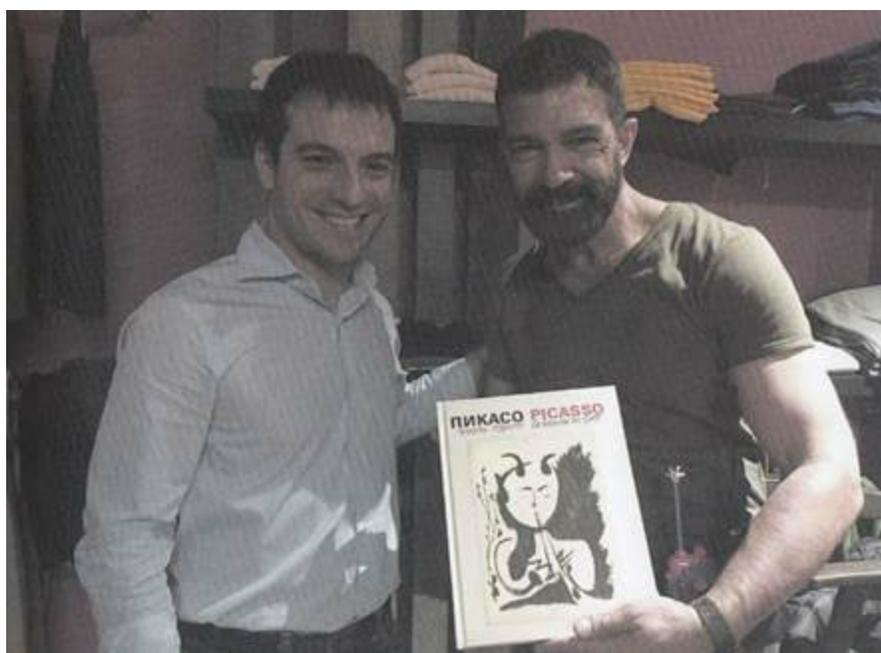
Bandera turca y retrato de Ataturk en el balcón de un apartamento.



Portada de un diario de Estambul publicado enteramente en idioma ladino.



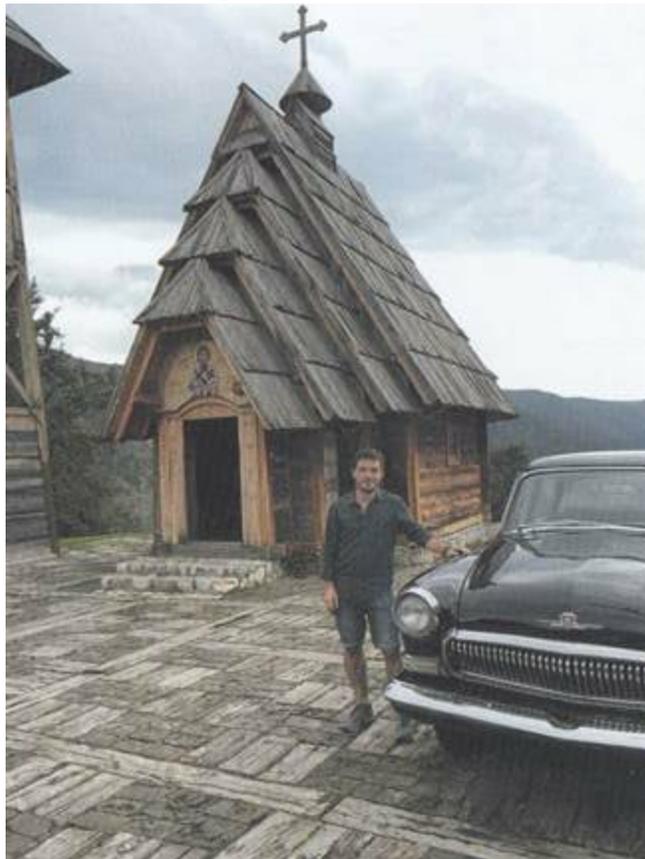
Reunión del Club del Ladino de Sofía



El autor ofreciendo un catálogo de la exposición de Picasso a Antonio Banderas.



Fusión de los escudos del Real Madrid y el FC Barcelona, con la inscripción búlgara «El Clásica»



El autor en el complejo cultural serbio de Kustendorf, creado por el cineasta

Emir Kusturica.



Estatua de Alejandro Magno en Skopje.



Cementerio musulmán de Sarajevo.



Fortaleza de Assen, en Assenovgrad (Bulgaria]



Pescadero en Tel Aviv, rodeado de banderas de Israel y del Real Madrid.



Arco de la Amistad entre Rusia y Ucrania en Kiev.

NOTAS

[1] A mediados de 2018, el artista búlgaro Plamen Deyanoff erigió en esa explanada una escultura de bronce de catorce metros de alto, por lo que la escena de la pelota resulta ahora parte del pasado.

[2] El cuento «Comprar a Lenin» se incluye en Penkov, M.: *Al este de Occidente*. Barcelona, Seix Barral, 2012.

[3] Traducida a veces como *Los indestructibles* y, otras, como *Los mercenarios*.

[4] González, E.: *Historias del calcio. Una crónica de Italia a través del fútbol*. Barcelona, RBA, 2007.

[5] González, E.: *Historias de Londres*. Barcelona, RBA, 2008.

[6] Una forma de animar al equipo que podría traducirse como «¡Solo Levski!» o «¡Levski y nada más!».

[7] Se estima que en el año 2050 la población de Bulgaria se reducirá a 5,1 millones.

[8] Mendicutti, E.: *Los novios búlgaros*. Barcelona, Tusquets, 1993.

[9] Karabashliev, Z.: *18% Gray*. Sofía, Ciela, 2008

[10] Fragmento de la novela *18% Gray*, pág. 100.

[11] Hago referencia a mi ejemplar en castellano. Vazov, I.: *Bajo el yugo*. Barcelona, Bruguera-Libro Amigo, 1984.

[12] Aquí chancho se refiere a la hucha en forma de cerdito.

[13] Siglas correspondientes al Australian and New Zealand Army Corps.

[14] Kassabova, K.: *Border. A Journey to the Edge of Europe*. Londres, Gran- ta, 2017.

[15] Partido por la Justicia y el Desarrollo.

[16] Versión turca y denominación en ladino de los pasteles de hojaldre rellenos de queso que en Bulgaria llaman *banitsa*.

[17] —Muchas gracias. —De nada. — A mí me va bien.

[18] Utrilla, D.: *A Moscú sin kalashnikov. Una crónica sentimental de la Rusia de Putin envuelta en papel de periódico*. Madrid, Libros del KO, 2013.

[19] Grupo de música formado por jóvenes rusas militantes antiPutin.

[20] Día de la victoria de los aliados contra el Tercer Reich.

[21] El cuento «La avenida Nevski» se incluye en Gogol, N.: *Historias de San Petersburgo*. Madrid, Alianza Editorial, 1998.

[22] Kassabova, K.: *The Street with no name. Childhood and other misfortunes in Bulgaria*. Londres, Portobello Books, 2008.

[23] Grozni, N.: *Jóvenes talentos*. Barcelona, Libros del Asteroide, 2012.

[24] Radichkov, Y.: *Abecedario de pólvora*. Madrid, Editorial Automática, 2014. El original en búlgaro se publicó en 1969.

[25] Especie de campamentos para jóvenes izquierdistas de distintos países.

[26] García Márquez, G.: *De viaje por los países socialistas. 90 días en la Cortina de Hierro*. Bogotá, Revista Cromos, 1957. Serie de crónicas publicadas en esa revista colombiana.

[27] Película *Mission London* (*Misión Londres*, 2010), dirigida por Dimiter Mitovski, que adapta la novela homónima de Alek Popov.

[28] Cohen, L.: *La estratagema*. Barcelona, Libros del Asteroide, 2013.

[29] *Kompromat*: contracción de las palabras rusas *komprometiriushy material*, material comprometido, con el que poder extorsionar a rivales políticos o simplemente con fines lucrativos.

[30] Como referencia aporto el siguiente libro: Pérez-Maura, R.: *El rey posible*. Barcelona, Belacqua, 2002.

[31] Destaca en este sentido la escritora, antigua embajadora y directora de orquesta búlgara de origen sefardí, Léa Cohén, de la cual he referenciado en la nota 28 su novela *La estratagema*.

[32] Criado, E.: *Cosas que no caben en una maleta*. Barcelona, Aguilar, 2016.

[33] García-Margallo, J. M.: *Todos los cielos conducen a España. Cartas desde un avión*. Barcelona, Planeta, 2015.

[34] Todorov, T.: *Insoumis*. París, Éditions Robert Laffont et Versilio, 2015 Publicado posteriormente en castellano: Todorov, T.: *Insumisos*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016.

[35] La edición en búlgaro de mi libro fue llevada a cabo por la editorial Colibrí en el año 2017.

[36] Organización juvenil del Partido Comunista.

[37] Branev, V.: *Uhomme surveillé*. París, Éditions Albin Michel/Susanna Le.i Associates, 2009. Publicado también en castellano: Branev, V.: *El hombre vigilado*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009.

[38] Emigración a Israel por parte de una persona de confesión judía.

[39] *Ladino Ladies' Club* (2015) de Georgi Bogdanov y Boris Misirkov.

[40] Mira, M.: *El olivo que no ardió en Salónica*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2015.

[41] Villatoro, V.: *El regreso de los Bassat*. Barcelona, RBA, 2016.

[42] Kaplan, R. D.: Rumbo a Tartaria. Un viaje por los Balcanes, Oriente Próximo y el Cáucaso. Barcelona, *El Hombre del Tres*, 2017.

[43] Durrell, L.: *Antrobus*. Barcelona, Tusquets, 1957.

[44] Tobío, L.: *Un diplomático español en Bulgaria*. Sofía, Tangra, 2007

[45]

<http://www.clmundo.es/cronica/2018/03/15/5aa2db71ca4741e3148b4681.htm>

[46] Lisboa, J. A.: *Más allá del deber*. Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, 2015.

[47] En 2015 el Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación publicó el libro homónimo, escrito por el profesor José Antonio Lisboa, que fue también el comisario de la exposición.

[48] Rumor infundado que la interesada ha desmentido, pero que resurge cada cierto tiempo.

[49] Dryanovski, B.: *Consular offices in Varna (1352-2009)*. Slavena Editions, 2009. Consulta en la página 111.

[50] Restaurante o taberna tradicional búlgara.

[51] Juego de palabras entre *nostalgie*, *nostalgia*, y *ost*, este.

Kapuscinski, R.: *Viajes con Herodoto*. Barcelona, Anagrama, 2008.

[53] Durrell, G.: *Mi familia y otros animales*. Madrid, Alianza Editorial,

1975.

[54] Armada, A.: *Sarajevo*. Barcelona, Malpaso Ediciones, 2015.

[55] *Un día perfecto* (2015) de Fernando León de Aranoa. Basada en la novela de Paula Farias, *Dejarse llover* (Farias, P.: *Dejarse llover*. Barcelona, Suma de Letras, 2015).

[56] Ivo Andric, I.: *Un puente sobre el río Drina*. Barcelona, DeBolsillo, 2017.

[57] UOC Editorial, 2017.

[58] *Maratón balcánico*. Caballo de Troya, 2018.

[59] Poema de «ítaca» que está incluido en el libro: Cavafis, C. P.: *Poemas*. Barcelona, Seix Barral Los Tres Mundos, 2002.

[60] Calvet, A.: *De París a Monastir*. Barcelona, Libros del Asteroide, 2014. Se publicó por primera vez en 1917.

[61] Chaves Nogales, M.: *El maestro Juan Martínez que estaba allí*. Barcelona, Libros del Asteroide, 2017.

[62] Judah, T.: *The Serhs*. New Haven, Yale University Press, tercera edición revisada en 2009. Consulta en la página 89.

[63] Durrell, L.: *Bitter Lemons of Cyprus*. Londres, Faber and Faber Limited, 1957. También publicado en castellano: *Limonos amargos*, incluido en el volumen: Durrell, L.: *Trilogía mediterránea*. Barcelona, Edhasa, 2012.

[64] Kaplan, R. D.: *Rumbo a Tartaria. Un viaje por los Balcanes, Oriente Próximo y el Cducaso*. Barcelona, El Hombre del Tres, 2017. Consulta en la página 335.

[65] Keret, E.: *Pizzería Kamikaze*. Madrid, Siruela, 2008.

[66] Roth, R.: *Portnoy's Complaint*. Londres, Vintage, 2005. Se publicó por primera vez en 1969. También publicado en castellano: Roth, P.: *El mal de Portnoy*. Barcelona, DeBolsillo, 2013.

[67] Auslander, S.: *Foreskin's Lament*. Penguin Group, 2007. También publicado en castellano: Ausländer, S.: *Lamentaciones de un prepucio*. Barcelona, Blackie Books, 2010

[68] Haskell, G. H.: *From Sofia to Jaffa: The Jews of Bulgaria and Israel*. Detroit, Wayne State University Press, 1994.

[69] Wagenstein, A.: *El Pentateuco de Isaac*. Barcelona, Libros del Asteroide, 2018.

[70] Lozinski, R.: *La ruleta chechena*. Madrid, Rey Lear, 2008.

[71] «El ruletista» es un cuento incluido en: Cartarescu, M.: *Nostalgia*. Madrid, Impedimenta, 2012.

[72] Alexievich, S.: *El fin del «homo sovieticus»*. Barcelona, Acantilado, 2015.

[73] Alexievich, S.: *Voces de Chernóbil* Barcelona, De Bolsillo, 2015.